

Acontecimientos
de la irrealidad inmediata

La guarida iluminada
diario de sanatorio

Max Blecher



Lectulandia

«Las palabras corrientes no valen en ciertas honduras del alma. Trato de definir con la mayor exactitud posible mis crisis y sólo encuentro imágenes. La palabra mágica que podría expresarlas tendría que recoger la esencia de otras sensaciones vividas y destilarse de ellas como un olor nuevo de entre una sabia composición de perfumes.

Para existir, esa palabra habría de contener algo de la estupefacción que me embarga cuando miro a una persona en la realidad y, luego, observo con atención sus gestos en un espejo; algo de la locura que supone la caída en el sueño mientras un pavor lacerante me recorre la espina dorsal durante un instante imposible de olvidar, y algo de la niebla y la transparencia, pobladas de extraños decorados, que contienen las bolas de cristal».

Max Blecher, referente indiscutible de la literatura rumana —de quien, afortunadamente, hoy nos llegan, traducidas al castellano, dos de sus novelas—, describe en este párrafo la esencia de su obra: la impotencia de las palabras para recoger la «autenticidad» de sus vivencias. La significación de lo real, que opera en un cuerpo sensible y enfermo, es traducida por el autor más que en palabras, en imágenes escritas de una belleza desconcertante y onírica.

«A veces ocurre algo semejante a una tardía justicia en la literatura, y una obra desaparecida y olvidada llega a ser descubierta.

...en la maravillosa prosa de Blecher, la tan sugerente descripción de la desdicha llega a ser la dicha intelectual del lector». (*Frankfurter Allgemeine Zeitung*)

Lectulandia

Max Blecher

**Acontecimientos de la irrealidad
inmediata - La guarida iluminada**

diario de sanatorio

ePub r1.0

Titivillus 17.12.16

Título original: *Întâmplări în irealitatea imediată*. Fuente: Ed. Vinea, Bucarest, 1999; *Vizuina luminată (jurnal de sanatoriu)*. Fuente: Edición príncipe de la Ed. Cartea Românească, Bucarest, 1971
Max Blecher, 1971
Introducción: Sașa Pană
Traducción: Joaquín Garrigós
Diseño y fotografía de cubierta: Nacho Grech
Dibujos de Max Blecher

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nuestro agradecimiento a Vladimir Pană por la cesión del prólogo de Saşa Pană *Con el corazón junto a Max Blecher*, así como por las fotografías del interior y el autorretrato. También a Nicolae Ţone por el resto de los dibujos.



Autorretrato de Max Blecher.



CON EL CORAZÓN JUNTO A MAX BLECHER^[1]

*El misterio más inquietante quizá sea
el que se nos aparece en la evidencia más simple*

Max Blecher

En el corazón de Moldavia está la ciudad de Roman.

La calle, pasados los cuarteles, era de una tranquilidad acribillada por las cornetas. Se llamaba Costache Mortun. Una casa con un porche amplio y acogedor, rodeada de una cerca y, delante del porche, un huerto. Tal y como corresponde a una granja de un pueblo moldavo. Al finalizar la primavera, rebosantes de frutos, los cerezos se atrevían a ruborizarse con unas manchitas de carmín del tamaño de la yema del dedo.

En aquella casa, rodeada de vida vegetal, conocí a Max Blecher. Junto a la cama calzada con ruedas, pasaba dos o tres horas, casi todas las semanas, desde las postrimerías de la primavera del año 1936, hasta que las lágrimas del rocío de madrugada se transformaron en bruma.

«*Te recibo en mi lecho de muerte*», solían ser sus primeras palabras. La voz venía de lejos, trémula, como la mirada azul y sedosa desde sus órbitas hundidas. Bajo la cubierta, las rodillas petrificadas formando un ángulo agudo —una tabla partida— y, debajo del costado taponado de algodón, una bolsa que recogía los residuos purulentos provocados por la hemorragia de los abscesos. Pálido como la cera, guapo y desgarrador, como una estatua viva del dolor.

Jamás nuestra conversación giró sobre su enfermedad, sobre la terrible miseria fisiológica que estaba purgando. Sólo una vez se le humedecieron los ojos pensando que sus padres podrían sentirse culpables de sus sufrimientos, culpables como autores de sus días, como los autores de actos castigados por las leyes. Max Blecher tenía otras cosas de que hablar y que preguntar. Un nutrido correo lo ligaba diariamente a la vida literaria e intelectual de Francia, Inglaterra y Rumania. En sendas mesitas, a ambos lados de la cama, hasta donde sus manos de marfil podían llegar, se amontonaban los últimos libros y las revistas más recientes que le enviaban amigos del extranjero. (Todavía no he leído, querido Blecher, los *Cuadernos de Butler*, de los que tantas cosas interesantes me contaste, pero los leeré). Sobre las rodillas tenía una tabla con patas cortadas en diagonal y —en la misma postura en la que dormía y comía— Blecher apoyaba el libro o el cuaderno.

Sus frases eran cubos llenos de pensamiento. Las palabras se encadenaban como ligadas por un fluido material. Nada de superfluo en la conversación de hombre a hombre. En un diario he consignado nuestras conversaciones, en la medida en que cabe hacerlo cuando, tras separarse de alguien, tiene uno la sensación de despertarse de una pesadilla.

He conocido páginas de *Corazones cicatrizados* que faltan del libro que, al principio, iba a titularse *Berck* y luego *Tejido cicatrizado*.

... Berck, palabra obsesiva, palabra puñal que desgarrar tanto como los ayes de los más de mil condenados a vivir aprisionados con grilletes de yeso, que fueron sus compañeros allí, en la playa de las estatuas tumbadas.

Ha sido y, para los que creen en el destino de sus escritos, es un poeta sobre cuyas páginas publicadas en vida y sobre las que dejó inéditas en cuadernos junto a su cama, se inclinarán con interés y aprecio otras generaciones.

Vivió rígido y transido de dolor diez años, con algunas intermitencias (desde que acabó el bachillerato hasta que pasó más allá del sufrimiento), pero su mente viajó por los arcanos más ocultos, escarbó con tenacidad de minero en los estratos más hondos de su fértil pensamiento y en los de su cuerpo injertado de abscesos y gangrenas. *Corazones cicatrizados*, *Acontecimientos de la irrealidad inmediata*, libros cuyo contenido lúcido y delirante obsesionan al lector. Uno se separa de cada página como quien despierta de un sueño. Como ocurre con algunos sueños, resulta difícil creer que hayan sido una concatenación de acontecimientos liberados del control de la razón. Max Blecher fijó las pesadillas en palabras como quien fija una mariposa: la aguja ha clavado sólo el cuerpo del insecto, pero las alas cargadas de polen siguen batiendo.

Toda una vida en la misma postura: recostado, con las rodillas inmóviles en forma de W invertida. Semanas y meses de verano de días largos, meses de invierno de noches infinitas, años y más años. Unos cuantos en Berck-sur-Mer; otros dos en Leysin, luego Braşov, Techirghiol y una última parada en la periferia de Roman. Ahí lo conocí; fui muchas veces y me sentía violento: me parecía una osadía inmoral dar vueltas bueno y sano alrededor de un mutilado sin remedio.

Max Blecher leía, escribía y copiaba sin cesar y, sobre todo en las noches de fecundos insomnios, pensaba. Sus ideas cobraron formas transparentes, y los aniquiladores suplicios, serpenteantes resplandores de plata y la gravedad imponente de las cumbres.

Acontecimientos de la irrealidad inmediata es un libro sin parangón en la literatura rumana. Yo lo aproximaría a *Nadia*, el libro de magia onírica que sobrevivirá a André Bretón. Incluso en sus páginas imperfectas. ¿Acaso es necesaria siempre la perfección estilística? ¿Sólo las uñas arregladas son uñas? El destino de las obras literarias valiosas es tener muchos lectores en el tiempo y no en el espacio. El tiempo, ese gran crítico, es el que habrá de confirmar, también para la obra de Max Blecher, la observación de André Gide. Los metales preciosos no conocen el insulto del óxido y los buenos libros no mueren cubiertos de polvo en el estante de una biblioteca.

Se ha escrito mucho sobre el novelista y muy poco sobre el poeta Max Blecher.

Tras varias cartas y unos dibujos alucinantes hechos a plumilla, recibí un librito del tamaño de la palma de la mano y del color de un cielo sereno de verano. Sólo

tenía unas pocas páginas. Eran poemas en los que la frescura de las imágenes competía con la embestida de los sueños. La alhaja se llamaba *Cuerpo transparente*. La visión del mundo era muy diferente a la propia de la vida cotidiana. Contienen esa transformación radical de la materia y del pensamiento tan cara a los surrealistas:

*Como un pájaro en el nido del corazón
En ríos de sangre te bañas
Y vuelas por la punta de mis dedos*

(...)

*Tus manos en las vértebras como dos caballos
Con cascos verdes
Tus manos en el azul del cielo como dos pájaros
De alas de seda*

(...)

*El caballo entra el caballo sale
Entre los árboles frutales
Con orejas de aire
Y pendientes de gorriones
El caballo galopa hacia el mundo*

Blecher quería titular la traducción francesa de sus poemas como *Viaje a la irrealidad inmediata*, amplio y mirífico poema en prosa.

«¿Tengo derecho acaso a darle este título a otro libro? ¿No es una especie de autoplagio?», me preguntaba con su ingenuo candor e inquietud el día en el que nuestras manos se estrecharon por última vez y su serena mirada me siguió hasta la puerta. *Cuerpo transparente*. Sí, querido enfermo. Si tus dedos, tu cara, tus ojos y tu voz eran ayer casi transparentes, que dejaban ver tu alma, ahora ya eres para quienes te apreciaron y te quisieron tan transparente que, a través de ti, vemos como si fuese a través del recuerdo.

Cuando al día siguiente los tormentos físicos dijeron basta, cuando se le rompió en la carne el último espino, sus manos diáfanas llamaron a su madre junto a su lecho y, con voz ahogada por la emoción, Blecher le dijo: «En veintinueve años he vivido más que otros en cien. He viajado, he visto, he escrito. Diles a mis hermanas que vivan sin excesos, pero que vivan la vida. Que caminen con sus propios pies». (Entonces sus ojos del azul de los ojos infantiles lloraron por primera vez desde que cayó enfermo). «Que se paseen por donde haya flores, que cojan flores. Y de mí, olvidaos. Y me olvidaréis. Vale más llorar junto a una tumba que compadecer a un

enfermo». Seguidamente, entró en coma, sin una palabra sobre su calvario.

Los dolores físicos ajenos lo aterraban. A Miron Grindea, que estaba enfermo, le escribía: «me horroriza el dolor físico, y cuando me entero de que mis amigos sufren quisiera poder hacer algo en verdad eficaz para que se les pase el dolor. Por ejemplo, tener convulsiones tremendas durante una hora y que estas absorban todos los dolores de mis amigos (como una especie de absceso de fijación de los sufrimientos). Y eso no por un sentimentalismo de compasión o de caridad, sino como la única reacción honorable ante esa inmensa estupidez que es el dolor físico».

De manera muy discreta, Max Blecher aliviaba las penurias de sus amigos pobres. Doquiera se hallara tendido, no olvidaba pedirles a sus padres dinero para necesidades ficticias y, de este modo, mandar giros postales.

Estos serían algunos de los rasgos del retrato moral del poeta Max Blecher ante la vida y mirando a la muerte.

El último día del mes en el que el canto del ruiseñor resuena de nuevo, cuando delante de las casas las campanitas de los tulipanes hacen equilibrios entre los elegantes narcisos con el cuello doblado, en ese mayo en el que cada granjero tiene algo de poeta, murió Max Blecher.

... Con los rayos del sol mañanero posados sobre los pómulos rasposos.

Al día siguiente, cuando sacaban el ataúd de su casa, una lluvia corta, estival, tamborileó en la madera como en una puerta que ya no se abrirá más. Dentro estaba Blecher y como hacía muchos años no había estado: con las piernas estiradas. Sobre su tumba, en las afueras de Roman, caen las noches del noveno año.

Saşa Pană
1947

ACONTECIMIENTOS DE LA IRREALIDAD INMEDIATA

Cuando miro durante largo rato un punto fijo en la pared, a veces me ocurre que dejo de saber quién soy y dónde me encuentro. Siento entonces, de lejos, la ausencia de mi identidad, como si me hubiese convertido en una persona totalmente ajena. Este personaje abstracto y mi persona real se disputan mi convicción con fuerzas iguales.

Al momento siguiente, mi identidad se reencuentra, como en esas vistas estereoscópicas en las que, a veces, las dos imágenes se separan por error y sólo cuando el operador las ajusta, superponiéndolas, de pronto dan la impresión de estar en relieve. Entonces la habitación me parece de una plenitud que no había tenido antes. Vuelve a su consistencia anterior y los objetos que hay en ella regresan a su lugar, al igual que en un vaso de agua una pella de tierra deshecha se posa formando estratos de elementos diferentes, bien diferenciados y de colores variados. Los elementos de la habitación se estratifican en su propio contorno y en el colorido del viejo recuerdo que tengo de ellos.

La sensación de lejanía y soledad en los momentos en los que mi persona cotidiana se disuelve en la inconsistencia es distinta a cualesquiera otras sensaciones. Cuando dura mucho se transforma en miedo, en pavor a no poder volver a reencontrarme nunca más. A lo lejos, queda de mí una silueta imprecisa, rodeada de una gran luminosidad tal y como aparecen algunos objetos en la niebla.

La terrible incógnita de «quién soy» vive entonces en mí como un cuerpo enteramente nuevo, que ha crecido dentro de mí con una piel y unos órganos que me resultan absolutamente desconocidos. Para despejarla se requiere una lucidez más profunda y esencial que la del cerebro. Todo lo que puede agitarse en mi cuerpo se agita, se atormenta y se revuelve con más fuerza y de una forma más primitiva que en la vida cotidiana. Todo implora una solución.

Algunas veces vuelvo a encontrar la habitación tal como la conocía, como si cerrara y abriera los ojos; cada vez la habitación es más clara, igual que un paisaje visto a través de un catalejo aparece más y más nítido a medida que, ajustando la distancia, atravesamos todos los velos de las imágenes intermedias.

Finalmente, me reconozco a mí mismo y vuelvo a encontrar la habitación. Es una sensación de leve borrachera. La habitación está extraordinariamente condensada en su materia y yo, de forma implacable, he vuelto a la superficie de las cosas: cuanto más honda ha sido la ola de confusión, más alta es su cresta; jamás ni en ninguna circunstancia, salvo en esos momentos, me parece más evidente que cada objeto ha de ocupar el lugar que ocupa y que yo he de ser el que soy.

Mi tormento en la inseguridad deja de tener un nombre; es un simple sentimiento de pesar por no haber encontrado nada en lo más hondo de ella. Lo único que me sorprende es el que una ausencia total de significación haya podido ligarse de forma tan profunda a mi sustancia íntima. Cuando vuelvo a encontrarme a mí mismo y trato de expresar mi sensación, me parece totalmente impersonal: una simple exageración de mi identidad, que se ha desarrollado como un cáncer de su propia sustancia. Una pata de medusa que se ha estirado de manera desmesurada y ha tanteado, exasperada,

entre las olas hasta volver, por fin, bajo la gelatina de la ventosa. En unos momentos de zozobra, he recorrido de esta forma todas las certidumbres e incertidumbres de mi existencia, para volver definitiva y dolorosamente a mi soledad.

Entonces mi soledad es más pura y patética que nunca. La sensación de lejanía del mundo es más clara y más íntima: una melancolía límpida y suave, como un sueño que rememoramos en mitad de la noche.

Ella sola me recuerda algo del misterio y el encanto más bien triste de mis «crisis» de infancia.

Solamente en medio de esa súbita desaparición de mi identidad vuelvo a encontrar mis caídas en los espacios malditos de antaño y, solamente en los momentos de inmediata lucidez que siguen al retorno a la superficie, el mundo se me aparece en esa insólita atmósfera de inutilidad y desuso que se formaba a mi alrededor cuando mis alucinantes trances conseguían vencerme.

Eran siempre los mismos lugares de la calle, la casa o el jardín los que me provocaban «las crisis». Cuantas veces entraba en su espacio, me venían el mismo desfallecimiento y el mismo mareo. Auténticas trampas invisibles, colocadas acá y acullá por la ciudad, que en nada se diferenciaban del aire que las rodeaba, esperaban feroces a que yo cayera presa de la atmósfera especial que emanaba de ellas. Un paso, un único paso que diera, y entraba en uno de esos «espacios malditos», de modo tal que la crisis venía de forma irremediable.

Un espacio así se hallaba en el parque de la ciudad, en un pequeño claro al final de una alameda por donde jamás se paseaba nadie. Los matorrales de escaramujo y las pequeñas acacias que lo rodeaban se abrían por un solo lado hacia el paisaje desolador de un campo desierto. No había lugar en el mundo más triste y abandonado. Un espeso silencio se posaba en las hojas polvorientas durante el calor fétido del verano. De tanto en tanto se oían los ecos de las trompetas de un regimiento. Aquellos prolongados llamamientos en el desierto eran desgarradoramente tristes... A lo lejos, el aire abrasado por el sol temblaba como los vapores transparentes que flotan sobre un líquido hirviendo.

El lugar era un erial aislado; su soledad parecía no tener fin. Allí me parecía más agotador el calor del día y más pesado el aire que respiraba. Las matas polvorientas se tostaban, amarillas, al sol en una atmósfera de absoluta soledad. Planeaba una sensación extraña de inutilidad en aquel claro que existía «en alguna parte del mundo», en alguna parte donde yo mismo había ido a parar sin ton ni son, cierta tarde de verano que tampoco tenía ningún sentido. Una tarde que se había perdido de forma caótica en el calor del sol, entre unos matorrales anclados en el espacio «en alguna parte del mundo». Entonces sentía de manera más profunda y dolorosa que no tenía nada que hacer en este mundo, sólo deambular por los parques, por los calveros polvorientos y quemados por el sol, desiertos y agrestes. Era un deambular que acababa por desgarrarme el corazón.

Otro lugar maldito se hallaba justamente en la otra punta de la ciudad, entre los ribazos escarpados y llenos de hoyos del río donde me bañaba con mis compañeros de juegos.

El ribazo presentaba una depresión en el terreno. Había por allí una fábrica de aceite de girasol. Las cáscaras de las semillas se arrojaban al hueco formado por la depresión y, con el tiempo, se había ido formando un montículo de cáscaras secas que descendía en pendiente desde lo alto del ribazo hasta el borde del agua.

Mis compañeros bajaban al río por esa pendiente, prudentes, agarrándose de la mano y hundiendo los pies en esa alfombra de podredumbre.

Las paredes del ribazo, a una y otra parte de la pendiente, eran abruptas y presentaban un relieve fantástico. La lluvia había esculpido largos regueros de grietas finas cual arabescos, pero feas como heridas mal cicatrizadas. Eran auténticos desgarros en la carne del barro, heridas horribles y abiertas.

Entre aquellas paredes que me impresionaban sobremanera, tenía que bajar al río también yo.

Antes de llegar a la orilla del río, las narices se me llenaban del olor de las cáscaras podridas. Eso me preparaba para la «crisis» como una especie de breve incubación; era un olor desagradable y, no obstante, suave. Así eran también las crisis.

Mi sentido del olfato se dividía en dos y los efluvios del olor a podredumbre penetraban en zonas con sensaciones bien diferenciadas. Simultáneamente, captaba el olor gelatinoso de la descomposición de las cáscaras y otro muy diferente, un perfume agradable, cálido y familiar de avellanas tostadas.

Este perfume, en cuanto lo notaba, me transformaba en pocos segundos, circulaba por todas mis fibras interiores y daba la sensación de que las disolvía para reemplazarlas por una materia más aérea y más inconcreta. A partir de entonces, ya no podía evitar nada. Me entraba en el pecho un desfallecimiento plácido y vertiginoso que impulsaba a toda prisa mis pasos hacia la orilla, al lugar de mi derrota definitiva.

Bajaba hasta el agua corriendo como un loco por el montículo de cáscaras. El aire me oponía su densidad afilada y dura como la hoja de un cuchillo. Todo mi alrededor se hundía de manera caótica en un hoyo inmenso con una fuerza de atracción insospechada.

Mis camaradas contemplaban asustados mi loca carrera. Abajo, el cascajar era muy estrecho y, al menor paso en falso, habría ido a parar al río, a un lugar donde los remolinos que había en la superficie del agua revelaban que la profundidad era muy grande.

Pero yo no sabía muy bien lo que hacía. Cuando llegaba al borde del agua, también a la carrera, rodeaba el montículo de cáscaras y corría por la orilla del río hasta un lugar donde la ribera hacía una oquedad.

Al fondo de ésta se había formado una pequeña gruta, una caverna umbrosa y

fresca como un habitáculo excavado en la roca. Entraba allí y me dejaba caer al suelo sudando, roto de cansancio y temblando de la cabeza a los pies.

Cuando me recobraba un poco, encontraba junto a mí el decorado íntimo e increíblemente agradable de la gruta, con un pequeño nacimiento de agua que manaba sin cesar de la roca y caía chorreando hasta abajo, formando en medio de los guijos un pequeño estanque de aguas límpidas, al que me asomaba para mirar, sin hartarme nunca, los maravillosos encajes que formaba el musgo verde del fondo, los gusanos aferrados a trozos de madera, los pedazos de hierro viejo cubiertos de herrumbre y cieno, y los bichos y cosas diversas del fondo del agua extraordinariamente bellos.

Además de estos dos lugares malditos, el resto de la ciudad se confundía en una masa uniforme de vulgaridad, con casas que se podían sustituir unas por otras, árboles de una desesperante inmovilidad, perros, terrenos baldíos y polvo.

En habitaciones cerradas las crisis se producían con más facilidad y más frecuencia. Por regla general, no soportaba nunca estar solo en una habitación desconocida. Si tenía que esperar, a los pocos momentos me entraba un desfallecimiento suave y terrible. Todo el cuarto se preparaba para ello: una intimidad cálida y acogedora se filtraba por las paredes y se deslizaba por todos los muebles y todos los objetos. De repente, la habitación se volvía sublime y yo me sentía muy feliz estando allí. Pero eso no era sino una añagaza más de la crisis; una perversidad suya suave y delicada. En el instante siguiente a mi estado de placidez, todo se trastocaba y se embarullaba. Miraba con los ojos muy abiertos todo lo que había a mi alrededor pero los objetos perdían su sentido habitual: estaban cobrando una existencia nueva.

Como si acabasen de quitarles los papeles finos y transparentes que los hubiesen envuelto hasta ese momento, su aspecto se tornaba de una indecible novedad. Parecían destinados a un uso nuevo, superior y fantástico que, por más empeño que yo pusiera, en vano habría logrado descubrir.

Y no sólo eso: los objetos estaban poseídos de un auténtico frenesí de libertad. Eran independientes los unos de los otros, pero de una independencia que no sólo equivalía a un simple aislamiento sino a una exaltación estática.

Su entusiasmo por existir rodeados de una nueva aureola se me contagiaba a mí también: poderosas adherencias me ligaban a ellos, con anastomosis invisibles que hacían de mí un objeto de la habitación igual a los demás, de la misma forma que un órgano injertado en la carne viva, mediante un sutil intercambio de sustancias, se integra en un cuerpo ajeno.

Una vez, durante una crisis, el sol envió por la pared una pequeña cascada de rayos, como un agua de oro, marmórea e irreal, de ondas luminosas. Veía el rincón de una biblioteca con gruesos volúmenes encuadernados en piel tras el cristal, y esos detalles reales que percibía desde la lejanía del desfallecimiento consiguieron

marearme y rendirme como una última inhalación de cloroformo. Lo que tenían esos objetos de corriente y habitual era lo que me desazonaba más. La costumbre de verlos tantas veces seguramente acabaría por desgastarles la piel exterior y, así, se me aparecían, en ocasiones, desollados y chorreando sangre: vivos, increíblemente vivos.

El momento supremo de la crisis se consumaba flotando fuera del mundo, era un estado plácido y doloroso a la vez. Si se oía un ruido de pasos, la habitación volvía a su aspecto anterior. Inmediatamente se producía un descenso mínimo, casi imperceptible de su exaltación; entonces tenía la convicción de que la certeza en la que estaba viviendo estaba separada del mundo de las incertidumbres por una película extremadamente delgada.

Volvía en mí en la consabida habitación, sudoroso, cansado y con la sensación plena de la inutilidad de las cosas que me rodeaban. En ellas observaba detalles nuevos, tal y como ocurre cuando descubrimos algo en lo que nunca habíamos reparado de un objeto que veníamos usando durante años seguidos.

La habitación conservaba un inconcreto recuerdo de la catástrofe, como el olor a azufre en un lugar donde se ha producido una explosión. Miraba los libros encuadernados en la vitrina y, en su inmovilidad, advertía, no sé cómo, un aire pérfido de misterio y complicidad. Los objetos que me rodeaban no renunciaban nunca a la actitud misteriosa que conservaban con fiereza en su severa inmovilidad.

Las palabras corrientes no valen en ciertas honduras del alma. Trato de definir con la mayor exactitud posible mis crisis y sólo encuentro imágenes. La palabra mágica que podría expresarlas tendría que recoger la esencia de otras sensaciones vividas y destilarse de ellas como un olor nuevo de entre una sabia composición de perfumes.

Para existir, esa palabra habría de contener algo de la estupefacción que me embarga cuando miro a una persona en la realidad y, luego, observo con atención sus gestos en un espejo; algo de la locura que supone la caída en el sueño mientras un pavor lacerante me recorre la espina dorsal durante un instante imposible de olvidar, y algo de la niebla y la transparencia, pobladas de extraños decorados, que contienen las bolas de cristal.

Envidiaba a la gente de mi alrededor, encerrados herméticamente en sus misterios y protegidos de la tiranía de los objetos. Ellos vivían prisioneros dentro de sus abrigos y gabardinas pero nada del exterior podía aterrorizarlos y vencerlos, nada penetraba dentro de sus maravillosas prisiones. Entre el mundo y yo no existía ninguna separación. Todo cuanto me rodeaba me invadía de la cabeza a los pies, como si mi piel hubiese sido la tela de un cedazo. La atención, muy poco concentrada, por otro lado, con la que miraba en derredor, no era un mero acto de voluntad. El mundo prolongaba en mí de forma natural todos sus tentáculos; me traspasaban los miles de brazos de la hidra. Tenía que constatar con desesperación que estaba viviendo en el

mundo que veía. No había nada que hacer contra eso.

Las «crisis» nos pertenecían en igual medida a mí y a los lugares donde acontecían. Es cierto que algunos de esos lugares poseían su maldad «personal» pero todos los demás se hallaban en trance mucho antes de llegar yo. Por ejemplo, era el caso de algunas habitaciones, donde sentía que mis crisis eran cristalización de la melancolía producida por la inmovilidad y su infinita soledad.

Sin embargo, como una especie de equidad entre el mundo y yo (una equidad que me sumergía más irremediamente todavía en la uniformidad de la materia bruta), la convicción de que los objetos podían ser inofensivos llegó a ser tan fuerte como el terror que a veces me inspiraban. Lo inofensivo de ellos procedía de una carencia general de fuerzas.

Sentía vagamente que nada de este mundo podía llegar al final, que nada podía llegar a completarse. La ferocidad de los objetos se agotaba en sí misma. De ese modo, nació en mí la idea de imperfección de cualquier manifestación en este mundo, aun cuando fuera sobrenatural.

En un diálogo interior que, me parece, no acababa nunca, desafiaba a veces a los poderes maléficos de mi alrededor, al igual que, en otro tiempo, los adulaba de forma rastrera. Practicaba unos ritos extraños, pero no desprovistos de sentido. Si cuando salía de casa e iba por trayectos distintos, volvía siempre sobre mis pasos, eso lo hacía para no describir un círculo al andar en el que quedasen encerrados casas y árboles. En este sentido, mi andadura se asemejaba a un carrete de hilo; si una vez desenrollado no lo hubiese enrollado inmediatamente, en el mismo camino, las cosas que hubiesen quedado atrapadas dentro del lazo formado por la marcha se habrían quedado para siempre jamás, irremediable y profundamente, ligadas a mí. Si cuando llovía evitaba tocar las piedras por donde corrían los regueros de agua, lo hacía para no añadir nada a la acción del agua y para no interferirme en el ejercicio de sus poderes esenciales.

El fuego lo purificaba todo. Llevaba siempre en el bolsillo una caja de cerillas. Cuando estaba muy triste encendía una cerilla y pasaba la palma de la mano por la llama, primero una y después la otra.

Había en todo ello una especie de melancolía de existir y una especie de tormento organizado de una forma normal en los límites de mi vida de niño.

Con el tiempo, las crisis desaparecieron por sí solas pero no sin dejarme grabado para siempre su poderoso recuerdo.

Cuando entré en la adolescencia dejé de tener crisis, pero aquel estado crepuscular que las precedía y el sentimiento profundo de inutilidad del mundo que las seguía se convirtieron, en cierto modo, en mi estado natural.

La inutilidad llenó los huecos del mundo como un líquido que se hubiese extendido en todas direcciones, y el cielo encima de mí, ese cielo eternamente correcto, absurdo e inconcreto, adquirió el color propio de la desesperación.

En esta inutilidad que me rodea y bajo este cielo maldito por los siglos de los

siglos deambulo todavía hoy.

Me llevaron al médico por mis crisis y éste dijo una palabra rara: «paludismo». Me extrañó muchísimo que mis trastornos tan íntimos y secretos pudiesen tener nombre y encima un nombre tan raro. El doctor me prescribió quinina: otra cosa sorprendente. Me resultaba imposible comprender cómo podrían curarse los espacios enfermos, *ellos*, con la quinina que tomaba *yo*. Pero lo que me desazonaba sobremanera era el médico mismo. Durante mucho tiempo después de aquella consulta, él siguió existiendo y agitándose en mi memoria con gestos menudos y automáticos cuyo inagotable mecanismo yo no lograba detener.

Era un hombre de corta estatura con la cabeza en forma de huevo. La extremidad puntiaguda del huevo se prolongaba en una perilla negra perpetuamente movediza. Los ojos pequeños y aterciopelados, sus gestos breves y la boca prominente lo asemejaban a un ratón. Esa impresión fue tan fuerte desde el primer momento que me pareció muy natural, cuando comenzó a hablar, oírlo arrastrando mucho las erres y de forma sonora, como si mientras hablaba estuviese royendo algo a escondidas.

La quinina que me dio me reforzó la convicción de que en el médico había algo ratonil. La comprobación de esta convicción se hizo de un modo tan extraño y está relacionada con acontecimientos tan importantes de mi niñez que creo bien vale la pena contarlos aparte.

Cerca de nuestra casa, había una tienda de máquinas de coser adonde iba yo todos los días y pasaba allí horas enteras. Su propietario era un chico joven, Eugen, que acababa de terminar el servicio militar y, como medio de vida, había abierto en la ciudad esa tienda. Tenía una hermana un año menor que él llamada Clara. Vivían en un barrio y durante el día se dedicaban a la tienda; no tenían ni parientes ni amigos.

La tienda era una sencilla vivienda que, por primera vez, se alquilaba para uso comercial.

Las paredes todavía conservaban la que había sido pintura del salón, con guirnaldas de lilas moradas y huellas rectangulares y descoloridas de haber habido cuadros colgados. En mitad del techo, había quedado una lámpara de bronce con un casquete de mayólica de color rojo oscuro, festoneado de hojas verdes de acanto, hojas en relieve de mosaico. Era un objeto lleno de adornos, viejo y pasado de moda, pero imponente; algo que se parecía a un monumento funerario o a un general veterano llevando su viejo uniforme en un desfile.

Las máquinas de coser se alineaban perfectamente en tres filas, dejando entre ellas dos largos pasillos hasta el fondo. Eugen se cuidaba de rociar el suelo todas las mañanas con una vieja lata de conservas agujereada. El reguero de agua que se formaba era muy delgado y Eugen lo manejaba con destreza dibujando en el suelo espirales y ochos muy bien hechos. De vez en cuando, firmaba y escribía la fecha del día. La pintura de las paredes, evidentemente, exigía tales refinamientos.

Al fondo de la tienda, un biombo de tablas separaba una especie de camerino del resto de la estancia; una cortina verde cubría la entrada. Allí pasaban todo el tiempo

Eugen y Clara, allí comían a mediodía para no tener que cerrar la tienda. Ellos lo llamaban «el camerino de los artistas» y un día oí a Eugen decir que era un «auténtico camerino de artista». «¿Acaso cuando salgo a la tienda y me tiro media hora hablando para vender una máquina de coser, no estoy representando una comedia?». Y añadió en un tono más docto: «La vida, en general, es puro teatro».

Detrás de la cortina, Eugen tocaba el violín. Tenía la partitura en la mesa y se inclinaba sobre ella para descifrar con paciencia los enrevesados pentagramas, como si estuviese devanando un ovillo con muchos nudos para sacar de ellos un hilo único y delgado, el hilo de la pieza musical. Toda la tarde ardía sobre un cofre un pequeño quinqué que llenaba la habitación con una luz mortecina y distorsionaba la figura del violinista al proyectar en la pared una sombra gigantesca.

Iba tan a menudo por allí que con el tiempo me convertí en una especie de mueble, una prolongación de la vieja otomana de hule sobre la que me sentaba y me quedaba inmóvil, un objeto al que nadie le hacía caso y que a nadie molestaba.

Al fondo del camerino, Clara se arreglaba por las tardes. Tenía su ropa en un armarito y se miraba en un espejo roto apoyado en el quinqué, sobre el cofre. Era un espejo tan viejo que, a trechos, había perdido el bruñido y entre las manchas transparentes aparecían los objetos reales de la parte de atrás del espejo mezclándose con las imágenes reflejadas, como en una fotografía con los clichés superpuestos.

A veces se desnudaba casi del todo y se frotaba con agua de colonia los sobacos, levantando sin pudor los brazos, o los pechos, metiéndose la mano entre la camisa y el cuerpo. La camisa era corta y, cuando se inclinaba, le veía las piernas enteras, muy hermosas, enfundadas en medias bien tensas. Se parecía absolutamente a una mujer semidesnuda que vi en una tarjeta postal pornográfica que un vendedor de rosquillas me enseñó una vez en el parque.

Provocaba en mí la misma desazón confusa que la imagen obscena, una especie de vacío que se me hacía en el pecho a la vez que un deseo sexual terrible que me asía el pubis como una garra.

Yo me sentaba en el «camerino» siempre en el mismo sitio, en la cama turca, detrás de Eugen, y esperaba a que Clara terminara de arreglarse. Entonces ella salía a la tienda pasando entre su hermano y yo por un espacio tan estrecho que se rozaba los muslos con mis rodillas.

Cada día esperaba yo aquel instante con la misma impaciencia y el mismo tormento. Ello dependía de una multiplicidad de pequeñas circunstancias que sopesaba y acechaba con una sensibilidad exasperante y extraordinariamente aguda. Bastaba que a Eugen le entrara sed, que no tuviese ganas de tocar o que entrase un parroquiano en la tienda para que abandonara su sitio junto a la mesa y entonces quedaba bastante espacio libre para que Clara pudiese pasar sin tocarme.

Por las tardes, cuando iba allí y me aproximaba a la puerta de la tienda, me salían unas antenas largas y vibrantes que exploraban el aire para captar el sonido del violín; si oía tocar a Eugen, me embargaba un gran sosiego. Entraba lo más despacio posible

y, desde el umbral mismo, decía mi nombre en voz alta para que él no creyese que había venido un cliente e interrumpiese su labor siquiera un segundo; podría ser que, en ese segundo, cesaran, de repente, la inercia y el espejismo de la melodía y que Eugen dejase el violín y ya no volviese a tocar más en toda la tarde. Pero no era ese el único contratiempo que podría suceder. Tantas y tantas cosas ocurrían en el camerino... Durante todo el tiempo que Clara pasaba arreglándose, yo estaba atento al menor ruido y observaba los menores movimientos temeroso de que éstos pudieran provocar una tarde desastrosa. Por ejemplo, era posible que a Eugen le entrara una ligera tos, que tragase un poco de saliva y que, de repente, dijera que tenía sed o que se fuese a la confitería a comprarse un dulce. Cosas insignificantes, como esa tos, podían dar lugar a una monstruosa y terrible tarde perdida. Entonces el día entero perdía toda su importancia y, durante la noche, en la cama, en vez de recrearme pensando (y regodeándome varios minutos en todos los detalles para «verlos» y recordarlos mejor) en el momento en que mis rodillas rozaban las medias de Clara — de ahondar, de esculpir y de acariciar ese pensamiento—, me revolvía febril entre las sábanas sin poder dormir y aguardando impaciente la llegada del nuevo día.

Un día sucedió algo totalmente insólito. El acontecimiento pareció, al principio, tomar el sesgo de un desastre y concluyó con una sorpresa inesperada, pero de una forma tan brusca y con un gesto tan mínimo que toda mi alegría posterior, que procedía de él, fue como una ensambladura de objetos heteróclitos mantenidos en equilibrio en un único punto por un prestidigitador.

Con un solo paso, Clara cambió por completo el contenido de mis visitas, dándoles otro sentido y nuevas emociones, como en los experimentos de química donde veía cómo un pedacito de cristal sumergido en un líquido rojo lo transformaba instantáneamente en otro de un asombroso color verde.

Yo estaba en la cama turca, en el sitio habitual, esperando con la misma impaciencia de siempre, cuando la puerta se abrió y entró alguien en la tienda. Al instante, Eugen abandonó el camerino. Todo parecía perdido. Clara siguió arreglándose con indiferencia mientras la conversación en la tienda se prolongaba hasta el infinito. Pero bien habría podido ocurrir que Eugen volviera antes de que su hermana hubiese acabado de vestirse.

Yo seguía con el alma en vilo el hilo de las dos cosas, el aseo de Clara y la conversación de la tienda, pensando en que podrían desarrollarse paralelamente hasta que Clara saliese a la tienda o bien que, por el contrario, se encontraran en un punto fijo del camerino, como en una película de cine cuando dos locomotoras corren la una hacia la otra a una velocidad vertiginosa y chocarán o se cruzarán según intervenga en el último segundo una mano misteriosa que cambie de agujas. En esos momentos de espera sentía claramente el discurrir normal de la conversación y, en una vía paralela, que Clara seguía empolvándose la cara...

Trataba de corregir la fatalidad sacando mucho las rodillas hacia la mesa. Para que se rozaran con las piernas de Clara habría tenido que estar sentado al borde

mismo de la cama turca en una postura si no rara, sí al menos cómica.

Me parece que, a través del espejo, Clara me miraba y sonreía.

En seguida terminó de pintarse los labios con el carmín y se dio el último toque de colorete en las mejillas. El perfume que se expandió por el camerino me embriagó de deseo y desesperación. Cuando ella pasó por mi lado sucedió lo que menos me esperaba: se restregó los muslos contra mis rodillas, como las demás veces (¿o acaso más fuerte?, pero eso era una ilusión, seguro), con aire indiferente, como si entre nosotros no pasara nada.

Hay una complicidad en el vicio más honda y rápida que en un arreglo verbal. Aquella atraviesa al instante todo el cuerpo como una melodía interior y transforma totalmente los pensamientos, la carne y la sangre.

En la fracción de segundo en la que las piernas de Clara me rozaron nacieron en mí nuevas e inmensas esperanzas.

Con Clara lo comprendí todo desde el primer día; fue mi primera aventura sexual completa y normal. Una aventura llena de tormentos y esperas, de ansiedad y de crujir de dientes, algo que se habría parecido al amor si no hubiese sido la simple continuidad de una dolorosa impaciencia. En la misma medida en la que yo era impulsivo y atrevido, Clara era reposada y caprichosa; tenía una forma violenta de provocarme y una especie de alegría canina de verme sufrir, alegría que precedía siempre al acto sexual y formaba parte de él.

La primera vez que ocurrió entre nosotros lo que yo llevaba tanto tiempo esperando, su provocación fue de una simpleza tan elemental (y casi brutal) que la pobre frase que pronunció entonces y el verbo anónimo que empleó aún conservan hoy para mí algo de la virulencia de antaño. Basta con que piense un poco en ellos para que mi indiferencia actual parezca corroída por un ácido y la frase recupere su violencia, como entonces fue.

Eugen había salido a la calle. Estábamos los dos en la tienda, en silencio. Clara, con su vestido de tarde y las piernas cruzadas detrás del escaparate, hacía punto con mucha atención. Habían transcurrido varias semanas desde lo del camerino y entre nosotros había surgido una especie de frialdad cortante, una tensión oculta que se traducía en una extrema indiferencia por su parte. Permanecíamos el uno frente al otro horas enteras sin decir una palabra y, no obstante, sobre aquel silencio parecía planear la amenaza de una explosión, una confabulación secreta y perfecta. Sólo me faltaba la palabra misteriosa que rompiera el velo convencional; todas las tardes me hacía decenas de proyectos pero, al otro día, chocaban contra los obstáculos más elementales: no podía dejar de hacer punto, no había una luz favorable, el silencio de la tienda o las tres filas de máquinas de coser, demasiado bien ordenadas para permitir ningún cambio importante en la tienda, aunque fuera de orden sentimental.

Estaba todo el tiempo con las mandíbulas apretadas; había un silencio terrible, un silencio que, en mi interior, cobraba la fuerza y la forma de un aullido.

Clara fue quien lo interrumpió. Habló casi susurrando, sin levantar los ojos de la labor.

—Si hubieras venido antes, habríamos podido *hacerlo*. Eugen se fue nada más terminar de comer.

Hasta entonces jamás se había filtrado en nuestros silencios la menor alusión sexual y, mira por dónde, unas cuantas palabras bastaron para que surgiera entre nosotros una nueva realidad, tan milagrosa y extraordinaria como una estatua de mármol que hubiese brotado del suelo en medio de las máquinas de coser.

Al momento me fui junto a Clara, le cogí una mano, se la acaricié con violencia y se la besé. Ella se soltó.

—Eh, déjame —dijo nerviosa.

—Ven, Clara, te lo pido por favor...

—Ahora es muy tarde, Eugen está a punto de volver, déjame, déjame.

Le palpaba febril la espalda, los pechos y las piernas.

—Déjame —protestaba Clara.

—Ven ahora, aún tenemos tiempo —le suplicaba yo.

—¿Dónde?

—Al camerino... Venga... Allí se está bien.

Y cuando dije «bien» el pecho se me hinchó de una cálida esperanza. Volví a besarle la mano y, dándole un tirón, la hice levantarse de la silla. Ella se dejó llevar de mala gana, arrastrando los pies por el suelo.

A partir de aquel día, las «costumbres» de las tardes cambiaron: se trataba siempre de Eugen, de Clara y de las mismas sonatas, pero ahora el violín se me hizo insoportable y mi impaciencia acechaba el momento en el que Eugen tenía que irse. En el mismo camerino mis desazones se alteraron, como si estuviese jugando a un juego nuevo en un cartón con líneas trazadas para un juego ya conocido.

Cuando Eugen se iba, empezaba la auténtica espera. Era una espera más dura e insoportable que antes de irse él; el silencio de la tienda se transformaba en un témpano de hielo.

Clara se sentaba tras el escaparate y se ponía a hacer punto: ese era cada día el «principio» y sin ese principio nuestra aventura no podía tener lugar. Algunas veces, cuando Eugen se iba, Clara estaba todavía en el camerino a medio vestir. Yo creía que eso podía acelerar las cosas pero me engañaba: Clara no admitía otro comienzo que el de la tienda. Tenía que esperar inútilmente a que se vistiera y se colocase detrás de los cristales del escaparate para abrir el libro de la tarde por la primera página.

Me sentaba frente a ella en una sillita y empezaba a hablarle, a rogarle y a suplicarle durante largo rato. Sabía que era inútil; Clara sólo aceptaba raras veces e, incluso entonces, usaba alguna marrullería para no decirme que sí del todo.

—Voy al camerino a tomarme unos polvos, me duele terriblemente la cabeza. Por

favor, no vengas detrás de mí.

Yo se lo juraba y la seguía en seguida. En el camerino, empezaba una auténtica lucha en la que, naturalmente, las fuerzas de Clara estaban dispuestas a ceder. Entonces se dejaba caer en la otomana como si hubiese tropezado con algo. Acto seguido, se ponía las manos debajo de la cabeza y cerraba los ojos, como si fuera a dormir. Me resultaba imposible cambiar ni un centímetro la posición del cuerpo; tal como estaba, de lado, tenía que quitarle la falda, sacársela de debajo de las piernas y pegarme a ella. Clara no oponía la menor resistencia a mis maniobras pero tampoco me daba ninguna facilidad. Estaba inmóvil e indiferente, como un leño, y sólo su calor íntimo y secreto me revelaba que estaba atenta y que «sabía».

Más o menos por entonces fue cuando se consultó al médico que me había prescrito la quinina. En el camerino corroboré mi impresión de que en él había algo ratonil y, como he dicho, fue de modo completamente absurdo y sorprendente.

Un día, estando pegado a Clara y mientras le quitaba la ropa con febriles movimientos, noté algo extraño moverse por el camerino e intuí —más que por mis propios sentidos, por un instinto desconocido pero muy aguzado por la intensidad del placer al que me estaba acercando y que no admitía ninguna presencia extraña— que un ser vivo nos estaba mirando.

Volví asustado la cabeza y vi encima del cofre, detrás de la caja de polvos, un ratón. Este se paró justo al lado del espejo, al borde del cofre, y se me quedó mirando fijamente con sus ojillos negros en los cuales la luz de la lámpara ponía dos gotas doradas que se me clavaban en lo más hondo. Durante unos segundos se miró en mis ojos con tanta fijeza que sentía esos dos puntos brillantes traspasándome hasta el fondo del cerebro. Parecía estar pensando si dirigirme una dura invectiva o sólo un reproche. Pero, de pronto, la fascinación se deshizo y el ratón echó a correr desapareciendo detrás del cofre. Estaba seguro de que el doctor había venido a espiarme.

Aquella noche, al tomarme la quinina, mi presunción se reforzó por un razonamiento perfectamente ilógico pero válido para mí: la quinina estaba amarga; por otro lado, el doctor había visto en el camerino el placer que me estaba dando Clara. En consecuencia, y para establecer un justo equilibrio, me había prescrito el medicamento más desagradable que podía existir. Yo lo oía, en mis pensamientos, royendo su dictamen: «¡Cuanto más grrrande es el placerrr, más amarrrga ha de serrr la medicina!».

Unos meses después de la visita, encontraron muerto al doctor en el desván de su casa; se había pegado un tiro en la sien.

Cuando me enteré de la siniestra noticia, lo primero que pregunté fue si había ratones en aquel desván.

Necesitaba esa certeza.

Para que el doctor estuviese muerto de verdad, era irremisiblemente necesario que

una jauría de ratones se lanzaran sobre el cadáver, que lo hurgaran y le sacaran la sustancia ratonil que le habían prestado en vida para que pudiera llevar una existencia ilegal de «hombre».

Cuando conocí a Clara debía yo de tener unos doce años. Por lejos que se remontan mis recuerdos, hasta lo más recóndito de la infancia, los encuentro ligados al conocimiento sexual. Este me parece tan nostálgico y puro como la vivencia de la noche, del miedo o de las primeras amistades. En absoluto se diferencia de otras melancolías o de otras expectativas, por ejemplo, de la aburrida espera para llegar a ser «mayor», y que yo comprobaba de forma concreta siempre que le daba la mano a una persona de más edad, para delimitar así la diferencia de peso y el tamaño de mi pequeña mano, perdida entre los nudosos dedos dentro de la palma enorme de quien me la estrechaba.

En ningún momento de mi niñez ignoré la diferencia entre hombres y mujeres. Quizá fuera un tiempo en el que, para mí, todos los seres vivos se confundían en una claridad única de movimientos e inercias; no tengo ningún recuerdo exacto de esto. El secreto sexual siempre fue visible. Se trataba de un «secreto» como si hubiese sido una realidad objetiva: una mesa o una silla.

Sin embargo, cuando investigo con atención mis recuerdos más lejanos, su «falta de actualidad» se me revela por la comprensión errónea del acto sexual. Me imaginaba los órganos femeninos de otra forma y el acto en sí mismo como algo mucho más fastuoso y extraño que como lo conocí con Clara. Pero en todas las interpretaciones —equivocadas pero luego cada vez más acertadas— flotaba, inefable, un aire de misterio y amargura que, lentamente, fue perfeccionando su consistencia, como el cuadro de un pintor realizado partiendo de bocetos imprecisos.

Me veo muy pequeño, con una camisa larga que me llegaba hasta los talones, llorando con desespero en el umbral de una puerta, en un patio bañado de sol cuya puerta daba a un mercado desierto, un mercado a mediodía caluroso y triste, con perros durmiendo tendidos boca abajo y hombres tumbados a la sombra de los puestos de verduras.

En el ambiente, un olor penetrante a hortalizas podridas, grandes moscas moradas zumbando ruidosamente a mi alrededor, sorbiendo las lágrimas que me han caído en las manos y volando en círculos frenéticos a la luz densa y febril del patio. Me levanto y orino atento en el polvo. La tierra sorbe con avidez el líquido pero en el sitio queda una mancha oscura, como la orina de un objeto que no existe. Me seco la cara con los faldones de la camisa y lamo las lágrimas de la comisura de los labios, paladeando su sabor salado. Vuelvo a sentarme en el umbral y me encuentro muy desgraciado. Me han pegado.

Hace un rato, en mi habitación, mi padre me dio unos azotes en las nalgas desnudas. No sé muy bien por qué. Me quedo pensando. Yo estaba acostado en la cama junto a una niña de mi edad; nos habían puesto a los dos allí para dormir mientras nuestros padres se iban de paseo. No los oí volver y no sé qué le estaría haciendo exactamente a la niña debajo de las sábanas. Sólo sé que, en el momento en el que mi padre de repente levantó la colcha, la niña aceptaba. Mi padre se puso rojo

de ira y me pegó. Eso es todo.

Estando al sol en el umbral, he llorado y me he secado los ojos, estoy dibujando con el dedo en el polvo círculos y líneas, me cambio de sitio, a otro con más sombra, me pongo en cuclillas sobre una piedra y me encuentro mejor. Una chica viene al patio a coger agua y gira la rueda oxidada de la bomba. Escucho con atención el chirrido del hierro viejo, miro cómo brota el agua y cae en el caldero como una soberbia cola de caballo plateada, miro los pies grandes y sucios de la chica, bostezo porque no he dormido nada y, de vez en cuando, intento atrapar una mosca. Es la vida simple que vuelve a empezar después del llanto. En el patio, el sol sigue derramando su canícula agobiante. Es mi primera aventura sexual y el recuerdo más antiguo de mi infancia.

A partir de ahí, oscuros instintos se hinchan, crecen, se deforman y entran en sus límites naturales. Lo que habría tenido que ser una fascinación cada vez mayor fue para mí un rosario de renunciadas y de crueles reducciones a la vulgaridad; la evolución de la infancia a la adolescencia significó una mengua continua del mundo y, a medida que las cosas se organizaban a mi alrededor, su aspecto inefable desaparecía, como una superficie brillante que se empaña.

Extática y milagrosa, la figura de Walter conserva aun hoy su luz fascinante.

Cuando lo conocí, estaba a la sombra de una acacia, sobre el tronco de un árbol, leyendo un tebeo de Buffalo Bill. La luz clara de la mañana se filtraba por las ramas verdes y tupidas con un murmullo de sombra y frescor. Su atuendo no era nada habitual: llevaba una sahariana granate con botones de hueso, pantalones de piel de corzo y calzaba sandalias trenzadas a tiras finas de piel blanca. Algunas veces, cuando quiero revivir por un instante la sensación extraordinaria de aquel encuentro, me quedo contemplando largo rato la primera página amarillenta y gastada de un tebeo de Buffalo Bill. Sin embargo, en la presencia real de Walter había otra cosa, su sahariana roja a la sombra verduzca de la acacia.

Su primer gesto fue ponerse en pie con una especie de salto elástico, como el de un animal. Nos hicimos amigos en seguida. Hablamos un poco y no tardó en hacerme una sorprendente proposición: que comiésemos flores de acacia. Por primera vez, conocía a alguien que comía flores. En un santiamén, Walter se encaramó al árbol y cogió un ramillete enorme. Acto seguido, bajó y me enseñó cómo había que separar con delicadeza la flor de la corola para sorber únicamente la punta de esta. Probé yo también; la flor crujió un poco entre los dientes con un chasquido agradable y la boca se me llenó de un perfume suave y fresco como jamás había experimentado.

Durante un rato permanecimos en silencio comiendo flores de acacia. De pronto, me agarró un brazo y me lo apretó.

—¿Quieres ver la «sede» de nuestra pandilla?—. La mirada de Walter se había vuelto centelleante. Me dio un poco de miedo. —¿Quieres o no?

Vacilé un instante.

—Sí que quiero —contesté con una voz que no era la mía y con una voluntad de

riesgo que, de repente, estalló en mí y que notaba perfectamente que me era ajena.

Walter me cogió de la mano y me llevó por la puertecita del fondo del patio hacia un solar desierto. La yerba y la maleza habían crecido allí a sus anchas. Las ortigas me picaban en las piernas al pasar y tenía que apartar con la mano los tallos gruesos de cicuta y bardana. Al fondo del solar llegamos a una tapia en ruinas. Delante de la tapia había una zanja y un hoyo profundo. Walter saltó adentro y me dijo que lo siguiera; el hoyo se extendía por debajo de la tapia y daba a un sótano abandonado, al que entramos.

Los escalones estaban rotos y cubiertos de matojos, la humedad se filtraba por las paredes y, ante nosotros, se abría una oscuridad total. Walter me apretó el brazo con fuerza y me dio un tirón. Lentamente, bajamos unos diez peldaños. Luego nos detuvimos.

—Es menester que nos quedemos aquí —me dijo—, no podemos seguir adelante. Al fondo, hay unos hombres con brazos y cabeza de hierro que han salido de la tierra. Están inmóviles y si nos cogen en la oscuridad nos estrangulan.

Volví la cabeza y miré desesperado a lo alto, hacia la boca abierta del sótano y a la luz que llegaba de un mundo sencillo y claro donde no existían hombres de hierro y donde se veían, a lo lejos, las plantas, la gente y las casas.

Walter trajo de alguna parte un tablón y nos sentamos en él. Permanecimos callados unos minutos. En el sótano se estaba bien y hacía fresco; el aire tenía un olor pesado a humedad y me habría pasado allí, aislado, horas enteras, lejos de las calles abrasadas y de la ciudad tediosa y triste. Me sentía bien, encerrado entre muros fríos, debajo de la tierra que hervía al sol. El zumbido inútil de la tarde llegaba como un eco lejano a través de la boca abierta del sótano.

—Mira, aquí traemos a las chicas que cogemos —dijo Walter.

Entendí vagamente de qué se trataba. El sótano iba cobrando una atracción insospechada.

—¿Y qué hacéis con ellas?

Walter se echó a reír.

—¿Cómo? ¿Es que no lo sabes? Hacemos lo mismo que hacen todos los hombres con las mujeres, nos acostamos a su lado y... con la pluma...

—¿Con la pluma? ¿Qué clase de pluma? ¿Qué hacéis con las chicas?

Walter se rió otra vez.

—¿Cuántos años tienes? ¿Tú no sabes lo que hacen los hombres con las mujeres? ¿Tú no tienes una pluma? Mira la mía.

Sacó del bolsillo de la sahariana una pequeña pluma negra de ave.

En aquel momento sentí que me entraba una de mis crisis habituales. Tal vez si Walter no hubiese sacado del bolsillo la pluma habría seguido soportando la atmósfera de absoluto y desolador aislamiento del sótano hasta el final. Pero, en un instante, ese aislamiento se tornó en algo doloroso y profundo. Caí en la cuenta de lo lejos que estaba el sótano de la ciudad y de sus calles polvorientas. Era como si yo

me hubiese alejado de mí mismo, en esa soledad de profundidad subterránea, debajo de un día corriente de verano. La pluma negra y brillante que Walter me enseñaba significaba que nada existía ya en el mundo que yo conocía. Una sensación de vértigo lo abarcaba todo mientras la pluma brillaba de modo extraño en medio de aquella insólita estancia cubierta de yerbas húmedas, en la oscuridad que aspiraba la luz como una boca fría, ávida y abierta.

—¿Qué te pasa, eh? —me preguntó Walter—. Te diré lo que hacemos con la pluma...

Afuera, el cielo que se veía por la boca del sótano se volvía cada vez más blanco y vaporoso. Las palabras se golpeaban contra las paredes y me atravesaban suavemente, como si fuera un ser fluido.

Walter seguía hablando. Pero estaba tan lejos de mí y era algo tan etéreo que parecía un simple punto de luz en la oscuridad, una mancha de niebla agitándose entre las sombras.

—Primero acaricias a la chica —oía como en sueños—, luego, siempre con la pluma, te acaricias tú mismo... Has de saber estas cosas...

De pronto, Walter se acercó a mí y empezó a sacudirme para despertarme. Poco a poco, me fui recobrando. Cuando abrí los ojos del todo, Walter estaba inclinado sobre mi pubis, con la boca fuertemente pegada al sexo. Me resultaba imposible saber lo que estaba pasando.

Walter se puso en pie.

—¿Ves? Esto te ha sentado bien... Los indios, cuando están en guerra, hacen recobrar así a los heridos y nosotros, en nuestra pandilla, nos sabemos todos los hechizos y remedios indios.

Volví en mí ebrio y agotado. Walter echó a correr y se perdió de vista. Subí las escaleras con cuidado.

Los días siguientes lo busqué por todas partes, pero fue en vano. Sólo me quedaba encontrarlo en el sótano pero, cuando fui allí, el solar me pareció completamente cambiado. Por todas partes había montones de basura, animales muertos y podredumbre oliendo espantosamente al sol. Con Walter, no había visto nada de todo eso. Renuncié a ir hasta el sótano y, así, no volví a ver a Walter nunca más.

Me procuré una pluma y la llevaba bien escondida en el bolsillo, envuelta en un papel de periódico. Algunas veces, tenía la impresión de haber inventado yo mismo toda esa historia y que Walter no había existido nunca. De tanto en tanto, abría el papel y me quedaba un rato largo mirando la pluma; su misterio era impenetrable. Me pasaba por la mejilla sus barbas suaves, sedosas y brillantes y esa caricia me provocaba un ligero estremecimiento, como si una persona invisible, pero real, me hubiese rozado la cara con la punta de los dedos. La primera vez que la usé fue una hermosa noche, en circunstancias bastante insólitas.

Me gustaba quedarme hasta tarde en la calle. Aquella noche se había desatado

una tormenta intensa y fastidiosa. Todo el calor del día se había condensado en una atmósfera agobiante bajo un cielo negro surcado de relámpagos. Yo estaba sentado en el portal de una casa y miraba el baile de la luz eléctrica en las tapias. El viento movía la bombilla que iluminaba la calle y el globo proyectaba en las tapias unos círculos concéntricos oscuros que se mecían como el agua de una vasija cuando la agitan. En la calle, el viento, de manera intermitente, levantaba largas polvaredas que se enroscaban en espiral.

De pronto, en un golpe de viento, me pareció ver una estatua blanca de mármol elevándose en el aire. En aquel momento, era una certeza incontrolable, como todas las certezas. El bloque de piedra blanca se alejaba con rapidez hacia lo alto, en dirección oblicua, como un globo que se le escapa de las manos a un niño. Al cabo de unos segundos, la estarna se convirtió en una simple mancha blanca en el cielo del tamaño de mi puño. Entonces vi claramente dos personas blancas, cogidas de la mano y deslizándose por el cielo como un par de esquiadores.

En ese instante se paró ante mí una niña. Yo debería de estar con la boca abierta y los ojos como platos mirando arriba porque ella me preguntó, extrañada, qué era lo que veía en el cielo.

—Estoy mirando... una estarna que vuela... Mira rápido... Va a desaparecer en seguida...

La niña miró con atención frunciendo las cejas y me dijo que no veía nada. Era una niña de la vecindad, regordeta, rubicunda y con las manos invariablemente mojadas. Hasta entonces casi nunca había hablado con ella. Allí, delante de mí, de pronto se echó a reír.

—Ya sé por qué me has engañado —dijo—, sé lo que quieres...

Se alejó de mí saltando a la pata coja. Yo me levanté y corrí tras ella; la llamé a un pasadizo oscuro y ella vino dócilmente. Allí le levanté la falda. Ella se dejó manosear sin oponer resistencia agarrándome por los hombros. Quizá estuviera muy sorprendida de lo que estaba pasando y no fuese consciente de la indecencia del hecho.

Este suceso tuvo una continuación todavía más sorprendente unos días después en mitad de una plaza. Varios albañiles estaban apagando cal viva en un cajón. Yo estaba mirando cómo hervía la cal cuando, de improviso, oí que alguien me llamaba y me dijo en voz alta:

—Conque con la pluma... con la pluma, ¿eh?

Era un chico de unos veinte años, un grandullón pelirrojo e insoportable. Creo que vivía en el edificio adonde daba el pasadizo aquel oscuro. Sólo lo vi un momento gritándome, al otro lado del cajón, saliendo de los vapores de la cal, algo fantasmal, como una aparición infernal que hablaba en medio de la lumbre y los resplandores.

Quizá me dijera otra cosa y fuera mi imaginación la que diera a sus palabras un sentido que, en aquellos días, me preocupaba; yo no podía creer que él hubiese visto en realidad algo en la densa oscuridad del pasadizo. Sin embargo, pensándolo bien, se

me ocurrió que quizá el pasadizo no estuviese tan oscuro como me había parecido a mí y que hubiese habido visibilidad (tal vez me hallase incluso a plena luz). Esas suposiciones reforzaban mi convicción de que durante el acto sexual yo estaba embrujado por un sueño que me alteraba la vista y el entendimiento. Me propuse actuar con más prudencia. Quién sabe la de perversiones a las que yo era capaz de entregarme, en pleno día, dominado por la excitación y poseído por ella, como un sonámbulo que no es consciente de sus movimientos.

Un recuerdo estrechamente ligado a la pluma es también el de un librito negro muy inquietante. Lo encontré entre otros más encima de una mesa y lo hojeé con gran interés. Era una novela corriente titulada *Frida*, de André Theuriet, en una edición ilustrada con muchos grabados. Todos ellos presentaban la imagen de un muchachito rubio de pelo rizado, con ropas de terciopelo, y la de una niña rechoncha con un vestidito de volantes. El muchachito se parecía a Walter. Los niños aparecían en los grabados unas veces juntos y otras por separado; se apreciaba perfectamente que se veían en los escondrijos de algún parque o entre los muros de alguna casa en ruinas. ¿Qué hacían juntos? Eso es precisamente lo que yo habría querido saber. ¿Llevaba el chico en el bolsillo de la chaqueta una pluma como la mía? Eso no se veía en los grabados y no tuve tiempo de leerlo. Unos días más tarde, el librito negro desapareció sin rastro. Me puse a buscarlo por todas partes. Pregunté en las librerías pero parecía que nadie había oído hablar de él. Debería de ser un libro lleno de misterios desde el momento en que no se encontraba en ninguna parte.

Un día, hice de tripas corazón y entré en una biblioteca pública. Un caballero alto y pálido, con unas gafas que le temblaban ligeramente, estaba al fondo de la sala de lectura en una silla y me vio ir hacia él. Ya no podía retroceder. Tenía que seguir avanzando hasta la mesa y allí pronunciar bien claro, ante un señor miope, la palabra sensacional «Frida» como un testimonio de mis vicios ocultos. Me acerqué a su mesa y musité con voz queda el nombre del libro. Las gafas del bibliotecario empezaron a temblarle en la nariz con más intensidad, entornó los ojos como si estuviese buscando algo en su memoria, y me dijo que «no le sonaba» el libro. Pero el temblor de las gafas me parecía traslucir una desazón interior; entonces estuve seguro de que *Frida* contenía revelaciones misteriosas y sensacionales.

Muchos años después, encontré el libro en los anaqueles de una librería. Ya no era mi librito encuadernado en tela negra sino uno en rústica, una pobre y mísera edición en tapas amarillas. Por un instante, pensé en comprarlo, pero cambié de opinión y volví a colocarlo en el anaquel. Así pues, guardo intacta, hasta hoy, la imagen de un librito negro que contiene algo del perfume auténtico de mi niñez.

En objetos pequeños e insignificantes, como una pluma negra de ave, un librito corriente, una fotografía antigua con unos personajes frágiles y pasados de moda que parecían padecer una grave enfermedad, un encantador cenicero de cerámica verde con forma de hoja de encina y apestando siempre a ceniza, en el recuerdo simple y primario de las gruesas gafas del viejo Samuel Weber, en esos menudos ornamentos y objetos caseros vuelvo a encontrar toda la melancolía de mi niñez y la nostalgia esencial de la inutilidad del mundo que me rodeaba por todas partes como un río de olas petrificadas. La materia bruta mediante sus masas profundas y pesadas de tierra: piedras, cielo y agua, o mediante sus formas más incomprensibles: las flores de papel, los espejos, las bolas de cristal con sus enigmáticas espirales interiores o las estatuas de colores, me mantuvo siempre encerrado en una prisión contra cuyos muros chocaba dolorosamente y perpetuaba en mí la extraña e inútil aventura de ser hombre.

Allá donde se dirigiera, mi pensamiento encontraba cosas e inmovilidades, como murallas ante las que yo tenía que ponerme de hinojos.

Pensaba, aterrorizado por su diversidad, en las infinitas formas de la materia y me revolví en la cama durante noches enteras, excitado por series de objetos que se ensartaban, uno tras otro, en mi memoria, sin fin, como escaleras mecánicas que van desenrollando, incesantemente, miles y miles de peldaños.

Algunas veces, para poner coto a la ola de cosas y colores que me inundaban el cerebro, imaginaba la evolución de un solo contorno o de un único objeto.

Por ejemplo, me imaginaba (y eso como si fuera un repertorio correcto de las cosas del mundo) la cadena formada por todas las sombras de la tierra, el extraño y fantástico mundo gris que duerme a los pies de la vida.

El hombre negro, tendido como un velo sobre la yerba, con las piernas flacas que se han escurrido como el agua y brazos de hierro negro, deambulando entre los árboles caídos de ramas llorosas.

Las sombras de los barcos que se deslizan por el mar, sombras inestables y acuáticas como tristezas que vienen y van, hendiendo las espumas.

Las sombras de las aves que vuelan, como pájaros negros surgidos de las entrañas de la tierra, de un sombrío acuario.

Y la sombra solitaria y perdida en el espacio de nuestro planeta redondo...

Otras veces, pensaba en cavernas y oquedades, desde los barrancos de las montañas con sus alturas de vértigo, hasta la caverna elástica, inefable y cálida, la caverna sexual. Conseguí no sé cómo una pequeña linterna eléctrica y por las noches, en la cama, enloquecido por el insomnio y los objetos que no cesaba de traer y que llenaban la habitación, me metía debajo de las sábanas y observaba con tensa atención, como en una especie de estudio íntimo y sin finalidad, las arrugas de la sábana y los pequeños valles que se formaban entre ellas. Necesitaba una actividad así, concreta y minuciosa, para poder tranquilizarme en cierta medida. Una vez, mi padre me encontró a media noche explorando debajo de la almohada con la linterna y me la quitó. Pero no me llamó la atención ni me riñó. Creo que para él fue un

descubrimiento tan raro que no encontraba palabras ni reglas morales que aplicar a semejante conducta.

Años más tarde, vi en un libro de anatomía la fotografía de un molde en cera del interior del oído. Todos los canales, cavidades y orificios estaban rellenos de materia y le daban una imagen positiva. Aquella fotografía me impresionó sobremanera hasta el punto de que casi me desmayo. En un instante me percaté de que el mundo podría existir con una realidad más auténtica si sus cavernas tuviesen una estructura positiva, si todo lo que está hueco se llenase y los actuales relieves se transformasen, de manera idéntica, en vacío, sin ningún contenido, como los fósiles delicados y extraños que reproducen en la piedra las huellas de algún molusco o alguna hoja que, en el transcurso de los tiempos, se han macerado y han dejado finamente esculpida sólo la marca de su contorno.

En semejante mundo los hombres ya no serían una excrescencia multicolor y carnosa, llena de órganos complicados y putrescibles, sino vacíos puros flotando, como burbujas de aire en el agua, entre la materia cálida y blanda del universo pleno. Por otro lado, esa era la sensación íntima y dolorosa que yo experimentaba a menudo durante la adolescencia cuando, en mis vagabundeos sin fin, me veía de pronto en medio de un terrible aislamiento, como si los hombres y las casas que me rodeaban se hubiesen convertido en la pasta compacta y uniforme de una materia única en la cual existía sólo yo como un simple vacío que se desplazaba de un lado para otro sin ton ni son.

Veía los objetos, en conjunto, como un decorado. Esta impresión me acompañaba por todas partes unida a la sensación de que la vida discurría en medio de un espectáculo fáctico y triste. Cuando, en ocasiones, me libraba de esa visión tediosa y mate de un mundo incoloro, aparecía su aspecto teatral enfático y caduco.

En el marco de ese espectáculo general, había otros más asombrosos que me atraían por lo que tenían de artificial y los actores que los interpretaban parecían entender realmente su sentido de mistificación del mundo. Sólo ellos sabían que en un universo que sólo es un espectáculo y un decorado, había que representar a la vida de manera falsa y ornamental. Espectáculos de esa clase eran el cine y el panóptico.

¡Ah! ¡La sala de cine B., larga y oscura como un submarino sumergido! Las puertas de entrada estaban cubiertas de espejos de cristal en los que se reflejaba una parte de la calle. De modo que era la entrada a un espectáculo gratuito, previo al de la sala, una pantalla sorprendente en la cual la calle aparecía con una luz verdosa de sueño, donde hombres y carruajes se movían como sonámbulos en medio de sus aguas.

En la sala reinaba un calor fétido y ácido propio de baños públicos. El piso era de cemento y las butacas, cuando alguien se movía, hacían un crujido parecido a gritos cortos y desesperados. Frente a la pantalla, en gallinero, un puñado de tunantes y vendedores de rollos comían pipas y comentaban en voz alta la película. Decenas de

voces al unísono silabeaban los subtítulos, como si fuera un ejercicio de lectura en una escuela de adultos. Incluso al pie de la pantalla tocaba una orquestina compuesta por un pianista, un violinista y un viejo judío que rascaba el contrabajo con todas sus fuerzas. Aquel viejo, además, tenía el cometido de reproducir los distintos sonidos correspondientes a la acción que hubiese en la pantalla. Él gritaba «quiquiriquí» cuando al principio de la película aparecía el gallo de la productora; recuerdo una vez que, en una película sobre la vida de Jesús, en el momento de la resurrección, se puso a golpear con el arco, como un loco, la caja del contrabajo para imitar los truenos celestiales.

Yo vivía las escenas de las películas con una intensidad extraordinaria y me integraba en la acción como un personaje más del drama. A menudo sucedía que la película me acaparaba la atención de tal forma que una vez me imaginé paseando por los parques de la pantalla, otra apoyado en la baranda de una terraza italiana donde evolucionaba, patética, Francesca Bertini desmelenada y agitando los brazos, como si fuesen un par de chales.

En definitiva, no había ninguna diferencia establecida entre nuestra persona real y los distintos personajes interiores forjados por nuestra imaginación. Cuando en el descanso se encendía la luz, la sala tenía el aire de venir de lejos. En el ambiente había algo precario y artificial, mucho más impreciso y efímero que el espectáculo de la pantalla. Cerraba los ojos y esperaba a que el crujido mecánico del aparato anunciase la continuación de la película; entonces volvía a encontrar la sala a oscuras y a todos los personajes que me rodeaban, iluminados indirectamente por la pantalla, pálidos y transfigurados como una galería de estatuas de mármol de un museo iluminado por la luna a medianoche.

En cierta ocasión, se prendió fuego el cine. La película se rompió y se encendió inmediatamente de manera que, a los pocos segundos, aparecieron en la pantalla las llamas del incendio como una especie de honrado aviso de que el cine estaba ardiendo y, a la vez, como continuación lógica del papel del aparato: presentar las «actualidades»; misión que había llevado a cabo con un exceso de perfección pues había divulgado la última y más palpitante actualidad, a saber, la de su propio incendio. De todas partes estallaron gritos y breves voces de «¡fuego!, ¡fuego!», como disparos de pistola. En un santiamén, se produjo en la sala un griterío tal que parecía que los espectadores, hasta entonces callados en la oscuridad, habían estado haciendo acopio en su interior de aullidos y gritos, como acumuladores silenciosos e inofensivos que explotan cuando su capacidad de carga se ve violentamente rebasada.

En pocos minutos, y antes de que media sala fuese evacuada, el «incendio» fue sofocado. Sin embargo, los espectadores seguían gritando como si hubiesen tenido que agotar la energía acumulada desde que se produjo la descarga. Una señorita, con las mejillas empolvadas de blanco, chillaba de manera estridente mirándome fijamente a los ojos, sin hacer ningún movimiento ni dar un paso para salir. Un musculoso vendedor de rollos, convencido de la utilidad de sus fuerzas en semejante

circunstancia, pero sin saber cómo utilizarlas, agarró una por una las sillas de madera y las arrojó a la pantalla. De repente, se oyó un estampido fuerte y sonoro: una silla le había dado al contrabajo del viejo músico. El cine era una caja de sorpresas.

En verano, iba siempre pronto a la función de matiné, y salía tarde, cuando empezaba a anochecer. La luz de fuera había cambiado, el día se apagaba. Constatava así que, durante mi ausencia, se había producido un acontecimiento inmenso y esencial, que el mundo seguía cumpliendo con la triste obligación de continuar (por el mero hecho de anochecer, por ejemplo) su trabajo regular, diáfano y espectacular. Entraba de nuevo en el ámbito de una certidumbre que, por lo riguroso de su repetición diaria, me parecía de una infinita melancolía. En un mundo así, sometido a los efectos más teatrales y obligado cada día a representar una puesta de sol correcta, las gentes que me rodeaban parecían unos pobres seres dignos de compasión por la seriedad con la que se entregaban a sus ocupaciones y por creer cándidamente en lo que hacían y en lo que sentían. Sólo había una persona en toda la ciudad que entendiera estas cosas y por la que sentía un respeto y una admiración total: era la loca del pueblo. Ella sola, entre todas las personas rígidas y llenas de prejuicios y convenciones hasta la raíz del pelo, ella sola había conservado la libertad de gritar y de bailar en medio de la calle cuando le daba la real gana. Iba por la calle llena de andrajos y carcomida por la roña, estaba mellada, tenía el pelo rojo y desgredado y sostenía en el brazo con ternura maternal una cajita vieja con mendrugos de pan y otras cosas recogidas de los cubos de basura.

Les enseñaba su sexo a los transeúntes con un gesto que, si lo hubiese usado con otros fines, lo habrían llamado «pleno de elegancia y estilo». ¡Qué espléndido, qué cosa tan sublime estar loco!, me decía yo, y constatava con inconcebible pesar la de costumbres estúpidas que había arraigadas en mí, la demoledora educación racional que me separaba de la libertad extrema que hay en la vida de un loco.

Creo que quien no ha experimentado este sentimiento está condenado a no conocer jamás el mundo en su auténtica amplitud.

La impresión general y primordial de teatralidad se convertía en auténtico terror nada más entrar en un panóptico de figuras de cera. Era un miedo mezclado con placer y, en cierto sentido, con esa sensación rara que todos tenemos en ocasiones de haber vivido ya alguna vez ese mismo momento y en ese mismo escenario. Creo que si algún día me surgiese la necesidad de darle un sentido a mi vida y si esa inclinación hubiese de estar ligada a algo realmente profundo, esencial e irremediable en mí, entonces mi cuerpo se convertiría en una estatua de cera de un panóptico y mi vida en una simple e interminable contemplación de las vitrinas del panorama.

En el mundo triste de los candiles de carburo sentía que, en verdad, estaba viviendo mi propia vida de modo único e inimitable. Todos mis actos cotidianos podían mezclarse como un juego de cartas, no sentía aprecio por ninguno de ellos; la irresponsabilidad de los hombres frente a sus actos más conscientes era un hecho tan

evidente que saltaba a los ojos. ¿Qué importaba si los cometía yo o los cometían otros, desde el momento en que la diversidad del mundo se los tragaba exactamente igual, de forma monótona y uniforme? En el panóptico, y sólo allí, no existía ninguna contradicción entre lo que yo hacía y lo que acontecía. Los personajes de cera eran lo único auténtico en el mundo; ellos solos falsificaban la vida de manera ostentosa al formar parte, con su extraña y artificial inmovilidad, del mundo real. El uniforme acribillado a balazos y manchado de sangre del archiduque de Austria, de semblante amarillo y triste, era infinitamente más trágico que una muerte auténtica. En una caja de cristal yacía una mujer vestida de encaje negro, con un rostro brillante y pálido. Entre los senos, tenía prendida una rosa de un rojo muy intenso y la peluca amarilla se le estaba despegando al borde de la frente, mientras en la nariz palpitaba el color rosado del maquillaje y los ojos azules y claros como el cristal me miraban inmóviles. Esa mujer de cera tenía que tener, necesariamente, un significado profundo e inquietante que nadie sabía. Cuanto más la contemplaba, más claro me parecía su sentido; persistía dentro de mí como una palabra que quisiera recordar pero lo único que podía captar era un ritmo lejano.

Siempre he sentido una atracción extraña por los perifollos con que se acicalan las mujeres y por los objetos artificiales baratos y con muchos adornos. Un amigo mío coleccionaba las cosas más dispares que encontraba. En una caja de caoba tenía escondida una banda de seda negra con puntillas muy finas al borde, cosidas con lentejuelas brillantes. Debió de haberse desprendido de algún viejo vestido de baile; a trechos, la seda se estaba poniendo mohosa. Para poder verla, yo le daba sellos y dinero. Entonces, él me llevaba a un saloncito anticuado mientras sus padres dormían y me la enseñaba. Yo me quedaba con el pedazo de seda en la mano, mudo de estupefacción y de placer. Mi amigo permanecía en el umbral vigilando por si venía alguien; al cabo de unos minutos volvía, me quitaba la seda, la metía en la caja y me decía: «ya está, se ha terminado, ya no hay más», lo mismo que me decía Clara cuando el tira y afloja del camerino duraba demasiado.

Otro objeto que me inquietó en grado sumo cuando lo vi por primera vez fue una sortija gitana. Creo que era la sortija más fantástica que un hombre podía inventar para adornar la mano de una mujer.

Los extraordinarios adornos de mascarada de las aves, de los animales y de las flores destinados todos ellos a representar un papel de atracción sexual, la cola estilizada y ultramoderna del ave del paraíso, las plumas color oro viejo del pavo real, el histérico encaje de los pétalos de la petunia o el azul inverosímil de las bolsas de los macacos sólo son pálidos intentos de ornamentación sexual comparados con la cautivadora sortija gitana. Era un soberbio objeto de latón, fino, grotesco y horrendo. Sobre todo, horrendo: atacaba al amor en las zonas más oscuras, en su base. Un auténtico grito sexual.

Seguro que el artífice que la labró se inspiró en visiones del panóptico. La piedra

de la sortija, que era un simple trozo de vidrio del tamaño de una lenteja, se parecía a las lupas de los titirimundis a través de las que veíamos, ampliados al máximo, buques hundidos, batallas contra los turcos y asesinatos de reyes. En la sortija se veía un ramo de flores cincelado en el metal o en el plomo y coloreado con todos los colores chillones de los cuadros del panóptico.

El color morado de los cadáveres de ahogados junto al rojo pornográfico de las ligas de mujer, la palidez plomiza de las olas enfurecidas en el interior de una luz macabra, como la semioscuridad de los panteones cubiertos de cristal. Todo estaba rodeado de pequeñas hojas de cobre y signos misteriosos. Alucinante.

Me impresiona de la misma forma todo lo que sea imitación. Por ejemplo, las flores artificiales y las coronas mortuorias, principalmente las coronas mortuorias, olvidadas y cubiertas de polvo en sus cajas ovales de vidrio en la capilla del cementerio, rodeando con trasnochada delicadeza nombres antiguos y anónimos, sumergidos en una eternidad sin resonancia.

Las fotografías recortadas con las que juegan los niños y las estatuillas baratas de las ferias. Con el tiempo, esas estatuas pierden la cabeza o un brazo y su propietaria, al repararlas, les rodea el cuello delicadamente con escrófulas blancas de yeso. El bronce del resto de la estatua cobra entonces el significado de un sufrimiento trágico pero noble. Y también están los cristos de tamaño natural de las iglesias católicas. Las vidrieras arrojan sobre el altar los últimos reflejos de un ocaso rojo mientras las azucenas, a esa hora del día, exhalan a los pies de Cristo la plenitud de su perfume pesado y lúgubre. En esa atmósfera llena de sangre aérea y de perfumada evanescencia, un joven pálido toca al órgano los últimos acordes de una melodía desesperada.

Todas estas cosas han emigrado a la vida desde los panópticos. En el titirimundi de feria encuentran su lugar común todas estas nostalgias expandidas por el mundo las cuales, reunidas en un mismo lugar, constituyen la esencia misma de él.

Aún me queda en la vida un deseo único y supremo: asistir al incendio de un panóptico; ver cómo se derriten de forma lenta y escabrosa los cuerpos de cera, mirar pasmado cómo las piernas amarillas y hermosas de la novia de la caja de vidrio se retuercen en el aire y cómo se le mete entre los muslos una llama auténtica que le quema el sexo.

Aparte del panóptico, la feria de agosto me traía muchas otras tristezas y euforias. Su gran espectáculo se agigantaba como una sinfonía, desde el preludio de los cosmoramas aislados —que eran, con mucho, los primeros en instalarse y anunciaban la tónica general de la feria, como las notas aisladas y los preludios de una obra musical que indican el motivo de la composición entera— hasta el final grandioso que estalla en griterío, estampidos y fanfarrias, el día grande, al que seguirá el silencio inmenso del campo que se ha quedado desierto.

Los distintos cosmoramas que llegaban con antelación llenaban, esencialmente, todo el recinto de la feria y la representaban con exactitud. Bastaba con que se instalase el primero de ellos para que todo el colorido, el brillo y el olor a carburo de la feria bajase hasta la ciudad.

De entre los múltiples ruidos de todos los días, se distinguía, de pronto, uno que no era ni el chirrido de la hojalata, ni el tintineo lejano de un manajo de llaves ni el zumbido de un motor, era un ruido fácil de reconocer entre mil y que pertenecía a la «rueda de la fortuna».

En la oscuridad del bulevar se encendía entonces, al caer la tarde, una diadema de resplandores de colores, como si fuera una primera constelación de la Tierra. Muy pronto, otras la seguían y el bulevar se transformaba en un corredor luminoso a lo largo del cual deambulaba estupefacto, tal como había visto, en una edición ilustrada de un libro de Julio Verne, a un muchacho de mi edad tras el ojo de buey de un submarino, mirando afuera, en las entrañas tenebrosas del Océano, maravillosas y misteriosas fosforescencias marinas.

Unos días más tarde, se instalaba la feria. El hemiciclo de las barracas se organizaba, se completaba y se volvía definitivo.

Zonas perfectamente delimitadas lo dividían en regiones de sombra y de luz, las mismas todos los años. Primero, estaba la fila de restaurantes con decenas de collares compuestos por bombillas eléctricas de todos los colores, luego los titirimundis con su colección de monstruosidades, la fachada ebria de luz del circo y, finalmente, las barracas oscuras y humildes de los fotógrafos. La gente se paseaba en círculo y pasaban, sucesivamente, por una zona de mucha luz y luego por otra de tinieblas, como la luna que había dibujada en mi libro de geografía que recorría, de modo alternativo, partes tipográficas blancas y negras.

Entraba primero en cosmoramas pequeños y mal iluminados, con pocos artistas, incluso sin techo, y donde mi padre al entrar podía ajustar con el dueño un precio colectivo más reducido para toda nuestra numerosa familia.

La representación tenía allí un aire de improvisación y de incertidumbre. La brisa de la noche soplaba fría sobre la cabeza de los espectadores y, por encima de nosotros, las estrellas destellaban en el cielo. Estábamos perdidos en una barraca de feria, extraviados en el caos de la noche, en un punto espacial ínfimo de un planeta. En aquel punto, en aquel planeta, los hombres y los perros actuaban en un escenario; los hombres lanzando al aire diferentes objetos y cogiéndolos; los perros atravesando

círculos de un salto y andando con las dos patas traseras. ¿Dónde ocurrían todas esas cosas? El cielo, sobre nosotros, parecía todavía más inmenso...

Una vez, en una de aquellas barracas de mala muerte, un artista propuso al público un premio de cinco mil leus a quien pudiese imitar el número sensacional y muy fácil que iba a presentar. Sólo había unas pocas personas presentes. Un señor gordo, que tenía fama en la ciudad de ser un tacaño de siete suelas, seducido por la inesperada posibilidad de ganar tan enorme cantidad de dinero en una simple barraca de feria, se cambió inmediatamente de lugar y se acercó a la primera fila de bancos, cerca del escenario, decidido a observar con suma atención todos los gestos del artista para luego reproducirlos y hacerse con el premio.

Siguieron unos minutos de tenso silencio.

El artista se aproximó a las candilejas.

—Señores —dijo con voz ronca—, se trata de tirar por la garganta el humo de un cigarrillo.

Encendió un cigarrillo y quitándose la mano del cuello, donde la había tenido todo el tiempo, expulsó un hilillo fino de humo azulado por el orificio de una laringe artificial que tenía como consecuencia, probablemente, de una operación. El caballero de la primera fila se quedó atónito y confuso; se puso colorado hasta las orejas y, volviendo a su sitio, murmuró entre dientes lo bastante fuerte:

—¡Ah, claro, no es de extrañar, si tiene una maquinita en la garganta!

Imperturbable, el artista le contestó desde el escenario.

—En fin, sólo tiene que probar —dijo seguramente decidido a darle un premio a un compañero de fatigas...

En esas barracas, para ganarse el pan, viejos pálidos y flacos se tragaban piedras y jabón delante del público, chicas jóvenes hacían contorsiones y niños anémicos y demacrados dejaban a un lado la panocha de maíz que comían, se subían al escenario y bailaban agitando los cascabeles prendidos en los pantalones.

Por el día, inmediatamente después de comer, bajo un sol de justicia, la desolación de la feria era infinita. La inmovilidad de los caballitos de madera, con sus ojos desencajados y su crin bronceada, tenía un terrible aire de melancolía, de vida petrificada. De las barracas llegaba un olor caliente a comida, mientras que, en algún lugar, un organillo insistía en desgranar la melodía de un asmático vals de cuyo caos de sonidos, de tanto en tanto, brotaba el pitido de una nota metálica, como un chorro de agua que, de pronto, saltara hacia lo alto en medio de un estanque.

Me gustaba quedarme horas y horas delante de las barracas de los fotógrafos contemplando a personas desconocidas, solas o en grupo, sonriendo inmóviles, frente a paisajes grises de cascadas y montañas lejanas. Todos los personajes, por su decorado común, parecían miembros de la misma familia que hubiesen ido de excursión al mismo y pintoresco lugar donde se habían fotografiado uno tras otro.

En cierta ocasión, en uno de esos escaparates vi mi propia fotografía. Ese brusco encuentro conmigo mismo, inmóvil en una actitud fija, allí, en el confín de la feria,

tuvo sobre mí un efecto deprimente.

Antes de llegar a mi ciudad, seguro que la foto había viajado por otros lugares que para mí eran desconocidos. Por un instante, tuve la sensación de existir sólo en fotografía. Esa inversión de posición mental me sucedía algunas veces y en las más diversas circunstancias. Me venía de manera furtiva y cambiaba repentinamente la visión interna que yo tenía de mi cuerpo. Por ejemplo, un día ocurrió un accidente en la calle, y me quedé varios minutos mirando lo que pasaba, como un espectador más. Sin embargo, de repente, toda la perspectiva cambió y, como en el juego ese que consiste en ver en la pintura de la pared un animal raro que un buen día ya no volvemos a ver porque, en su lugar, formado con los mismos elementos decorativos, vemos una estatua, una mujer o un paisaje, en aquel accidente callejero, aunque todo permanecía intacto, vi de pronto, con los ojos del herido, a todas las personas y cosas que me rodeaban, como si yo hubiese sido el que yacía en el suelo y todo lo hubiese mirado desde mi posición de accidentado, de abajo arriba, desde el centro a la periferia, y teniendo la misma sensación de que la sangre que chorreaba era la mía. De igual forma, sin hacer ningún esfuerzo, como continuación lógica del simple hecho de mirar, me imaginaba en el cine estar viviendo íntimamente las escenas de la pantalla, y de esa misma manera es como me vi ante la barraca del fotógrafo en el lugar del que me miraba a mí, inmóvil desde un cartón.

Mi propia vida, la del que estaba en carne y hueso delante del escaparate, me pareció, de golpe, indiferente y sin importancia, al igual que a la persona viva del otro lado del cristal le parecían absurdos los viajes por ciudades desconocidas de su álter ego fotográfico.

De la misma forma que la fotografía que me representaba iba de un sitio a otro contemplando a través de un cristal sucio y polvoriento perspectivas siempre nuevas, yo mismo, al otro lado del escaparate, me paseaba constantemente con mi otro yo por otros lugares, mirando cosas nuevas y sin entender nunca nada de ellas. El hecho de moverme, de estar vivo, sólo podía ser una simple casualidad, una casualidad que no tenía ningún sentido porque, al igual que existía a este lado del escaparate, podía existir también al otro, con la misma cara pálida, los mismos ojos y el mismo pelo claro que me hacían en el espejo un semblante insulso y extraño, difícil de definir.

Así pues, del exterior me llegaban distintos avisos que me inmovilizaban y me cortaban de golpe la comprensión de la vida diaria. Me dejaban estupefacto, petrificado y, en un solo instante, resumían toda la inutilidad del mundo.

En ese instante, todo me parecía caótico, del mismo modo que cuando oía una banda de música y me tapaba los oídos, al aflojar un segundo la presión de los dedos, en ese momento toda la música me parecía puro ruido.

Me pasaba todo el santo día deambulando por la feria, sobre todo por el campo cercano, donde los artistas y monstruos de barraca, reunidos en torno a una olla de polenta, desgreñados y sucios, abandonaban sus bonitos adornos y existencias nocturnas de acróbatas, mujeres sin cuerpo y sirenas, para hacinarse en la masa

común y en la miseria irremediable de su condición humana. Lo que frente a las barracas parecía admirable, natural e incluso fastuoso, ahí, en la parte de atrás, en pleno día, caía en una chabacanería mezquina y sin interés que, por otro lado, era la del mundo entero.

Un día asistí al entierro del hijo de un fotógrafo ambulante.

Las puertas de la barraca estaban abiertas de par en par y, dentro, delante del decorado que servía de fondo a las fotografías, estaba colocado el féretro abierto sobre dos sillas.

La tela de detrás representaba un espléndido jardín con terrazas de estilo italiano y columnas de mármol. En aquel decorado de ensueño, el pequeño cadáver con las manos cruzadas en el pecho, con el traje de los domingos, con un adorno de plata en el ojal de la chaqueta, parecía sumido en un estado de inefable placidez.

Los padres del niño y varias mujeres lloraban a lágrima viva alrededor del féretro, mientras, afuera, la banda de música del circo grande, prestada gratuitamente por el director, entonaba solemne una serenata del *Intermezzo*, la pieza más triste del programa.

En aquellos momentos, el muerto debía de gozar de indecible felicidad y sosiego, en la intimidad de su profunda paz, en el silencio infinito del jardín plantado de plátanos de sombra.

Pero en seguida lo arrancaron de su somnolencia y lo cargaron en un carro para llevarlo al cementerio, a la huesa húmeda y fría que le estaba destinada.

El jardín se quedó atrás desolado y desierto. En la feria, la muerte aportaba, de esta manera, decorados reales y llenos de nostalgia, como si la feria hubiese constituido un mundo aparte cuyo destino fuera demostrar la infinita melancolía de los adornos artificiales, desde el principio de la vida hasta el final, y con el ejemplo vivo de unas existencias desdibujadas, consumadas en la luz tamizada del panóptico o en un cuarto con una pared abierta al infinito y perdida en medio de bellezas paradisiacas: las barracas de los fotógrafos.

Entonces la feria se convertía para mí en una isla desierta, rodeada de una aureola de desolación, semejante en todo a ese mundo confuso y, no obstante, claro al que me llevaban las crisis de mi infancia.

El piso de arriba de la casa de la familia Weber, a la que yo acudía con frecuencia desde que murió la anciana Etra Weber, parecía un auténtico panóptico. En las habitaciones soleadas durante toda la tarde, el polvo y el calor flotaban a lo largo de las vitrinas llenas de cosas anticuadas y colocadas al buen tuntún en los anaqueles. Las camas las habían trasladado a la planta baja y las habitaciones se habían quedado vacías. El viejo Samuel Weber («Comisiones & Representaciones») vivía entonces con sus dos hijos, Paul y Ozy, en las habitaciones de abajo.

En la primera de las estancias, dando a la calle, siguió instalado el despacho. Era un cuarto que olía a moho, atestado de libros de comercio y de sobres con muestras de cereales y tapizado de anuncios viejos manchados por las moscas.

Varios de ellos llevaban años y años en las paredes y se habían integrado perfectamente en la vida familiar. Sobre la caja fuerte, un anuncio de agua mineral representaba a una mujer alta y delgada, envuelta en gasas transparentes y echando el remedio salvador a los impedidos que había a sus pies. Seguro que, en las horas secretas de la noche, Ozy Weber acudía a beber de la fuente milagrosa, con sus brazos delgados como un par de flautas y la chepa del pecho saliéndosele de la chaqueta como el esternón hinchado de un pavo.

El otro anuncio que resultaba familiar era el de una sociedad de transportes, un buque deslizándose entre olas rizadas, completaba la personalidad de Samuel Weber y les daba a su gorra de capitán de barco y a las gafas de gruesos cristales un tercer elemento de marino. Cuando el viejo Samuel cerraba algún libro, lo ponía debajo de la prensa y giraba la barra de hierro, realmente daba la impresión de que estaba dándole vueltas al timón de una nave surcando por mares desconocidos. El algodón rosa con el que se taponaba los oídos le colgaba en hilillos largos y debía de ser una precaución contra las corrientes marinas.

En la segunda habitación, Ozy leía novelas populares arrellanado en un sillón de piel, levantando mucho el libro para que le diera la débil luz que, a través del despacho, venía desde la calle. En un rincón oscuro brillaba una monumental escupidera metálica con forma de gato y, en la pared, un espejo reflejaba de modo extraño un cuadrado de luz grisácea, como un recordatorio fantasmagórico de la luz de afuera.

Yo iba a ver a Ozy igual que entran los perros en un corral ajeno porque está abierta la puerta y no hay nadie que los eche. Me atraía principalmente un extraño juego que no sé quién de nosotros dos lo había inventado. El juego consistía en mantener, de forma totalmente seria, unos diálogos imaginarios. Había que conservar la seriedad hasta el final y no revelar, de ninguna de las maneras, la inexistencia de las cosas de que hablábamos.

Yo entraba y Ozy me decía en un tono terriblemente seco y sin levantar los ojos del libro:

—El piramidón que me tomé anoche para sudar me provocó una tos terrible. Me he pasado toda la noche dando vueltas en la cama. Por fin, hace un rato vino Matilda

—no existía ninguna Matilda— y me dio una friega.

Las cosas absurdas y estúpidas que soltaba Ozy me golpeaban la cabeza como un martillo. Tenía que salir de inmediato de la habitación, pero yo experimentaba un pequeño goce rebajándome deliberadamente a su nivel y le respondía en el mismo tono. Creo que ese era el secreto de nuestro juego.

—Mira por dónde, yo también estoy constipado —le decía (era el mes de julio)— y el médico me ha dado una receta. Pobre médico, esta mañana lo han detenido...

Ozy levantaba los ojos del libro.

—¿Lo ves? Hace mucho que vengo diciéndote que hace moneda falsa...

—Ah, desde luego —remataba yo—, si no, ¿de dónde iba a sacar el dinero que se gasta con las actrices de revista?

En este tipo de conversaciones yo encontraba, antes que nada, el placer más bien nauseabundo de sumergirme en la mediocridad del diálogo y, a la vez, me producía una vaga sensación de libertad. Por tanto, podía calumniar a mis anchas al médico, que vivía por allí cerca y sabía perfectamente que se acostaba todas las noches a las nueve.

De este modo, hablábamos de cualquier cosa, mezclando cosas reales con otras imaginarias hasta que toda la conversación adquiría una especie de independencia aérea, se desprendía de nosotros y sobrevolaba por la habitación, semejante a un ave exótica de cuya existencia real —si el ave hubiese aparecido en verdad en medio de nosotros— no habríamos dudado más que de la falta de relación entre nosotros y nuestras palabras.

Cuando salía de nuevo a la calle, tenía la sensación de haber estado durmiendo profundamente. Pero el sueño parecía seguir y miraba con asombro a las personas hablar entre sí con seriedad. ¿Acaso no se percataban de que se podía hablar con seriedad de todo, absolutamente de todo?

Algunas veces, Ozy no tenía ganas de charla y entonces me llevaba consigo a fisgonear por la planta alta. Como el viejo Weber tenía la costumbre de mandar «arriba» todos los trastos inútiles, a lo largo de los años que llevaba abandonada, se habían acumulado allí las cosas más diversas y sorprendentes.

En las habitaciones entraba un sol ardiente por las ventanas polvorientas y sin cortinas. Las vitrinas temblaban ligeramente cuando pisábamos el viejo entarimado, daba la impresión de que les crujieran los dientes. Entre dos cuartos, una cortina de bolitas hacía las veces de puerta.

Subía un tanto mareado por el calor del día. La absoluta desolación de las habitaciones conseguía azorarme. Era como si yo hubiese vivido en un mundo conocido mucho tiempo atrás y del que no podía acordarme con precisión. Me notaba en el cuerpo una extraña sensación de escozor y desapego. Esa sensación se volvía más profunda cuando tenía que pasar a las dos habitaciones separadas por la cortina de bolitas.

Buscábamos en los cajones, sobre todo, correspondencia antigua para quitarles

los sellos a los sobres. De los paquetes amarillentos de cartas salía una nube de polvo e insectos que echaban a correr por los papeles para ponerse a salvo. Alguna que otra carta se salía del sobre y se desplegaba mostrando una caligrafía de otra época, una letra muy bonita, con tinta descolorida. Había en ellas algo de tristeza y resignación, una especie de conclusión fatigada por el paso del tiempo desde que había sido escrita y un sueño tranquilo en la eternidad, como el de las coronas mortuorias. Encontraba fotografías pasadas de moda con señoras vestidas de crinolina o caballeros meditabundos con un dedo en la frente y una sonrisa anémica. En la parte de abajo de la foto, dos ángeles llevaban un cesto de frutas y flores y, al pie, ponía: *porte visite* o *souvenir*. Entre las fotografías y objetos de las vitrinas, un frutero de cristal rosado y bordes ondulados, bolsos de terciopelo que sólo tenían seda roída por las polillas y otros diversos objetos con monogramas desconocidos. Entre todas esas cosas reinaba un aire de perfecta comprensión, como si hubiesen tenido una vida propia común a todas ellas, idéntica a la vida de antaño cuando, por ejemplo, las fotografías pertenecían a unas personas que se movían y vivían y las cartas eran escritas por manos cálidas y reales; pero era una vida reducida, de una escala menor, a un espacio más restringido, limitada a las cartas y las fotografías, como un decorado visto a través de las lentes gruesas de unos prismáticos, un decorado que se ha quedado como tal, con los mismos componentes pero minúsculo y lejano.

Al caer la tarde, cuando bajábamos, solíamos encontrarnos en la escalera con Paul Weber que tenía su ropero en el piso y subía a cambiarse.

Era un chico pelirrojo, de manos grandes y pelos de punta, labios gruesos y nariz de payaso. En sus ojos había un candor extraordinariamente dulce y reposado. Todo lo que hacía Paul tenía un aire de desapego e indiferencia a causa de esa mirada.

Yo lo tenía en gran estima pero, en secreto, el corazón me latía con fuerza cuando me tropezaba con él en la escalera. Me gustaba la sencillez con que me hablaba, sonriente siempre como si nuestra conversación, aparte de su significado, hubiese tenido un sentido más amplio y efímero. Conservaba esa sonrisa en conversaciones más serias e incluso cuando trataba de negocios con el viejo Weber. También quería yo a Paul por la vida secreta que llevaba, fuera de sus ocupaciones diarias, y de la que sólo me llegaban los ecos de lo que decían, en voz baja, las personas mayores de mi entorno. Sin embargo, Paul se gastaba todo el dinero que ganaba en mujeres, en el teatro de revista. Había en su desenfreno una fatalidad irremediable contra la que chocaba el viejo Weber como si fuera un muro. En una ocasión, por toda la ciudad circuló el rumor de que Paul había desenganchado los caballos de los carruajes de la plaza mayor y los había llevado al teatro, donde improvisó un número circense con el concurso de los más eminentes borrachos de la ciudad. En otra, dijeron que se había bañado con champán junto a una mujer. ¿Qué no decían de él?

Me resultaba imposible explicar mi simpatía por Paul. Veía a la gente que me rodeaba, veía la inutilidad y tedio con que consumían su vida, a las chicas jóvenes

riendo estúpidamente en el parque, a los comerciantes de mirada astuta y pagados de sí mismos, a mi padre con su necesidad de interpretar su papel de padre, el cansancio cruel de los pordioseros que dormitaban en sucias esquinas. Todo eso se confundía en un aspecto general y banal, como si el mundo, tal cual era, esperara desde hacía mucho dentro de mí, construido de forma definitiva mientras que yo, cada día, lo único que hacía era comprobar que su contenido había envejecido en mi interior.

Todo era muy sencillo, sólo Paul estaba fuera de él, en una densidad de vida compacta y completamente inaccesible a mi entendimiento.

Yo guardaba en mi interior todos sus gestos, sus actitudes, por pequeños que fueran, pero no como un recuerdo sino más bien como una doble existencia de ellos. Me esforzaba a menudo por caminar como lo hacía él, estudiaba uno de sus ademanes y lo ensayaba frente al espejo hasta que me parecía que lo repetía de manera exacta.

En el piso de la casa Weber, Paul era la figura de cera más enigmática y fina. Pronto llevó allí a la mujer pálida con gestos y andares mecánicos y silenciosos que faltaba...

Así completó el piso la galería del cosmorama, empezando por el capitán de barco Samuel Weber y acabando por el fenómeno delicado y deforme del infantil Ozy.

Antiguallas y objetos llenos de melancolía encontraba también en otro piso abandonado, en casa de mi abuelo. Allí las paredes estaban cubiertas de cuadros extraños, con gruesos marcos de madera dorada u otros más finos de terciopelo encarnado. También había otros marcos hechos de pequeñas conchas marinas unas junto a otras, trabajados con tanta minuciosidad que me quedaba contemplándolos horas y horas. ¿Quién había pegado las conchas? ¿Qué gestos menudos y vivos las habían unido? En esas obras difuntas renacían de pronto existencias enteras, perdidas en la bruma del tiempo como las imágenes de dos espejos paralelos, sumergidos en simas verduzcas de sueños.

En un rincón yacía el gramófono con la bocina volcada hacia abajo, pintada muy bonita a rayas amarillas y color de rosa, como un gigantesco helado de vainilla y fresa, y en la mesa había diferentes grabados, de ellos uno representaba al rey Carlos I y otro a la reina Isabel^[2].

Esos grabados me intrigaron durante mucho tiempo. Me parecía que el artista tenía mucho talento porque los rasgos eran muy seguros y finos, pero no comprendía por qué los había hecho en una acuarela gris, desvaída, como si el papel lo hubiesen tenido mucho tiempo en el agua.

Un día hice un descubrimiento sorprendente: lo que yo tomaba por color borroso no era otra cosa sino un amasijo de letras minúsculas, legibles sólo con la ayuda de una lupa.

En todo el dibujo no había un solo trazo hecho a lápiz o a pincel; todo era un apelonamiento de palabras en las que se contaba la biografía del rey y de la reina.

Mi estupefacción trastocó de repente mi modo de entender los grabados. En lugar de suspicacia por el arte del grabador, nació una admiración sin límites.

Además, me disgustó el no haber observado antes la calidad esencial del cuadro y me entró una gran inseguridad respecto a todo lo que veía: si durante muchos años había contemplado los dibujos sin descubrir, no obstante, la forma como los habían hecho, ¿acaso no podría ocurrir que, por una miopía similar, se me escapara el sentido de todas las cosas que me rodeaban, aunque este estuviese inscrito en ellas quizá de una forma tan clara como las letras que conformaban los dibujos?

Las superficies de las cosas que me rodeaban captaron, de pronto, brillos extraños y opacidades inseguras, como las de las persianas, opacidades que se vuelven transparentes y nos presentan de golpe la profundidad de una habitación cuando se enciende una luz detrás de ellas.

Pero detrás de las cosas no se encendió nunca ninguna luz y permanecieron siempre presas en su propio volumen que las encerraba herméticamente, aunque a veces ese volumen parecía perder grosor y dejaba entrever su verdadero sentido.

En la casa también había otras curiosidades que le pertenecían sólo a ella. Por ejemplo, el aspecto de la calle vista desde las ventanas.

Como los muros de la casa eran muy gruesos, los huecos de las ventanas eran

muy profundos y formaban una especie de nichos donde se estaba muy cómodo.

Me instalaba en uno de ellos como en una habitacioncita de cristal y abría las ventanas que daban a la calle.

La intimidad del nicho y el placer de mirar a la calle desde una postura agradable me daban la sensación de estar en el interior de un vehículo de esas mismas dimensiones, repantigado en asientos mullidos y con ventanillas por las que veía distintas ciudades y paisajes desconocidos, mientras el vehículo iba recorriendo el mundo.

En cierta ocasión en la que mi padre me contaba recuerdos de su infancia, le pregunté cuál había sido su deseo secreto más ardiente y él me contestó que poseer un vehículo portentoso donde pudiera recorrer repantigado todo el mundo.

Yo sabía que, durante su infancia, él dormía en la habitación de la planta alta con ventanas que daban a la calle y le pregunté si le gustaba tumbarse en los huecos de las ventanas para mirar a la calle.

Me contestó sorprendido que, ciertamente, todas las noches, cuando subía para acostarse, se metía en uno de los huecos y permanecía allí horas enteras, tanto que muchas veces se quedaba durmiendo. En aquel mismo lugar, y en las mismas circunstancias que yo, debió de forjarse su sueño sobre el vehículo.

De modo que, en el mundo, había, además de lugares malditos que segregaban secretos y vértigos, otros espacios más benévolos cuyas paredes destilaban imágenes placenteras y hermosas.

Las paredes del nicho filtraban el sueño de un vehículo que recorría el mundo y el que estaba tumbado en aquel lugar se impregnaba lentamente de esa idea como del humo narcotizante del hachís...

En el piso había también dos desvanes uno de los cuales se abría al tejado, a través de un ventanuco. Me subía por allí a lo alto de la casa. Toda la ciudad se abría ante mí gris y amorfa, hasta allá lejos, hasta el campo, donde minúsculos trenes pasaban por el puente, frágil como un juguete.

Sobre todo, lo que yo quería era no marearme y llegar a una sensación de equilibrio como la que tenía cuando estaba abajo, en tierra. Desde el tejado, quería llevar mi vida «normal» y moverme sin miedo, en el aire sutil y cortante de las alturas, y sin tener ninguna sensación especial de vacío. Pensaba que si lo conseguía, sentiría que el peso de mi cuerpo sería más elástico y vaporoso, que eso me transformaría por completo y haría de mí una especie de hombre pájaro.

Estaba convencido de que lo que más pesaba en mí era llevar cuidado para no caerme, y el pensar que estaba en una gran altura me traspasaba como un dolor que hubiese querido extirpar hasta la raíz.

Para que allá arriba nada me pareciese excepcional, cada vez me esforzaba por hacer algo concreto y rutinario: leer, comer o dormir.

Cogía las guindas y el pan que me daba mi abuelo y me subía al tejado. Dividía las guindas en cuartos y me los comía uno por uno para que mi actividad «normal»

durase más.

Cuando terminaba una guinda, me afanaba por tirar el hueso a la calle, dentro de un enorme caldero que había en la puerta de una tienda.

En cuanto bajaba, me iba corriendo hacia allí para ver cuántos huesos había acertado a meter. Siempre había dentro del caldero tres o cuatro. Pero lo que me decepcionaba en sumo grado era que por los alrededores sólo encontraba otros tres o cuatro. O sea, que me había comido muy pocas guindas mientras que a mí me parecía que había estado encima del tejado horas enteras. En la habitación de mi abuelo, en la esfera de mosaico verde del reloj, constataba también que sólo habían pasado unos pocos minutos desde que había subido. El tiempo debía de volverse más denso a medida que «transcurría» allá arriba. En vano intentaba prolongarlo quedándome más rato en el tejado. Una vez abajo, siempre me veía obligado a reconocer que había pasado mucho menos tiempo del que me había imaginado. Eso reforzaba mi extraña sensación, estando en tierra firme, de algo indefinido, inconcluso... El tiempo abajo era más insustancial que en la realidad, tenía menos materia que allá arriba y, de ese modo, participaba de la fragilidad de todas las cosas que, a mi alrededor, parecían tan densas pero que eran muy inestables, prestas en todo momento a abandonar su sentido y su perfil provisional para aparecer en la forma exacta de su existencia...

... El piso de arriba, tras la muerte de mi abuelo, se desmontó trozo a trozo, objeto por objeto. Él murió en el cuartito modesto y húmedo del patio que había elegido como refugio en su vejez y del que no quería salir sino con los pies por delante.

Yo iba a verlo allí cada día y, en vísperas de su muerte, asistí a la oración de los moribundos que rezó él solo con voz temblorosa y sin emoción después de ponerse una camisa blanca nueva para que la oración fuese más solemne.

En aquel cuartito, lo vi unos días después muerto, tendido en una mesa de chapa para proceder a su aseo postrero. Mi abuelo tenía un hermano varios años menor que él y con un parecido extraordinario: los dos tenían la misma cabeza perfectamente redonda, como una pelota, cubierta de pelo blanco brillante, la misma mirada viva y penetrante y la misma barba rala, como una espuma llena de huecos.

Ese tío solicitó a la familia el honor de lavar al muerto y, aunque viejo y débil, puso manos a la obra con mucho ahínco.

Temblaba de la cabeza a los pies mientras cargaba con pozales que llenaba de agua en el patio y llevaba hasta la cocina para ponerla a calentar. Cuando el agua estuvo caliente, la llevó al cuartito y se puso a lavar el cadáver con jabón y estropajos de paja.

Mientras frotaba le corrían las lágrimas y, como si mi abuelo hubiese oído lo que decía, le hablaba con voz queda, suspirando con amargura:

—Ya ves adónde he llegado, adónde me han llevado mis días negros... Tú estás muerto ahora y yo te estoy lavando... Ay de mí... He tenido que vivir tantos años para llegar a este momento tan triste...

Con la manga se enjugaba las mejillas y la barba húmedas de lágrimas y sudor y continuaba lavando con más ahínco todavía.

Los dos viejos, que se parecían como dos gotas de agua, el uno muerto y el otro lavándolo, formaban un cuadro más bien alucinante. Los sepultureros, que eran quienes solían ocuparse de ese menester, por el que recibían propinas de toda la familia, estaban en un rincón y miraban con inquina a aquel intruso que les estaba quitando el trabajo. Cuchicheaban entre sí, fumando y escupiendo en el suelo por todos lados. Al cabo de una hora de faena, el hermano de mi abuelo concluyó.

El cadáver estaba tendido boca abajo.

—¿Has acabado? —preguntó uno del grupo, un hombrecillo de perilla rojiza, chasqueando los dedos nervioso y con malicia.

—He acabado —dijo el hermano del muerto—. Ahora vamos a vestirlo.

—¡Ajá! Conque ya has acabado —volvió a decir el hombrecillo con ironía—. ¿Te crees que has acabado? ¿Te crees tú que así se mete a un muerto bajo tierra? ¿En ese estado de suciedad?

El pobre viejo se quedó pasmado en medio de la habitación, con un estropajo en la mano, mirándonos a todos los que estábamos allí y suplicándonos con la mirada que lo defendiésemos. Él sabía perfectamente que había lavado al muerto con esmero y no creía merecer un insulto.

—Ah, ahora te voy a enseñar yo que no tienes que meterte donde no te llaman —prosiguió el hombrecillo descarado y arrancándole al viejo el estropajo de la mano se abalanzó con él a la mesa, se lo introdujo con un movimiento rápido al muerto por el ano y sacó un grueso pedazo de excremento—. ¿Lo ves como no sabes lavar a un muerto? —dijo—. ¿Querías enterrarlo con esta porquería dentro de él?

Un fuerte temblor sacudió al hermano de mi abuelo que se deshizo en llanto...

El entierro tuvo lugar en un día tórrido de verano: nada más triste ni más impresionante que un entierro en plena *canícula* y a plena luz de día, cuando los hombres y las cosas parecen un poco más grandes, entre los vapores del bochorno, como vistos a través de una lupa.

¿Qué otra cosa se podía hacer un día como aquel sino enterrar a los muertos?

En medio del calor y el torpor ambiental, sus gestos parecían proceder de cientos de años antes, los mismos entonces, hoy y siempre. La fosa húmeda absorbía al muerto hasta el frescor y las tinieblas que seguramente lo traspasarían como un acto de suprema felicidad. Las paletadas de tierra cayeron pesadas sobre las tablas del ataúd mientras los hombres cubiertos de polvo, sudorosos y cansados, seguían en la tierra viviendo su vida imperiosa.

Unos días después del entierro de mi abuelo se casó Paul Weber.

Se veía a Paul un poco cansado en la boda, pero conservaba la sonrisa, una sonrisa triste y forzada que denotaba el principio de una devoción.

Dentro del cuello duro de la camisa, abierto por delante, el suyo pelado y rojo se movía de modo extraño; los pantalones parecían más largos y estrechos que de costumbre; las colas del frac le caían de forma grotesca, como las de un payaso. Paul concentraba en su persona todo el ridículo solemne de la ceremonia. Yo contenía su ridículo más íntimo y secreto. Era el payaso pequeño al que nadie le prestaba atención.

Al fondo oscuro del salón, la novia esperaba en la tarima sentada en un sillón. Tenía cubierto el rostro con gasas blancas y, cuando salió del baldaquín, se las levantó y vi por primera vez a Edda...

Las mesas para los convidados se extendían, blancas, en el patio formando una sola fila. En la puerta se apiñaron todos los vagabundos de la ciudad; el cielo tenía un color inconcreto de barro amarillo; las damas de honor, pálidas, vestidas de seda azul y rosa, repartían pequeños bombones envueltos en papel de plata. Esa sí que era una boda. Los músicos desafinaban tocando un vals antiguo y triste; de vez en cuando, el ritmo se hinchaba, crecía y parecía avivarse para, a continuación, volverse la melodía cada vez más débil hasta quedar sólo de ella el hilo metálico de una flauta.

Día terriblemente largo; un día es demasiado para una boda. Al fondo del patio no venía nadie, allí estaban las cuadras del hotel y había una pequeña loma desde la que miraba a lo lejos mientras a mi alrededor unas cuantas gallinas picoteaban granos entre la yerba, y desde el patio llegaban las ondas del vals triste mezcladas con el aroma fresco de heno húmedo de la cuadra. Desde allí vi a Paul haciendo algo extraordinario: estaba hablando con Ozy y debía de estar diciéndole algo divertido, quizá contándole una anécdota, porque el tullido se echó a reír, se puso morado y casi se ahoga bajo el plastrón abombado de la camisa almidonada.

Finalmente, se hizo de noche. Los árboles del patio se sumieron en la oscuridad excavando en ella un parque misterioso e invisible.

En el salón pobremente iluminado, la novia estaba siempre sentada en la tarima junto a Paul, con la cabeza vuelta hacia él, hablándole en voz baja y dejándole dulcemente el brazo entre los dedos que se lo acariciaban por encima del guante blanco.

Llevaron varias tartas a la mesa. Sobre todo, había una monumental como un castillo fortificado con almenas y miles de contrafuertes de crema color de rosa. Los pétalos de las flores de azúcar que la cubrían tenían un brillo mate y aceitoso. Clavaron en medio el cuchillo y una rosa chirrió débilmente al recibir el tajo y se deshizo como el vidrio en miles de trocitos. Las señoras mayores se paseaban majestuosamente con sus vestidos de raso luciendo innumerables alhajas en el pecho y en los dedos, andando despacio y con solemnidad, como pequeñas imágenes ambulantes de iglesia recargadas de adornos.

Poco a poco, el salón se cubrió de bruma y todo lo que veía se volvió más desdibujado y absurdo... Me dormí mirándome las manos rojas y ardientes.

La habitación en donde me desperté olía a humo agrio. Frente a mí, la ventana reflejaba en un espejo la luz de la aurora que surgía como un cuadrado perfecto de seda azul. Yo estaba acostado en una cama toda revuelta y llena de almohadas. En el oído tenía un zumbido como si fuera el interior de una caracola. En el cuarto, flotaban tenues capas de humo.

Traté de levantarme y mi mano tropezó con las esculturas de madera de la cama; algunas de ellas se adaptaban a la forma de mis dedos y otras que, a la luz desvaída de la habitación, parecían agigantarse lejos del lecho y formaban miles de arpilleras, huecos y capas de moho dentadas. En unos instantes, la habitación se llenó de todo tipo de volutas inateriales por las que tenía que pasar para llegar a la puerta, apartándolas y haciéndome sitio entre ellas. La cabeza me zumbaba constantemente y todas las cavernas del aire parecían repetir ese zumbido. En el pasillo, la luz blanca me lavó la cara con su frescor y me espabilé del todo. Encontré a un señor en camión de dormir que me miró con aire de mucho enfado, como reprochándome que estuviese vestido tan de mañana.

Aparte de él, no había nadie más. Abajo, en el patio, habían quedado las mesas del banquete con los tablones de abeto sin los manteles. El alba era triste y fría. El viento paseaba por el patio desierto los papeles de colores de los bombones. ¿Cómo había tenido la cabeza la novia? ¿Cómo la había reclinado en el hombro de Paul? En algunos panópticos, la mujer de cera tenía un mecanismo que le hacía inclinar la cabeza a un lado y cerrar los ojos.

Las calles de la ciudad habían perdido todo su sentido; el frío se me metía por debajo de la ropa; tenía sueño y frío. Cuando cerraba los ojos, el viento me pegaba una mejilla más fría a la mía y a este lado de los párpados lo sentía como una máscara, la máscara de mi cara cuyo interior estaba oscuro y helado, como el reverso de una máscara auténtica de metal. ¿Qué casa iba a explotar en mi camino? ¿Qué poste iba a contorsionarse como un bastón de caucho para hacerme una mueca? En ningún lugar del mundo, sean cuales fueren las circunstancias, ocurría nunca nada.

Cuando llegué al mercado, unos hombres estaban descargando carne para los puestos de los carniceros. Llevaban en brazos mitades de reses rojas y moradas, sanguinolentas, altas e imponentes como princesas muertas. En el aire había un olor caliente a carne y orina; los carniceros colgaban las reses cabeza abajo, con la mirada vidriosa y negra hacia el suelo. Estaban alineadas en las paredes blancas de mosaico como esculturas rojas talladas de distintos materiales frágiles, con un reflejo acuoso e irisado propio de la seda y la limpidez turbia de la gelatina. De la panza abierta se les salían los músculos como arpados y pesadas sartas de bolas de grasa. Los carniceros metían las manos rojas dentro y sacaban las entrañas valiosas que colocaban encima de la mesa: piezas redondas, anchas, elásticas y calientes de carne y de sangre.

La carne fresca lucía aterciopelada como pétalos de una rosa monstruosa e hipertrofiada. El alba se volvió azul como el acero; la madrugada fría cantaba con un hondo sonido de órgano.

Los caballos de los carros miraban a los hombres con sus ojos siempre lacrimosos; una yegua soltó un chorro de orina caliente en el suelo. En el charco, a trechos espumoso y a trechos claro, el cielo se reflejaba profundo y negro.

Todo se volvió lejano y deprimente. Era de madrugada; los hombres descargaban carne; el viento se me metía hasta los huesos; estaba tiritando de frío y de insomnio; ¿en qué clase de mundo vivía?

Eché a correr como un loco por las calles. El sol se asomó rojo al borde de los tejados. En las calles de casas altas reinaba todavía la oscuridad y sólo en los cruces de las calles brotaba una luz brillante, como si fueran puertas abiertas a lo largo de corredores abandonados.

Pasé por detrás de la casa de la familia Weber; las pesadas persianas del piso estaban bajadas; todo estaba desierto y triste; la boda había concluido.

De pronto, con la llegada de Edda, la planta alta de la casa de los Weber se iluminó de sombras y frescor, al igual que algunas zonas entre la espesura de un bosque se vuelven más claras gracias a la luz verde tamizada por el follaje.

Lo primero que hizo Edda fue tapar las ventanas con cortinas y poner alfombras mullidas que silenciaron todos los ecos del desierto que había sido el piso.

Todas las mañanas, me subía a la azotea a inventariar la multiplicidad de objetos contorsionados y artificiales que habían sacado de las vitrinas.

Ozy y yo les quitábamos el polvo con cuidado para, luego, echarlos a una caja y tirarlos a la basura.

Edda iba y venía a la azotea vestida con una bata azul y zapatos de estar por casa que taconeaban a cada paso. De vez en cuando se quedaba apoyada en la baranda con los ojos entornados y mirando el cielo brillante.

En el piso se instaló un perfume inefable que cambió su contenido como una esencia fuerte mezclada con una bebida alcohólica.

Así, todos los acontecimientos estaban destinados a aparecer en mi vida de forma brusca e intermitente, sin que pudiera comprenderlos, encerrados en sí mismos y aislados del pasado. Edda se convirtió en un objeto más, en un simple objeto cuya existencia me torturaba y me mortificaba, como una palabra que se repite innumerables veces pero que se vuelve ininteligible a medida que la necesidad de entenderla nos parece más imperiosa.

La perfección del mundo estaba preparada para aparecer por alguna parte como un capullo que tuviera que atravesar la última corteza para salir al aire libre.

En las mañanas de verano, en la azotea ocurría algo y mi cuerpo se afanaba inútilmente por saber qué.

Para ver a Edda, yo iba pertrechado con todas las amarguras, todas las humillaciones y todo el ridículo necesarios para una aventura.

La cortina de bolitas que dividía las habitaciones la dejaron. En las vitrinas entraron prendas de ropa interior femenina con grandes lazos de colores y la casa de los Weber cambió por completo. Alrededor de Edda empezó una pantomima con cuatro personajes. Paul se convirtió en un hombre serio y fiel; el viejo Weber se compró una gorra nueva y gafas con montura de oro; Ozy esperaba jadeante de emoción que Edda lo llamase arriba y yo me quedaba en la azotea con la mirada empañada perdida en el vacío.

Todos los sábados por la tarde nos juntábamos en la habitación de la fachada, donde el gramófono tocaba arias orientales de *Kismet* y Edda nos servía pasteles agrdulces hechos con miel y almendras. En un frutero había avellanas, que sobre todo cogía Samuel Weber, pero las engullía poco a poco de suerte que el hombrecillo las hacía danzar en el galillo como a una muñeca colgando de una goma.

Tenía las piernas una encima de la otra, lo cual constituía una postura de descanso totalmente impropia de hombres de negocios y comerciantes de cereales sino algo más propio de los actores en un escenario, y cuando hablaba fruncía los labios para

que no se le vieran los dientes de oro.

Le daba miedo poner las manos en ningún objeto, por insignificante que fuera; cuando pasaba por la cortina de bolitas, se volvía y unía muy despacio las dos mitades para que no se produjera ningún cascabeleo.

En cuanto a Ozy, todas sus deformidades se agudizaron por el extremo estado de tensión en el que vivía. Diríase que la chepa se le salía todavía más para afuera como si, en un esfuerzo por captar las menores palabras de Edda, quisiera toparse con ellas antes de tiempo.

Paul era el único que se paseaba por las alfombras tranquilo y seguro de sí mismo. Sus gestos eran plenos, a los que no había que añadir ni restar nada, y cuando tomaba entre sus brazos a Edda, los otros tres nos sentíamos satisfechos pues lo hacía mejor que cualquiera de nosotros.

En lo que a mí respecta, no sé muy bien lo que ocurría en aquellos días.

Una de aquellas tardes, estando arrellanado en el sillón, apreté fuertemente la cabeza contra el respaldo. Las menudas púas del terciopelo se me clavaron en la mejilla, lo cual me produjo un dolor bastante vivo. En un instante, surgió en mi interior un apremiante deseo de heroísmo, ridículo y desmedido, como sólo podían brotar los pensamientos más absurdos y disparatados un sábado por la tarde, escuchando una aburrida música de gramófono.

Apreté la cabeza aún más fuerte contra el terciopelo y, a medida que el dolor se volvía más acerbo, la voluntad de soportarlo se hacía más tenaz.

Tal vez existan en nosotros un hambre y una sed distintas a las orgánicas y yo necesitara calmar algo dentro de mí con un dolor simple y agudo. Hundí todavía más la mejilla y la froté contra los pelos ásperos causándome un sufrimiento que empezaba a desgarrarme.

De pronto, Edda se quedó con un disco en la mano mirándome estupefacta. A mi alrededor se hizo un silencio que me molestó en extremo.

—¿Cómo se ha hecho eso? —preguntó Edda.

Me miré en el espejo. Estaba ridículo, perfectamente ridículo: en la mejilla tenía una mancha morada con algunos puntos salteados por donde me salía sangre.

Con los ojos muy abiertos, la mejilla sangrando y mirándome en el espejo, no pude dejar de constatar que me parecía, de manera alegórica, a la cubierta de la novela de moda que representaba al zar de Rusia ensangrentado y llevándose la mano a la mandíbula tras un atentado.

Más que el dolor de la mejilla, me torturaba el mísero destino de mi heroísmo que había acabado por representar, en carne y hueso, un episodio de *Los misterios de la corte de Petrogrado*.

Edda mojó un paño en alcohol y me secó la cara. Cerré los ojos por el escozor. La piel me ardía, como si me estuviesen quemando la mejilla.

Bajé las escaleras mareado y las calles volvieron a engullirme en medio del polvo y la monotonía.

El verano había hinchado de forma caótica el parque, los árboles y el aire, como en el dibujo de un loco.

Su soplo tórrido y extenso se agrandaba monstruosamente entre las plantas, de forma espesa y desbordante.

El parque se esparció como la lava, las piedras quemaban, mis manos eran rojas y pesadas.

En medio de aquella soledad desmadejada y caliente, paseaba la imagen de Edda multiplicada a veces por decenas de ejemplares, por diez, cien o mil Eddas, unas junto a otras en el calor del verano, petrificadas, idénticas y obsesivas.

En ello había una desesperación cruel y lúcida que se extendía por todo lo que veía y sentía. Junto a mi vida primaria y simple, incubaba en mi interior otras dolencias íntimas, cálidas, apasionadas y secretas, como una horrenda y fantástica lepra interior.

Componía los detalles de las escenas imaginarias con la más minuciosa exactitud. Me veía en habitaciones de hotel con Edda acostada a mi lado, al tiempo que la luz del crepúsculo entraba por la ventana a través de gruesas cortinas y su fina sombra dibujaba celdillas en el rostro de Edda dormida. Veía el dibujo de la alfombra que había junto al lecho, sobre la que estaban los zapatos de Edda, y el bolso entreabierto encima de la mesa, del que salía la punta de un pañuelo. El armario con el espejo en el que se reflejaba la mitad de la cama y las flores pintadas de las paredes...

De todo ello me quedaba un regusto muy amargo...

Observaba a mujeres desconocidas en el jardín público, las seguía paso a paso hasta que volvían a sus casas y allí me quedaba frente a la puerta cerrada, destrozado y desesperado.

Un día, al caer la tarde, acompañé a una mujer hasta la puerta de su casa. La casa tenía un jardincito delante, débilmente iluminado por una bombilla eléctrica. Con un brusco e inesperado impulso, abrí la puertecita y me introduje en el patio detrás de la mujer. Entre tanto, ella entró en su casa sin haberse percatado de mí y me quedé solo en medio del jardín. Una extraña idea me pasó por la cabeza...

En mitad del jardincito había un parterre de flores. En un santiamén me metí en él y me puse de rodillas, con la mano en el corazón, adoptando una posición orante. Lo que yo quería era quedarme así el máximo tiempo posible, inmóvil, petrificado en medio del parterre. Llevaba mucho tiempo royéndome la idea de cometer un acto absurdo en un lugar totalmente desconocido y, entonces, me vinieron las ganas de forma espontánea y sin esfuerzo, casi como una alegría. El atardecer zumbaba caliente a mi alrededor y en los primeros momentos sentí un inmenso reconocimiento frente a mí mismo por el valor de haber tomado esa decisión.

Me propuse permanecer en completa inmovilidad aunque nadie me echara y tuviese que quedarme así hasta el día siguiente. Poco a poco, las piernas y los brazos se me fueron agarrotando y, en esa postura, se me formó una corteza interior de calma infinita y de inmovilidad.

¿Cuánto tiempo permanecí así? De repente, oí voces en la casa y la luz de fuera se apagó.

Entre la oscuridad, sentí mejor la brisa nocturna y la soledad en la que me hallaba, en el jardín de una casa desconocida.

Minutos después, la luz se encendió de nuevo y otra vez volvió a apagarse. Alguien de la casa la encendía y apagaba para ver el efecto que eso tenía sobre mí.

Seguí inmóvil, decidido a afrontar pruebas más fuertes que el juego de las luces. Mantuve la mano en el pecho y la rodilla clavada en tierra.

La puerta se abrió y alguien salió al jardincito, mientras una voz gruesa gritaba dentro de la casa:

—Déjalo, déjalo en paz, ya se irá él solo.

La mujer a la que había seguido se acercó a mí. Vestía una bata de estar por casa, iba despeinada y en zapatillas. Me miró a los ojos y durante unos segundos no dijo nada. Los dos permanecimos callados. Finalmente, me puso la mano en el hombro y dijo con dulzura:

—Vale, ya se acabó.

Como si hubiese querido hacerme entender que había comprendido mi gesto y que había estado un rato callada justo para dejar que se completara a su manera.

Esa comprensión tan espontánea me desarmó. Me levanté y me sacudí el polvo de los pantalones.

—¿No te duelen las piernas? —me preguntó ella—. Yo no habría podido estar inmóvil tanto tiempo...

Quise decir algo pero sólo acerté a musitar un «buenas noches» y me marché a toda prisa.

Toda mi desesperación volvía a aullar dolorosamente en mi interior.

Yo era un chico alto, flaco, pálido y con un cuello delgado que se salía del ancho cuello de la camisa. Mis largas manos colgaban fuera de las mangas de la chaqueta como animales recién despellejados. Los bolsillos estaban atestados de papeles y enredos. A duras penas lograba encontrar el pañuelo en el fondo para limpiarme las botas de polvo cuando iba a las calles del «centro» de la ciudad.

A mi alrededor tenían lugar las cosas más simples y elementales de la vida. Un puerco se rascaba contra la cerca y yo me paraba un buen rato para mirarlo. Nada superaba en cuanto a perfección el chirrido de las ásperas cerdas contra la madera; encontraba en él algo satisfactorio y la tranquilizadora seguridad de que el mundo seguía existiendo...

En una calle de las afueras había un taller de escultura popular donde también me paraba durante mucho rato.

En el taller había miles de cosas blancas y lisas, en medio de las virutas rizadas que caían del cepillo y llenaban el local con su espuma rígida y olor a resina.

Debajo de la herramienta, el trozo de madera se hacía más fino, más pálido y sus venillas aparecían límpidas y bien trazadas, como en una piel de mujer.

Al lado, en una mesa, descansaban unas bolas de madera, bolas tranquilas y pesadas que me llenaban todo el ancho de la palma de la mano con su peso liso e inefable.

También había piezas de ajedrez que olían a mordiente fresco y la pared estaba toda ella cubierta de flores y ángeles.

Así pues, algunas veces la materia producía eczemas sublimes con supuraciones dentadas, pintadas o esculpidas.

Durante el invierno, el frío provocaba la aparición de carámbanos de hielo, formas torneadas de agua pesada y, en verano, de millares de menudas explosiones brotaban flores, llamas rojas, azules y anaranjadas transformadas en pétalos.

Durante todo el año, el maestro escultor que llevaba unas gafas a las que les faltaba un cristal extraía de la madera volutas de humo y flechas de indio, caracolas y helechos, plumas de pavo real y orejas humanas.

En vano observaba su despacioso trabajo para sorprender el momento en el que el leño, basto y húmedo, expiraba dando paso a una rosa de madera.

En vano intentaba yo mismo, sin prisas, realizar el milagro. Desde luego, tenía en las manos una madera de abeto sin desbastar, erizada y dura, pero del cepillo salía algo resbaladizo como un desmayo.

Quizá en el momento en el que empezaba a cepillar el madero me entrase un sueño profundo y unos poderes extraordinarios y tentaculares crecieran entonces en el aire, introduciéndose en la madera y produciendo el cataclismo.

Quizá el mundo entero se parase en aquellos momentos y nadie supiera el tiempo que había transcurrido. El maestro debió de haber esculpido todos los lirios de la pared y todos los violines en espiral durante un sueño profundo.

Cuando me despertaba, la madera me mostraba las rayas de su edad como la

palma de una mano abierta muestra las rayas de la suerte.

Cogía un objeto tras otro y su diversidad me aturdí. En vano cogía una bola, deslizaba lentamente los dedos por ella, me la pasaba por la cara, le daba la vuelta y la soltaba para que rodara... Inútil... Inútil... No había nada que comprender.

A mi alrededor, la materia dura e inmóvil me rodeaba por todas partes, allí en forma de bolas y esculturas y en la calle en forma de árboles, de casas y de piedras; inmensa e inútil, me encerraba de la cabeza a los pies en su interior. Allí donde se dirigiera mi pensamiento, la materia me rodeaba, empezando por mis ropas hasta los manantiales del bosque, pasando por muros, árboles, piedras, cristales...

La lava de la materia, surgida del interior de la tierra, penetraba en todos los rincones y se solidificaba en el vacío del aire en forma de casas con ventanas, de árboles con ramas que se elevaban continuamente para pinchar el vacío, de flores que llenaban con su molicie y colores volúmenes curvos de espacio, de iglesias cuya cúpula crecía más y más hasta la pequeña cruz del vértice donde la materia había detenido su ascensión a lo alto, incapaz de subir más.

La materia había infestado el aire por todos lados, llenándolo con los abscesos enquistados de las piedras, con los huecos heridos de los árboles...

Deambulaba enloquecido por las cosas que veía y de las que estaba escrito que no podía escapar.

Sin embargo, algunas veces encontraba un lugar aislado donde poder apoyar la cabeza para que descansara con holgura. Allí, durante un momento, todos los vértigos cesaban y me sentía mejor.

En una ocasión, encontré un refugio tal en el lugar más extraño e insospechado de la ciudad.

En efecto, era tan raro que yo mismo no habría imaginado que pudiese constituir una guarida solitaria y admirable.

Creo que sólo la sed ardiente de llenar el vacío de los días, en cualquier lugar y momento, me impulsó a aquella nueva aventura.

... Un día, al pasar por delante del teatro de revista de la ciudad, me armé de valor y entré.

Era una tarde tranquila y luminosa. Atravesé un patio sucio con muchas puertas cerradas, y, al fondo, encontré una abierta que llevaba a una escalera.

En el zaguán, una mujer lavaba ropa. El pasillo olía a lejía. Subí los escalones y la mujer, al principio, no me dijo nada, luego cuando iba por la mitad de las escaleras volvió la cabeza hacia mí y murmuró más para sí misma: «¡Ajajá, has venido!», seguramente confundíendome con alguna persona conocida.

Cuando mucho tiempo después recordé ese detalle, las palabras de la mujer no me parecieron desde luego tan simples: quizá hubiera en ellas el anuncio de una fatalidad que iba a presidir mis desazones y que, por boca de la lavandera, me mostraba que los lugares de mis aventuras estaban fijados de antemano y que estaba escrito que caería

en ellos como en trampas bien tendidas. «¡Ajajá! Has venido porque tenías que venir, porque no podías librarte...», decía la voz del destino.

Llegué a un pasillo largo, muy caldeado por el sol que entraba por todas las ventanas que daban al patio.

Las puertas de las habitaciones estaban cerradas; no se oía ningún ruido en ninguna parte. En un rincón, un grifo goteaba sin parar. Hacía calor, el pasillo estaba desierto y el desagüe se tragaba lentamente todas las gotas de agua como si se tragara una bebida fría.

En el fondo, una puerta se abría a un desván donde encontré ropa tendida en cuerdas. Lo atravesé y llegué a un pequeño recibidor con aposentos limpios y recién encalados. En cada uno de ellos había un cofre y un espejo; sin duda eran los camerinos de los artistas de variedades.

A un lado había una escalera descendente y por allí bajé al escenario del teatro.

De pronto me vi en el escenario vacío, frente al patio de butacas desierto. Mis pasos tenían una extraña resonancia. Todas las sillas y mesas estaban correctamente dispuestas para la representación. Me hallaba frente a ellas solo en el escenario, en medio de un decorado teatral que representaba un bosque.

Quise abrir la boca, pues sentía que tenía que decir algo en alta voz, pero el silencio me dejó petrificado.

De pronto, vi la concha del apuntador. Me incliné y miré en su interior.

Al principio, no distinguí nada, pero poco a poco descubrí los bajos del escenario llenos de sillas rotas y trastos viejos de guardarropía.

Con movimientos muy prudentes me metí en la concha y bajé.

Una gruesa capa de polvo lo recubría todo. Tiradas en un rincón, había estrellas y coronas de cartón dorado que debieron de haber servido para algún espectáculo de fantasía. En otro rincón, un mobiliario de estilo rococó, una mesa y varias sillas con las patas rotas. En medio, un sillón solemne, algo parecido a un trono real.

Me dejé caer en él cansado. Por fin me encontraba en un lugar indefinido, donde nadie podía saber de mí. Apoyé las manos en los brazos dorados del sillón y me abandoné a merced de la más deliciosa sensación de soledad.

La oscuridad que me rodeaba se disipó un poco; la luz del día entraba sucia y polvorienta por unas cuantas ventanas dobles. Estaba lejos del mundo, lejos de las calles calientes y exasperantes, en una celda fresca y secreta, en el fondo de la tierra. El silencio flotaba en el aire viejo y mohoso.

¿Quién habría podido sospechar dónde me hallaba? Era el lugar más insólito de la ciudad y sentía una tranquila alegría al pensar que me encontraba allí.

En torno a mí había sillones cojos, vigas cubiertas de polvo y objetos abandonados: era el lugar donde se concentraban todos mis sueños.

Permanecí allí tranquilo durante horas, en medio de una completa placidez.

Finalmente, abandoné el escondite por el mismo camino por el que había venido. Es curioso que tampoco a la vuelta me tropecé con nadie.

El pasillo parecía estar ardiendo por las llamas del sol que se ponía. El desagüe seguía tragándose el agua a sorbos pequeños y regulares.

En la calle tuve, por un momento, la impresión de que nada de todo eso había pasado. Pero los pantalones estaban llenos de polvo y los dejé así, sin sacudirlos, como prueba evidente de los extraordinarios momentos de intimidad que había vivido debajo del escenario, lejos de todo.

Al día siguiente, a la misma hora de la tarde, me embargó de pronto la nostalgia de aquel sótano aislado.

Estaba casi seguro de que, en esa ocasión, encontraría a alguien, ya fuera en el pasillo o en el patio de butacas. Durante un buen rato resistí la tentación de ir allí otra vez. Pero estaba demasiado cansado, demasiado aplanado por el calor que hacía para que la posibilidad de correr un riesgo me asustase. Pasara lo que pasara, tenía que volver otra vez debajo del escenario.

Entré por la misma puerta del patio y subí por la misma escalera. El pasillo estaba igual de desierto y no había nadie en el desván ni tampoco abajo, en el patio de butacas.

En unos minutos me encontré otra vez en mi sitio, en el sillón regio del teatro, en medio de una deliciosa soledad. El corazón me latía con fuerza; estaba enormemente emocionado por el tremendo éxito de mi escapada.

Me puse a acariciar con arrobamiento el brazo del sillón. Quería que el estado de éxtasis que me embargaba penetrase hasta lo más hondo de mi ser, que descargara en mi interior todo su peso, que recorriera todas las fibras de mi cuerpo para sentirlo como real.

También en esa ocasión me quedé allí un buen rato y luego salí para encontrarme con alguien...

Después, acudí con regularidad, todas las tardes, a aquel lugar.

Como si eso hubiese sido una cosa perfectamente normal, los pasillos estaban siempre vacíos. Me dejaba caer en el sillón, extenuado de felicidad. Por las sucias ventanas entraba la misma luz azul y fresca del sótano. Reinaba la misma atmósfera secreta de completa soledad de la que no me podía saciar.

Aquellas excursiones diarias al sótano del teatro terminaron una tarde de forma tan extraña como habían empezado.

Cuando al atardecer salí del desván, en el pasillo había una mujer tomando agua del grifo.

Pasé despacio por su lado, arriesgándome a que me preguntara lo que andaba buscando por allí. Pero ella siguió con lo suyo, con ese aire indiferente y defensivo que adoptan las mujeres cuando recelan que un desconocido quiere hablarles.

En lo alto de la escalera me detuve, deseoso de trabar conversación con ella. Por una parte, estaba mi vacilación y, por otra, la certeza ceñuda de la mujer de que yo iba a hablarle. El murmullo del agua cayendo del grifo dividía fríamente el silencio en dos campos bien distintos.

Me di la vuelta y me acerqué a ella. Se me ocurrió preguntarle si por casualidad conocía a alguna persona que posara para mí como modelo para unos dibujos. Dije la palabra «persona» con absoluta naturalidad para que no pudiese entrever en mi pregunta simplemente el deseo de ver a una mujer desnuda, sino sólo un interés artístico y abstracto por dibujar.

Unos días antes, un estudiante, seguro que para impresionarme, me dijo que en Bucarest les pedía a chicas jóvenes que fueran a su casa con el pretexto de dibujarlas, y luego se acostaba con ellas. Yo estaba seguro de que nada de eso era cierto y tenía la impresión de que no era más que un cuento burdo que el estudiante le había oído a otro y lo contaba como si le hubiera pasado a él. Sin embargo, se me había quedado bien impreso en la mente y, en ese momento, surgía una ocasión que ni pintada para usarlo. De esta forma, un episodio con un lejano desconocido, tras pasar por un terreno infértil, volvía a madurar para caer en el dominio de la realidad.

La mujer no me entendía, o simulaba no entenderme, aunque yo me esforzaba por explicárselo con toda claridad.

Mientras hablaba, se entreabrió una puerta y acudió otra mujer. Las dos se pusieron a hablar en voz baja.

—Bueno, podemos llevarlo a ver a Elvira, al fin y al cabo ella no tiene nada que hacer —dijo una.

Me acompañaron hasta un cuartito bajo y oscuro, junto al desván, en el que no había reparado. Adentro, en lugar de ventana, había dos aberturas en la pared por las que entraba una corriente de aire frío. Era una cabina de cine desde donde, en verano, se proyectaban películas en el jardín del teatro. En el suelo se veían las huellas del pedestal de cemento donde había estado la máquina de cine.

En un rincón, una mujer enferma yacía en una cama tapada hasta la boca y castañeteándole los dientes. Las otras mujeres se fueron y me dejaron solo en mitad de la habitación.

Me acerqué a la cama. La enferma sacó una mano por debajo del cobertor y me la tendió. Era una mano larga, fina y helada. En pocas palabras, le dije que había habido una confusión y que me habían llevado allí por error. Balbuceé unas palabras de excusa explicándole vagamente de qué se trataba: de hacer unos dibujos para un concurso artístico.

De todo lo que dije, ella se quedó sólo con la palabra «concurso» y me respondió con voz apagada:

—Bien, bien, te daré el concurso... cuando me ponga buena... ahora no tengo nada.

Entendió que yo tenía necesidad de alguna ayuda económica. Renuncié a más explicaciones y me quedé unos instantes cohibido sin saber cómo despedirme.

En esos momentos, ella se puso a lamentarse en un tono muy natural, como excusándose por no darme nada.

—Mira, tengo hielo en la barriga... Tengo calor... Tengo calor... Estoy muy

mala...

Me fui muy apenado y ya no volví nunca más al teatro de revista.

Llegó el otoño con su sol rojo y sus madrugadas vaporosas. Las casas de los arrabales, apiñadas a la luz, olían a cal fresca. Eran días descoloridos con el cielo gris como de ropa sucia. La lluvia repiqueteaba constantemente en el parque desierto. Las gruesas cortinas de agua se agitaban por las alamedas como en una inmensa sala vacía. Yo chapoteaba por la yerba húmeda y el agua me corría a chorros por el pelo y las manos.

En las callejas sucias de la periferia, cuando paraba de llover, las casas abrían sus puertas y aspiraban aire. Eran interiores humildes, con armarios torneados, búcaros de flores artificiales sobre la cómoda, estatuillas de escayola bronceada y fotografías de América. Vidas de las que nada sabía, perdidas en habitaciones un tanto mohosas de techos bajos, sublimes en su resignada indiferencia.

Me habría gustado vivir en aquellas casas, dejarme penetrar por su intimidad y dejando que todas las ensoñaciones y amarguras se disolvieran en su atmósfera como en un potente ácido.

¿Qué no habría yo dado por entrar en tal o cual habitación, andando con normalidad y dejándome caer cansado en el viejo diván, entre los almohadones de cretona floreada? Alcanzar allí otra intimidad interior, respirar otro aire y volverme yo mismo otro... Tendido en el diván, contemplar la calle por donde iba, desde dentro de la casa, desde detrás de las cortinas (y trataba de imaginarme cuál sería el aspecto de la calle desde el diván a través de la puerta abierta), poder encontrar de pronto en mí recuerdos de acontecimientos no vividos, recuerdos ajenos a la vida que llevaba invariablemente conmigo, recuerdos pertenecientes a la intimidad de las estatuillas bronceadas y al globo viejo de la lámpara con mariposas azules y violetas.

Qué bien me habría sentido en el límite de aquel escenario vulgar e indiferente que no sabía nada de mí...

Frente a mí, la calle sucia extendía constantemente su pasta de lodo. Había casas que se desplegaban como abanicos, otras blancas como terrones de azúcar y otras pequeñas con los tejados calados sobre los ojos, apretando las mandíbulas como los boxeadores. Encontraba carros cargados de heno o, de repente, cosas extraordinarias: un hombre bajo la lluvia llevando a sus espaldas un candelabro con adornos de cristal, toda una vidriería que sonaba como campanillas en las espaldas del buen hombre, mientras que gruesas gotas de agua chorreaban por todas las caras brillantes del cristal. Al fin y a la postre, ¿en qué consistía la gravedad del mundo?

La lluvia lavaba en el jardín las flores y plantas marchitas. El otoño provocaba en ellas incendios cobrizos, rojos y morados como llamas que brillan con más intensidad antes de apagarse. En el mercado, el agua y el barro corrían desparramados desde las enormes pilas de verduras. En la cortadura de las remolachas aparecía de pronto la sangre roja y oscura de la tierra. Más allá, había tiradas patatas buenas y tiernas junto a un rimero de cabezas cortadas de coles. En un rincón se levantaba un montículo de extravagante belleza: calabazas hinchadas y feas cuya corteza tirante reventaba, mordida por el sol durante todo el verano.

En medio del cielo, las nubes se agrupaban y luego se deshacían dejando entre ellas grandes espacios, como corredores perdidos en el infinito; otras veces, huecos inmensos que mostraban perfectamente el vacío desgarrador que flotaba sin cesar sobre la ciudad.

La lluvia caía entonces desde muy alto, desde un cielo que no tenía límites. Me gustaba el color cambiante de las maderas húmedas y las rejas herrumbrosas empapadas de agua delante de los tranquilos jardincitos domésticos por los que el viento pasaba mezclado con torrentes de agua como una inmensa crin de caballo.

Algunas veces me habría gustado ser un perro para mirar aquel mundo húmedo desde la perspectiva oblicua de los animales, de abajo arriba, levantando la cabeza. Para caminar más pegado a la tierra, con la vista fija en ella, estrechamente unido al color cárdeno del barro.

Ese deseo, que anidaba desde hacía mucho tiempo en mi interior, se precipitó violentamente aquel día de otoño en el descampado...

Aquel día mis pasos me llevaron hasta las afueras de la ciudad, al descampado donde se celebraba la feria de ganado.

Ante mí se abría un erial mojado por la lluvia, un inmenso charco de barro. El estiércol exhalaba un olor acre a orina. El sol se ponía en medio de un decorado rasgado de oro y púrpura. Frente a mí, y hasta una considerable distancia, se expandía el barro caliente y blando. ¿Qué otra cosa podría empapar de alegría mi corazón sino aquella masa limpia y sublime de suciedad?

Al principio vacilé. Dentro de mí luchaban con fuerzas de gladiador moribundo los últimos vestigios de educación. Pero en un abrir y cerrar de ojos se sumergieron en una noche negra y opaca y ya no supe ni quién era yo.

Primero metí un pie en el barro y luego el otro. Las botas se deslizaron suavemente en el amasijo elástico y pegajoso. Yo había pasado a ser una excrecencia del barro, de la misma sustancia que él, como si hubiese brotado de la tierra.

Me entró la convicción entonces de que los árboles no eran otra cosa que barro solidificado salido de la corteza terrestre. Su color era elocuente. ¿Y sólo los árboles? ¿Y las casas? ¿Y los hombres? Sobre todo los hombres. Todos los hombres. Desde luego, no se trataba de ninguna leyenda estúpida como «de la tierra saliste y a la tierra regresarás». Eso era demasiado inconcreto, demasiado abstracto e inconsistente ante el descampado de barro. Los hombres y las cosas habían brotado de aquel mismo estiércol y orina en los que yo estaba metiendo unas botas muy concretas.

En vano los hombres se habían envuelto en su blanca y sedosa piel y se habían vestido con sus ropas de paño. En vano, en vano... En ellos yacía, implacable, imperioso y elemental, el barro; el barro caliente y hediondo. El hastío y la estupidez con que llenaban su vida lo mostraban sobradamente.

Yo mismo era una creación especial del barro, un misionero enviado por él a este mundo. En aquellos momentos, lo sentía perfectamente y recordaba mis noches

convulsas y oscuridades ardientes, cuando mi barro esencial cobraba un brío inútil y pugnaba por salir a la superficie. Entonces cerraba los ojos y él seguía hirviendo en la oscuridad a borbotones incomprensibles...

A mi alrededor se extendía el descampado lleno de barro. Esa era mi auténtica carne, despojada de la ropa, despojada de la piel, despojada de los músculos, *despojada hasta el barro*.

Su humedad elástica y su olor crudo me acogían hasta lo más hondo porque yo les pertenecía por completo. Ciertas apariencias, puramente accidentales, como, por ejemplo, determinados gestos que era capaz de hacer, el pelo de la cabeza fino y liso o los ojos vidriosos y húmedos, me separaban de la inmovilidad y de su sempiterna suciedad. Pero era poca cosa, muy poco en comparación con la inmensidad majestuosa del fango.

Caminaba en todos los sentidos. Los pies se me hundían hasta los tobillos. Caía una mansa lluvia y, a lo lejos, el sol se ponía tras la cortina de nubes sanguinolentas y purulentas.

De pronto, me incliné y metí las manos en el estiércol. ¿Por qué no? ¿Por qué no? Me daban ganas de aullar.

La pasta estaba calentita y blanda; mis manos hurgaban entre ella sin ninguna dificultad. Cuando cerraba el puño, el barro salía de entre los dedos formando una colada negra y brillante.

¿Qué habían hecho mis manos hasta entonces? ¿Dónde habían estado ociosas? Yo las paseaba acá y acullá tan contento. ¿Qué habían sido hasta entonces sino unas pobres aves presas, atadas a los hombros con una horrible cadena de piel y músculos? Pobres aves destinadas a volar con estúpidos gestos de buenas maneras, aprendidos y repetidos como algo importante.

Lenta, lentamente se asilvestraron de nuevo y se regocijaron por recuperar su antigua libertad. Revolvían con la cabeza el estiércol, zureaban como palomas, batían las alas, felices... felices...

De alegría, me puse a agitarlas sobre la cabeza haciéndolas volar. Pequeñas gotas de barro me caían en la cara y la ropa.

¿Por qué secarlas? ¿Por qué? Sólo era un comienzo; mi acción careció de consecuencias: ni tembló el cielo ni hubo ninguna sacudida terrestre. Inmediatamente me pasé por la cara una mano llena de suciedad. Me embargó un inmenso gozo, hacía mucho tiempo que no había estado de tan buen humor. Me llevé las dos manos a la cara y al cuello y luego me froté con ellas el cabello.

La lluvia se volvió repentinamente más fina y copiosa. El sol seguía iluminando el descampado como una inmensa lámpara al fondo de un salón de mármol gris. Llovía a la luz del sol, era una lluvia de oro que olía a ropa lavada.

El descampado estaba desierto. A trechos, montoncitos de malojos secos que habían servido de alimento al ganado. Cogí uno y lo pelé con mucho cuidado. Tiritaba de frío y con las manos llenas de barro apenas si podía limpiar las hojas de

maíz. Pero la cosa me interesaba. Había mucho que ver en un malojo seco. A lo lejos, al final del descampado, se veía una chabola cubierta de chamiza. Corrí hasta allí y me metí debajo del alero. El techo caía tan bajo que me daba con la cabeza contra él. La tierra junto a la pared estaba totalmente seca. Me tendí en el suelo. Apoyé la cabeza en unos sacos viejos y, con las piernas cruzadas, podía dedicarme a mis anchas a examinar minuciosamente el malojo.

Me sentía contento de poder dedicarme a tan apasionante investigación. Las canaladuras y huecos del malojo me llenaron de entusiasmo. Lo partí con los dientes y dentro encontré un vello suave y dulzón. Ese revestimiento era estupendo para un malojo; si los hombres hubiesen tenido las arterias revestidas de vello suave, seguro que la oscuridad en ellos habría sido más dulce, más fácil de soportar.

Miraba el malojo y, en mis adentros, el silencio se reía mansamente, como si alguien estuviera haciendo en mi interior pompas de jabón.

Hacía sol y llovía y, a lo lejos, en la bruma, la ciudad humeaba como un montón de basura. Varios tejados y torres de iglesias brillaban de forma extraña a la luz de aquel húmedo crepúsculo. Era tan feliz que no sabía qué tontería hacer primero: si examinar el malojo, tumbarme o mirar la ciudad a lo lejos.

De repente, un poco más allá de mis pies, donde empezaba el barro, una ranita dio unos cuantos saltos. Primero, se acercó a mí pero lo pensó mejor y se fue hacia el descampado. «¡Adiós, ranita! ¡Adiós!», le grité. El corazón se me desgarró por haberme abandonado tan rápidamente... «¡Adiós, guapa!». Improvisé una larga parrafada dedicada a la ranita y cuando acabé de hablar le tiré el malojo, a lo mejor le daba...

Finalmente, de tanto mirar las vigas que había encima, se me cerraron los ojos, cansado, y me quedé dormido.

Se apoderó de mí un sueño que se me metió hasta la médula de los huesos.

... Soñé que me paseaba por las calles de una ciudad llena de polvo, muy soleada y con muchas casas blancas; quizá fuera una ciudad oriental. Iba junto a una mujer de negro, con velos de luto riguroso. Pero, cosa extraña, la mujer no tenía cabeza. Los velos estaban muy bien puestos donde tenía que haber estado la cabeza, pero en su lugar sólo había un hueco abierto, una esfera redonda hasta el cogote.

Los dos íbamos muy de prisa y, el uno junto al otro, seguíamos a un carro con el signo de la Cruz Roja donde se encontraba el cadáver del marido de la señora enlutada.

Me di cuenta de que nos hallábamos en tiempo de guerra. En efecto, en seguida llegamos a una estación y bajamos las escaleras hasta un sótano débilmente iluminado con luz eléctrica. Acababa de llegar un convoy de heridos y las enfermeras bullían inquietas por el andén con cestitas de cerezas y rollos que repartían entre los inválidos del tren.

De pronto, bajó de un vagón de primera clase un caballero gordo y bien vestido que llevaba en la solapa la insignia de una condecoración.

Llevaba monóculo y botines blancos. Se ocultaba la calva bajo unas hebras de pelo plateado. Portaba al brazo un perrito blanco pequinés cuyos ojos parecían dos bolas de ágata flotando en aceite.

Durante unos instantes se paseó arriba y abajo del andén, como si anduviese buscando algo. Por fin lo encontró: era la vendedora de flores. Escogió un ramo de claveles rojos y lo pagó sacando el dinero de una elegante billetera flexible con iniciales de plata.

Acto seguido, volvió a subir al vagón y vi cómo dejaba al pequinés en la mesita que estaba junto a la ventanilla y le daba, uno tras otro, los claveles rojos para que se los comiese, lo que el animal hacía con evidente apetito...

Un tremendo sobresalto me despertó.

En ese momento llovía con fuerza. Las gotas repiqueteaban junto a mí y tuve que apretarme bien contra la pared. El cielo se había vuelto negro y, en lontananza, ya no se veía la ciudad.

Tenía frío pero las mejillas me ardían. Sentía perfectamente su ardor bajo la capa de barro ya seco. Quise levantarme y una corriente eléctrica me recorrió las piernas. Las tenía entumecidas por completo y era menester separarlas despacio, una tras otra. Los calcetines estaban fríos y húmedos.

Pensé en refugiarme en la choza, pero la puerta estaba cerrada y, en vez de ventana, la casucha sólo tenía una abertura tapada con tablones. El viento arrastraba la lluvia por todas partes y no había ningún sitio donde pudiese protegerme de ella.

Empezó a anochecer. En muy poco tiempo, el descampado se hundió en la oscuridad. Incluso en el borde, por donde yo había venido, una taberna encendió las luces.

En un abrir y cerrar de ojos me planté allí; quise entrar a beber algo, sentarme al calor en medio de la gente y del olor apestoso a alcohol. Rebusqué por los bolsillos y no encontré ni una moneda. Delante de la taberna, la lluvia caía con viveza a través de una cortina de humo y vaho que salía de dentro.

Tenía que decidirme a hacer algo, por ejemplo, irme a casa. ¿Pero cómo?

En el estado de suciedad en el que me encontraba no era posible. Y tampoco quería renunciar a ella.

Una indecible amargura se adueñó de mi alma, como la que puede experimentar alguien cuando comprueba que ya no le queda absolutamente nada por hacer, nada por realizar.

Eché a correr por las calles a través de la oscuridad, saltando por encima de los charcos y metiéndome en otros hasta las rodillas.

Llegó un momento en el que mi desesperación fue extrema, me daban ganas de aullar y de golpearme la cabeza contra los árboles. Pero en seguida, toda esa tristeza menguó y acabó acurrucándose en un pensamiento tranquilo y suave. Ya sabía lo que tenía que hacer: desde el momento en que ya nada podía continuar, sólo me quedaba acabar con todo. ¿Qué dejaba detrás? Un mundo húmedo y feo en el que llovía

mansamente...

Entré en mi casa por la puerta trasera. Pasé a hurtadillas por las habitaciones evitando mirarme en los espejos. Buscaba algo eficaz y rápido que volcase de golpe en las tinieblas todo lo que veía y sentía, igual que se vacía un carro de piedras cuando le quitan la tabla del fondo.

Me puse a revolver por los cajones en busca de un veneno potente. Mientras hurgaba, no me venía a la mente ningún pensamiento; era menester acabar y cuanto antes. Era como si tuviese que terminar una tarea como cualquier otra.

Encontré todo tipo de objetos que no me servían para nada: botones, cordeles, hilos de colores, libritos, etc., con un fuerte olor a naftalina. Un sinfín de cosas que no podían provocar la muerte de nadie. He ahí lo que contenía el mundo en los momentos más trágicos: botones, hilos y cordeles...

Al fondo de un cajón, di con una caja de tabletas blancas. Podría ser un veneno, como también podría ser un medicamento inofensivo. Pero recordé que, en cualquier caso, tomadas en grandes cantidades podrían ser venenosas.

Me puse una en la lengua. En la boca se me difundió un gusto un tanto salado e insípido. La trituré con los dientes y el polvo me absorbió toda la saliva. Se me quedó la boca seca.

Había muchas tabletas en la caja, más de treinta. Me fui al grifo del patio y, poco a poco, con paciencia, empecé a tragármelas una a una.

Con cada tableta me tomaba un trago de agua y tardé un buen rato en acabar la caja. Las últimas ya no me las podía tragar, como si se me hubiese hinchado el galillo.

En el patio la oscuridad era completa. Me senté en un escalón a esperar. En el estómago me entró un ardor tremendo pero, fuera de eso, me sentía bien y el murmullo de la lluvia me parecía ahora sumamente íntimo. Se diría que entendía mi estado de ánimo y penetraba en lo más hondo de mí para procurarme bienestar.

El patio se convirtió en una especie de salón y en él me sentía ligero, cada vez más ligero. Todas las cosas hacían esfuerzos desesperados para no ahogarse en la oscuridad. De pronto, me di cuenta de que estaba sudando muchísimo. Me metí la mano por debajo de la camisa y la saqué mojada. A mi alrededor el vacío crecía de forma vertiginosa. Cuando me tiré en la cama de mi casa estaba bañado en sudor de la cabeza a los pies.

Era una cabeza hermosa, extraordinariamente hermosa. Unas tres veces mayor que una cabeza humana, giraba lentamente sobre un eje de latón el cual la atravesaba desde la coronilla hasta el cuello.

Lo primero que vi de ella fue la nuca. ¿De qué materia podría ser? Tenía un brillo mate, de cerámica antigua, con tonos de marfil. La superficie estaba toda llena de pequeños dibujos azules, una especie de filigranas que se repetían geométricamente, como el dibujo de un linóleo. Visto de lejos, parecía una escritura menuda y fina sobre un papel de marfilina; algo de una belleza inimaginable.

En cuanto la cabeza empezó a moverse, girando sobre el eje, me entró un profundo vértigo. Sabía que, a los pocos segundos, aparecería el rostro del cráneo: el horrible y espantoso rostro.

Era un rostro que, por otro lado, estaba bien formado, con todos los relieves humanos habituales: ojos hundidos, barbilla muy prominente y un triángulo excavado debajo de cada uno de los pómulos, como en una persona delgada.

En cambio, la piel era fantástica: formada de láminas finas de carne, unas junto a otras, como las laminillas marrones al dorso de las setas.

Había tantas láminas y estaban tan apretadas que si uno miraba la cabeza entornando un poco los párpados, no se veía nada anormal y las rayitas minúsculas se asemejaban a las que componen el sombreado de un grabado de cobre.

A veces, en verano, vistos desde lejos, los castaños cargados de hojas presentaban el aspecto de cabezas enormes clavadas en troncos, con rostros hundidos, semejantes a este que he descrito. Cuando el viento soplaba entre las hojas, el rostro ondeaba como las espigas de un campo de trigo.

De igual forma temblaba la cabeza cuando se balanceaba el pedestal.

Para saber si el rostro estaba compuesto de laminillas bastaba con hundir ligeramente un dedo en la carne. Este entraba sin resistencia, como en una pasta húmeda y blanda. Cuando lo sacaba, las laminillas volvían a su sitio y no se percibía ninguna huella.

En cierta ocasión, siendo niño, asistí a la exhumación y posterior inhumación de un cadáver.

Se trataba de una chica que había muerto joven y la habían enterrado con el traje de novia.

El corpiño de seda estaba deshecho en tiras largas y sucias y, en algunas partes, los restos de bordados se mezclaban con la tierra. Sin embargo, el rostro parecía intacto y había conservado casi todos sus rasgos. Su color era amoratado, de tal suerte que la cabeza parecía modelada de cartón ablandado en agua.

Cuando sacaron el ataúd, alguien pasó la mano por la cara de la muerta. Entonces, todos los que estábamos mirando nos llevamos una macabra sorpresa: lo que habíamos tomado por un rostro bien conservado no era más que una capa gruesa de moho de unos dos dedos de espesor. El moho había reemplazado por completo la piel y la carne, manteniendo intactos todos los rasgos de la cara. Debajo no había sino el esqueleto pelado.

Tal era la cabeza a la que me refiero, con la sola diferencia de que en lugar de moho estaba cubierta de laminillas de carne. Pero con el dedo llegaba entre ellas hasta el hueso.

La cabeza, aunque fea, era un refugio seguro contra el aire.

¿Por qué contra el aire? En mi cuarto, el aire estaba continuamente en movimiento, era viscoso, pesado y siempre tratando de condensarse en estalactitas negras y feas.

En ese aire se me apareció por vez primera la cabeza y, a su alrededor, se formó un vacío como un halo que se agrandaba sin cesar.

Estaba tan contento por su aparición que me entraron ganas de reír. ¿Pero cómo podía reír estando en la cama, en plena noche, en la oscuridad?

Me quedé locamente prendado de la cabeza. Era lo más valioso e íntimo que poseía. Venía del mundo de las tinieblas del cual penetraba en mí sólo un pequeño zumbido, como un hervor continuo en el cráneo. ¿Qué otras cosas se encontrarían allí? Abría los ojos de par en par y escrutaba en balde la oscuridad. Salvo la cabeza marfilina, no aparecía nada más.

Me pregunté con cierto temor si esa cabeza no se convertiría en el centro de todas mis preocupaciones, sustituyendo a todas las demás, una a una, hasta quedarme al final solo con la cabeza y la oscuridad. La vida pareció adquirir entonces un sentido preciso y auténtico. Por el momento, la cabeza había crecido en el aire como un fruto pleno que había llegado a su punto de sazón.

La cabeza era mi reposo y mi bienestar, era mía solamente. Tal vez si hubiese pertenecido al mundo entero hubiese acontecido una terrible catástrofe. Un solo momento de felicidad plena habría podido petrificar el mundo durante siglos.

Contra la «cabeza» luchaba constantemente el flujo viscoso del aire, pero cada vez con más impotencia.

A veces, junto a ella, aparecía la cabeza de mi padre pero como algo vago y difuso, como una masa de vaho blancuzco. Sabía que iba a ponerme la mano en la frente; la mano estaba fría. Intentaba explicar el combate entre la cabeza y el aire mientras sentía a mi padre abrirme la camisa y deslizarme el termómetro en el sobaco, como un lagarto delgado de vidrio.

En torno a la cabeza surgía un movimiento fastidioso como el aleteo de una bandera al viento.

Imposible de detener; la bandera no cesaba de ondear.

Me acordé del día en el que, a la hora del té, arriba, en casa de Weber, Paul dejó caer la mano a lo largo de la silla y Edda, desde la cama, levantando un poco el zapato, se puso a hacerle cosquillas en la palma, en broma. Esa acción adquirió con el tiempo una insólita virulencia. Cuando la recordaba, el zapato arañaba frenético la mano de Paul hasta producirle una pequeña herida y luego un agujero en la carne. El zapato no detenía ni un instante su irritante mecanismo: hurgaba sin cesar en la palma agujereada, luego en el brazo entero y, seguidamente, en todo el cuerpo...

De esa misma forma, empezó a moverse en el cuarto la bandera. Amenazaba con agujerearlo todo y, tal vez, con devorarme.

Chillé desesperado, empapado de sudor.

—¿Cuánto? —preguntó una voz en la sombra.

—Treinta y nueve —contestó mi padre y salió dejándome presa de las tormentas que arreciaban.

La convalecencia se anunció una mañana por la extrema debilidad de la luz. En el cuarto en el que dormía entró por el cristal esmerilado de la ventana de la buhardilla. El volumen de la habitación perdió, extrañamente, parte de su densidad. La claridad volvía las cosas más ligeras y, por más hondo que respirase, se me quedaba en el pecho un gran vacío, como si hubiese desaparecido una importante porción de mí mismo.

Entre las sábanas calientes, las migajas se deslizaban por los muslos. Buscaba con el pie el hierro de la cama y éste lo traspasaba como un cuchillo helado.

Quise bajar de la cama. Todo era como yo suponía: el aire demasiado inconsistente no podía sostenerme. Pasaba por él como si hubiese atravesado un río vaporoso y templado.

Me senté en una silla, bajo el cristal del techo. A mi alrededor, la luz hurtaba la precisión de los objetos, como si los hubiese lavado repetidamente para quitarles el brillo.

En un rincón de la habitación, yacía el lecho hundido en la oscuridad. ¿Cómo había logrado distinguir en la pared, con aquella oscuridad, durante los días de fiebre, todos los granos de cal?

Muy despacio, me puse a vestirme; las prendas de ropa pesaban también menos que de costumbre. Me caían en el cuerpo como trozos de papel secante y olían a lejía y a plancha.

Flotando en aguas cada vez más enrarecidas, salí a la calle. En seguida, el sol me mareó. Manchas inmensas de resplandores amarillos y verdosos cubrían en parte casas y viandantes. La mismísima calle parecía débil y fresca, como si también acabase de salir de una grave enfermedad.

Los caballos de los carruajes, grises y derrengados, andaban de modo anormal. Ya caminaban muy despacio, arrastrando pesadamente la carga y tambaleándose, ya iban al trote respirando hondo por las narices para no caerse, rendidos de debilidad, en mitad de la calle.

El largo cordón de casas se balanceaba ligeramente a merced del viento. De lejos llegaba el olor fuerte del otoño. «¡Un hermoso día de otoño!», me dije. «¡Un espléndido día de otoño!».

Iba paseando muy despacio a lo largo de las casas cubiertas de polvo. En el escaparate de una librería vi un juguete mecánico moviéndose.

Era un pequeño payaso colorado y azul que tocaba dos pequeños platillos de latón. Estaba muy bien encerrado en su habitáculo del escaparate, entre libros, pelotas y tinteros, y tocaba los platillos indolente, con viveza.

Se me saltaron las lágrimas de ternura. ¡Qué limpio, qué bonito y qué fresco era aquel rincón del escaparate!

Ciertamente, un lugar ideal en este mundo donde estar tranquilo y tocar los platillos vestido con bonitas ropas de colores.

He aquí algo que, después de tanta fiebre, era sencillo y límpido. En el escaparate,

la luz del otoño caía más íntima, más placentera. ¡Ojalá hubiese podido yo cambiarme por aquel payaso pequeño y alegre! Entre libros y pelotas, rodeado de objetos limpios, esmeradamente colocados sobre un papel azul. ¡Chin, chin, chin! ¡Qué bien se está en el escaparate! ¡Chin, chin, chin! Colorado, verde, azul; pelotas, libros y pinturas. ¡Chin, chin, chin! ¡Qué hermoso día de otoño!

Pero lentamente, de manera insensible, los movimientos del payaso se iban atenuando. Primero, dejó de tocar los platillos, después, de repente, se quedó con los brazos inmóviles en el aire.

Reparé casi con horror en que el payaso había dejado de jugar. Algo se paralizó dolorosamente dentro de mí. Un momento bonito y alegre se había quedado congelado en el aire.

Dejé rápidamente el escaparate y me fui a un pequeño parque público del centro de la ciudad.

Los castaños se habían despojado de sus hojas amarillas. El viejo restaurante del tablado estaba cerrado y, frente a él, había amontonados, en desorden, un puñado de bancos estropeados.

Me dejé caer en uno de esos bancos, no sé qué tendría pero de pronto me vi casi caído de espaldas y mirando al cielo. El sol enviaba por entre las ramas de los árboles una luz desmenuzada en pequeños cristales.

Durante un rato permanecí así, con la mirada perdida en lo alto, débil, indeciblemente débil.

De pronto, se sentó junto a mí un chico fuerte, con las mangas de la camisa subidas, de cuello rojo y robusto y manos grandes y sucias. Se rascó unos segundos la cabeza con los diez dedos y, seguidamente, se sacó del bolsillo de los pantalones un libro y se puso a leer.

Tenía las hojas apretadas con la mano para que el viento no las levantara y leía balbuceando en voz alta; de vez en cuando se pasaba la mano por el pelo, como si lo ayudara a entender mejor.

Tosí significativamente y lo interpelé:

—¿Qué estás leyendo? —le pregunté medio tumbado en el banco y mirando las ramas de los árboles.

El muchacho me puso el libro en la mano como si yo estuviera ciego. Era una historia larga en versos sobre bandoleros, un libro pringoso, lleno de manchas de grasa y suciedad; se veía bien a las claras que había pasado por muchas manos. Mientras lo hojeaba, él se puso de pie y se quedó frente a mí, fuerte, seguro de sí mismo, con las mangas subidas y el cuello desabrochado.

Era algo tan agradable y reposado como tocar los platillos en un escaparate.

—¿Y no te duele la cabeza cuando lees? —le pregunté al devolverle el libro.

Parecía no entender.

—¿Por qué ha de dolerme? No me duele nada en absoluto —dijo él y volvió a sentarse en el banco para seguir leyendo.

Por consiguiente, había una categoría de cosas en el mundo de las que estaba escrito que nunca formaría parte: payasos indiferentes y mecánicos o chicos fuertes a los que nunca les duele la cabeza. A mi alrededor, entre los árboles, a la luz del sol, soplaba una corriente de vida dilatada y alegre, llena de vitalidad y pureza. Yo estaba destinado a quedarme siempre al borde de ella, en plena oscuridad, lastrado por mis debilidades y mis desfallecimientos.

Extendí las piernas en el banco y, apoyándome la espalda en un árbol, encontré una postura muy cómoda. En definitiva, ¿qué me impedía a mí ser fuerte e indolente? ¿Sentir circulando en mi interior una savia vigorosa y fresca, al igual que circulaba por los millares de ramas y hojas del árbol; estar en posición vertical y sin entender nada a la luz del sol, derecho, sobrio, con una vida segura y bien definida, encerrada dentro de mí mismo como en una trampa...?

Para ello era menester, en primer lugar, tratar de respirar más hondo y más pausado: respiraba mal, siempre tenía el pecho o muy lleno o muy vacío. Pero empecé a aspirar el aire con confianza. A los pocos minutos me sentí mejor. Un débil fluido de perfección, pero que notaba cómo se hinchaba a cada momento, comenzó a correrme por las venas. El ruido de la calle me recordó, muy lejana, la presencia de la ciudad, pero ahora la ciudad giraba muy lentamente a mi alrededor como una placa de gramófono. Me había convertido, en cierto sentido, en el centro y eje del mundo. Lo esencial era no perder el equilibrio.

Una vez, en un circo, por la mañana, cuando los artistas estaban ensayando, asistí a una escena que entonces recordé... Un aficionado al circo, un espectador sin ningún tipo de preparación, se subió sin encomendarse a Dios ni al diablo, echándole valor, a una pirámide de sillas y mesas a la que se había encaramado poco antes un acróbata del circo. Todos admiramos la precisión con la que escalaba el peligroso entramado, y el frenesí de haber logrado vencer los primeros obstáculos embriagó al aficionado con una especie de ciencia del equilibrio, llena de inconsciencia, que lo llevaba a poner la mano justo en el lugar en el que había que hacerlo, a colocar los pies en el sitio exacto para poder subir con una dificultad mínima el peldaño superior. Atontado y feliz por lo que estaba haciendo, en unos segundos llegó a la cima. Pero allí sucedió todo lo contrario: se percató, de pronto, de la fragilidad del punto de apoyo donde se hallaba, así como de su extraordinaria osadía. Castañeteándole los dientes, pidió con voz queda una escalera y les suplicó a los de abajo que la mantuviesen bien sujeta y no la moviesen. El arrojado aficionado bajó con infinitas precauciones, peldaño a peldaño, sudando a mares, estupefacto e irritado por la ocurrencia que había tenido de subirse.

Mi posición en aquel momento, en el parque, era la de quien está en la cúspide de una frágil pirámide. Notaba perfectamente cómo circulaba en mí una savia nueva y poderosa, pero tenía que esforzarme por no caer desde las alturas de mi admirable certeza.

Se me pasó por la imaginación que en ese estado de ánimo tendría que ver a

Edda, tranquilo, seguro de mí mismo y lleno de luz; llevaba mucho tiempo sin ir por allí. Quería, al menos una vez, presentarme ante alguien entero y firme.

Callado e imponente, como un árbol. Eso es, como un árbol. Me llené el pecho de aire y, tendiéndome bien hacia atrás, les dirigí un saludo de camaradería a las ramas que había encima de mí. En aquel árbol había algo de rudo y de simple que casaba de maravilla con mis nuevas fuerzas. Acaricié el tronco como si le hubiese dado unos golpecitos en el hombro a un amigo. «¡Camarada árbol!». Cuanto más atentamente contemplaba la corona de ramas extendida hasta el infinito, con más viveza sentía que se me abría la carne y, por los huecos, me penetraba el aire vivo de fuera y circulaba en mi interior. La sangre subía majestuosamente hasta las venas llena de savia, llena de espuma por la efervescencia de la vida simple.

Me puse en pie. Por un instante, las rodillas se me doblaron inseguras, como si quisieran contrastar, con esa vacilación, mi fuerza y mi debilidad. A grandes zancadas, me fui a casa de Edda.

La pesada puerta de madera que daba a la terraza estaba cerrada. Su inmovilidad me desconcertó un poco. Todos mis planes se esfumaban.

Puse la mano en el picaporte y lo apreté. «Valor», me dije, pero me detuve para rectificar. ¿Valor? Sólo los tímidos necesitan valor para hacer algo; los normales, los fuertes no tienen ni valor ni cobardía, ellos abren las puertas simplemente, así...

La oscuridad fresca de la primera habitación me rodeó con un aire tranquilo y alegre, como si me hubiese estado esperando desde mucho antes.

En esa ocasión, la cortina de bolitas, al caer tras pasar yo, hizo un cascabeleo extraño que me hizo pensar que estaba solo, en una casa desierta, en las lindes del mundo. ¿Acaso era la misma sensación de equilibrio extremo que la de la cúspide de la pirámide de sillas?

Llamé con violencia a la puerta de Edda.

Me dijo alarmada que entrase. ¿Por qué andaba sin hacer ruido?

«¿Anduve sin hacer ruido?». Sin embargo, me parecía que la presencia de una persona como yo, o mejor dicho, de un árbol, tenía que notarse desde lejos.

Pero mi entrada en su cuarto no provocó ni extrañeza, ni estremecimiento ni la menor emoción.

Durante unos segundos, el pensamiento se me adelantó: me imaginaba actuando con gestos sobrios y minuciosos. Me vi entrando muy seguro y, con total naturalidad, sentándome a los pies de Edda, en la cama donde estaba tendida. Pero mi auténtica persona se quedó a la zaga de esos hermosos proyectos como un remolque inútil e inservible.

Edda me invitó a sentarme y lo hice en una silla, a gran distancia de ella.

Entre los dos, el reloj de pared hacía un tictac molesto y sonoro. Cosa curiosa: el tictac subía y bajaba como el flujo y reflujo del mar; iba como una ola hacia Edda menguando su sonido hasta ser casi inaudible y luego volvía hacia mí, aumentando, con una violencia cada vez mayor que rompía los tímpanos.

—Edda —le dije, rompiendo el silencio—, permíteme que te diga algo muy simple...

Edda no contestó.

—Edda, ¿sabes tú lo que soy yo?

—¿Qué?

—Un árbol, Edda, un árbol...

Naturalmente, esa breve conversación tuvo lugar sólo en mi fuero interno y ninguna de esas palabras se pronunciaron de verdad.

Edda se acurrucó en la cama, dobló las rodillas y se las tapó con la bata. Acto seguido, se puso las manos debajo de la nuca y me miró con gran atención. Habría dado muy contento lo que fuese con tal de que Edda hubiese preferido centrar su atención en otro punto de la habitación.

De pronto, vi en una rinconera un gran ramo de flores en un florero. Eso me salvó.

¿Cómo no las había visto antes? Había estado mirando todo el tiempo hacia allí desde que entré. Para comprobar que era real, desvié un momento la mirada a otra parte y volví a mirarlas. Estaban allí, en su sitio, inmóviles, grandes, encarnadas... ¿Entonces, cómo no las había visto? Empecé a dudar de mi certidumbre de ser árbol. Un objeto había aparecido en la habitación donde no estaba un instante antes. ¿Mi vista era siempre buena? Tal vez aún me quedasen en el cuerpo secuelas de impotencia y oscuridad que vagaban por mi nueva luminosidad como nubes por un cielo brillante, tapándome la vista cuando pasaban por el humor de los ojos, al igual que las nubes del cielo tapan de pronto el sol y sumergen en la sombra parte del paisaje.

—Qué bonitas son esas flores —le dije a Edda.

—¿Qué flores?

—Las que hay allí, en la rinconera...

—¿Qué flores?

—Esas dalias encarnadas tan bonitas...

—¿Qué dalias?

—¿Cómo que «qué dalias»?

Me levanté y me precipité a la rinconera. Tirado sobre una pila de libros había un chal encarnado. Cuando lo toqué y me convencí de que era realmente un chal, algo vaciló dentro de mí, como la oscilación del valor del equilibrista aficionado en la cúspide de la pirámide, entre la acrobacia y la afición. Yo debía de haber llegado a lo más alto de mi subida.

Todo el problema se resumía entonces en volver a sentarme en la silla. ¿Y luego? ¿Qué tendría que hacer? ¿Qué tendría que decir?

Durante unos instantes, ese problema me dejó tan aturdido que me resultó imposible realizar el menor movimiento. Igual que las ruedas de máquinas a motor parecen inmóviles cuando giran a mucha velocidad, mi desesperada turbación me

dejaba rígido como una estatua. El tictac del péndulo sonaba con fuerza y me clavaba con pequeños clavos sonoros. A duras penas, conseguí arrancarme de la inmovilidad.

Edda seguía en la misma posición, en la cama, mirándome con la misma serena extrañeza; se diría que un poder maléfico, extremadamente pérfido, daba a las cosas su aspecto más común para ponerme a mí en el peor de los aprietos. Eso es lo que luchaba contra mí de forma implacable: el aspecto común de las cosas.

En un mundo tan exacto, cualquier iniciativa era superflua cuando no imposible. Lo que me sacaba de quicio era que Edda no podía ser otra cosa, sino sólo una mujer con el pelo bien peinado, de ojos azul violeta y una sonrisa en la comisura de los labios. ¿Qué podía hacer yo contra una exactitud tan estricta? ¿Cómo podía hacerle entender, por ejemplo, que yo era un árbol? Era menester transmitir palabras inmateriales e informes a través del aire, una corona de ramas y hojas, imponente, enorme, tal como la sentía en mí. ¿Cómo habría podido hacerlo?

Me acerqué a la cama y me apoyé en la barra de madera. Mis manos sufrieron la irradiación de una especie de certezas, como si en ellas hubiese caído de pronto todo el nudo de mi desazón.

¿Y ahora qué? Entre Edda y yo flotaba el mismo aire diáfano, mareante, impalpable y, en apariencia, inconsistente pero en el cual estaban todas mis fuerzas que no servían para nada. Infinidad de vacilaciones, silencios de horas, turbaciones y vértigos de la carne y la sangre, todo ello podía entrar en aquel espacio miserable sin que nada mostrara la negrura y viscosidad que contenía. En el mundo, las distancias no eran tan simples como yo las veía con mis ojos ínfimos y permeables, sino otras invisibles, pobladas de monstruos y timideces, de proyectos fantásticos y de actos insospechados que, si por un momento se hubieran encarnado en la materia de la que tendrían que estar compuestos, habrían transformado el aspecto del mundo en un horrendo cataclismo, en un caos extraordinario, lleno de crueles desgracias y de placenteros éxtasis.

En aquel momento, mientras contemplaba a Edda, quizá la materialización de mis pensamientos hubiese tenido como resultado esa sencilla acción que me martilleaba el cerebro: coger el pisapapeles de la mesa (lo miraba con el rabillo del ojo, era un noble casco medieval que sujetaba unos papeles) y tirárselo a Edda y, como consecuencia inmediata, que del pecho le hubiese brotado un impresionante chorro de sangre, impetuoso como si manara de un grifo abierto, que, lentamente, hubiese inundado el cuarto. Primero, habría chapoteado con los pies en ese líquido caliente y pegajoso, luego me habría llegado a las rodillas y, finalmente —como en las películas norteamericanas de aventuras emocionantes donde un personaje es condenado a morir encerrado en una habitación herméticamente cerrada mientras el agua la va inundando poco a poco— notaría de pronto la sangre llegándome a la boca hasta ahogarme con su gusto salado y exquisito...

Me puse a mover los labios sin querer y a tragar en seco.

—¿Tienes hambre? —me preguntó Edda.

—Ah, no, no... No tengo hambre, estaba pensando algo... absurdo, completamente absurdo...

—Cuéntamelo a mí, por favor. Desde que llegaste no has dicho una palabra y no te he preguntado nada... Ahora estoy esperando, ya lo ves.

—Mira, Edda —dije yo—, en el fondo es algo muy simple, incluso no puede ser más simple... Perdóname que te lo diga pero yo...

Quise completar la frase añadiendo «soy un árbol», pero, desde que me entraron ganas de beber sangre, esa frase carecía ya de valor. Yacía borrosa y marchita en el fondo de mi alma y hasta me sorprendió que alguna vez hubiese llegado a tener importancia.

Volví a empezar.

—Mira, Edda, se trata de que estaba mal, me sentía débil y decaído. Tu presencia siempre me hace bien, me basta con verte... ¿Estás enfadada por eso?

—De ninguna manera —me respondió ella y se echó a reír.

Entonces sí que me entraron ganas de hacer algo absurdo, sangriento, violento. Rápidamente cogí mi sombrero.

—Ya me voy.

Y en un santiamén estaba escaleras abajo.

Algo sí era cierto: el mundo tenía un aspecto vulgar, común, en medio del cual había caído yo por error. Nunca podría convertirme en árbol, ni podría matar a nadie ni la sangre saltaría a chorros. Todas las cosas y todas las personas estaban presas de la triste y pobre obligación de ser exactas, sólo exactas y nada más que exactas. Era inútil creer que en un florero había dalias cuando lo que había era un chal. El mundo no tenía poder para transformarse ni tanto así; estaba tan mezquinamente preso en su exactitud que no podía permitirse tomar un chal por flores...

Por primera vez sentía la cabeza fuertemente apretada dentro del cráneo: terrible y doloroso cautiverio...

Aquel otoño Edda enfermó y se murió. Toda mi vida anterior, todos mis paseos inútiles, todas mis fatigas y las preguntas que me torturaban se concentraron en el dolor y la angustia de una sola semana, como en determinados líquidos en los que la concentración de varias sustancias produce, de repente, un potente veneno.

En el piso de arriba, el silencio bajó un grado. Paul logró encontrar en no sé qué armario una gabardina vieja y una corbata raída que se anudó al cuello como si fuera un cordón. Presentaba un color amoratado, como si las noches de insomnio le hubiesen recubierto el rostro con una gasa fina.

—Se ha pasado toda la noche sufriendo —me dijo Paul—. Ayer le pregunté otra vez al médico lo que pensaba y me lo dijo todo, toda la verdad. «Es como si se hubiera producido una explosión en los riñones», me confesó el médico. Es rarísimo que esta enfermedad aparezca con tanta virulencia y de manera tan brusca. Por regla general, se insinúa lentamente, con síntomas que la anuncian, mucho antes de que la cosa sea grave. Es una auténtica explosión en los riñones; una auténtica explosión.

Paul hablaba con rapidez pero haciendo largas pausas, como si quisiera dejar tiempo a que, en medio de una frase, estallase la llama de un dolor y se consumiese.

El despacho de la planta baja estaba oscuro como una caverna; el viejo Weber, con la cabeza hundida en un libro de contabilidad, se hacía la ilusión de estar ocupado...

Todas las mañanas iba el médico con su andar silencioso, pasaba por las habitaciones y se hacía acompañar de los tres Weber hasta el cuarto de Edda.

Yo los seguía cogido de la mano de Ozy. Hacía mucho que no jugábamos a nuestro juego imaginario y aquella habría sido una ocasión estupenda.

¡Qué bien habría estado poder hablar de la enfermedad de Edda como si nada hubiese ocurrido!

Al subir las escaleras pensaba en la fantástica posibilidad de un juego dirigido por Ozy en el que tomaran parte el médico, Paul Weber y el viejo. Que por una vez, el jorobado dirigiera, de verdad, una escena imaginaria e inexistente. Cuando estábamos llegando arriba, me daban ganas de gritar: «Basta ya, se ha concluido, muy buena interpretación. Paul ha llevado una máscara realmente impresionante y el viejo Weber se veía que sufría, pero ya basta, se ha terminado, Ozy, por favor, diles que lo dejen ya...».

Pero todo estaba muy bien montado para que lo dejaran en lo alto de la escalera...

Mientras el médico entraba en el cuarto de Edda, nos quedábamos en la habitación contigua el viejo Weber, Ozy y yo.

Debía de ser la primera vez que el viejo Weber trataba de controlar una fuerte emoción. Con la cabeza doblada en el sillón, miraba a la calle de forma indiferente y errática, como si no supiera nada ni esperara nada. Al rato, como los grandes actores que quieren bordar su papel añadiéndole un detalle inédito, se levantó del sillón y se fue a contemplar más de cerca un cuadro de la pared. Sin embargo, como el gran actor que adopta un tono de voz grave para hacer una recitación trágica y la

transforma en algo ridículo que provoca la risa de la galería, el viejo Weber quiso representar el papel con mucha calma y equivocó el efecto: mientras estaba mirando el cuadro, tamborileaba nervioso los dedos en el respaldo de una silla que había detrás de él...

Paul me cogió de la mano.

—Edda quiere verte, ven conmigo sin hacer ruido.

En la cama de sábanas blancas, Edda estaba acostada con la cabeza vuelta hacia la ventana. Tenía los cabellos extendidos en las almohadas, más rubios y finos que antes; a veces las enfermedades tienen esas sutilezas. En la habitación reinaba una especie de descomposición blanca de las cosas por la sobreabundancia de luz, en la cual se desvanecía el rostro de Edda.

De pronto, volvió la cabeza.

Entonces, era verdad... O sea, en aquel momento me ocurrió algo tan inexplicable, tan claro y tan sorprendente que habría podido ser una verdad venida del exterior... La cabeza de Edda era semejante en todo a la cabeza marfilina de mis noches de fiebre. Esa evidencia me aturdí de tal manera que a punto estuve de pensar que yo había inventado en aquel mismo momento la forma exacta de la vieja cabeza de escayola, con la misma rapidez con que construimos, en sueños, todo un episodio por el mero hecho de haber oído un tiro de pistola.

Entonces sí que estuve seguro de que algo violento y malo le iba a pasar pronto a Edda. Quizá eso me lo imaginase más tarde; en todo lo que respecta a Edda no distingo en nada lo que en verdad forma parte de mí mismo y lo que era de ella.

Trató de mirarme a los ojos, pero cerró los párpados, cansada. Con el pelo a un lado, le quedaba al descubierto la frente amarilla, que parecía una masa de cera. Otra vez estaba herméticamente bloqueado en presencia de Edda, en lo que ella representaba en ese momento, como en mis noches de delirio. En ninguno de mis paseos ni en ninguno de mis encuentros, pensaba realmente en nadie que no fuera en mí mismo. Me resultaba imposible concebir otro dolor interno que no fuera el mío ni, sencillamente, una existencia ajena. Las personas que veía a mi alrededor eran tan decorativas, efímeras y materiales como las cosas, las casas y los árboles. Solo frente a Edda, y por primera vez, sentí que mis interrogantes podían escaparse y, después de meditar en otras profundidades y en otra existencia, volver a mí en forma de ecos enigmáticos e inquietantes.

¿Quién era Edda? ¿Qué era Edda? Por primera vez me veía en el exterior, porque en la presencia de Edda se encontraba el sentido de mi vida. En el momento de su muerte, Edda me trastornó profunda y auténticamente; su muerte era mi muerte y en todo lo que hago desde entonces y en todo lo que vivo, la inmovilidad de mi futura muerte se proyecta fría y lóbrega, tal y como la vi en casa de Edda.

Aquel día, me desperté al amanecer, pesado como una roca, molesto por la presencia de alguien junto a mi cama.

Era mi padre, que había estado esperando en silencio a que me despertase. Cuando abrí los ojos, él dio unos pasos por la habitación, me trajo una zafa blanca y una jarra con agua para que me lavase las manos.

Con una convulsión dolorosa que me encogió el corazón, comprendí lo que eso significaba.

—Lávate las manos —me dijo mi padre—. Edda se ha muerto.

Una lluvia menuda estaba cayendo fuera, llevaba tres días lloviendo.

El día del entierro, el barro fue más agresivo y sucio que nunca. Rachas de viento arrojaban trombas de agua desde los tejados y las ventanas. Durante toda la noche permaneció iluminada una ventana en la parte alta de la casa de la familia Weber, en la habitación donde ardían los cirios.

El despacho del viejo Weber lo revolviaron de arriba abajo para hacerle sitio a la caja de muerto, que tenía que pasar por allí. El barro entró en el cuarto triunfante e insinuante, como una hidra de innumerables tentáculos protoplasmáticos. Lo veía perfectamente extenderse por las paredes, trepar por encima de las personas, subir las escaleras y tratar de encaramarse a la caja.

Retiraron el hule que lo cubría, y apareció el piso de madera en el despacho: surgieron largas arrugas de suciedad, parecidas a las arrugas negras que surcaban el rostro de Samuel Weber.

Alrededor de sus botines de elástico subía el barro lenta pero tenazmente, y seguro que le penetraría, sucio, pesado y pegajoso, por la piel hasta llegarle al corazón. Era barro, nada más; era el suelo, nada más; eran los cirios, nada más. «Mi entierro será una procesión de objetos», me dijo una vez Edda.

Algo en mi interior forcejeaba por algún lado, como si hubiese querido demostrarme la existencia de una verdad superior al barro, algo que fuera distinto al barro. Inútil... Mi identidad hacía mucho que se había afirmado y entonces, como solía suceder, sólo trataba de confirmarse: en el mundo no existe nada salvo el barro. Lo que tomamos por dolor sólo era en mí un débil burbujeo provocado por el barro, una prolongación protoplasmática modelada en forma de palabras y razonamientos.

Las gotas caían sobre Paul como en un recipiente sin fondo; le corrían por la ropa, por las manos que le colgaban pesadas haciéndole encorvar la espalda. Las lágrimas le caían por las sucias mejillas formando largos regueros, como el agua de lluvia por los cristales de las ventanas.

Despacio, balanceándose en los hombros de los que lo portaban, el féretro pasó junto al buque de Samuel Weber, junto a los viejos libros de contabilidad y las decenas de frasquitos de tinta y medicamentos descubiertos con ocasión del zafarrancho practicado en el despacho. El entierro era una simple procesión de objetos...

Aún tuvieron lugar algunos pequeños episodios más allá de la vida: en el cementerio, cuando sacaron el cadáver de la caja envuelto en sábanas blancas, estas tenían una gran mancha de sangre.

Fue el último y más insignificante episodio antes de bajar el cuerpo al subsuelo del cementerio, a la tierra caliente, mohosa y llena de cuerpos blandos como la gelatina, amarillos... purulentos...

Cuando, una y otra vez vuelvo a pensar en aquellas cosas, tratando en vano de encerrarlas en lo que podría llamarse mi persona; cuando las rememoro, me veo en el despacho del viejo Weber aspirando el moho y oliendo a libros viejos de comercio. Esa visión desaparece en seguida y vuelvo a estar en mi habitación, donde me asalta la misma dolorosa cuestión: el modo como los hombres pasan su vida, por ejemplo, utilizando habitaciones o sintiendo emanar de ellos mismos, como si fuera un cuerpo extraño, ramificado como un helecho e inconsistente como el humo, un olor especial, semejante al olor profundo y enigmático del moho; cuando acontecimientos y personas se abren y se cierran en mi interior como abanicos; cuando mi mano intenta escribir esta singular e ininteligible simplicidad, entonces, por un momento, como un condenado que durante un segundo se percata, de forma distinta a quienes lo rodean, de la muerte que lo espera (y desearía luchar contra la muerte de forma distinta a como luchan los demás y, así, lograr salvarse), pienso que de todo eso surgirá, de repente, un hecho cálido e íntimo, nuevo y auténtico, que me resuma tan claramente como un nombre y que resuene dentro de mí con una nota única, nunca oída antes, pero que sea lo que marque el sentido de mi vida...

¿Por qué, si no, persiste en mí ese fluido tan íntimo pero tan hostil, tan cercano pero tan rebelde a la hora de captarlo, que se transforma en una imagen de Edda, en las espaldas encorvadas de Paul, en el grifo de agua o en el pasillo de un hotel?

¿Por qué me asaltan recuerdos tan nítidos de los últimos días de Edda? ¿Por qué —cambiando el sentido de la pregunta (y las preguntas pueden multiplicarse de forma caótica en miles y miles de sentidos diferentes, como ocurría en nuestra infancia cuando, para entretenernos, echábamos unas gotas de tinta en una hoja de papel, la doblábamos y la apretábamos muy fuerte para que la tinta se extendiese cuanto más mejor y, luego, al abrir la hoja, des— cubríamos un dibujo rarísimo lleno de contorsiones fantásticas e insólitas)—, por qué entonces, cambiando el sentido de la pregunta, me asalta esta imagen y no otra?

Además, con cada recuerdo incomprensible y exacto, he de darme cuenta de que, como el dolor intenso de un enfermo que relega a un segundo plano las pequeñas molestias momentáneas como pueden ser una mala posición de las almohadas o el mal gusto de un medicamento, como un dolor que envuelve y abarca todas mis otras incomprensiones y zozobras, he de darme cuenta de que, por incomprensible y mezquino que sea, cada recuerdo es, no obstante, único, en el sentido más pobre del término, y ha sucedido en mi vida una sola vez dentro de la sucesión lineal de los acontecimientos, y de un modo absolutamente preciso, sin que haya posibilidad alguna de modificarlo y sin que quepa el menor desvío de su propia precisión.

«Tu vida ha sido así y no de otra manera», dice el recuerdo, y esa frase resume la inmensa nostalgia de este mundo encerrado en sus luces y colores herméticos de los que sólo se le permite a una vida extraer la imagen exacta de su trivialidad.

Ella resume la melancolía de ser único y limitado en un mundo único, mezquino y árido.

Algunas veces, por la noche, me despierto en medio de una terrible pesadilla: es mi sueño más simple y el más aterrador.

Sueño que estoy durmiendo profundamente en mi cama, donde me he acostado al hacerse de noche. Se desarrolla en el mismo escenario y aproximadamente a la misma hora; por ejemplo, si la pesadilla comienza a media noche, la oscuridad y el silencio donde me arroja son los mismos que a esa misma hora reinan. Durante mi pesadilla, veo y noto la posición en la que me hallo, sé en qué lecho y en qué habitación duermo; la pesadilla parece revestir mi posición auténtica y mi auténtico estado de sueño con una piel delgada y fina. En este sentido, podría decirse que estoy despierto: estoy despierto pero duermo y sueño con mi vigilia. En ese momento sueño también que estoy durmiendo.

Y, de repente, siento que mi letargo cae en las profundidades, se vuelve más pesado y trata de arrastrarme tras él.

Quiero despertarme pero el letargo me cuelga pesadamente de los párpados y de las manos. Sueño que me agito, que manoteo, pero el letargo es más fuerte que yo y, tras forcejear un momento, se adueña de mí más firme y tenaz. Entonces me pongo a gritar, quiero resistirme al letargo, quiero que alguien me despierte, me doy violentas bofetadas para levantarme, me da miedo que el sueño me sumerja aún más hondo, a alguna parte de donde no pueda jamás volver en mí, suplico que alguien me ayude y venga a zarandearme...

Por fin, mi último grito, el más potente, me despierta. De pronto, me veo en mi verdadera habitación que es idéntica a la que ocupaba durante la pesadilla, en la misma posición en la que me veía cuando soñaba y a la misma hora en la que sabía que forcejeaba contra la pesadilla.

Lo que veo a mi alrededor difiere muy poco de lo que veía un segundo antes pero tiene cierto aire de autenticidad que planea sobre todas las cosas y en mí mismo, como un brusco enfriamiento de la atmósfera en invierno, que de golpe amplifica todas las sonoridades...

¿En qué consiste el sentido de mi realidad?

Me rodea de nuevo la vida que voy a vivir hasta la próxima pesadilla. Recuerdos y sufrimientos presentes están fuertemente aferrados a mí y yo quiero resistirme a ellos, no caer en su sueño, de donde tal vez no vaya a volver nunca más...

Entonces forcejeo en la realidad, chilló, suplico que me despierten, que me despierten en otra vida, en mi verdadera vida. Es cierto que estamos a plena luz del día, que sé dónde me hallo y que estoy vivo, pero en todo eso falta algo, como en mi horrenda pesadilla.

Forcejeo, chilló, me atormento. ¿Quién me despertará?

A mi alrededor, la realidad exacta tira de mí cada vez más hacia abajo intentando arrastrarme hasta el fondo.

¿Quién me despertará?

Siempre ha sido así, siempre, siempre.





En la fotografía de arriba, Max Blecher en el carro de caballos que usaba para pasear, junto a su madre, Bella, en la Playa de Berck. En las otras dos fotografías, Max en el sanatorio de Berck-sur-mer.



Mujer asesinada en la noche de bodas, 1934.

LA GUARIDA ILUMINADA
Diario de sanatorio

Todo lo que estoy escribiendo fue alguna vez vida real. Sin embargo, cuando pienso en cada uno de los momentos que han pasado e intento volver a verlo, a reconstruirlo, es decir, a volver a encontrar su propia luz, su tristeza o su alegría, la impresión que renace es, antes que nada, la de lo efímero de la vida que se escurre y, después, la absoluta falta de importancia con la que se integran esos momentos en lo que solemos llamar la existencia de un hombre. Diríase que los recuerdos en la memoria se decoloran exactamente igual que los que guardamos en los cajones.

¿En qué consiste entonces la importancia de un instante cuando todavía está presente? Tratemos de vivir intensamente ese instante, que «está sucediendo» en el momento actual, pues sabemos que el tiempo lo despojará totalmente de su relevancia. Eso es, vivámoslo con intensidad... ¿Pero en qué consiste su importancia? ¿Qué sentido tiene ésta? Cuando por las tardes estoy en el jardín tomando el sol, y cierro los ojos, cuando estoy solo y cierro los ojos, o cuando en medio de una conversación me paso la mano por la cara y aprieto los párpados, siempre encuentro la misma oscuridad incierta, la misma caverna íntima y habitual, la misma guarida tibia e iluminada por manchas e imágenes imprecisas que es el interior de mi cuerpo, el contenido de mi «persona» a este lado de la piel.

Recuerdo cierta tarde impresionante, un acontecimiento irrelevante, casi trivial, que me hizo pensar largamente en lo que se llama la trascendencia de un instante. ¿La trascendencia de un instante? Permítanme que me ría. Los instantes de nuestra vida tienen la trascendencia de la ceniza que se esparce a los cuatro vientos.

He aquí el acontecimiento.

En el comedor de los enfermos del sanatorio de Berck, donde estaba internado y donde los enfermos comían tendidos en carritos, conducidos por camilleros, en aquella sala amplia y aparentemente normal, toda nueva aparición provocaba siempre un pequeño interés, el cual, por otro lado, sólo era el reflejo de las larguísimas horas de tedio y soledad en las habitaciones cerradas. Era imposible no mirar con gran curiosidad al recién llegado, acompañado de su familia, y te esforzabas por adivinar qué enfermedad tendría, la gravedad de su estado y, en especial, si se convertiría o no en un nuevo amigo o en un «indiferente» cuya participación en la vida del sanatorio se limitaría a acudir al comedor junto a los demás enfermos o a estar tumbado en el carrito, en el jardín, a la sombra del mismo toldo de lona descolorida por la lluvia.

Me acuerdo muy bien de aquel joven recién llegado, rodeado de su familia, una madre mayor vestida de luto y dos hermanas con las mejillas tostadas por el sol y casi cárdenas por la abundancia de sangre, lo que hacía un extraño contraste con la palidez y debilidad del enfermo, con la cabeza perdida entre las almohadas y un rostro chupado, seco y amarillo como una mascarilla de cera.

Mi vecino de mesa y yo estuvimos comentando el estado del enfermo. Desde luego, estaba grave y las informaciones que nos trajo otro amigo, que había sorprendido en el pasillo unos retazos de conversación entre el director y la enfermera jefe, confirmaron totalmente nuestras suposiciones: el enfermo tenía varias fístulas

abiertas que supuraban continuamente. No iba a llegar al final del verano, seguro. Entonces lo miré con mucha más curiosidad y con mucho más interés. Curioso sentimiento de egoísmo, de seguridad y de cierta perfidia moral, el mirar a un enfermo sabiendo que tiene los días contados sin que él sospeche nada.

En varias ocasiones, he conocido otros casos desesperados, condenados de antemano.

En un sanatorio de Suiza, una anciana alemana consumida por un atroz cáncer de páncreas del que no sabía nada (siempre decía que tenía un «poco de acidez de estómago» que le provocaba ardores después de comer); otra vez, una joven que unos pocos días antes de ser operada (lo cual no le habían comunicado todavía) proyectaba hacer un viaje al sur de Francia... En fin, casos y más casos en los que quienes rodeaban a un enfermo estaban al corriente de su estado extremadamente grave mientras que él, que lo ignoraba todo, seguía viviendo en medio de un ligero vértigo y de la inconsciencia de sus preocupaciones cotidianas e insignificantes.

Pues bien, en todos esos casos se podía constatar con facilidad que los otros enfermos, los que estaban al tanto de su dolencia, nutrían una especie de mezquina y perversa satisfacción de «saber, mientras que el enfermo condenado lo ignoraba todo», y eso les daba un sentimiento de cómoda seguridad interior, la sensación de fácil egoísmo que tenemos cuando nos enteramos de un accidente en un lugar donde podríamos haber estado nosotros mismos y que resaltamos con una íntima sensación de alivio, «menos mal que yo no estaba allí».

En el caso de los enfermos, «menos mal que no estoy en su lugar, pobre hombre» (en cuyo caso, lo de «pobre» se añade como un refinamiento a la pequeña perfidia y para salvar nuestra íntima personalidad moral).

Así pues, con el corazón encogido, miraba a aquel recién llegado con su cándida mirada y gestos flácidos, con sus brazos delgados y dedos largos y finos que, de vez en cuando, pasaban por la frente un pañuelo para enjugarse el sudor que la empapaba. Me parece estar viéndolo ahora delante de mí, con su jersey gris, demasiado largo para sus brazos débiles y entecos, como los palitos que hacen las veces de manos en los muñequitos de madera.

Y recuerdo también la sensación de mezquina seguridad que tuve, como todos los demás... Esa mezcla de compasión y satisfacción con que lo examinaba en el comedor... Por otro lado, él solamente vino a comer algunos días, luego desapareció y quizá lo habría olvidado del todo si no hubiese pasado lo que me dispongo a contar aquí.

Uno de aquellos días, mi médico me comunicó que tenía que operarme. Era una intervención bastante delicada y difícil de la que hablaré en otro lugar. Para estar mejor atendido en los días siguientes a la operación y someterme a cuidados intensivos, tenía que mudarme a una de las habitaciones de la planta baja contiguas al quirófano y a la sala de curas, que se reservaban a los enfermos graves y a los operados.

Era un pasillo silencioso y sombrío, un lugar «secreto» y aislado del resto del edificio, un sitio donde ocurrían cosas graves y, sobre todo, adonde llevaban a los moribundos hasta que fallecían, para, de esta forma, sustraerlos a la curiosidad de los otros enfermos que se habrían podido deprimir por tan tristes acontecimientos.

En las habitaciones de aquel pasillo acaecían todos los actos finales y trágicos del sanatorio, en aquellas habitaciones se consumaban todos los dramas y sufrimientos, allí finalizaba todo, los gemidos de dolor de los enfermos y el llanto ahogado de los deudos de los muertos. Cuando me llevaban diariamente a la cura, lo atravesaba por completo y podía observar a menudo a alguna que otra mujer de luto ante una puerta, con los ojos arrasados en lágrimas y el pañuelo en la boca, destrozada de dolor, mientras dentro las enfermeras y los camilleros se dedicaban a arreglar al muerto...

Otras veces, se extendía por el pasillo un olor sofocante y nauseabundo a vapores de azufre; entonces sabíamos que estaban desinfectando una de aquellas habitaciones.

Eran habitaciones con un mobiliario muy sencillo, sin alfombras, sin cortinas, con camas blancas de hospital y amplios ventanales que daban al patio.

Yo me instalé en una de ellas la víspera de la operación. Estaba cayendo la tarde, sería más o menos la hora de la cena. Aquel día no me habían llevado al comedor porque, para la operación, tenía que estar en ayunas. Estaba solo en la habitación, a todos mis amigos los habían llevado a cenar y no había venido la enfermera a encender la luz; de modo que estaba a oscuras, con los ojos semicerrados, esperando. En medio de aquella oscuridad y aquel silencio, todos los ruidos de la clínica se notaban perfectamente. Unas veces se oían los pasos de las enfermeras, otras los pasos pesados de los camilleros que llevaban y traían a los enfermos a la cura (los que tenían curas complicadas y reclamaban una mayor atención eran conducidos a la clínica, las curas más simples se hacían en la habitación) y, de vez en cuando, siniestro, penetrante y ensordecedor, el timbre de la clínica llamando a los camilleros cuando estos tardaban demasiado en el interior del sanatorio. En los pocos días que pasé en mi habitación de operado oí tantas veces y sentí con tanta intensidad los timbrazos con ese zumbido que surgía del silencio profundo, zumbido demencial y atronador, como un puñal sonoro que rasgaba la oscuridad, de suerte que, después, durante mucho tiempo, vuelto ya a mi habitación, me levantaba a media noche asustado y bañado en sudor, con la impresión de estar viviendo una terrible pesadilla en la que, invariablemente, resonaba el mismo timbre escalofriante que parecía anunciarme el final y el momento de la ejecución. Así pues, en el silencio interrumpido por aquel espantoso timbre, yo estaba en mi cuarto tratando de distinguir, a la luz mortecina que entraba desde una bombilla del patio, los muebles y el decorado que me rodeaban cuando, de pronto, oí rumor de pasos en la habitación contigua y unos cuchicheos que me anunciaban que varias personas habían entrado allí. Además, observé que mis vecinos habían encendido la luz.

Pude percatarme de ello por los rayos que penetraban por las rendijas de la puerta que comunicaba ambas habitaciones, disimulada (pero no lo bastante) con un

perchero. Se podían distinguir, con toda claridad, los ruidos. Era un enfermo que volvía de las curas. Oí cómo los camilleros le preparaban la cama y, acto seguido, abandonaban la habitación, luego la conversación a media voz entre las personas que había dentro. Debía de tratarse de la familia y el enfermo. Éste respondía con voz apagada, despacio, con la respiración jadeante y muy débil. Cuando, al cabo de unos minutos, llegó una enfermera a mi cuarto para encenderme la luz y prepararme lo necesario para la noche, le pregunté quién había al lado y me enteré de que era el enfermo que había visto unos días antes en el comedor acompañado de su madre y sus hermanas.

—Está muy mal —dijo la enfermera—. Las fístulas le chorrean como un grifo abierto y me parece que tiene también los pulmones tocados.

En efecto, al poco estalló al lado una tos seca y larga, con ronquidos que venían de lo más hondo de la garganta, como cuando alguien se ahoga o se le mete algo en la tráquea mientras bebe un líquido. El enfermo no paraba de toser, jadear y escupir. Se oía su respiración entrecortada, cada vez más jadeante y más débil, luego tuvo una pausa de calma y pidió un poco de agua.

Durante el resto de la noche oí más ruidos, el enfermo tuvo unos horribles ataques de tos, después me dormí porque estaba muy cansado y no me desperté hasta el amanecer, sacado bruscamente de mi sueño, como si hubiese accionado un mecanismo secreto que funcionara en mi subconsciente para advertirme que era el día de mi operación. ¡Qué luz tan mortecina y triste cuando me desperté! El corazón me latía con fuerza, tenía hambre, estaba rendido, deprimido y la luz de aquel amanecer me parecía la más triste y amarga de toda mi vida. Iban a operarme a las diez de la mañana y estaba despierto desde las cinco, cuando la clínica todavía ni siquiera estaba abierta...

Paso por alto los detalles de la operación porque no es de ella de lo que quiero hablar aquí.

Después de que me trajeran del quirófano, pasé unas horas totalmente inconsciente en el lecho. Sólo recuerdo que no me dolía nada y que flotaba en un desvanecimiento inefable que me escarbaba sin cesar el pecho y me impedía concentrarme en una sensación más densa y segura de la realidad. Pero acabé por despertarme por completo. Entonces comencé a sentir los dolores que antes habían estado adormecidos y que ahora se despertaban uno por uno, cada cual con su intensidad y forma bien definidas, ora una presión fuerte como unas tenazas, ora punzadas intermitentes y profundas, y en las piernas, a causa de mi prolongada inmovilidad, un zumbido intenso con millares de pinchazos debajo de la piel, como si muchas máquinas de coser se hubieran puesto a trabajar al mismo tiempo desde la madrugada y me desgarraran la carne con sus agujas. Pero la sensación más insoportable era una sed atroz que me secaba completamente la garganta. En la boca, en la garganta, en todo el cuerpo sentía esa sequedad que parecía llenarlo todo de una ceniza insípida, árida y tibia. En vano pedí que me trajeran agua. Durante seis horas

no me permitían beber nada y, luego, sólo una cucharadita. Estaba demasiado débil para insistir, para suplicarle a la enfermera y, además, me daba cuenta de que, habiendo estado anestesiado con cloroformo, el agua me podía sentar muy mal y me prolongaría los tormentos. Me decidí a esperar pero, a los pocos momentos, volví a pedir agua; por más lógicos que fueran mis razonamientos internos, los vencía el calor suave y agotador de la sed. Todas mis frases y estímulos mentales se volvían también tibios, secos y áridos y lo único que hacían era aumentarme el sufrimiento con una especie de mareo lógico, una especie de delirio lleno de argumentaciones y razonamientos médicos sobre los que se cernía mansamente la ceniza insulsa de una sed devoradora.

Delante de mí, encima de la mesa, estaba la botella de agua, iluminada por un rayo de sol que entraba furtivamente por el cristal sin cortina. Con toda seguridad, extendiendo un poco la mano la podría alcanzar. Pero en el cuarto había una enfermera que no me dejaba un instante: estaba sentada en la cama leyendo el periódico. Eran las primeras horas de una tarde anodina y triste. En el cuarto, desprovisto de mobiliario, reinaba la atmósfera insoportable y agobiante de las horas de aburrimiento en las que no sucede nada ni nadie espera nada.

De pronto, oí en la habitación contigua un murmullo y una tos que me era familiar. Me acordé del enfermo que había allí y le pregunté a la enfermera qué tal estaba.

Me dijo que muy mal y que en aquel momento había venido un sacerdote para darle la comunión. En efecto, una vez puesto al tanto de qué se trataba, los murmullos se hicieron más claros y reconocí la voz del sacerdote exhortando continuamente al enfermo a cumplir con aquel último acto de religiosidad, lo que rehusaba tenazmente el enfermo y protestaba en las pausas que, de vez en cuando, le dejaba la tos.

—Por favor... Déjeme en paz... Yo tengo mis ideas... —Y como la voz del sacerdote se volvía suplicante, el enfermo continuó: —Haga el favor de dejarme... No veo la necesidad de comulgar...

Todavía hoy me resuenan estas palabras en la cabeza, tal como las pronunció en silencio, solemne, digno y consciente de sí mismo: «no veo la necesidad de comulgar».

En vano insistió la familia, el enfermo siguió negándose. Finalmente, el sacerdote se dispuso a marcharse. Por otro lado, al enfermo le entró un ataque de tos muy violento que lo ahogó, los jadeos se volvieron siniestros y no paraba de escupir.

—Está escupiendo lo poco que le queda de pulmones.— Me dijo la enfermera con la cabeza hundida en el periódico. Y en el mismo tono: —Marlene Dietrich viene a París... Cuán— to me gustaría verla...

Me explotaba la cabeza de sed, de debilidad y quizá por la fiebre que estaba empezando a subir.

Todo lo que oía, todo lo que acaecía al lado se sumergía en un vértigo y en una confusión intensos: sabía muy bien el valor de cada palabra y entendía lo que me

quería decir la enfermera, entendía muy bien lo que estaba pasando al lado, pero todo permanecía suelto e inconsistente, las palabras separadas unas de otras, los hechos aislados unos de otros, como un montón de piedras metidas en un saco. Me faltaba su trabazón vital, el hilo que me diera la sensación de que todo estaba ligado y de que yo vivía lo que estaba sucediendo en mi entorno. No se trataba exactamente de estar «asistiendo» a algo sino, más bien, como si trozos de realidad cayesen por un momento en la habitación y después se evaporasen, como si alguien, aquella tarde, hubiese colocado en una habitación vacía una cama, un enfermo, una enfermera, varias sillas, una puerta de comunicación, un cura, un moribundo y, luego, una mano gigantesca tirase de los hilos y las marionetas representasen la obra: «comunión... necesidad... Marlene... agua...».

La cabeza me zumbaba como una colmena. Durante un rato permanecí sumido en el atontamiento y el caos con la mirada fija, colgando de un punto fijo del techo. La habitación contigua había vuelto a quedarse en silencio y el enfermo tenía un momento de calma, mas, por el tono de inquietud de los cuchicheos de las personas sanas que se hallaban allí, así como por otros indicios, por ejemplo, la salida precipitada de alguien para ir en busca de una enfermera, comprendí que la situación era de extrema gravedad. Pero en el mismo momento, yo mismo sentí que bajo las sábanas que me tapaban estaba ocurriendo algo fuera de lo normal. En una parte de mi cuerpo que vagamente identifiqué como la zona operada, los dolores habían cesado por completo y sentía que una especie de cálida humedad me invadía y se escurría como un riachuelo templado hacia la pierna.

Se lo dije a la enfermera, quien apartó las sábanas y examinó con atención el apósito.

—Voy a llamar a la enfermera jefe —dijo tras un prolongado silencio.

—¿Qué es? —pregunté intranquilo.

Y como ella no contestaba insistí.

—Creo que es una pequeña hemorragia —dijo ella con voz vacilante—, la sangre ha empapado el apósito y sería menester ponerle debajo un hule para que no se manchen las sábanas. Por favor, quédese así, tranquilo, hasta que vuelva...

Y salió a toda prisa de la habitación dejándome solo y destapado.

Seguidamente volví a prestar atención a lo que acontecía en la habitación de al lado, porque oí allí la voz de la enfermera jefe y eso significaba que como mi vigilante no la encontraría en la clínica tendría que quedarme un rato largo esperando en mi incómoda posición.

De pronto, vi la botella de agua sobre la mesa. Estaba solo. Sabía muy bien que, si bebía, mi estado se agravaría, que me darían vómitos y tendría un sinfín de molestias. Pero la sed también me torturaba... Extendí el brazo todo lo que pude, hice un pequeño movimiento que me arrancó un gemido de dolor, porque se me descolocó el apósito, y con un esfuerzo que venció al sufrimiento alcancé, por fin, la botella.

Justo en aquel momento, el enfermo de al lado se puso otra vez a toser. Se diría

que había estado esperando, en silencio, a que yo alcanzase la botella para dar vía libre al ataque contenido de tos.

Con un gesto de avidez agarré el cuello de la botella, la traje hacia mí y me la llevé a la boca.

Creo que a veces la vida se condensa en unas cuantas cosas pequeñas y se vuelve cien o mil veces más pesada e intensa que de costumbre, como los núcleos de materia estelar que flotan en los espacios siderales, cuya materia dicen que es miles de veces más densa que la de nuestro planeta. Y creo que semejante condensación vital, que sólo he experimentado dos o tres veces, la viví cuando me llevé el agua a la boca. Hay cosas de una elementalidad palmaria que no pueden expresarse con palabras y la sensación que experimenté al tomar el primer trago de agua es, desde luego, una de ellas. Si me pongo a buscar un calificativo exacto, sólo doy con uno: demencial. Eso es; era una sensación demencial, una sensación capaz de hacerme enloquecer, de hacerme reír, de hacerme llorar, de hacer muecas o de decir palabrotas como los locos. No tenía ganas de beberme el agua sino de besarla.

Recuerdo muy bien cómo quise «besar» el agua apretando los labios y agitando el líquido dentro de la boca. Creo que si en aquel momento hubiese tenido una pistola cargada en la mano y alguien hubiese intentado impedirme que bebiera, le habría disparado sin la menor vacilación, con saña, con la voluptuosidad y la exasperación con la que vacié media botella.

Cuando volví a dejarla en la mesa, permanecí unos segundos mareado, como borracho (y un eco trivial que llegaba de la vida de todos los días repetía desde lo más hondo de mí: «te has emborrachado con agua»), como si hubiese salido de un torbellino vertiginoso que durante mucho rato me hubiese hecho dar vueltas y vueltas hasta hacerme desmayar. ¿Cuántos años estuve bebiendo aquel trago de agua?

Diríase que había transcurrido mucho tiempo, muchísimo, como si otra vida hubiese renacido dentro de mí, como si en la sed apagada hubiese abandonado mi propio cuerpo seco y árido, un cuerpo viejo y agotado del que ya sólo me quedaba un vago recuerdo.

Necesité casi un minuto para recobrar me. Y volví a la superficie de una vida cotidiana atravesando claridades cada vez más límpidas y hábitos que me resultaban cada vez más familiares.

Cuando, al fin, recobré del todo la lucidez, me encontré en medio de un profundo silencio. De la habitación contigua no llegaba ni el menor ruido; debía de haber sucedido algo allí porque cesó, de repente, la tos del enfermo que había estallado en el momento en el que cogí la botella de agua, los murmullos de quienes lo rodeaban, los pasos y hasta se diría que la respiración de todos. Era un silencio de profunda estupefacción. Pero sólo duró unos segundos porque inmediatamente rompió a llorar una de las mujeres y luego la otra, al tiempo que oí a una enfermera pidiéndoles que salieran fuera. Pero ellas protestaban y seguían llorando, «quiero verlo todavía, déjeme que lo vea», y el llanto se hizo más desgarrador, imposible de dominar.

Comprendí lo que había pasado, ya no quedaba ninguna duda de que el enfermo acababa de morir en aquel mismo momento.

Era una tarde corriente e insignificante, triste y monótona, que transcurría en medio de un gran aburrimiento. En mi cuarto no había cambiado nada; el rayo de sol que entraba por la botella de agua de la que había bebido estaba otra vez en su sitio y en este breve intervalo de tiempo, el que necesitó el rayo de sol para moverse unos centímetros y yo para realizar la simple acción de beber agua para calmarme la sed, justo en ese instante, un hombre estaba pasando por el trance más grave y esencial de su existencia: la muerte. Me quedé aturdido un momento sin poder discernir la importancia de lo sucedido, pero según pasaba el tiempo y trataba de penetrar en su auténtica dimensión, constataba que seguía sumergido en la trivialidad y simplicidad de la tarde y que nada me ayudaba a penetrar y comprender en qué consistía la gravedad del instante en el que muere un hombre. Y eso no era un acontecimiento cualquiera que uno podía despachar, de buenas a primeras, con una frase escéptica o encogiéndose de hombros, al menos así me lo parecía a mí entonces.

¿Dónde reside la importancia de un instante? ¿Dónde se puede reconocer su profundidad y su irreversibilidad? ¿En qué se diferencia el instante de la muerte de un hombre de los otros en los que sólo pasan cosas corrientes y simples? Pero a cada instante ocurren cosas graves y otras corrientes y el decorado sigue siendo el mismo, la misma luz de la tarde y la misma temperatura templada de mi propio cuerpo encerrado en su saco de piel y, cuando cierro los ojos, la misma oscuridad me inunda los párpados y me invaden las mismas visiones de siempre: serias, simples, alucinantes, extraordinarias o divertidas, pero todas, absolutamente todas, sin ninguna relación con el hecho de que ha muerto un hombre, y así es a cada instante, a cada instante... ¡Descorazonador!

Pienso a menudo en mi propia muerte y trato con paciencia, con rigor, e incluso con cierta minuciosidad, de establecer su colorido exacto, la forma precisa en la que va a «suceder» y me imagino fácilmente más escenas, distintos sufrimientos o caídas en la inconsciencia. Heme aquí, ahora, con la boca entreabierta, sin poder cerrarla e incapaz de aspirar una sola bocanada de aire, como si el volumen del aire se detuviera en la abertura de mi boca y fuera imposible que penetrase adentro (como si el aire se hubiese metido en un callejón sin salida y hubiese llegado al fondo del todo). He aquí también la visión de una mezcla de colores, de luces y de sonidos que, poco a poco, se tornan más confusos y entre los cuales voy cayendo hasta el momento en el que — fácilmente, diría yo— se vuelve oscuro del todo, pero donde ha ocurrido algo más claro y más denso que la oscuridad y que la absoluta carencia de sensaciones que puedan expresarse con palabras, algo definitivo, opaco e irremediable, sobre todo irremediable, algo que a mí no me tiene en su interior, pero que sí me comprende de forma radical, esencial, hasta las profundidades más oscuras (que, en el fondo, si pudieran compararse con ese estado de existencia serían todavía luces) y me saca de la existencia, como me sucedió cuando aspiré el cloroformo en la mesa de

operaciones.

Pues bien, sea cual sea mi «modo» particular de morir, entre sufrimientos o sumido en la inconsciencia, a mi alrededor todo seguirá con unas formas y volúmenes bien definidos y quizá en la calle, en ese momento, se detenga alguien, saque una caja de cerillas del bolsillo y encienda un cigarrillo.

He ahí por qué no entiendo nada de lo que ocurre en mi entorno y sigo «cayendo» en la vida entre acontecimientos y decorados, entre instantes y personas, entre colores y músicas, de manera cada vez más vertiginosa, segundo a segundo, cada vez más hondo, sin sentido, como en un pozo de paredes pintadas de hechos y personas, en donde mi «caída» sólo es un simple paso, una trayectoria en el vacío, pero que constituye lo que de forma extraña e injustificada podría llamarse «vivir mi propia vida»...

Para añadir un detalle más al suceso que he contado arriba y para definir con más exactitud la extraña diversidad de los acontecimientos cotidianos, diré que aquella tarde pude percatarme, de forma absolutamente grotesca, de la importancia de la muerte de mi vecino y de las distintas reacciones que aquel hecho trágico y grave provocó en el sanatorio.

Aquel mismo día, al anochecer, vino a verme un amigo mío.

Estábamos los dos en el cuarto hablando en voz baja cuando oímos al lado unos ruidos, camilleros y enfermeras que hablaban en voz alta, se daban órdenes unos a otros y cambiaban los muebles de sitio.

—¿Quién hay ahí al lado? —preguntó mi amigo.

—Ahora no hay nadie —le contesté—. Seguro que te acuerdas de aquel enfermo amarillo como la cera que hace dos días estuvo en el comedor con su madre y dos hermanas rubicundas y robustas; ha estado ahí hasta esta misma tarde, que ha muerto. Ahora deben de estar arreglándolo y preparando la caja para despacharlo mañana al amanecer.

Durante unos instantes permanecimos los dos callados, escuchando lo que sucedía en el cuarto contiguo; mi amigo soltó una ligera risa.

—¿Qué es lo que te hace reír? —le pregunté.

—Ya lo entiendo, ahora lo entiendo —dijo él—. Ya me extrañaba a mí la generosidad de la patrona...

Y me explicó que en aquel momento todo el mundo estaba en el comedor pero, al venir hacia mi habitación, había pasado por delante de la antecocina, donde estaban preparando los platos para servir la cena; casualmente se detuvo un instante y, como la puerta estaba abierta, sorprendió una conversación entre la esposa del director —a la que nosotros llamábamos la «patrona» y que se ocupaba de todo lo relativo a la cocina y las comidas de los enfermos— y el camarero de la sala.

—Ya sabes quienes son —decía la patrona—. Es una mujer de luto y dos chicas con las mejillas coloradas.

—Lo sé —contestó el camarero—. Están comiendo junto a la ventana.

—Por favor, Louis, cuando sirvas hazlo con mucho esmero, pon una buena ración de espárragos, pon los trozos más grandes...

Y mi amigo añadió:

—¿Lo comprendes? La patrona quería hacer algo para consolar a la familia y hacía lo que podía, dar órdenes para que les sirvieran una buena ración de espárragos...

Y, tras una pausa, agregó:

—En el fondo, todos tenemos el mismo respeto por los muertos y pensamos lo mismo sobre ellos. Pero consolamos a la familia como podemos... He aquí un nuevo tema de meditación pascaliana, unos la consuelan con flores y otros con espárragos...

En mi sencillo paso por la vida, si el sentido e importancia de los instantes se me escapa debe de ser porque a cada momento los «escapo» yo a ellos y me evado a un mundo cerrado, secreto y propio, a mi más estricta intimidad. Quizá no haya, como yo creo, ninguna diferencia entre el mundo exterior y el de mis imágenes mentales. Me ha pasado a menudo ver —ver con los ojos abiertos de par en par— cosas extrañas que sólo pueden suceder en los sueños, y en ocasiones soñar con los ojos cerrados, ya sea porque duermo o porque sean simples ensoñaciones, con cosas que, cuando las recordaba, no podía discernir en qué mundo, en qué realidad habían tenido lugar.

Creo que vivir un suceso o soñarlo es lo mismo, y que la vida real, la de todos los días, es tan alucinante y extraña como la del sueño. Por ejemplo, si quisiera definir de manera precisa en qué mundo estoy escribiendo estas líneas me resultaría imposible. Cuando duermo, a menudo sueño con poemas de una extraordinaria belleza, con frases claras e imágenes inéditas que recito con la misma seguridad con la que escribo esta frase juntando letra tras letra, y confieso que muchas imágenes me han venido mientras dormía y, cuando me he despertado, su eco persistía en mí de forma tan clara e insistente que sólo tenía que coger un trozo de papel y ponerlas por escrito. También me gusta creer que en el mundo del sueño existe, al menos, una plaqueta de versos firmada por mí y que hay personas que la leen en sus pesadillas...

Miro a mi alrededor con profundo y absoluto asombro y la sorpresa es exactamente la misma, ya tenga los ojos abiertos o cerrados.

Desde hace muchos años, sigo en sueños un suceso que siempre vuelve, envuelto en el mismo decorado, y que, si lo consigno aquí, es porque en este momento aún no puedo distinguir bien en qué mitad de mi vida ocurre, porque la misma continuidad o, mejor dicho, la misma discontinuidad existe tanto en este mundo en el que estoy sumergido cuando escribo como en la claridad del día en la que acontecen los extraños y melancólicos sucesos «del sueño».

Ciertamente, más melancólicos que extraños y más ininteligibles que alucinantes, tal y como es todo lo que hago y todo lo que sucede en mi vida.

En ese decorado de las afueras de la ciudad que visito todas las noches desde hace tantos años, hay una tapia derruida al borde de un camino polvoriento y lleno de hoyos donde, en el verano, suelo ir a descansar. Detrás de la tapia, ha crecido una alta acacia de espeso follaje que expande una sombra protectora en el calor insoportable de los días de estío. Allí, me quedo tumbado sobre la yerba, junto a unas grandes piedras, restos de la tapia en ruinas, leyendo tranquilamente el periódico. Me siento bien aunque hace un poco de calor. Cuando pasa el vendedor ambulante de helados, que atraviesa ese camino despoblado para ir a los barrios pobres de la ciudad donde hay muchos niños, detiene el carrito a la sombra de la acacia y me busca entre las piedras. Él me conoce. Es un chico bajito con un rostro totalmente inexpresivo y al que no puedo atribuirle edad alguna. Hay personas, generalmente de corta estatura, a las que, en cuanto dejan atrás la adolescencia, les salen arrugas en el rostro y luego la piel se les queda lisa hasta la vejez. Es imposible adivinar la edad de esas personas, durante años y años su rostro tiene el aspecto invariable de una madurez indeterminada. Puede que el chico de los helados fuera realmente joven y que se hubiese puesto el diente de oro que le brillaba en la boca, en la parte delantera, para que su semblante adquiriese un elemento más de madurez, quizá el diente de oro se lo pusiera como una insignia de propiedad igual que otros llevan en el botón de la solapa insignias distintivas de otras cosas, pero que en él indicase que es el propietario del carrito y que no había que confundirlo con un vendedor ambulante de pacotilla, que ha podido ahorrar el suficiente dinero para ponerse un diente de oro.

En fin, a lo mejor lo lleva porque de verdad lo necesita. Siempre pienso más o menos en eso cuando estoy hablando con él, separa los labios y el pedacito de metal amarillo le destella en la boca.

Pero he aquí que, escribiendo todo esto, me viene a la memoria que, cuando iba al instituto, le compraba helado en el verano y dulce de almendras en el invierno a un muchacho clavado a ese. Cuando escapaba de la clase me metía con él en el granero de un corral esperando el recreo; nos pasábamos los dos las horas muertas hablando, tiritando de frío, y me sorprendía que tuviera un diente de oro...

Quizá el vendedor del instituto fuera el mismísimo del camino despoblado y polvoriento, pero entonces ¿de qué forma «vive» y vende helados en sueños y en la realidad? Han de ser, con toda seguridad, dos personajes distintos, sin embargo se parecían de manera asombrosa... Creo que es el mismo... Ya no creo nada... Estoy empezando a liarme... Siempre que me pongo a delimitar el campo de los sueños y diferenciarlo del de la realidad me lío y acabo por desistir; además, no es esto lo que quiero contarles, sino ciertas cosas que ocurrieron hace poco en las afueras de la ciudad, en aquel camino despoblado donde, por regla general, no pasaba nada, cosas totalmente sorprendentes y extraordinarias.

Desde hace unos años, nuestra ciudad cuenta con una dotación de perros policías, que son amaestrados, alimentados y cuidados en las dependencias policiales. Su finalidad es servir de ayuda para capturar a los malhechores. El pasado año, los

periódicos publicaron una serie de fotografías, a cual más impresionante, sobre esta dotación. Podía verse a los perros trepando ágilmente por una empalizada, perros siguiendo un rastro husmeando la tierra con el hocico y las orejas tiesas, otros que saltaban a las espaldas de un policía disfrazado de ladrón pero con una manta en la cabeza para que no lo desgarraran los terribles colmillos de esos animales, bien entrenados pero feroces cuando atacaban. A veces, los veía por la calle con un policía que los llevaba sujetos con una correa a cumplir alguna misión. Para diferenciarlos de los perros normales, les hicieron uniformes especiales. O sea, que esos perros llevaban gorra con la insignia de la policía y en el lomo una especie de chaquetilla con las iniciales P. S., es decir, Policía Secreta. Las chaquetillas eran muy bonitas, fabricadas de un magnífico paño azul celeste y las iniciales estaban bordadas con hilo dorado. He aquí algo que, sin duda, empieza a ser raro.

En las fotos de los periódicos no vi perros vestidos ni tampoco veo qué sentido pueden tener esos uniformes que, en realidad, les dificultan los movimientos rápidos y bruscos y con dos o tres veces que salten una valla se les rompen del todo.

No tengo ningún dato para confirmar mi aserto pero he de admitir que los perros llevaban uniforme.

Además, con uniforme los he visto yo, sólo que... Pero vamos a lo que pasó...

Pues bien, esos perros, en las perreras donde los tenían encerrados y les daban de comer, se comunicaban entre sí mediante pequeños ladridos, arañando las paredes de madera de la perrera o dando discretos golpes en ellas —seguro que todo ello debía de tener un sentido oculto, pero que solamente ellos conocían—, no en vano eran perros policías amaestrados y entrenados. Todos los días los sacaban a distintas horas y los aseaban o los dejaban correr libremente para desentumecer los músculos. Pero en cierto momento, los policías hombres observaron que algo fuera de lo normal estaba pasando entre los policías perros. Entonces nadie podía imaginar todavía que tuvieran un lenguaje secreto y que los ladridos, cuando estaban encerrados, los arañazos en la madera y los golpecitos con las patas fueran, en realidad, un medio para comunicarse de perrera a perrera. Al mismo tiempo, en el patio, en lugar de retozar, saltar y correr contentos por todas partes, como era lo habitual, se reunían en grupos de dos o tres, juntaban los hocicos como si se estuvieran comunicando misteriosamente con pequeños gemidos y pequeños roces a los que los policías hombres no concedían, por el momento, ninguna importancia, cosa que hubieron de lamentar al cabo de unas semanas.

En efecto, un buen día, estalló la revuelta. Justamente les estaban dando de comer y después de que los perros engulleron de buena gana todo lo que les habían dado, después de haber bebido con avidez unos tragos de agua fría, se oyó un ladrido breve y autoritario y dos canes se apostaron en la salida del patio donde les habían dado de comer. En un segundo, todos los demás perros rodearon a los guardianes que recogían los restos de comida y con ladridos ensordecedores, saltando sobre ellos y hostigándolos, los obligaron a dirigirse a las perreras y a meterse dentro. Luego

cerraron bien las puertas por fuera con pasadores, como cuando se encerraba allí a los perros y no a los hombres.

Fueron vanos los gritos de los guardianes porque era imposible oírlos en medio de la barahúnda de ladridos; vanos sus intentos de escapar. Los vigilaban estrechamente dos mastines de amenazadores colmillos y, por otro lado, los pobres hombres estaban demasiado estupefactos con lo que sucedía para emprender ningún intento de oposición.

Los perros abrieron la puerta del patio e irrumpieron en los despachos, bien sea por las puertas, que abrían levantándose sobre las dos patas traseras, tal y como los habían adiestrado, bien por las ventanas que, en aquellos días de verano, estaban abiertas.

Y lo que les había sucedido a los guardianes les sucedió también al resto de los policías. En la comisaría había un total de ocho agentes, dos comisarios, el jefe de policía y una mecanógrafa, en tanto que los perros pasaban de treinta y trabajaban de manera metódica, con mucho sentido «policial» y muchas precauciones para sorprender a la gente desprevenida antes de que pudieran sacar una pistola y disparar. Estaban bien entrenados, excepcionalmente bien, en efecto, y así como habían aprendido a derribar a facinerosos y a registrarles los bolsillos, tumbaron a todos los policías y los desarmaron. En un cajón que un mastín abrió con el hocico, los perros encontraron las esposas y se las pusieron en un santiamén a los policías que estaban en el suelo, algunos heridos con profundas mordeduras, mientras los demás perros los tenían inmovilizados, subidos encima de ellos, con las patas en el pecho y en el vientre.

Cuando todos estuvieron esposados de pies y manos, los perros los sacaron fuera arrastrándolos de la ropa con los dientes y los metieron en las perreras que hasta una hora antes eran para los perros.

Y los encerraron como a los guardianes. Luego, cuando venía otro policía de la ciudad, lo acechaban, lo dejaban entrar, lo derribaban como a los demás y lo metían en la perrera. Eso era coser y cantar.

En fin, antes de caer la tarde, los canes fueron dueños y señores de la policía. Esa noche, destacaron a un puñado para buscar comida y como los perros estaban perfectamente preparados para entrar en casas cerradas, como auténticos policías, saquearon la carnicería.

Los días siguientes no pasó nadie por la comisaría de policía, ni siquiera el carnicero perjudicado, quien debía de tener motivos más que fundados para que no se le viera el pelo por la policía. Además, ¿a quién le interesa en una ciudad de provincias lo que pasa en la policía?

Transcurrieron así varios días, los perros seguían enseñoreándose de las dependencias y saqueando por las noches carnicerías para aprovisionarse.

De ese modo, varias carnicerías, sobre todo carnicerías bien surtidas, fueron saqueadas.

Al mismo tiempo, como la ciudad no estaba vigilada, menudearon los robos y asaltos domiciliarios. Algo había cambiado en la ciudad y se formó una delegación de ciudadanos para ir a protestar a la policía.

Varias personas entraron y otros permanecieron fuera, esperando.

Y ese fue el fin de los perros.

Cuando la delegación entró en el pasillo, los perros de guardia dieron la alarma y los que estaban en los despachos comenzaron a saltar, pero sólo lo hicieron unos pocos, los otros estaban tumbados en el suelo y en los sofás, bien cebados, gordos, y se habían vuelto perezosos e indolentes. De modo que, en el pasillo, a los hombres les fue fácil defenderse. Además, los de fuera, al oír los gritos y ladridos de dentro, entraron también para ver lo que pasaba. A duras penas lograron evitar que los acorralaran y se escaparon. No sabían a ciencia cierta lo que estaba pasando allí con los perros pero, recelando algo raro, llamaron a los bomberos quienes vinieron a toda prisa y con las mangueras de agua redujeron y encadenaron a los perros. Luego, descubrieron a los policías en las perreras, los cuales estaban tan hambrientos como hartos y cebados los canes. Por fin, se restableció el orden, todo volvió a la normalidad en la policía y los perros sufrieron un castigo ejemplar que paso a relatar a continuación.

Toda esta historia de la «rebelión de los perros» la leí, como todo el mundo, en los periódicos. Vinieron a nuestra ciudad decenas de periodistas, enviados especiales de sus diarios, que escribieron amplios reportajes, algunos de ellos llenos de exageraciones.

No es esto lo que quería referirles, pero es indispensable que lo sepan para llegar a lo que yo vi con mis propios ojos, a lo que me estuvo torturando y desazonando hasta la locura, robándome las horas de descanso en un lugar donde suponía que estaba resguardado del mundo y donde, hasta que aconteció lo anteriormente dicho, pasaba horas y horas en completa soledad.

Ya he dicho que todos los perros sufrieron un castigo ejemplar. Un tribunal de policías los condenó a morir ahorcados en público, como ejemplo para otros perros a quienes se les pasase por la cabeza la idea de rebelarse.

Y el lugar escogido para la ejecución fue precisamente la tapia en ruinas de las afueras de la ciudad, el sitio adonde yo solía ir en verano para descansar, tumbado en la yerba, a la sombra rumorosa y fresca de aquella inmensa acacia.

Y he aquí que un día, al llegar allí a la caída de la tarde con el periódico debajo del brazo, contento de poder pasar unas horas tranquilo después de una jornada agotadora, encontré, en vez de la soledad habitual, un sinfín de personas, grandes y chicos, congregadas allí, gesticulando, hablando a gritos, riéndose, agitados en medio de una gran algazara y comentado un suceso extraordinario que no era otro que la ejecución de los perros. Cuando me acerqué, vi a los treinta canes con los ojos fuera de las órbitas, la lengua colgando de forma lastimosa como en los días de calor, cuando la llevan colgando mansamente de la boca. Estaban alineados a lo largo de la

tapia, colgados de vigas a las que les habían practicado agujeros para pasar las sogas. Todos los perros iban vestidos con sus bonitos uniformes azules y las gorras de policía, pero les habían arrancado las iniciales P. S. en canutillo, seguramente como símbolo de haber sido degradados, igual que les arrancan los galones a los militares que han sufrido una condena grave.

Durante varios días, los perros siguieron allí y empezaron a descomponerse, expandiendo un olor horroroso. Me resultó imposible volver a aquellos lugares y, tras una intensa búsqueda, hallé otro lugar de descanso en un claro rodeado de acacias a la orilla del río que pasaba por nuestra ciudad. Es un sitio adonde voy con frecuencia todavía. Me falta añadir que el chico de los helados también desempeña un papel en todo esto. Un día lo vi con su carrito de helados, acompañado de varios guardias por una calle secundaria. Era su carrito de siempre con adornos de metal niquelado y con el eslogan «hoy no se fía, mañana sí», escrito con letras mayúsculas rojas y bien visibles, pero en esta ocasión el carrito estaba casi totalmente tapado por un paño negro corriente, parecía un pequeño coche fúnebre. Varias personas lo acompañaban y les pregunté. Me dijeron que la policía había contratado al chico para que llevase en su carrito los cadáveres de los perros ahorcados hasta el cementerio perruno, donde serían enterrados. Eso fue lo último que supe de la historia que les he contado.

Quizá tendría que dudar de la realidad de esos hechos y considerarlos producto de un sueño, quizá tendría que dudar de su certeza porque su desarrollo me parece sumamente lógico. Quizá toda esa lógica la haya inventado yo en momentos de lucidez... Pero la lógica de las cosas es lo que menos me ha preocupado nunca. Incluso podría decir que jamás me ha preocupado. Todo lo que ocurre es lógico desde el momento en que sucede y es visible, aunque ocurra en los sueños, como todo lo que es inédito y nuevo es ilógico por más que suceda en la realidad. Por otro lado, no le concedo ninguna importancia a estas cosas cuando «vuelvo a ver» mis sueños o mis recuerdos. Antes que nada, me apasionan su belleza o su rareza, su entorno triste y reposado o su dramatismo doloroso y desgarrador. ¡Ay, cuántas cosas espléndidas hasta la locura conozco por mis sueños sin que las gentes que pasan diariamente por su lado se percaten de ellas! Porque lo inquietante y apasionante es que los aspectos más corrientes adquieren durante el sueño (o incluso en momentos de lucidez) una apariencia inefable de la que ya no puedo sustraerme... Una vez vi de cierta forma la plazuela de Correos de Bucarest, por ejemplo, y al atravesarla por segunda vez en coche, aunque tenía los ojos abiertos, sólo pude verla blanca y roja... Así es como se quedará para siempre.

... Es la plazuela de siempre, con el edificio de columnas de Correos y frente a la Caja de Ahorros, con las mismas tiendas y el mismo jardincito, con viandantes y automóviles, exactamente igual a como es en la realidad, pero totalmente blanca, incluso en sus mínimos detalles, totalmente blanca. Todos los automóviles, todas las casas, todos los viandantes, todas las hojas, todas las barras de las verjas, y todas las ramas de las escobas del barrendero, incluso él mismo, son enteramente blancos.

Podría decir que todos estos elementos, en lugar de conservar su consistencia habitual, o sea, las personas ser de carne y hueso, las hojas de células vegetales, los automóviles de metal y las casas de ladrillo y piedra, todo está constituido de leche cuajada. Para explicar mejor lo que veo, imagínense una botella llena de leche que se rompe de pronto, se extiende por todos lados y se queda helada en forma de botella. Ahora, en lugar de la botella se ve una botella blanca, brillante como la otra, pero blanca. Pues bien, he ahí un objeto que podría formar parte de mi plazuela.

Es imposible descubrir ningún detalle de otro color. Por ejemplo, ahí tenemos a un caballero alto, de grandes mostachos y empuñando un bastón, que está pasando por delante de la Caja de Ahorros, con paso reposado, y que saca del bolsillo un reloj para comprobar la hora exacta con el reloj de la Caja. Veo todos sus gestos, hasta en sus mínimos detalles, le veo también las hebras blancas del bigote y los dedos blancos como si fueran de yeso, y el reloj que saca del bolsillo también es blanco, igual que un reloj de porcelana, la tapa que salta también es blanca, el bastón es blanco como si se tratara de un bastón largo de azúcar, la Caja de Ahorros parece construida por completo de azúcar, sólo que los materiales, en su blancura, han conservado sus propiedades y, las piedras, por ejemplo, son de un blanco mate mientras que los cristales de las ventanas lo son de un blanco brillante y la carne del rostro del transeúnte al igual que la piel de sus manos, y seguro que también la del cuerpo debajo de la ropa, son de un blanco tenue y sin brillo, como una pasta tibia y porosa (porque la piel sólo ha cambiado su color pero ha mantenido la temperatura humana, los poros y todas las propiedades orgánicas). Todo eso me parece tan evidente que no necesito ninguna explicación ni ningún esfuerzo para verlo así.

Sin embargo, un día hubo un pequeño cambio en el decorado, de suerte que mientras todos los objetos y la plazuela conservaban su color blanco, la cúpula de la Caja de Ahorros se volvió roja, de un rojo muy vivo, de un rojo espléndido, manteniendo todo el brillo de los cristales que la conformaban, como un inmenso rubí en el tejado. Y desde la cúpula, toda la plazuela se inundó de color rojo, como si se hubiera inundado de sangre o de púrpura. Incluso el aire se volvió rojizo, como en el laboratorio de un fotógrafo, aunque conservaba la luminosidad de modo que la visibilidad era perfecta. Y en la actualidad se me aparece la plazuela unas veces completamente blanca y, otras, completamente roja; blanca en los días de sol, por ejemplo, cuando estoy tomando el sol en la terraza que da al jardín, y roja por las noches, cuando, cansado, cierro los ojos.

Creo que me gusta más este aspecto sanguinolento. Cuando la plazuela está roja, los pelos del bigote del caballero del bastón son como esos papelitos de colores con los que se envuelven, por regla general, los objetos frágiles, el chaleco y la chaqueta lo envuelven con elegancia como el caparazón de un cangrejo hervido, el bastón en la mano es como una golosina de esas baratas que chupan los niños, los cristales de las casas como los caramelos que fabrican los vendedores ambulantes turcos, las hojas y la yerba están regadas de sangre, un chico que está vaciando una botella no tira agua

sino sangre, los dientes de las personas son de coral fino, los dedos de p \acute{o} rforo y las orejas de cart \acute{i} lago purp \acute{u} reo. Cuando el barrendero barre la calle con su escoba de ramas rojas como las antenas de un bogavante, levanta a su paso una polvareda roja como el polvo de ladrillos. Y, en lo alto, el cielo es rojo brillante como una inmensa copa de cristal colorado...

Para ver as \acute{i} la plazuela, dir \acute{i} ase que ten \acute{i} a que dormir o so \acute{n} ar despierto con los ojos cerrados, pero un d \acute{i} a me convenc \acute{i} , con los ojos abiertos de par en par, de que exist \acute{i} a y vi en carne y hueso a uno de los personajes del decorado. De haberlo querido, habr \acute{i} a podido charlar con aquella criatura roja. Eso ocurri \acute{o} este mismo verano. Ser \acute{i} a m \acute{a} s o menos a media tarde; yo estaba en la terraza mirando a los escasos transe \acute{u} ntes que pasaban por mi calle, en las afueras de la ciudad, muy poco transitada.

Y, de pronto, apareci \acute{o} una mujer de la plazuela roja. Llevaba un vestido rojo de raso, se tocaba con un sombrero de ala ancha igualmente rojo, calzaba zapatos y medias rojas y portaba un bolso y guantes rojos y su rostro era p \acute{u} rpura.

Como todav \acute{i} a dudaba de la aparici \acute{o} n, le pregunt $\acute>e$ a alguien que hab \acute{i} a a mi lado:

—¿De qu \acute{e} color es el vestido de esa se \acute{n} ora que pasa? ¿Y los guantes, el bolso, los zapatos? ¿Son rojos, verdad?

—Exactamente —fue la respuesta—. Es una indumentaria un poco extravagante, pero esa se \acute{n} ora siempre se viste de forma llamativa, tiene una gran fantas \acute{i} a para vestirse...

Yo nunca la hab \acute{i} a visto antes; dej $\acute>e$ que la persona que me hab \acute{i} a dado todas estas explicaciones creyese que la se \acute{n} ora de rojo vest \acute{i} a de manera extravagante, pero yo estaba convencido de que hab \acute{i} a pasado por la calle un personaje en carne y hueso de mi plazuela.

Interferencias de este tipo acabaron por socavar del todo mi fe en una realidad bien solidificada y segura de s \acute{i} misma en la cual, por otro lado, pudiera introducir en cualquier momento los cambios que me gustaran —cambios perfectamente v \acute{a} lidos, persistentes y seguros— y, al mismo tiempo, me mostr \acute{o} el verdadero aspecto sonambulesco de todos nuestros actos cotidianos.

Recuerdo que durante mucho tiempo estuve so \acute{n} ando con un jard \acute{i} n que ten \acute{i} a un c \acute{e} sped cuidadosamente cortado, estatuas cl \acute{a} sicas y espacios de plantas frondosas arreglados por jardineros que, alg \acute{u} n d \acute{i} a, ser \acute{i} an verdaderos artistas...

En verano, en Berck, sol \acute{i} a salir a pasear solo, en un cochecito tirado por un caballo que yo mismo manejaba. Me gustaba ir sobre todo por senderos del campo poco transitados y escondidos entre las casas y los \acute{a} rboles. Con frecuencia, me deten \acute{i} a a charlar con los lugare \acute{n} os que trajinaban por all \acute{i} y, en poco tiempo, lleg \acute{u} e a ser un personaje conocido, al que saludaban de una manera familiar llev \acute{a} ndose un dedo a la gorra. Adem \acute{a} s, creo que era el \acute{u} nico enfermo que se aventuraba por aquellos andurriales, los otros prefer \acute{i} an estar en la playa, se reun \acute{i} an con los carritos en c \acute{i} rculo y se pasaban de tertulia horas enteras.

En mis paseos por el campo hice muchos descubrimientos y me granjeé muchas amistades, entre ellas amas de casa, sencillas y bonachonas, que llevaban el cochecito hasta el patio de la hacienda para enseñarme ya fuera unos conejitos recién nacidos con el hociquillo rosado y tierno como el pétalo de una rosa mojada por el rocío del amanecer, ya unas extraordinarias gallinas ponedoras, o bien me servían unas rebanadas de pan negro campesino, extremadamente sabroso, untadas con miel, queso o mermelada y con una loncha de jamón por encima, lo que le daba un gusto extraordinario, dulce, salado y carnoso a la vez, que jamás había encontrado antes en ningún manjar.

Otro día, los hijos de los dueños de la granja me trajeron al cochecito unas crías de lechuza que habían encontrado en el desván de la casa, estaban calentitas y sin plumas, como unas bolas de pasta que hubieran rodado entre plumas y plumones.

Todo el mundo se mostraba conmigo condescendiente y se interesaba por mi estado de salud, preguntándome lo que decían los médicos y cuánto me quedaba de estar acostado.

En uno de aquellos paseos descubrí el jardín de mis sueños. Era difícil sospechar que en los alrededores de Berck se hallase un parque semejante y muchos, cuando volvía con el cochecito lleno de flores y les decía dónde las había encontrado, no creían que existiese en la realidad el jardín del que les hablaba. Además, era difícil de descubrir porque estaba muy oculto tras una cortina de árboles y rodeado de gruesos y altos muros.

En distintas ocasiones había pasado con el cochecito por allí y nada en particular me hacía suponer el esplendor que había tras los muros. Por otro lado, era una aldea pobre, donde me detenía siempre, en cierta granja, para comer un queso preparado y fermentado según una antigua receta campesina.

Algunas veces, el dueño de la granja me hablaba del «castillo» que se encontraba a la salida de la aldea y adonde él mismo llevaba todas las mañanas queso, leche y huevos, pero la palabra castillo no me impresionaba.

En Francia, en el campo, a cualquier edificio que sea un poco más grande se le da el nombre de castillo y el jardín que lo rodea en seguida se convierte en «parque».

Sin embargo, uno de esos días, tuve que hacer un rodeo por un camino más apartado, por donde nunca había ido. Entre la espesura de los matorrales que bordeaban el camino, divisé de pronto un claro por el que pude mirar al interior de la propiedad de la que me habían hablado. En efecto, el «castillo» estaba rodeado de un muro pero, por una parte, también de matorrales, tan espesos e impenetrables como el muro, y el claro que encontré era algo absolutamente excepcional y sólo me permitía ver un rincón del jardín con un estanque de agua, tras el cual había una terraza cubierta de flores trepadoras y una puerta monumental de hierro con ornamentos muy bien labrados. En el estanque se alzaba el chorro irisado y continuo de una fuente artesiana; la terraza y la puerta sólo pude verlas a través del sutil y delicado velo de gotas vaporosas de agua.

Todo me pareció tan hermoso, sosegado y estilizado en las afueras de aquella aldea, que me entró un indecible deseo de visitar el interior del jardín. Era como una visión de anteojo mágico; en el camino donde me encontraba, unas gallinas revolvían con el pico en el polvo, un perro peludo se había escapado saliendo por debajo de una valla y estaba ladrando, y allí, tras el claro, en el jardín, una fuente artesiana lanzaba al aire graciosas curvas de agua en medio de un silencio absoluto y en medio de un escenario elegante y pulcro.

Me dediqué a buscar una puerta de entrada. Pero, por lo visto, la puerta estaba escondida, porque no la encontraba; lo más sencillo que podía hacer era rodear el muro por completo. De esta manera, di, ciertamente, con la puerta de hierro de la entrada, vieja y herrumbrosa, de grandes hojas que no permitían que se viese el interior, y cubierta de hiedra por entero. Permanecí unos minutos delante de ella esperando que entrase o saliese alguien, pero el silencio del lugar y la ausencia de movimiento me indicaban que podría pasarme las horas muertas sin ningún resultado. Pero resolví llamar fiando en mi inspiración de última hora para explicar el motivo de mi visita. Se oyeron voces detrás de la puerta y una conversación en voz baja; acto seguido, alguien miró por una rendija y una voz gruesa preguntó desde dentro, sin abrir:

—¿Qué quiere?

En aquel momento no sabía lo que tenía que contestar.

—Querría hablar con el propietario del castillo...

Más cuchicheos, unos momentos de vacilación y luego la puerta se abrió con un chirrido estridente de hierro oxidado y en el umbral apareció un hombrecillo gordo y colorado, como si se ahogara. Llevaba un delantal azul sobre una chaqueta ordinaria de pana.

—En este momento, el propietario no está... No volverá hasta dentro de un mes... Sólo estamos nosotros, el jardinero y yo... ¿Es algo importante?

En definitiva, las cosas salían mejor de lo que me habría podido imaginar. Ahora podía inventarme lo que fuera a costa del propietario ausente.

—Tenía algo importante que comunicarle... Pero a él personalmente... Un recado de parte de un viejo y buen amigo suyo...

Mientras hablaba, miraba con ávida curiosidad al interior a través de la puerta abierta.

En verdad, era como me lo habían descrito y como lo había vislumbrado yo a través de la maleza, pero quizás más bonito y sorprendente.

A la derecha del patio, una larga terraza de piedra con columnitas que formaban una balaustrada bordeaba la entrada al jardín. La balaustrada estaba cubierta de flores.

—¡Qué flores tan bonitas tienen aquí! —exclamé—. En este terreno arenoso cerca del mar, hay que ser un gran maestro para hacerlas crecer... En toda la comarca, en decenas de kilómetros a la redonda, no se ve una flor...

Mientras decía eso, el jardinero se acercó también al cochecito. Era un viejo alto, seco y chupado, con una mata de cabellos blancos en la cabeza, como un copo de lana, con bigote blanco y cejas pobladas y la punta de la nariz roja como un pequeño capullo inocente que está esperando florecer... Evidentemente, el jardinero se sintió halagado de todo lo que yo decía, le veía una sonrisa de satisfacción y un tanto vanidosa escondida tras sus grandes mostachos blancos.

—Desde aquí no se ve nada —dijo él—. ¿Quién es el señor? —preguntó el jardinero al hombrecillo gordo con quien yo había empezado a hablar.

—Está buscando al amo... Tiene un recado para él de parte de un amigo.

Cuando el jardinero supo más o menos quién era yo y me preguntó si estaba en Berck y qué enfermedad padecía, llevó aparte al otro hombre —quien, como luego supe, era el porte— ro— y se pusieron a cuchichear entre sí unos segundos. Acabaron por ponerse de acuerdo y el hombre gordo, que al principio tenía un semblante hostil, asentía con la cabeza, sonriendo.

—Está bien, que pase —dijo en alta voz viniendo hacia mí.

—Ya que le interesan nuestras flores, el jardinero quiere enseñarle el jardín; entre con el cochecito o bájese y venga con nosotros...

Bajarme no podía, pero entrar con el cochecito sí, ¡eso es lo que esperaba!

Me abrieron de par en par las puertas y el portero cogió al caballo del cabestro y lo metió dentro. Me llevaron hasta la terraza con balaustrada, con el suelo totalmente cubierto de gravilla rojiza. Entonces, observé que la terraza estaba mucho más alta que el jardín y que para bajar había una enorme escalera de piedra de anchos peldaños, bordeada de vasijas de cerámica de los colores más delicados y de las que colgaban retoños de plantas con extrañas hojas, amarillas o rojizas, con bordes dentados que formaban dibujos geométricos.

El color de las hojas combinaba con el de la vasija y arriba, en lo alto de la escalera, y abajo, en la entrada al jardín, unos pilares de piedra, a ambos lados, sostenían cuatro enormes vasijas que parecían toneles de vino. ¡Desde luego, era la cosa más espléndida y armoniosa que había visto nunca! Las vasijas eran de cerámica azul cobalto y las plantas de hojas amarillas como el limón colgaban a su alrededor como una admirable cabellera vegetal, y el contraste entre el azul profundo y el amarillo vivo de las hojas les daba un aspecto de extraordinaria finura y un indecible encanto. Pero eso sólo era el principio de cosas magníficas que iba a ver todavía.

Allá donde mirara, encontraba colores y formas de inimaginable belleza. Al fondo de un sendero poblado de rosas blancas, entre arcadas, divisé la entrada al «castillo», que daba también a la terraza donde me encontraba con el cochecito. Era una puerta labrada de hierro con ornamentos de estilo antiguo, pequeñas cristalerías redondas de colores, tal y como se fabricaban en ciertas regiones de Francia en los siglos pasados. Pero el edificio no presentaba en modo alguno aspecto de viejo.

Frente a la terraza, a mis pies, se extendía el parque al cual no podía acceder con el cochecito. Pero veía las estatuas rodeadas de pequeños espacios verdes de follaje

espeso y oscuro cortado de forma lineal; también veía la fuente artesiana del centro y pequeñas cascadas de aguas límpidas que corrían entre rocas artificiales y macizos de flores. Era el jardín que había visto con frecuencia en mis sueños y apenas me extrañó verlo en la realidad de forma tan exacta... En todo lo que veía, encontraba esa nostalgia propia de los sueños, producida por la tristeza al despertar, la tristeza de haber pisado lugares hermosos y abandonados, esa melancólica soledad de los jardines extraordinarios y el ensueño que emana de sus espléndidas alamedas por las que uno se pasea sin encontrar a nadie...

En distintas ocasiones volví al «castillo» y cada vez me hacía más amigo de los hombres de servicio.

Una vez incluso me sacaron del cochecito con la tabla sobre la que estaba tendido y me llevaron como si fuera una camilla escaleras abajo, al parque, donde me buscaron un sitio protegido del viento pero desde el que podía ver una gran extensión del parque y pasar allí varias horas en plena tranquilidad.

Entrábamos en el otoño y el jardín empezaba a marchitarse. El viento soplaba a ráfagas y en espiral y, por las alamedas, volaban hojas amarillas con manchas de sangre y herrumbre.

En aquellos momentos, la perfección del jardín y el murmullo del agua cristalina de las cascadas le daban un aire adusto de infinita soledad...

Cuando volvía al sanatorio y me reintegraba a mi sitio en el comedor, todo me parecía soso, deprimente y árido. Los floreros de plantas exóticas en las esquinas del comedor alzaban sus extrañas flores como penachos de un orgullo inútil y pobre.

—Llevas unos días en los que parece estar durmiendo con los ojos abiertos —me dijo mi vecina de mesa—. Te hablo, me miras y no me oyes, no te enteras.

Le llevé flores y le conté de dónde venía. Pero preferí no describírselo todo y guardarme para mí, como un placer secreto, lo que había visto y había averiguado del jardín del «castillo».

Unos días más tarde regresó el propietario al que tenía que transmitirle el recado de su buen amigo; el personal de servicio me concretó la fecha exacta del regreso. Pero como no sabía qué clase de persona era y quizá no habría entendido mis explicaciones —al principio, tenía la intención de explicarle mis verdaderos motivos—, renuncié a volver a pasar por allí. Seguro que al portero y al jardinero mi desaparición, precisamente cuando podía hablar por fin con el propietario, los dejaría muy extrañados.

¿Pero quién podría entender que yo sólo había visitado un jardín entrevisto en sueños y que por las noches volvía a sus espléndidas alamedas desiertas, y me paseaba entre el silencioso murmullo de sus cascadas? ¿Que ese era el lugar predilecto de mi soledad todos los días?

Me bastaba el recuerdo... Pero, la primavera siguiente^[3], me tocó volver a ver la fuente artesiana al fondo de la espesura vegetal del camino que bordeaba el castillo. El acontecimiento que me llevaba allí en aquella ocasión era demasiado triste y

doloroso para que ese reencuentro fuera motivo de alegría.

Como ahora me viene a la memoria ese patético episodio de mi vida de enfermo y como está ligado a sentimientos humanos y profundos que, durante mucho tiempo, me dejaron muy impresionado, lo contaré con detalle.

Durante los días lluviosos de otoño, los enfermos del sanatorio permanecían todos ellos alineados en una terraza de piedra desde donde podían ver el jardín y, enfrente, el edificio sólido y mazacote de un hotel.

Eran días húmedos, llenos de agua, sumergidos en la lluvia, batidos por el viento y cubiertos de nubes que venían desde el océano, nubes delgadas e informes, ceniza sobre el fondo de ceniza del cielo, huyendo como pájaros de humo tierra adentro.

Detrás del hotel se alzaba la chimenea de una fábrica de la que, cuando se trabajaba, salía humo y el edificio del hotel con sus ventanas pequeñas todas iguales y su silueta alargada presentaba el aspecto de un buque anclado en la lluvia, listo para zarpar. Al final del sendero que conducía a la calle, el portón grande permanecía siempre abierto y algún que otro perro callejero, peludo y aterido de frío, con la piel arrugada por el agua, colgándole mechones de pelo sucios y pegados, acudía a husmear por los matorrales del jardín y la columna de cemento, imitación de las antiguas, levantada en medio de un parterre, donde le gustaba pararse y, levantando una pata, añadía a la humedad de la lluvia el chorrillo de su propia humedad.

Con las mantas hasta el cuello, bien abrigados, los enfermos «tomaban el aire» y temblaban de frío. Como debían tener las manos abrigadas no podían leer y, entonces, trababan entre ellos conversaciones en voz baja, largas discusiones sobre todo tipo de temas que, por otro lado, por su situación de «apartados» y por estar inmovilizados dentro de un caparazón de yeso, no tenían por qué interesarles.

Así pues, los había que discutían sobre carreras de caballos, otros de aviación. Principalmente, la aviación era un tema predilecto y resultaba interesante oír algunas opiniones e ideas extraordinariamente bien documentadas, dignas de auténticos ingenieros y exactas hasta los menores detalles, sacadas de las revistas y libros especializados que llenaban las habitaciones de aquellos pilotos encorsetados en yeso. Entre aquellos «aviadores», yo tenía la consideración de un no iniciado al que las cosas serias e importantes de ese mundo le tenían sin cuidado. Al joven del que me había hecho amigo en la terraza le causaba gran extrañeza mi ignorancia en la materia.

—¿Pero, hombre, es posible que no le interese este medio de locomoción que ha intensificado las relaciones entre las regiones más apartadas y ha eliminado las distancias?

Me agradaba encontrar, con una sonrisa divertida, los estereotipos que recitaba, palabra por palabra, sacados de los artículos de revista. Era un muchacho vivaracho, de grandes ojos castaños, pelo negro brillante con visos azules y manos blancas y finas, manos de enfermo pero también de artista. Eso era, sobre todo, lo que me gustaba de él, que dibujaba, y que tenía modales de una fineza y un refinamiento que

dejaban traslucir una auténtica alma de artista.

Recuerdo dos pequeños detalles que me revelaron sus gustos y su espíritu de observación. Un día, quise hacerle un regalo y le traje de la ciudad, para que eligiera, un libro de niños con dibujos de animales en color y un ejemplar de las *Fábulas* con pocos dibujos pero hechos con mucho gusto, auténticos grabados de arte, e impresos en un papel selecto. Escogió las *Fábulas* y me explicó el porqué.

—Este es un trabajo de maestro, grabados hechos con ácido sobre planchas de cobre y mucho más difíciles de realizar que esos otros dibujos en color que la máquina imprime con facilidad... a toda prisa...

E hizo un ademán cómico cuando dijo «a toda prisa» girando los brazos como un molinete, para imitar el movimiento de la máquina que, a cada giro, saca un ejemplar.

El segundo fue en la sala de espera del sanatorio. Estábamos los dos allí, tendidos en nuestros carritos, cuando yo saqué por debajo de la almohada un paquete de cigarrillos extranjeros.

—¡Exactamente la misma tonalidad que la pared! —exclamó mi joven amigo.

En efecto, el paquete era de color rosa, de un sorprendente parecido al del papel que revestía las paredes de la sala de espera. Era un detalle insignificante pero del que no me había percatado hasta entonces aunque había sacado muchas veces cigarrillos del paquete en esa misma sala de espera. Para mi amigo, esa observación sólo podía ser un reflejo de su naturaleza artística y de su secreta estructura íntima, una especie de reacción parecida a la de una máquina que selecciona objetos del mismo tamaño.

Yo lo llamaba familiarmente Bobby, como lo llamaban todos en el sanatorio, pero cuando alguien le preguntaba cómo se llamaba respondía muy serio que Robert Vanderkich, flamenco de Bélgica, poniendo mucho énfasis al decir «flamenco» para que nadie le dijera belga, y luego se sacudía el pelo con un pequeño ademán de orgullo.

Hace unos días, encontré entre mis papeles un esbozo a lápiz, un retrato que me hizo Bobby. Me causa una gran perplejidad no haber percibido, cuando lo dibujaba, lo bien que conocía ese chico su arte sin necesidad de haber recibido lecciones de nadie. Ciertamente sus trazos son inseguros y en algunos puntos faltos de precisión, pero el aspecto del dibujo en su conjunto así como el modo de «componerlo» ponen de manifiesto unas cualidades que rebasan, con mucho, el diletantismo de un niño que se distrae garrapateando un papel. Así opinan también personas competentes, pintores profesionales, que observaron detenidamente el esbozo y se quedaron asombrados cuando les dije la edad del autor.

Lamento no poder reproducir nunca este dibujo y ello por culpa del papel en el que se hizo. Bobby hacía todos sus dibujos en papel de agenda que le traía una tía suya desde París como regalo; cuando compraba en los grandes almacenes se cuidaba de adquirir una de tapas duras y hojas divididas en rúbricas, como un libro de registro. Había bastante espacio en blanco en las hojas para dibujar pero todos los dibujos estaban atravesados ya sea por la línea de las columnas o por el anuncio

impreso en cada página y, por esa razón, mi dibujo, aparte de la firma Robert Vanderkich, tenía también publicidad de lencería que me atravesaba la frente de parte a parte.

Estaba gravemente enfermo, tenía una rodilla afectada y estaba medio incorporado en la camilla de ruedas, pero además tenía fístulas en sitios muy desagradables para un chico de su edad, y un voluminoso apósito en los órganos genitales cosa que lo exponía, según me enteré más tarde, a las burlas y chanzas, terriblemente crueles en su ingenua inconsciencia, de sus compañeros de dormitorio por las noches.

Cuando acudían los camilleros para llevarlo a la sala de curas pretextaba estar muy ocupado en ese momento y les rogaba que esperasen unos minutos y se llevasen a otro, y cuando veía que no había nada que hacer y que se lo tenían que llevar a la clínica, metía con resignación sus papeles y libros en la cartera, murmuraba entre dientes, con un tono serio de adulto, *merde!*, y les decía a los camilleros que podían llevárselo.

Varias veces nos llevaron juntos a las curas pero siempre me tocó a mí entrar el primero. Sin embargo, un día, se lo llevaron a él antes y como yo me encontraba con mi camilla rodante en el pasillo, frente a la puerta de la sala de curas, pude darme cuenta de los terribles dolores que tenía que soportar el pobre chiquillo. Lo oía chillar, jadear y llorar como una fiera y, en ciertos momentos, chillaba de forma tan estridente y desesperada que parecía que al acabar el grito iba a morir. En ciertos momentos, el horroroso timbre con el que llamaban a los camilleros estallaba también y se juntaban los gritos de la sala con los siniestros timbrazos, de suerte que me daba la sensación de hallarme en un lugar de atroces torturas donde se atormentaba sistemáticamente a los condenados, en habitaciones antisépticas, a manos de enfermeras de batas blancas y médicos con guantes de goma hasta el codo.

Aquella tarde le pregunté por qué chillaba tanto.

—¿Qué pasa? ¿Qué te hacen? ¿Te matan? Para un chico tan mayor como tú es una vergüenza no poder aguantar una cura...

Pero inmediatamente lamenté haberle hecho esos reproches.

—Me esfuerzo por no gritar —contestó él—, pero no puedo, siento que me vuelvo loco... ¿Qué quieres? Me echan éter puro en los testículos —y al decir eso tenía un semblante serio y de hombre maduro consciente de que esas cosas no tenían nada de vergonzosas.

Aquel otoño, las cosas parecieron agravarse. Lo llevaban con más frecuencia a la clínica y por las tardes lo metían en su cuarto a las cinco porque tenía mucha fiebre y no soportaba la luz del día. Mientras sus pequeños camaradas se quedaban fuera jugando ruidosamente de camilla a camilla, él permanecía encerrado en la penumbra del dormitorio, con las cortinas corridas, solo, temblando de fiebre, con las mejillas ardiendo y las manos heladas, tiritando y sudando, unas veces completamente frío y otras muriéndose de calor, escuchando, mareado por el zumbido de la fiebre, el eco

de los gritos y discusiones joviales de sus pequeños amigos que se quedaban en la terraza hasta la hora de la cena.

Un día, su médico decidió operarlo y le envió un telegrama al padre del muchacho. Cuando este llegó, practicaron un nuevo reconocimiento y decidieron que la intervención tuviese lugar a los pocos días.

Hasta entonces, el padre sacaba al chico todas las mañanas a pasear «hasta el mar y volver», empujando él mismo el carrito. Cuando regresaba, si era bastante pronto para la comida, se quedaba en la terraza tomando el aire con los demás enfermos. El primer día ya fue así y Bobby se apresuró a presentarme a su padre, al que debía de haberle hablado de mí y de la amistad que nos unía porque éste me agradeció las atenciones que le dispensaba a su hijo. Yo estaba confuso y le expliqué que Bobby era un muchacho muy espabilado y con talento cuya conversación podía constituir un auténtico placer para quien quisiera tomarse la molestia de charlar con él. Se sentía en extremo halagado y sonreía continuamente dejando ver su mellada dentadura, amarilla por el tabaco. Era agricultor, persona robusta y de anchas espaldas, pelo canoso y bigote blanco, con un cogote sólido y surcado de profundas arrugas como si se hubiese hecho una incisión a cuchillo, un cuello de animal vigoroso que vive al aire áspero del campo, que le había curtido la piel.

Cuando se ponía en pie, nuestros carritos le llegaban al vientre y cuando empujaba el de su hijo, con sus manos gruesas y varoniles, se notaba perfectamente que era una tarea fácil para él, acostumbrado como estaba a empujar máquinas más pesadas en el campo. Siempre estaba fumando cigarrillos gruesos, amarillos, de tabaco corriente, liados con papel especial «de maíz», y soltaba el humo por la nariz y daba la impresión que también por las orejas y el cogote pues, al tirarlo, una gruesa capa de humo le rodeaba toda la cabeza.

El día antes de la operación, trasladaron a Bobby a una habitación junto a la sala de curas. Se despidió de mí con cierta tristeza pero sin percatarse de la gravedad de la operación, de la que el médico le había dicho a su padre que era bastante seria.

El día de la intervención no vi a su padre por ninguna parte. Probablemente estaría con él en una de esas «habitaciones de operado», con la puerta enigmáticamente cerrada, y aislado por completo espacial y moralmente de la vida que se desarrollaba en el sanatorio. Al cabo de unos días, supe por las enfermeras, con cierta dificultad, que la operación de Bobby había salido bien pero que su estado no era satisfactorio. Era la fórmula diplomática habitual del sanatorio para expresar con rodeos, pero de manera ridícula, que el enfermo estaba muy mal.

Por fin, una tarde, vi en el pasillo al señor Vanderkich quien vino junto a mí.

Estaba agitado y, por lo que pude ver, muy afligido. Inmediatamente, me dijo que Bobby había tenido una hemorragia «en sus partes» y que había perdido demasiada sangre para poder seguir luchando contra la enfermedad. Además, siempre estaba con fiebre y no podía soportar las curas, tan dolorosas se habían vuelto que Bobby ya no podía ni gritar pues el sufrimiento era tan intenso que lo dejaba extenuado. Con los

ojos cerrados, un reguero de saliva le salía de la boca y dejaba escapar unos grititos agudos como los de un ratón. Un día fue todavía más grave, llegó a orinarse encima de dolor.

Todo eso me lo contó el señor Vanderkich de forma atropellada y confusa; debía de tener la imperiosa necesidad de compartirlo con alguien, pero en aquel momento tenía muchísima prisa.

Estaba esperando a que saliera el médico de una habitación para comunicarle que la persona a la que había buscado en la ciudad para que le donase sangre a Bobby se había marchado durante unos días al campo; quería preguntarle lo que convenía hacer.

—¿Y adónde se ha ido? —preguntó el médico.

Y el señor Vanderkich le dijo el nombre de la aldea.

—Ah, bien, está cerca de aquí —dijo el médico—, en una hora con un coche de caballos estará allí y se lo puede traer. Mire, lo podría llevar el señor —y me señalaba a mí.

—Naturalmente —exclamé—. Podríamos salir ahora mismo y a la hora de comer estaríamos de vuelta con la persona que necesitamos.

En aquel momento me acordé de que allí se encontraba el «castillo» donde había estado unas semanas antes y por el que no había vuelto a pasar al no saber qué decirle al propietario. Podría muy bien tropezarme con el portero o el jardinero y encontrarme en un aprieto si no conseguía esquivarlos. ¿Pero qué era mi hipotético aprieto comparado con la gravedad de lo que me llevaba a aquella aldea? De manera que ahogué mi breve indecisión en un mar de reproches internos...

En el cochecito, el señor Vanderkich se sentó a mi lado, encendió uno de sus gruesos cigarrillos y comenzó a tirar grandes bocanadas de humo. Con la mirada cansada de noches en vela, taciturno y preocupado, miraba distraídamente la campiña y, de vez en cuando, hacía alguna que otra observación en voz alta sobre el estado de la cosecha o de los trabajos agrícolas que veía. Existen situaciones en la vida en las que la depresión te distrae y deja que broten a través de ella las costumbres de todos los días. Varias veces volví la cabeza hacia él y, admirando su desbordante salud, no dejaba de preguntarme por qué no había dado él sangre para la transfusión; la pregunta me quemaba los labios.

Se lo pregunté. Me había imaginado que su sangre no «valía», como sucede con frecuencia, sin embargo mi pregunta le cambió la expresión, y caí en la cuenta de que había tocado un punto sensible y doloroso. Se me quedó mirando un buen rato y luego encendió otro cigarrillo, pensativo, como si no hubiese entendido bien mis palabras.

Finalmente, empezó a hablar y entonces supe que su silencio no había sido otra cosa que vacilación.

—En efecto, podría darle yo sangre... Pero, mire... En medio de todo esto hay una historia triste...

En aquel momento entramos en la aldea y le preguntamos la dirección que nos interesaba a un chiquillo que nos salió al paso. Sentía una enorme curiosidad por conocer la «historia triste» que le impedía al señor Vanderkich darle sangre a su hijo, pero no tenía tiempo para hacerle la pregunta.

Estábamos muy cerca de la casa que buscábamos y, una vez llegados allí, al señor Vanderkich le entró una gran impaciencia. Para ganar tiempo, saltó del cochecito unos metros antes de la casa y, con sus pasos de gigante, en unos instantes estuvo en la puerta y llamó con fuerza.

Abrió una viejecita con un chal negro sobre los hombros y le preguntó:

—¿Qué desea?

En pocas palabras, el señor Vanderkich le explicó lo que quería.

—Creo que han hecho el viaje en balde —dijo la viejecita—. Siento mucho que hayan venido hasta aquí para nada... Están ustedes buscando a mi hijo, pero está con la gripe y se ha venido de Berck a mi casa para que yo lo cuide mejor, hasta que se ponga bueno. Pueden ustedes verlo si quieren, está en la cama, voy a ver si no está durmiendo.

—¿Para qué vamos a molestarlo? —gruñó como un oso el señor Vanderkich—. Es inútil... Nos vamos... Lo siento... Ya buscaremos en otra parte...

En el momento en que me disponía a partir, la viejecita me hizo señas con el brazo para indicarme que el camino más corto era pasando por una calle cercana, precisamente la calle desde donde se veía el castillo entre los matorrales.

Pero cuando pasé por allí, los sentimientos y pensamientos que me inquietaban no tenían nada que ver con los de semanas anteriores y habría tenido que sentir la calma de entonces para deleitarme volviendo a ver esos lugares.

En el cochecito, a mi lado, el señor Vanderkich no cesaba de gruñir y de lamentarse.

—¿Y ahora qué hago? Este era el único en todo Berck que daba sangre. Y ahora está malo... Y las horas pasan... Y tal vez Bobby se ha puesto peor... Y yo he de asistir a todo esto impotente y con los brazos cruzados, sin poder ayudarlo con nada. Esto es lo más doloroso, saber que uno habría podido serle útil a alguien, a su propio hijo, y un suceso absolutamente estúpido lo deja con las manos atadas.

Se pasó la mano por el rostro, luego sacó un pañuelo grande azul de lunares con el que se secó los ojos. Sí, lloraba y era muy doloroso ver llorar a aquel hombretón de anchas espaldas y cuello de toro, lloraba como un niño.

Finalmente, se controló y, entre suspiros, pude enterarme de la causa de esa desesperación.

—Como le he dicho, es una historia triste, más estúpida que triste. Seguro que usted sabe que durante la guerra hubo regimientos enteros a los que mandaron al frente oriental. Yo era cabo en uno de ellos e hice la guerra en los alrededores de Salónica, donde permanecí hasta el armisticio... ¡Menuda vida nos pegábamos! Y justamente esa vida tan buena fue la causa de todos los males, porque temamos todo

el dinero que queríamos, nos emborrachábamos y luego nos íbamos de putas hasta la madrugada... Y en un burdel de allí me enfermé y enfermo me he quedado... ¡Ah! Una noche de borrachera y de amor y luego una vida entera infectado, con la sangre «podrida» para siempre. Cuando volví a casa, Bobby tenía tres años y no me conocía porque cuando me marché él era muy pequeño, sólo tenía unos meses... Aún mamaba... Y al volver no podía ni besarlo... Y ahora es todavía peor, está a las puertas de la muerte y yo no puedo ayudarlo.

Volvió a pasarse la mano por el rostro y se quedó con él hundido en la mano, en silencio, y exhalando ahogados suspiros.

El médico se mostró muy preocupado por no haber traído al donante de sangre.

—Es urgente, ¿entiende?, urgente... —le repetía al pobre labrador que, con la mirada empañada, no sabía qué balbucear como respuesta.

Por fin, la esposa de un enfermo del sanatorio, al saber que se precisaba sangre para una transfusión, se ofreció a donar la suya. Era enfermera en un hospital de París y ya había donado otras veces.

Aquella tarde, sobre las cinco, le hicieron la transfusión a Bobby y se sintió un poco mejor...

Y así murió aquella misma noche, sin dolores y con la sensación de una gran tranquilidad.

De él me ha quedado el dibujo que me hizo y, en cierto modo, el recuerdo de haber vuelto a ver el «castillo» el día en que murió, recuerdo tan nostálgico y lleno de tristezas que ya nunca más volví a pasar por aquella aldea.

Todos los pensamientos, todos los recuerdos y todas las visiones que tenemos a este lado de los párpados desaparecen sumergidas en la misma oscuridad cálida del interior de la piel que los absorbe sin dejar rastro. En esa temperatura templada y en esa intimidad sin nombre yacen, sin que puedan diferenciarse unos de otros, todos los recuerdos, todos los sentimientos, todo lo que creemos que ha sido alguna vez importante en nuestra vida. Podemos evocar tal o cual recuerdo y nada nos indica que sea más valioso o importante en relación con los demás. Sucede incluso que lo que hemos tomado en alguna ocasión por grave y trágico aparece borroso, pálido y anémico, como algo trasnochado que podría dar la sensación de tristeza si no la diese de tedio, mientras que detalles de tres al cuarto que rechazábamos como algo baladí (quiero decir, cuando «ocurría» el recuerdo), nos parecen reveladores y extraordinarios.

Creo que la explicación es la siguiente: a cada momento nos imaginamos la vida y la vida sólo es válida para ese momento y tal como nos la imaginábamos entonces. Soñar y vivir son la misma cosa. Mientras soñamos, los sucesos del sueño valen únicamente para esos momentos nocturnos en los que dormimos, al igual que en la vida de todos los días, los pensamientos y los sucesos valen únicamente para el momento en que ocurren y tal y como los imaginamos en ese momento. No obstante,

si quisiéramos creer que los acontecimientos son independientes de nosotros, basta que en un momento trágico cerremos los ojos y encontremos una independencia interior tan estricta y hermética como para poder colocar en sus tinieblas tantos recuerdos, pensamientos o imágenes como queramos, para que podamos insertar en el meollo del momento trágico un chiste, una anécdota, el título de un libro o el argumento de una película de cine.

Con los ojos abiertos, aparentando una absoluta atención, cuántas y cuántas veces, al escuchar a alguien que me hablaba de cosas serias, no habré compuesto yo, en el transcurso de esa conversación, otra sobre cosas completamente diferentes y raras, a veces fantásticas y otras sólo divertidas...

Y mi rostro seguía conservando su aire de seriedad... Recuerdo que, en diferentes ocasiones, de forma absolutamente «involuntaria» y sin poderlo evitar, mientras me contaban, por ejemplo, el caso doloroso y atroz de la muerte de alguien con todos sus patéticos detalles, aparecía en mi fuero interno, en el escenario de mi pequeño teatro personal, el conjunto más cómico y extravagante de pequeños animales de goma efectuando danzas de películas de dibujos animados, haciendo acrobacias y saltos ridículos que provocaban la risa. Mientras, yo fruncía el ceño y escuchaba con aire triste. ¡Cuántas cosas desconocidas hay en el saco de piel de un hombre con el que estamos charlando!

En el fondo, la esencia de la realidad es una vasta confusión de diversidades sin sentido y sin importancia. Los propios hechos externos, que creemos bien definidos, confunden a menudo los temas y las luces que es menester encender para iluminar el decorado, al igual que yerran a la hora de distribuir los papeles de los personajes. Donde era necesario un personaje adusto y triste, la realidad pone algunas veces un actor flojo que apenas aguanta el papel y que, muy especialmente, no se siente a gusto en la obra.

Había en el sanatorio enfermos y enfermas, sobre todo enfermas, que, desde que el mundo es mundo, parecían estar encuadrados en rúbricas secretas del universo donde tenían su asiento la inmovilidad, el sufrimiento y la resignación. Conocía a una solterona que, tras sufrir un accidente de automóvil con su hermano, quedó afectada de tuberculosis ósea en las dos rodillas. Era una chica pálida de melena negra y lisa echada hacia atrás, manos delgadas y anémicas y una mirada plácida y un tanto húmeda como de animal manso.

Cuando acudía al comedor, llevaba consigo no sé qué libro de letanías piadosas y, entre plato y plato, hundía la cabeza en él. Un día vino a verla su hermano. Pues bien, era imposible no darse cuenta de que el accidente «había arreglado» las cosas en su justo término desde el momento en que a ella le había dejado como secuela la enfermedad y él había salido ileso, porque lo que tenía ella de debilucha y beata en su papel de mártir resignada, lo tenía el hermano de fornido y de jovial. Y, por si a alguien se le hubiese ocurrido pensar que la melancolía clorótica de la mujer era un efecto de su enfermedad, su hermano se apresuraba a desmentirlo, en voz baja, claro

está, en el jardín, cuando su hermana no estaba allí.

—Siempre ha sido así, desde que la conozco. Todo el día tendida en la cama, con jaquecas y devorando lecturas piadosas... Es la mismísima de siempre... La enfermedad no le ha cambiado nada, se lo aseguro, ni siquiera su costumbre de llevar colgando del cuello todas sus medallas...

También había situaciones contrarias; como es lógico, estas me parecían más dignas de atención y más dramáticas.

De modo que por el sanatorio se sucedían todo tipo de existencias y de situaciones. Cuando hojeo un álbum antiguo de fotografías, me vienen a la memoria decenas de casos calamitosos y dolorosos disimulados con naturalidad tras la sonrisa de una fotografía, un espléndido mediodía de verano a la sombra de un bosque rebosante de flores en el jardín. Por ejemplo, la sonrisa de *vedette* cinematográfica de Teddy y su actitud de «rebelde» en el carrito.

Era una chica menudita y mona, con una naricilla respingona y maneras parisinas de chica que se había «liberado» rápidamente en el contacto con la vida de la gran ciudad.

Seguía vistiéndose en la camilla de ruedas tal y como lo hacía cuando estaba sana. Era la única que acudía al comedor con traje sastre, falda corta y medias de seda, de suerte que cuando levantaba las piernas en la camilla todas las señoras mayores del comedor murmuraban entre sí que Teddy había vuelto a adoptar una postura «indecente». Con el tiempo, se acostumbraron a su forma de actuar y a que, después de comer, pidiese un café de filtro y encendiese un cigarrillo «Craven A» emboquillado.

Era una chiquita refinada, una parisinita a la que habían mimado demasiado cuando apenas se tenía sobre sus piernas.

Cuando nos hicimos amigos, solía referirme en su habitación los distintos lances que había tenido con sus galanteadores.

Ciertos días, esperaba con emoción la llegada del cartero y me pedía que mirase en los periódicos (ella no los compraba) cuándo llegaban los barcos de Dakar.

En distintas ocasiones vi en su mesa sobres grandes con sellos del África occidental, pero, curiosamente, todos estaban dirigidos a la señorita Teddy Pelisier, Lista de correos, París, y llevaban el cuño de una oficina de correos de la periferia. Un día le pregunté de dónde venían aquellas cartas y me dijo sin rodeos que de su «noviete»; que cuando él se marchó a las colonias ella todavía no había caído enferma, de modo que él no sabía nada de Berck ni de su enfermedad y seguía escribiéndole a la dirección que ambos habían convenido utilizar. Allí, la hermana de Teddy recogía las cartas y se las mandaba al sanatorio. Por lo que ella decía, se trataba de un joven ingeniero que incluso hubiera querido casarse con ella antes de marcharse y se había ido a las colonias durante unos pocos años para hacer dinero y luego volver y establecerse en Francia. Me mostró muchas fotografías en las que estaban los dos juntos, ella delgadita, con unos vestidos que le sentaban de maravilla,

y él serio, con la pipa en la boca, mirándola lleno de admiración o cogiéndola suavemente por el talle. Eran unas fotos tomadas delante del casino de Dauville, y otras en parques de ciudades belgas, él tenía familia en Bélgica y se marchaban juntos a visitarla, como dos novios formales y bien avenidos. En aquellas horas de la tarde, mientras yo estaba en su cuarto hojeando el álbum, a veces una enfermera llamaba a la puerta y entraba para darle el termómetro. Me parecía una tremenda injusticia que, en aquel momento, mis ojos se posaran sobre una foto que la mostraba con su traje blanco de marinero en el puente de un barco en una excursión por no sé qué isla de las Baleares, y, entretanto, ella se ponía el termómetro en el sobaco como cualquier enferma y le confesaba a la enfermera bigotuda y de ojos sajones, que esperaba impasible como un mueble en medio de la habitación, que tenía treinta y ocho y una, pero que se sentía bien, para que yo no me fuera.

Era terriblemente injusto que aquella criatura destinada a una vida de placeres y mimos languideciese junto a unos «encamados» neurasténicos y sombríos en el pasillo de un sanatorio perdido entre las dunas a orillas del océano, en medio de una soledad y un aislamiento que para ella constituían no sólo una tortura, sino también un tremendo error por parte de la realidad.

Un día, por intermedio de su hermana, llegó de Dakar un enorme paquete con distintas pieles curtidas de pequeños animales salvajes.

Recuerdo que también había un cobertor formado por cuatro pieles dispuestas en diagonal, alternando el color gris de antílope con un blanco desconocido, jaspeado, como de tigre, pero con pelos suaves al tacto y sedosos como el terciopelo.

Aquella tarde, en lugar de encontrarla contenta por haber recibido ese regalo, Teddy estaba llorosa y triste. Me dijo que desde que había vuelto del comedor no había hecho más que llorar pensando en su estado, en que él no sabía nada de su enfermedad, mientras ella estaba acostada con fiebre en una camilla de ruedas, y al decir «camilla» dio un puñetazo en el colchón del carrito mientras le rechinaban los dientes.

—Te pondrás buena, Teddy. Cuando él vuelva, estarás de nuevo en pie e irás a esperarlo, cuando llegue el barco a Burdeos, con una sonrisa en los labios como si nada hubiese pasado.

En realidad, su enfermedad era mucho más grave de lo que ella misma se imaginaba porque, además de las dos vértebras afectadas, le habían encontrado gran cantidad de albúmina en la orina, lo que constituía un síntoma de tener tocado un riñón, complicación grave que requería observar un régimen muy severo sin sal y sin el café de después de comer.

Al cabo de unos pocos meses, adelgazó muchísimo. Uno de aquellos días vino a verla su hermana, a quien el médico le dijo que tenían que extirparle a Teddy el riñón enfermo.

Aquella tarde nos fuimos todos al cine. En los cines de Berck ponían al fondo del patio de butacas unos bancos altos de madera y colocaban allí las camillas de los

enfermos. Para quienes lo veían por vez primera, les resultaba curiosa esa división de la sala en dos categorías bien delimitadas: la de los «encamados» y la de butacas. Cuando se apagaba la luz, los velos de claridad difusa que venían de la pantalla envolvían a los acostados con una extraña luminosidad y lividez, como si la mitad del salón estuviese cubierta, en plena noche, de sarcófagos abiertos con cadáveres embalsamados sacados de sabe Dios qué museo.

Estaba al lado de Teddy, quien por la mañana se había enterado de que la tenían que operar y había ido al cine precisamente para no quedarse en su cuarto atormentándose con ideas negras. Cuando se apagó la luz parecía contenta o, en todo caso, indiferente, pero a mitad de la película observé que, en la oscuridad, Teddy lloraba en silencio. Podía ver su cara pálida y el blanco de la pantalla le hacía más salientes los pómulos hasta volverla casi irreconocible. Las lágrimas le mojaban el rímel de los párpados y, al correrle por las mejillas, formaban dos regueros negros y estrambóticos, como ese extraño tatuaje funerario que, entre ciertas tribus salvajes, les practican a los muertos untándoles la cara con yeso sobre el que hacen trazos a carbón, según puede verse en las fotos.

Se secó como mejor pudo los ojos antes del final de la película pero los días siguientes conservó su aire de tristeza. Ocurrió algo imprevisto que agravó sensiblemente la situación. En lo imprevisto hay cierto magnetismo que atrae las situaciones dolorosas, las complicaciones graves e inesperadas. En una larga carta, su novio el ingeniero le comunicaba que en su empresa le habían concedido dos semanas de vacaciones en el verano, las cuales, claro está, tenía intenciones de pasar en Francia con su novia.

Teddy me enseñó muy triste la carta.

—Creía que podría evitarle sorpresas desagradables y, ya ves, en vez de una gran alegría le voy a procurar una amarga tristeza.

Pocos días después, la operaron; alcancé a verla una vez más antes de que la trasladaran a un sanatorio cerca de París, donde murió, pero no a causa de la operación, que fue un éxito, sino ante la imposibilidad de poderse alimentar pues el riñón que le quedaba se infectó, según dijeron los médicos en plan docto. En la lógica médica corriente hay una serie de pequeñas explicaciones que habría que clasificar en una categoría especial distinta a los sofismas y las paradojas, en la de razonamientos especiales con «secuelas dolorosas». Creo que sería una innovación útil para la lógica y para la moral y absolutamente inútil para los enfermos y sus familiares.

Cuando vi a Teddy en el sanatorio, estaba acostada en una cama especial «Dupont» que ocupaba todo el centro de la habitación. Para que cupiese con toda la combinación de tubos y barras niqueladas hubo que sacar fuera un montón de cosas. Era como una inmensa máquina en una sala vaciada especialmente para hacerle sitio, una máquina de tejer que, en lugar del rollo de tela del centro, contenía el catre blanco y frágil donde estaba tendida la enferma.

Para manejar el artilugio en el que yacía, había toda clase de manivelas y

mecanismos hechos expresamente y muy fáciles de usar.

Para las curas y para el aseo de la enferma, el armazón se elevaba con ayuda de unas poleas y cuerdas y, debajo, se podían soltar unas correas, dejando libre, así, una parte del cuerpo.

—Qué cosa más complicada para algo tan sencillo como va a ser mi muerte... — me dijo Teddy con voz débil y me horrorizó la lucidez con la que afrontaba la gravedad de su estado—. Es mejor así, mucho mejor... Más vale que mi novio lllore ante una tumba a que compadezca a una enferma.

En efecto, era mejor así.

Para Teddy era un final que, en cierto modo, arreglaba las cosas y enmendaba los desaciertos, en asuntos y papeles, que la realidad había cometido en el curso de su vida.

En un espacioso y bonito cementerio de las afueras de París, que sólo acerté a ver de pasada a través del vidrio empañado de una ambulancia, yace con las manos cruzadas sobre el pecho, pálida y formal, una muchacha cuya finalidad en la vida era amar, y nadie sabrá jamás que, poco antes de morir, su semblante adquirió un aspecto esquelético con unos ojos desencajados.

A un cuidado cementerio, bajo una lluvia menuda y fría, acudirá un ingeniero de impermeable, con un ramo de flores bien envuelto para que no se moje y lo colocará en una lápida sencilla y limpia que jamás le dirá nada a nadie.

Y en una habitación se quedarán, tiradas en un diván, unas pieles exóticas; en un armario, un álbum de fotografías y, en una caja bien cerrada, cartas y sobres con sellos de un lejano Dakar.

Mientras, a Berck irán para buscar la salud verdaderos enfermos con apariencia de esqueletos, con sonrisa amarga y triste, con preocupaciones, parálisis, vendajes, familias, sufrimientos y pus.

Creo que Teddy tenía razón cuando decía que era mejor así.

Cuando cierro los ojos y evoco alguno de estos recuerdos, renacen con la misma magnitud que tenían en la realidad de antaño; cuando, otras veces, pasan por mi mente —con idéntica intensidad y con la misma atmósfera convincente— escenarios y acontecimientos que no han existido nunca; cuando, finalmente, abro los ojos y miro a mi alrededor, en una soleada tarde, y veo brotar, como fuentes artesianas, todos los colores y formas del día, el verde menudo y difuso de la yerba, el amarillo brillante y sedoso de las dalias y el azul infantil de las flores nomeolvides a las que responde el azul intenso del cielo, tan intenso y tan nítido que su misterio me envuelve el cerebro con vapores de dulce vértigo; cuando recuerdos, visiones y escenarios se suceden así detrás y delante de mis párpados, me pregunto a menudo con gran emoción cuál puede ser el sentido de esa continua iluminación interior y cuál es la parte alícuota que ocupa en el conjunto del mundo para que la respuesta sea siempre y de forma inexorable tan descorazonadora...

Hay en el fondo de la realidad un malentendido de inmensa amplitud y de enorme diversidad del que nuestra imaginación extrae una ínfima cantidad, justo lo necesario para constituir con varias luces y varias interpretaciones el «hilo de la vida», y este hilo de la vida, como una fina y continua corriente de luces y sueños, lo extrae cada hombre del depósito materno de la realidad, lleno de escenarios y de acontecimientos, lleno de vida y de sueños, al igual que un bebé aprieta el seno materno y chupa el chorro de leche caliente y nutritiva.

En el tiempo que «no ha transcurrido todavía» se encuentran todos los acontecimientos, todos los sentimientos, todos los pensamientos y todos los sueños que aún no han sucedido y de los cuales generaciones y generaciones de hombres extraerán la cantidad necesaria de realidad, sueños y locura. ¡Las inmensas reservas de locura del mundo que alimentarán a tantos soñadores! ¡Las inmensas reservas de ensoñaciones del mundo de las que extraerán poemas tantos poetas y las inmensas reservas de sueños que poblarán de pesadillas y terrores las noches de tantos hombres dormidos!

Es el depósito desconocido de la realidad lleno de tinieblas y de sorpresas.

Todas estas cosas se encuentran amontonadas en un tiempo enorme y sólo se desarrollarán célula a célula, sueño a sueño y fibra a fibra, y se integrarán, a cada momento, en la composición, en un inmenso mosaico en cada rincón del mundo, piedrecita a piedrecita, para formar ese cuadro inimaginable que es «la vida universal en todo su desarrollo».

Y pienso en ese desarrollo en un solo instante de mi vida.

En el momento en el que estoy escribiendo, por pequeños canales sombríos, por oscuras oquedades excavadas en la carne, con un pequeño gorgoteo rimado por el pulso, se desbordan en la noche de mi cuerpo riachuelos vivientes y serpenteantes que hacen circular mi sangre entre carne, nervios y huesos. En la oscuridad, fluye como si fuera un mapa con miles de ríos que corren por millares y millares de cauces y, si me imagino que soy lo bastante minúsculo para circular en una balsa por una de

esas arterias, el zumbido del líquido, que me lleva a toda velocidad, me llena la cabeza de un estruendo terrible en el que se distingue el fuerte retumbo de los golpes del pulso bajo las olas, como golpes de gong, y las olas se hinchan y llevan el golpe sonoro más lejos en la oscuridad, por debajo de la piel, mientras a mí la corriente me lleva velozmente por las tinieblas y, con un salvaje rugido, me arroja a las cascadas del corazón, a las cuevas de músculos y fibras donde el aluvión de sangre llena inmensos depósitos para, al momento siguiente, abrir las compuertas y una tremenda contracción de la caverna, gigantesca e incontenible, horripilante como si, en un segundo, las paredes de mi habitación se estrecharan y se contrajeran para expulsar todo el aire que hay dentro, una compresión que hace reventar el líquido rojo y lo compacta, célula a célula, expulsa las aguas con una violencia que golpea las paredes blandas y lisas de los canales oscuros con la potencia de un río caudaloso que cae de las alturas.

En la oscuridad, sumerjo el brazo hasta el codo en el río que me lleva y sus aguas son cálidas, humeantes y extraordinariamente olorosas.

Me llevo el hueco de la mano a la boca y sorbo el líquido caliente y su gusto salado me recuerda el sabor de las lágrimas y el del océano. Está oscuro y estoy encerrado en el bramido y los vapores de mi propia sangre.

Y pienso en todos los ríos, cascadas y canales oscuros por los que corre la sangre de tantos y tantos hombres en la Tierra, en ese desbordamiento oscuro que ocurre debajo de su piel, en la oscuridad, mientras caminan o duermen; pienso en todos los seres que tienen arterias y venas, en todos los animales a los que esa misma fiebre les lleva hasta las extremidades de la carne los mismos vapores y el mismo bramido de la sangre. Y si trato de imaginarme, sólo y exclusivamente, la vida universal de la sangre, me imagino que los hombres y los animales han perdido su carne, sus nervios y sus huesos para quedar de ellos sólo el árbol de arterias y venas que, si bien conservando la forma exacta del cuerpo desaparecido, forman unas finas redes rojas de hombres o de animales, como si fueran hombres y animales hechos de fibras, raíces y bejucos, en lugar de carnes prietas, hombres, que tienen una cabeza como una pelota pero llena de huecos y tejida sólo de fibras por las que circula la sangre; que la nariz es un tejido de fibra con forma aguileña o recta; los labios, como una hilacha roja, se abren y se cierran, y todo el cuerpo, cuando sopla el viento, tiembla como una planta seca mecida por la brisa del otoño.

Y esos cuerpos hechos de redes de fibras y arterias, sin carne, ahora están en todo el mundo, circulan, duermen y se alimentan como antiguamente los seres normales, viven entre plantas, matorrales y árboles, son como un mundo vegetal sanguíneo junto al mundo de savia y clorofila de las plantas y los árboles.

Es el mundo de la sangre pura, el mundo de los seres de arterias y de los cuerpos fibrosos, es un mundo que no me imagino, sino que existe tal y como lo veo debajo de la piel de los hombres y de los animales. En este momento en el que estoy escribiendo, pienso en él.

Es el mundo de la realidad que subyace debajo de la piel, debajo del decorado y de la luz que vemos con los ojos bien abiertos.

De este modo, me imagino el mundo de la sangre y me doy cuenta de que mi sangre sólo es una inmensa maraña de fibras y arterias entrelazadas en el bosque universal de árboles arteriales sanguíneos, y el murmullo y el rumor de su circulación no es más que una ínfima vibración dentro de la cadencia monumental y del enorme ruido producido por la masa concentrada de sangre que circula por todas las arterias del mundo.

Y el rumor de la sangre se pierde en medio del rumor del viento, del rugido de las olas del océano y del fluir de todos los ríos del mundo, que también producen ruido dentro del amplio abanico de ruidos del universo. ¡Oh! ¡El inmenso clamor de nuestro planeta en el espacio! ¡Y, perdido en medio de ese fragor, el latido de mi sangre! ¡Totalmente perdido, totalmente insignificante!

También pienso en algo que me espanta.

Mientras estoy escribiendo, mientras mi pluma recorre el papel trazando curvas, rectas y sinuosidades que se convertirán en palabras y, ante mi total estupefacción, tendrán sentido para gentes desconocidas que las leerán (porque para mí, hasta ahora, el acto de escribir es algo profundamente incomprensible y me provoca un gran estupor), sí, mientras escribo, en cada átomo del espacio está ocurriendo algo.

En el jardín, un pájaro ha echado a volar y ha recorrido la distancia entre dos ramas, el viento ha soplado y una hoja se ha mecido, un cochecito de niño ha pasado por la calle chirriando ligeramente las ruedas, el niño ha gimoteado, un instrumento puntiagudo y estridente ha atravesado un cuerpo duro, el carpintero de enfrente ha clavado un trozo de madera, una vaca ha emitido un largo mugido, un pequeño ruido que no puedo identificar viene desde el granero del vecino, en el jardín de al lado alguien está sacudiendo un árbol para que caiga la fruta madura, en algún lugar del barrio otro está tocando un violín y un ladrido ha atravesado el gemido de las cuerdas, y me detengo, me es imposible observar todo lo que está sucediendo a mi alrededor y aquí, junto a mí.

Y si pienso en lo que pasa un poco más lejos del radio de acción de quienes puedo escuchar y ver, los movimientos y acontecimientos que acaecen se multiplican de forma extraordinaria; en cada calle ocurren cosas que me puedo imaginar y muchas otras más, una enormidad. ¿Cuántas más? Una multitud, infinidad de movimientos y de acontecimientos, de personas que están hablando, otras que están fumando, otras que están bebiendo té o café, algunas que están durmiendo y soñando, otras que se están cepillando el polvo de la ropa, caballos que están tirando de los carruajes a los que están enganchados mientras que en un salón oscuro están poniendo una película de cine, entre los vapores ardientes de una habitación muy caldeada algunas personas están tomando un baño, hay trenes circulando por la vía, el viento está soplando con fuerza por todas partes haciendo estremecerse las hojas de los árboles en los bosques, y los ríos, en su descenso vertiginoso, arrastran en su corriente balsas de madera...

Y en este momento en el que estoy escribiendo están ocurriendo cosas en el mundo, tantísimas cosas y sucesos que todas las palabras que los hombres han pronunciado, desde que empezaron a hablar, y todas las que pronuncien en adelante, no serían suficientes para describir los sucesos que ocurren en el mundo en un solo momento.

Pues bien, cada momento de mi vida, cada movimiento que hago, cada dolor que siento, todo lo que me parece que me sucede en la vida, cada acontecimiento que tomo por extraordinariamente importante para mí, sólo es un átomo perdido en el inmenso océano de sucesos del mundo entero.

Y mi vida no es sino una deformidad más en el magma de acontecimientos del mundo, amorfo e indistinto en su conjunto.

El desierto de los acontecimientos del mundo rodea todas y cada una de las vidas y cada vida permanece solitaria y aislada en este absoluto desierto de sucesos que continuamente se están produciendo.

Cuando pienso en esto, en el rumor de la sangre, que me ocultaba como una cortina de susurros el rumor del mundo entero, y en mi vida perdida entre los sucesos del mundo, todo lo que hago y todo lo que escribo me parece vano y las visiones que me iluminan, perdidas en esa inmensa diversidad, se me aparecen como fosforescencias oceánicas perdidas en la oscuridad de la noche, en alguna parte, en el silencio de una superficie acuática cuando los vientos han cesado y el cielo estrellado cubre con una cúpula de silencio la inmensidad de los mares tropicales.

Y esas fosforescencias perdidas para siempre en la noche, sin sentido, son mis palabras y mis frases...

Todo lo que he realizado antes de caer enfermo tenía para mí un sentido bien definido y una meta en la vida que situaban mis actos cotidianos en la red de un amplio cuadro cuyo perfil y tema tenían que aparecer al final. Ahora sé que no existen ni la red ni el perfil ni el tema. Y que los acontecimientos de mi vida ocurren de cualquier manera en un mundo que tampoco es gran cosa.

Pero había algo más, una especie de densidad de mi existencia que yacía en alguna parte de mi ser y mantenía el equilibrio de mi lucidez, como los pequeños trozos de plomo que ponen dentro de los muñecos de goma para que se mantengan siempre en la misma posición. Sabía que, en general, yo era yo y me tenía por irremplazable. Además, para «ejercer» mi vida conocía y había adquirido ciertos hábitos y comportamientos que podían caracterizarme como un hombre normal y semejante a todos los que me rodeaban. Sabía reírme en una situación jocosa porque estaba convencido de que la situación lo era y se me saltaban las lágrimas cuando sentía un dolor físico o moral. Había manifestaciones concretas que acompañaban a sentimientos concretos y agradables que tenían lugar a lo largo de un día, desde el café con leche de la mañana hasta la lectura del periódico de la noche. Estaba bien ensamblado y constituía un «yo mismo» bien consolidado y consistente, con

sentimientos que tenían un nombre y ensoñaciones que se podían contar. Era lo que se dice un hombre que vivía su vida y la entendía.

Y justamente esa solidez de mi consciencia que habría tenido que afianzarse en la enfermedad y reforzar hasta el orgullo —sí, el orgullo— mi fuerza y resistencia al dolor, tal y como les ocurre a todos los enfermos sin excepción, y que habría hecho de mí, en unos meses o en unos años, un «enfermo» en toda la extensión de esta palabra convencional, digno de lástima y de compasión, precisamente la lucidez de mis juicios internos es lo que se ha derrumbado en mi interior y me ha dejado reducido a lo que soy ahora, es decir a un hombre que vive y no entiende nada de lo que lo rodea, un poco atontado, un poco mareado en medio del vértigo de acontecimientos del mundo, sin sentimientos, sin dolores y sin alegrías. Como, dicho sea de pasada, se trata también del sufrimiento físico, me permito opinar que es abyecto para los que han de padecerlo, incomprensible, y no lo elevo al rango de ilustre como, por ejemplo, «noble y admirable inspirador de obras de arte» o «lo único que da origen a obras de arte imperecederas». Creo que han nacido infinitamente más obras de arte en una situación de calma y plenitud que de dolor y crujir de dientes.

Para tomar el hilo donde lo habíamos dejado, estoy convencido de que es un mero azar lo que ha hecho que la enfermedad mezcle y confunda todos mis sentimientos y, de mi lucidez algo parecido a un barro arcilloso en el que no se refleja nada ni tiene ninguna cualidad especialmente reconocible.

Me parece que es un mero azar, el mismo que acá ha hecho una piedra y acullá un lingote de platino.

Pero creo que es muy interesante consignar todas las consecuencias que ha tenido ese derrumbamiento en el interior de mi ser y esa confusión de sentimientos.

Unas veces, me ha hecho pasar por un héroe del sufrimiento y otras por alguien que está fuera de juicio. En mi caso, tanto lo uno como lo otro era injusto, quizá menos la segunda suposición porque considero que la demencia es un intento tentador y supremo de ver la realidad con un sentido distinto al de todos los días, y la expresión «estar fuera de juicio» me parece muy apropiada para este modo de asistir a los acontecimientos del mundo, situado a una pequeña distancia, fuera de la razón.

Hay un pasatiempo infantil consistente en calcar las imágenes en un papel transparente; cuando no se hace bien y el papel se desplaza un poco al copiar, las imágenes salen torcidas y deformes. Es el punto de vista inédito del loco para el cual, mientras él «calca» la realidad, ésta se ha desplazado varios centímetros, o sea que está «fuera de juicio» y ha cobrado unas formas absolutamente extravagantes.

Mucho más injusta me ha parecido la calificación de héroe, pero nunca he tratado de justificar mi actitud. Es demasiado complicado de explicar.

Veamos cómo sucedían las cosas: la primera vez que tuve que sufrir dolores físicos terribles fue después de mi operación y, sobre todo, en las curas. Era al final del verano y, para que la herida no se infectase en aquellos días de extremo calor, la

dejaron abierta del todo, es decir, no la cosieron; de modo que estaba abierta hasta el fondo de los músculos, como un espléndido trozo de carne de res roja y sangrante en una carnicería. Cuando levanté ligeramente la sábana con la que me tapaba la enfermera durante la cura para que no viese la herida, y descubrí por vez primera mi vientre abierto, la visión fue tan atroz que me daba la sensación de que aquella carne no pertenecía a mi cuerpo.

Me resultaba imposible aceptar, por un segundo siquiera, que aquellos músculos desollados, redondos, hinchados y llenos de sangre eran mi vientre blanco y liso de antes de la operación; realmente, era un pedazo de carne de carnicería que tal vez hubieran puesto allí para asustarme. Pero estaba abierta en el centro como una inmensa vagina con los bordes tumefactos y sanguinolentos. Yo sólo había visto ya algo parecido cuando subía a mi carro y la yegua, al levantar la cola para ciertos menesteres, dejaba al descubierto una vulva roja imponente como una flor exótica de gruesos pétalos rosados.

Pero aquí se trataba de mi carne y no era ningún órgano perfecto y completo, digno de admiración, sino una herida horrible, absolutamente distinta, abierta y sensible en extremo.

En esa herida en carne viva, sin cicatrizar, tenían que echarme todos los días éter puro para lavarla y para prevenir las infecciones.

Era un dolor inhumano. Como decenas de cuchillos que penetraran de pronto en la carne, como decenas de garras que revolvieran y rompieran todos los nervios, como una lava ardiente que se derramara por el cuerpo hasta alcanzar el cerebro, el dolor se desataba con toda su virulencia y me abrasaba provocando un suplicio atroz, imposible de resistir.

Por dar un detalle concreto que permita formarse una idea de la intensidad de ese dolor, baste decir que esas curas solían hacerse, en los primeros días después de la operación, con anestesia general y había enfermos a los que dormían hasta la octava cura antes de que pudieran soportarlas despiertos. El que a mí el médico me la hiciese sin anestesia se debía a los efectos negativos que me producía el cloroformo, que me dejaba durante horas en un estado de gran nerviosismo, con pesadillas y fiebre alta y, en segundo lugar, a mi «heroísmo», del que precisamente quiero hablar.

Creo que el médico se impresionó mucho cuando en la primera cura no di ningún grito, ni siquiera un gemido. Cuando terminó, me miró con asombro.

—Suponía que gritaría tanto que lo oiría todo el sanatorio... Para mí ha sido una gran sorpresa su actitud. Sobre todo porque no lo he anestesiado... Lo felicito... A su manera, es usted un héroe...

—Muchas gracias, doctor, pero no merezco esas palabras; podría muy bien haber chillado.

Y añadí para mis adentros: «si esta experiencia no me hubiese salido bien». Porque había sido una simple experiencia, un simple procedimiento, que describiré con la mayor exactitud posible, un procedimiento como cualquier otro para dominar

el dolor físico y lo descubrí en los primeros días de la enfermedad gracias a una pequeña observación.

He aquí lo que observé: cuando el dolor atacaba a un nervio y lo irritaba, todas las otras funciones orgánicas seguían actuando con normalidad, incluso el cerebro. En ese estado de calma general, en medio de esa actividad ajena al dolor, es evidente que éste interviene como un intruso desagradable. Cuando el dolor nos acosa, todo nuestro organismo se esfuerza por estar en calma, por estar indiferente y normal. Cuando aparece, el dolor actúa como una descarga eléctrica en todos los nervios, entonces los pensamientos se interrumpen y se origina un caos espantoso, hasta que desaparece el sufrimiento y aquellos vuelven a su actividad anterior. Sólo queda en el recuerdo una sensación, borrosa pero constante, de temor a que el espasmo vuelva. Es un fenómeno parecido al mecanismo de un despertador que, de manera intermitente, despierta al cerebro para anunciarle el sufrimiento y para que, luego, cuando cese el sonido del timbre, se adormezca entregado a sus preocupaciones. Y cuantas más veces suena el timbre, más intenso se vuelve el miedo, hasta transformarse en una permanente tensión nerviosa de espera del dolor y de miedo al dolor tan insoportable como el propio dolor. En esta situación, cada vez es más difícil volver a los pensamientos normales porque están atenazados por el miedo y la obsesión. Es bien sabido que el remedio más indicado contra el dolor es «distrarse» y olvidar, hacer todo lo posible para «escapar» del dolor, por ejemplo leer un periódico o continuar una conversación.

Pues bien, he observado que eso precisamente es el meollo de la cuestión y la conclusión a la que he llegado es muy sencilla: que para escapar al dolor uno no tiene que intentar «escapar» de él sino justamente lo contrario, «ocuparse» de él y con la mayor atención posible y lo más de cerca posible. Hasta aprehenderlo en sus menores rasgos.

Por eso, cuando el dolor surgía de repente en mi cadera enferma, dejaba a un lado lecturas, conversaciones y, muy especialmente, mis pensamientos, y me disponía a seguir sus meandros en el espacio abstracto y oscuro por donde se movía. Era como un brote de agua hirviendo que manara de la cadera y de él se expandían por todas partes gotas y regueros, como en unos fuegos artificiales; luego, de cuando en cuando, un dolor más lacerante parecía engrosar el brote, era como un abanico de pinchazos que se me clavaban en la carne. Entonces conocía el «perfil» del dolor y lo único que me quedaba era seguirlo, con los ojos cerrados, como a una pieza musical, y «escuchar» las distintas variaciones de tono e intensidad del suplicio exactamente igual que seguía las distintas modulaciones durante un concierto; en la «composición» del dolor descubría exactamente las mismas repeticiones y los mismos «temas» que en la música.

Pero como no bastaba, y para crear un equilibrio del sufrimiento, me apretaba con mucha fuerza el dedo meñique de la mano derecha.

Por ese dedo, y mediante esa presión, tenía que pasar toda la «melodía» del dolor,

como una corriente eléctrica que se descarga en un pararrayos. Y los resultados eran muy buenos siempre que observara la doble y estricta condición de no interrumpir en ningún momento mi atención y de dejar al dolor en sus dominios; yo tenía que controlar perfectamente mi consciencia. Ya no sufría, desde luego, pero el dolor tenía que seguir siendo el centro de mi atención, el centro de mi lucidez. Lo que es en extremo consciente se vuelve amorfo y hace que uno no tenga ni dolores ni alegrías. Vista de cerca, una sensación pierde su intensidad y su color, al igual que cuando hay una luz muy potente no se puede distinguir nada con nitidez.

Y cuando mi médico, acabada la cura, me felicitó por el «heroísmo» con el que había soportado el dolor, en lugar de explicaciones y justificaciones, tendría que haberle enseñado el dedo meñique de la mano derecha. Siempre, después de una cura, estaba amoratado por la fuerza del apretón.

En otra ocasión, el «heroísmo» fue todavía más inesperado, podría suponerse que era una actitud cínica, una simulación, para parecer más valeroso de lo que realmente era. Sin embargo, se trataba de una actitud simple y natural con una explicación sencillísima.

El invierno pasado tuve una grave complicación en la cadera, una terrible hinchazón llena de pus, roja y tumefacta, muy dolorosa y sensible al más ligero roce. En mi cuarto, se andaba de puntillas para que —en mi imaginación— no temblara el suelo y se moviera la cama y me viniera el dolor; tan terrible era ese suplicio al que, ciertamente, dominaba bastante bien pero al que no deseaba provocar de modo inútil.

Los médicos me reconocieron con rapidez y decidieron que había que hacer una punción. Para ello era menester una aguja gruesa, casi del tamaño de una cánula, sin anestesia para que no se encalleciera la piel de la cadera. En lugar del líquido extraído, para prevenir una infección local, inyectaron una especie de antiséptico con alcohol que quemaba en la bolsa vacía de la hinchazón como brasas ardientes. Todos estos pormenores los doy para definir la situación exacta en la que me encontraba y para poder entender mi reacción.

Aquellos mismos días la aparición de las primeras verduras de la estación me provocó un tremendo desarreglo intestinal con calambres insoportables y todo tipo de incomodidades en mi aseo diario, algo muy desagradable para quien está inmovilizado en la cama y que necesita continuamente recurrir a los servicios de otros. En fin, durante la consulta médica observaron que tenía las rodillas anquilosadas, en una posición muy mala, y que había que enderezarlas urgentemente tirando de los miembros. Eso me lo hicieron al día siguiente y consistía en unas tiras de tela engomada con las que me envolvieron la pierna y de cuyo extremo pendía un saco de arena de varios kilos de peso cuya misión era tirar de la pierna y enderezarla.

Nadie se puede imaginar lo doloroso que puede ser enderezar una articulación anquilosada durante mucho tiempo y que siempre ha estado prácticamente sin movimiento, con los músculos casi atrofiados. Pero yo estaba en esta situación con calambres, alcohol en la cadera y un peso colgando de los pies.

Pues bien, les confieso —y me gustaría que me creyesen— que en esta situación me daban ganas de reír, de reírme de mí mismo como de algo cómico. En unos pocos días, mi cuerpo había concentrado todas las complicaciones posibles. Y justo eso, por lo que tenía de excesivo, resultaba cómico a más no poder.

En las comedias que solemos ver en el cine, lo cómico, lo que nos hace reír es la escena en la que un personaje fornido y musculoso se pelea con otro escuchimizado pero muy hábil que le esquivo los golpes, como por ejemplo, el pugilato que mantienen un policía norteamericano y el enclenque Charlot que siempre se le escabulle.

En esa desproporción de fuerzas, que opone una vigorosa y segura de sí misma a otra endeble e incierta, justo en ese desequilibrio reside la esencia de la situación cómica.

Y esa misma era la situación de mi enfermedad cuando me empezaron a surgir tantas complicaciones. Cada día había un tormento o un dolor nuevos, cada día una desesperación más, todos ellos luchando contra un cuerpo agotado que ya no tenía más que una incomprensible resistencia; era esa misma desproporción de fuerzas que crean las situaciones cómicas. Cuando me pusieron el peso y empezó a dolerme, me daban ganas de reír. «¿Aún estáis ahí?», les decía con el pensamiento a los dolores.

Era la terquedad de un elefante contra un ratón. Y cuando llegó a ese punto, el dolor empezó a ceder. Y en el cuerpo de un solo enfermo no hay sitio para todos los dolores del mundo ni para todas las complicaciones.

Finalmente, o bien el enfermo se muere o bien se produce una mejoría que le permita seguir siendo un «enfermo»...

Y yo he tenido permiso para esto último.

Los días que siguieron a la operación, cuando empecé a salir de nuevo a la playa en el cochecito me encontré con una ciudad nueva, totalmente distinta a la que yo conocía, como si el otoño hubiese operado en ella un cambio radical, parecido al que sufren los animales en ciertas estaciones cuando mudan la piel.

También la ciudad había cambiado la piel, el cielo y la playa.

Había una simplicidad elemental de las cosas, como si sólo las hubiesen dibujado y colocado en su sitio; no había nada antiguo, ningún recuerdo en los muros ni en el asfalto de las calles. Era una materia nueva de la realidad con la que se había construido de nuevo la ciudad y yo estaba en medio de ella, inédito, fresco, sin peso y sin órganos, como una sencilla línea de mi propio contorno.

Fuera de la ciudad, el ocaso volvía rojo el cielo y reflejaba en el agua de los charcos formados por el reflujo del mar toda una gama de matices legendarios y polvorientos de terciopelo.

Los pescadores volvían, después de haberse pasado la noche echando las redes, con los sacos llenos de peces y luego encontrábamos en la ciudad, colocados en los mostradores de los puestos, sombríos como el compartimiento de un vagón de tren, todos los pescados y bichos marinos habidos y por haber.

Había peces cilíndricos y pegajosos, elásticos y carnosos que se enroscaban insinuantes en el brazo colorado de la pescadera, como serpientes de piel plateada. Luego estaba el montón de plata y oro rojizo de los pececillos que llenaban los cestos de morralla y la pescadera metía el brazo hasta el fondo atravesando capas de frío mercurio arañándose la piel con las escamas. Había también capazos de gambas rosáceas como capullos tiernos de rosas y pescados planos, con las paredes del cuerpo pegadas, como si una ballena los hubiese aplastado; bogavantes vivos explorando el aire con sus largas antenas y, especialmente, a la enorme y bigotuda pescadera, como si el bicho quisiera percatarse de la belleza de ella. Almejas enormes con cuya concha seguramente se habrán abanicado durante algún baile nocturno, en el fondo de un mar iluminado por fosforescencias oceánicas y adornado con algas alucinantes entre las cuales habrán evolucionado, al ritmo de un vals, las bellezas ahogadas en los naufragios de los trasatlánticos, del brazo de marineros perdidos en las honduras de los mares...

Y los cangrejos de mar con su aureola de brazos articulados en forma de armadura, y a los que les sorbía el líquido salado y un poco pútrido del océano; me emborrachaba con su olor acre y salino y con el perfume de alta mar que llevaban hasta el puesto, un perfume cambiado y maloliente, como una ristra oceánica de espumas olfativas que llenaba la nariz y producía un placer que casi te mareaba.

En los días de mercado, los peces de un puesto se tocaban con los ramos de flores campestres y macetas de crisantemos, como un último adorno de los peces en lugar de las algas marinas, crisantemos cuya corola parecía una borlita de polvos y exhibían sus finos pétalos de seda rosada, vitela blanca y franja violeta, como cortados de un viejo vestido de baile.

Y estaban las mujeres de los pescadores de Berck, de falda encarnada y blusa de gruesa tela gris, que cultivaban flores en sus jardines mientras los maridos se hacían a la mar en sus barcas. En los días de mercado, ponían un puesto de pescados y crisantemos, como una espléndida mescolanza de vida sencilla componiendo un cuadro de hermosa fascinación.

Mas cuando regresaba al sanatorio, volvía a encontrar los murmullos de sus viejos dolores y su vida mohosa con olor a cloroformo, encerrada en sombríos corredores y en habitaciones numeradas en cuyo interior los dramas se consumaban y se apagaban, como en pequeños escenarios sin espectadores y con el telón echado.

Recuerdo que al volver de un paseo en cochecito oí en la habitación contigua una fuerte discusión entre el director del sanatorio, que hablaba en tono subido, y una enferma que, más que hablar, sollozaba.

Era difícil distinguir lo que hablaban pero cuando el director salía de la habitación se oyeron perfectamente las voces.

—Le doy la alianza... Total, ya no me sirve para nada... —decía la mujer.

—¿Y qué quiere que haga yo con ella? —preguntó el director—. Empéñela por ahí.

Cuando el director cerró la puerta y se marchó, la mujer, ya sola en su cuarto, tendida en el carrito, comenzó a sollozar de nuevo.

—Ah, sirio miserable, maldito mercader de baratijas, bandido... —y de su boca salieron imprecaciones de todo tipo sin duda dirigidas a su marido, al que acerté a ver una vez que vino al sanatorio a visitar a su mujer y que, como en aquel momento supe, era sirio.

En efecto, él era el blanco de la cólera de la enferma quien, desde hacía varios días, no bajaba al comedor.

Por la camarera supe que su marido la había abandonado, que se había liado con otra mujer en París y que llevaba casi dos meses sin mandar dinero al sanatorio.

Al director del sanatorio le resultaba inconcebible que un enfermo no pagase y habría aceptado sin pestañear que a un enfermo le cortasen los intestinos en una operación pero no que se marchase del sanatorio sin pagar.

Para él eso era mucho más grave y monstruoso, hasta el punto de quitarle el sueño, mientras que las operaciones y gritos de dolor de los enfermos no le impedían roncar por las noches muy tranquilo. La mujer del sirio le había hecho saber, unas semanas antes, que ya no tenía dinero y él se tiraba de los pelos por haberla dejado «comer y beber» en el sanatorio todo ese tiempo.

Finalmente, decidió ponerse en plan severo del todo y dio orden de que ya no la bajasen al comedor y que le llevaran la comida a la habitación, pero la comida en la habitación consistía en una taza de té casi sin azúcar que la camarera le calentaba allí mismo, y dos medialunas duras. La paciente no protestaba por esa comida ni hablaba de ella. En Berck tenía algunos amigos que le traían por la tarde embutidos, plátanos y bizcochos que comía con evidente satisfacción. A cualquier pensión donde hubiese ido, habría tenido que pagar por adelantado porque existía la costumbre de que el propietario preguntase a la clínica por qué la había dejado el paciente, además Berck era lo bastante pequeño para que en seguida se supiese una historia como esa.

En el sanatorio no podía seguir y tampoco podía marcharse. Era una de esas situaciones realmente desesperadas que no parecen tener solución. Aquella enferma tenía que permanecer inmóvil, enyesada, muchos años. Por fin, una hermana suya, modista en París, vino para arreglar la situación y trajo lo que pudo, poco dinero, seguro, sus ahorros o quizá dinero prestado, pero en ningún caso suficiente para liquidar la cuenta. Sin embargo, era dinero contante y sonante y el director tuvo un gesto de humanidad y la dejó marcharse. Cuando volví a mi cuarto, una tarde, la habitación vecina estaba vacía, la enferma se había ido durante la comida. Dónde, no lo sabía. Al cabo de unos días me encontré con una amiga suya y le pregunté por ella.

—Está en casa de su hermana, viven en París las dos, en la misma habitación, una en la cama y la otra de pie, y las dos trabajan de modistas.

—¿Y cómo se fue a París? ¿Enyesada en el carrito?

—Ah, eso ha sido un poco difícil. En el tren fue tendida en el asiento pero para subirla y para bajarla en París y luego para subir las escaleras hasta la casa de la

hermana tuvo que levantarse y andar con ayuda de la gente...

Eso podía poner en peligro su tratamiento, pero no tenía alternativa.

En el sanatorio también ocurrían escenas de otro tipo, unas grotescas y divertidas, como, por ejemplo, lo que le pasó a un joven conde perteneciente a una noble y distinguida familia extranjera que había venido a Berck para un discreto tratamiento de arsénico. Era un joven rubio como la seda del maíz; había ido a Buenos Aires para no sé qué negocio y allí descubrió las maravillosas mujeres que de todo el mundo llegaban para ejercer la prostitución; se pasó todo el tiempo con ellas hasta que sus padres se enteraron y lo llamaron de vuelta. Pero la respuesta de él fue que de ninguna de las maneras pensaba dejar Buenos Aires, donde se sentía tan a gusto. Todas las amenazas resultaron vanas, al igual que la supresión del envío de dinero, porque el joven conde pedía prestado al personal de la legación de su país, quienes conocían a su familia y sabían que no dejarían las deudas sin saldar. En fin, recurriendo a varias artimañas, consiguieron embarcarlo para Europa acompañado de un agente para que lo vigilara y hubiese la seguridad de que no se volvía. Esa precaución era necesaria pero, al final, resultó ser inútil porque, cuando llegó el barco a Nápoles, el joven conde logró zafarse de la vigilancia del agente y se las arregló para que le prestaran el suficiente dinero para ocultarse hasta que zarpase el primer barco con destino a América del Sur, hacia donde se embarcó con gran satisfacción. De modo que el conde vino a Europa y, tras una breve escala, volvió a la ciudad de sus sueños donde se quedó dos años más hasta que enfermó y no tuvo más remedio que regresar.

En el sanatorio no conocía a mucha gente, su tratamiento consistía sólo en inyecciones y se movía a pie, de manera que se pasaba la mayor parte del tiempo en la ciudad, sobre todo en un bar americano donde le enseñó al camarero a prepararle cócteles especiales con licores combinados, según recetas suramericanas.

Para él era una especie de exilio en una isla en la que, no obstante, uno podía encontrar todo el alcohol que quisiera, chicas guapas de vez en cuando y placas de gramófono con las últimas melodías de moda.

En ese bar y con esas distracciones pasaba el conde su existencia de Robinson Crusoe, bostezando de aburrimiento y emborrachándose como una cuba de tanto en tanto para «ahogar las penas».

La víspera de marcharse, cogió una borrachera tan tremenda que para pagar todos los desperfectos que hizo tuvo que desembolsar una buena cantidad e incluso esperar unos días más para poder irse con toda su ropa y sus equipajes en orden.

El caso es que aquella noche tampoco es que bebiera de modo exagerado, pero sentía una tremenda amargura que le partía el alma y cuando volvió a medianoche, mareado y con movimientos torpes, después de besar un montón de veces a la vieja supervisora arrugada y fea que le había abierto la puerta, se metió en su habitación, sin cerrarse por dentro, se desvistió hasta quedarse desnudo y se puso a ordenar sus cosas. Colocó las placas del gramófono encima del radiador caliente, abrió el grifo

del lavabo y dejó en remojo la almohada, colocó con cuidado el colchón en el centro de la habitación para dormir al fresco, rompió una bombilla y una zafa de porcelana y, luego, le dieron ganas de vomitar y, para no manchar la habitación, abrió los cajones de la cómoda donde guardaba la lencería y su ropa, los vació y vomitó dentro; luego, lo tapó todo con la lencería limpia para que no se viera nada.

Cuando al día siguiente, a la hora de comer, la camarera entró en el cuarto, se encontró al conde durmiendo tranquilamente, en cueros vivos y con la boca entreabierta, en el suelo, en el colchón. Los discos se habían fundido con el calor y se habían convertido en una pasta negra, pegajosa e informe que chorreaba a lo largo de los caños ardientes del radiador.

Ejemplares como éste pasaban con frecuencia por el sanatorio y durante unos días constituían un motivo de diversión para los enfermos, al tiempo que enfurecían, como es lógico, al director que no comprendía muy bien esa clase de bromas.

Yo me pasaba la mayor parte de las tardes fuera del sanatorio, de paseo con el cochecito. Me daba mucha pena no poder levantarme de la camilla para acariciar al caballo. Me ligaba a él una amistad indirecta gracias a un amigo que le daba el azúcar que yo llevaba para él en el carrito. En cierta ocasión, mi caballo comió tanto azúcar que durante unos días se quedó en la cuadra malo del estómago.

He aquí lo que pasó. Conocía en el sanatorio a una señora anciana con la que de vez en cuando charlaba sobre su hijo, también enfermo, pero que se quedaba todo el tiempo encerrado en su cuarto.

Era una viejecilla flaca, con un cuello delgado y largo que rodeaba con una cinta de seda negra rematada en un medallón, como si quisiera meter en un mismo envoltorio, tal que un amasijo de verduras bien apretadas, la prominente nuez junto al puñado de gruesas venas que se le salían de la piel. Era muy roñosa, eso lo sabía todo el mundo en el sanatorio, y tenía costumbres raras como, por ejemplo, recoger los cabellos que se le caían a la blusa y ponérselos, con un gesto rápido, en la cabeza para no perderlos y no parecer calva. Por el mismo motivo, no se peinaba nunca y siempre iba desgredada, con un pelo que debió de ser alguna vez rojo y que, a la sazón, había encanecido; estaba sucio y era escaso, como la borra que se sale de un colchón con rotos.

Sobre su tacañería circulaban bastantes rumores en el sanatorio. Por ejemplo, decían que tomaba té sin azúcar para guardarse los terrones en una caja, pero lo cierto y verdad era que gozaba de buena posición para que se rebajara a venderlos. Una vez, hablando con ella delante del sanatorio, estando yo en el cochecito, le pedí que le diese un terrón al caballo.

Cuando vio con qué ganas comía la yegua, vino hacia mí y me dijo que no sabía que los caballos comían azúcar.

—¡Y cómo! —le dije yo—. Déle, déle y ya verá.

—Vaya, ¿sabe que me gusta su caballito? Le voy a dar azúcar... Espere un momento que voy a traerlo.

Era el azúcar del desayuno, del que no sabía cómo librarse sobre todo porque su hijo se había enterado de su colección y la reprendía continuamente para que se desembarazase de ella. En efecto, la viejecilla vino con una caja llena y mi yegua se comió todo lo que pudo.

Me gustaba mirar la grupa de mis caballos, con sus pelos tan lisos y su cola pesada; cuando a veces volvían la cabeza parecían entender por mi mirada lo mucho que yo amaba sus ojos grandes, lacrimosos y melancólicos, y sus anchos labios negros tras los cuales aparecían los dientes de marfil, largos y amarillos como los de un fumador. Había algunos chicos enfermos, que andarían por los quince años, que salían en cochecito y a quienes no sé quién les enseñaría una salvaje distracción que consistía en introducir el mango del látigo en la vulva de las yeguas hasta que estas empezaban a dar brincos sobre sus patas traseras, no sé si de placer o de dolor. Y los inconscientes chicos se reían tan divertidos viendo encabritarse al animal.

Algunos días iban en cochecito hasta el campo, recorriendo distancias enormes, y volvían con los animales agotados y echando espuma, muertos de sed hasta el punto de que su primera parada era la fuente de la explanada, donde abrevaban con avidez. De esta manera enfermaban y el propietario no tenía una idea muy clara de por qué los caballos cogían una neumonía y se morían en pocos días. Creo que eso le pasó a uno de mis caballitos al que yo quería muchísimo, un caballito negro, musculoso y que era un saco de nervios, con el que salía a menudo. Pero un día que me quedé en el sanatorio, debieron de dárselo a uno de aquellos mozalbetes que lo reventó y lo hizo caer enfermo. Cuando al día siguiente pedí mi caballito, el propietario me dijo que tenía una congestión.

Durante unos días salí con una yegua blanca grande y muy buena. Entonces mi caballo murió y el dueño me comunicó con mucha tristeza la noticia.

—Ya lo he vendido —agregó—. Lo puede encontrar en la carnicería...

Había en Berck algunas carnicerías que vendían sólo carne de caballo. Todas estaban en la misma callejuela y eran fácilmente reconocibles por las enormes cabezas de caballo de color bronce esculpidas en madera colocadas encima de la puerta. En el interior, reinaba la más perfecta limpieza y los tasajos de carne, de un rojo algo más oscuro que los de vaca, colgaban muy apetitosos a lo largo de las paredes de mosaico blanco.

En determinados días iba yo también allí para comprar por unos céntimos un «bistec crudo», que era carne de caballo picada mezclada con sal y pimienta, y se comía así, cruda, sin ninguna otra preparación y sin pan. La recomendaban los médicos y la carne tenía un sabor perfumado a sangre fría y olía a hierbas, como si la hubieran marinado con hierbas aromáticas.

La víspera de salir para Suiza fue cuando me enteré de la muerte y venta de mi caballo.

Recuerdo aquel último día en Berck, un día frío y nuboso, con una llovizna fina y persistente que humedecía el aire y le entraba a uno hasta el fondo de los pulmones;

la calle estaba sumergida en una fina ola de niebla a cuyo través se veía el brillo mortecino de las luces de las tiendas y los escaparates, como frutas de oro atmosférico, envueltas en el algodón blancuzco de la bruma.

Debía de ser uno de los pocos clientes que aquel día compraba carne de caballo; la calle estaba desierta y en la carnicería el dueño dormitaba con la cabeza apoyada en la palma de la mano, sentado en un taburete detrás del mostrador.

Me enseñó la carcasa del que fue mi caballito y me consoló diciéndome que su carne era excelente y succulenta. Incluso me la dio a probar y, por un franco, compré un «bistec crudo» de carne de mi caballito que me comí despacio, saboreándolo con los ojos cerrados y tratando de llenarme con su sabor, como si de este modo me pudiese comunicar con el espíritu de aquel animal muerto al que tanto quise.

Aquella tarde empaqueté mis cosas y a la mañana siguiente dejé Berck, donde había pasado tres largos años. Con la muerte de mi caballito perdía a mi último buen amigo en aquella ciudad donde había perdido tantas otras cosas...

Era el último recuerdo que había de quedarme y la última tristeza.

Como en el compartimiento hacía bastante calor abrí la puerta. Era un vagón viejo con compartimientos separados, cada uno tenía una puerta y dos bancos, en uno de ellos colocaron mi camilla. Era un día triste de invierno, una lluvia fina caía sobre los campos y los animales dedicados al laboreo, caballos y bueyes. Cuando respiraban, parecían enviar a la lluvia puñados de algodón vaporoso que en seguida desaparecían absorbidos por la humedad.

Por vez primera viajaba en tren después de tantos años. En las estaciones los viajeros se asomaban a mi departamento para retirarse en seguida explicando a los demás:

—Hay un enfermo dentro... Un inválido.

Entonces caía en la cuenta de que estaba enfermo, de que estaba fuera del mundo vivo y cotidiano de los sanos. En Berck uno no sentía demasiado esa diferencia, bastaba con encontrar un cochecito con un enfermo o en el comedor verlos a todos tendidos para que se restableciera cierto equilibrio moral que tranquilizaba plenamente a los enfermos, el de la calma y la indiferencia.

Llegando a París, atravesamos los barrios periféricos de la ciudad y el tren pasaba tan cerca de las casas grises que podía distinguir a niños con el guardapolvo de la escuela y los mocos colgando comiéndose una rebanada de pan, a mujeres lavando ropa, a un viejecito fumando tranquilamente su pipa y mirando por la ventana cómo pasaba el tren; por algunas calles, iba un chico en triciclo con un cesto para llevar mercancías a domicilio, con el cigarrillo en la boca, pedaleando despacio; algunas ventanas estaban cerradas, tenían cortinas de encaje y daban la impresión de ser habitaciones vacías... El tren silbaba... Sobre todo, lo que me atraían eran aquellas ventanas cerradas que nunca más veré, me intrigaban y me apasionaban... Las veía sólo al pasar... El tren hacía temblar los cristales de las viviendas y me imaginaba la vida casera, formal y corriente que acontecía en su interior...

En la estación, en París, tuve que esperar varias horas la llegada de la ambulancia, en una sala de espera con enormes ventanales que daban al vestíbulo. Me habían colocado de espaldas a las ventanas en mitad de la sala, una sala abarrotada de gente. Parecía que hubiesen situado un catafalco allí en medio y que toda aquella gente hubiese acudido a darle el pésame a la familia, menos los que fumaban y me ofrecían a mí, el del catafalco, caramelos, y yo mismo que fumaba mi pipa.

Cuando, en cierto momento, miré detrás de mí con ayuda de un espejo, me quedé de una pieza. Una patulea de bobalicones se apiñaba en la ventana chafando la nariz contra el cristal, mirando con los ojos como platos. Los de las primeras filas eran niños, detrás personas más altas y más atrás otras más altas aún, de talla privilegiada, formando estratos de cabezas, mirando todos a la sala de espera, al «enfermo», y murmurando entre sí todo tipo de conjeturas sobre mi enfermedad, edad y la gravedad de mi caso.

En el vestíbulo seguía el trajín de la estación, pasaban carritos con equipajes, se oían cortos silbidos, el resoplido de locomotoras que llegaba desde los andenes y el

piso que temblaba cuando pasaba el metro por debajo de nosotros, como una lejana concatenación de truenos bajo un cielo subterráneo.

Por fin, llegó la ambulancia y me condujo al hotel.

Recuerdo esa travesía de París, por la noche, con las ventanillas de la ambulancia abiertas. Daba una impresión de vértigo: la rápida sucesión de luces y decorados fascinantes me causaban amargura y pesar porque sólo los vería de paso y, luego, se quedarían para mí perdidos en la llovizna y en medio de la luz rosada que destellaba y se reflejaba en las calles de la ciudad prohibida. Aspiraba hondo el olor a gasolina y a plantas secas tan característico de París y volvía a encontrar en él el recuerdo de mis paseos por barrios solitarios y el gozo que experimenté, unos años antes, al sentarme a descansar en un banco de un bulevar y quedarme mirando la hoja amarillenta de un plátano que el viento había arrancado del árbol y arrojado a un charco; me quedé con la cabeza apoyada en el brazo contra el respaldo del banco murmurando para mí mismo, alucinado e ingenuo, como un borracho atolondrado: «Estoy en París... en París... en París...».

Tras esos murmullos se escondían años y años de ferviente espera, noches y noches pasadas con los ojos abiertos, alimentadas con una misma ensoñación... «cuando esté en París...». Era como una melodía extraña y obsesiva que me impedía dormir y que hacía que me hubiese creado, en una pequeña ciudad de provincias, entre las cuatro paredes de mi habitación sin ventanas donde dormía y donde la única luz provenía de la lámpara colgada del techo, una isla propia y secreta, una ciudad mía viva y bulliciosa, en medio de todo el moho y de la oscuridad fangosa que se infiltraban en las casas de mi pueblo.

Y ahora lo conocía en toda su realidad, con sus calles luminosas, con los escaparates bañados en aguas de luces de colores como extraños acuarios donde vivían dormidos espléndidos y pálidos maniqués de cera con sus suntuosos vestidos y la etiqueta nostálgica que decía «saldo», y el precio con cifras rojas bien visibles.

Era el París de mis sueños, ciertamente, y albergaba algunas de mis antiguas tristezas provincianas, y también de los días de otoño, desiertos y desconsoladores, a los que se añadían otras tristezas nuevas, la melancolía de los que empujaban carritos cargados de plátanos gritando a pleno pulmón, la de los «artistas» que, en mitad de la calle, cantaban, acompañándose del acordeón, una canción que querían dar a conocer, al tiempo que les repartían a todos los que se habían congregado, formando un corro a su alrededor, las notas musicales y la letra y les pedían que la escucharan con atención.

—Es la tercera canción, al principio de la página, ¡empezamos!

Y en aquel París sombrío y triste resonaba un acordeón de escaso fuelle acompañado de algunas voces voluntariosas y roncadas, cantos de apaches llenos de melancolía:

Ce n'est pas une filie des rues, c'est ma regulière... Y otra vez rozando lo obscuro:

*Je l'ai vue nue
Plus que nue...*

Era París... Y yo estaba en París... Me compraba patatas fritas en la calle para calentarme y, por las noches, cuando más animación había, me detenía a la salida del metro para mirar a las gentes, con caras cansadas de funcionario, que salían o se metían bajo tierra como los topos, con el rostro adusto y terroso, como amasado de una pasta gris. Y me quedaba royendo las patatas y mirando a la gente con el asombro formal y plácido del provinciano que ha dejado un pueblucho de mala muerte para venir directamente a la capital del mundo.

—¡Hola! ¿Te vienes conmigo? —me preguntaba una chica delgadita y con un maquillaje chillón pasándome por la cara una bufanda que olía a colonia barata.

Hasta mi habitación de hotel de cortinas viejas y pesadas, llegaba en la madrugada el estruendo del metro desde las entrañas de la tierra y me despertaba; como ya no podía dormir más, me levantaba, encendía la luz, me preparaba café en el infiernillo que me había traído desde casa, me vestía y me iba a la calle.

—Es usted el más madrugador de todos mis huéspedes —me decía la patrona, que los conocía a todos porque tenía muy pocas habitaciones—. Cuando lo veo bajando las escaleras tan de mañana, tengo la impresión de que se va de excursión a Fontainebleau; yo voy sólo en verano, con mi hija y mi yerno, sólo entonces me doy ese madrugón...

Como solía olvidar mi nombre, le decía a la portera que hiciera la habitación del «señor que todas las mañanas se va de excursión».

... Y la ambulancia me llevaba por aquellos lugares como por unos inmensos depósitos de recuerdos y nostalgias, y cada bocinazo de los coches, cada grito y cada luz eran una señal secreta y directa del telégrafo de mi corazón que llegaba desde un mundo que me parecía enormemente viejo y lejano.

La sensación que me daba la enfermedad era la de sentirme aislado, al margen del conglomerado de acontecimientos, movimientos, ruidos y luces que constituían el mundo mismo.

Cuando me quedé solo en la habitación del hotel, con la luz apagada, esa sensación cobró de pronto en mi interior proporciones gigantescas. Mirando por la ventana a la calle, vi en la casa de enfrente, a la misma altura que mi cuarto, una luz encendida y, en una habitación llena de cuadros en las paredes, se paseaban dos caballeros, uno de más edad con patillas y bigote blancos, de traje gris, y un joven delgado y moreno, de traje negro, con los ojos hundidos y patas de gallo oscuras. Los distinguía extraordinariamente bien y observaba sus menores gestos; de vez en cuando, el viejo se paraba delante de un cuadro, lo bajaba de la pared y le explicaba algo al joven acompañando sus palabras con pequeños gestos de la mano, y luego lo volvía a dejar en su sitio. ¿Qué le decía al joven? ¿Qué representaban los cuadros? ¿Quiénes eran aquellos caballeros? Tantas y tantas cosas que yo jamás sabría... En el

mundo había hombres y cuadros cuyo contenido me resultaría desconocido para siempre, como todos los acontecimientos que se consumían en la materia impalpable del aire, sin dejar rastro, y de los que no me llegaba ningún eco ni ningún conocimiento. Todo ocurría así a mi alrededor, los hombres colgaban y descolgaban los cuadros y hablaban y yo no sabía quiénes eran, de qué clase de cuadros se trataba ni qué explicaciones se daban mientras los observaba.

Y ese pensamiento se volvió tan obsesivo y me enajenó tanto de la gente que, durante mucho tiempo después de aquello, en medio de una conversación en la que tomaba parte activa o incluso en algún suceso de gran importancia para mí, no era raro que, de pronto, se me representara en la mente aquella habitación de París y los dos señores que en ella se paseaban. Entonces, yo me preguntaba:

—¿Qué son esos cuadros desconocidos y esas explicaciones que no entiendo?

Cada día, con cada objeto, mi desconcierto aumentaba hasta convertirse en una especie de inconsciencia que me dominaba constantemente, como si me hubiese sumergido en el vértigo para siempre...

Al día siguiente, al atardecer, llegué a Suiza. Había salido de París de madrugada y me metieron en un compartimiento donde el revisor del tren había tenido la gentileza de poner un letrero de RESERVADO, igual que se lo ponían a los parlamentarios; era todo lo que podía hacer, y cuando el tren efectuaba una parada larga en alguna estación se apresuraba a traerme bocadillos y plátanos que me ofrecía con una juvenil timidez.

Cuando el tren llegó a la frontera y él tenía que dejar el servicio, vino a mi compartimiento y me deseó buen viaje y luego, con una vacilación, dijo:

—Y mucha salud, hijo mío —y al decir estas palabras se puso colorado como un tomate. Creo que los dos tendríamos la misma edad.

En la estación de trasbordo, donde tenían que meterme en un funicular, estaba nevando. Para transportarme, había un vagón especial enganchado al funicular con puertas muy anchas, como los vagones de mercancías, pero por dentro estaba acondicionado con banquetas y había un espacio libre en el centro para colocar las camillas de los enfermos.

Debía de ser el vagón donde transportaban a los muertos y con toda seguridad lo habían usado recientemente porque en la banqueta vi algunas hojas que debieron de caer de alguna corona y, en el suelo, restos de abeto y gotas de cera secas que debían de provenir de las velas de la familia.

Antes de que me llevaran a la línea de subida, me condujeron por distintas líneas muertas, de maniobra y, con un corto silbido, nos deteníamos entre almacenes desiertos, como si estuviéramos en el fin del mundo. Una bombilla iluminaba débilmente la oscuridad y en el haz de luz danzaban los copos de nieve que caían sobre los barriles y cajones apilados delante de un almacén. Eran esos viejos lugares abandonados que yo conocía muy bien porque se parecían a los de mi ciudad, que me desgarraban el corazón cuando en las noches de invierno me paseaba por las vías del

tren y llegaba hasta los almacenes de mercancías, donde reinaba el mismo silencio, el mismo abandono y los mismos copos caían formando un torbellino a la misma luz raquílica de otra bombilla igual.

Durante la subida, cerraron las puertas del vagón y ya no vi nada del exterior, pero cuando llegamos a Leysin me metieron en una ambulancia y, cuando me bajaron para entrar en el sanatorio, divisé de pronto un inmenso valle en las faldas de la montaña con millares de lucecitas brillando en la oscuridad como si fuera un cielo terrestre enteramente igual a las constelaciones de verdad. Y las constelaciones de aldeas dispersas por el valle y las laderas de la montaña daban la impresión de formar un árbol de navidad con sus múltiples lucecitas brillantes, adornado de baratijas. Cuando me llené los pulmones de aire, sentí que ya no pesaba nada, era una atmósfera límpida y pura, fría y cortante, transparente como el cristal y ligera para la respiración, como si me rodease una materia atmosférica nueva, más sedosa, más fina y más vaporosa.

—He vuelto a nacer —exclamé entusiasmado.

Y cuando la enfermera del sanatorio vino a lavarme, a cambiarme de ropa y a poner sábanas limpias con olor a alcanfor, era, ciertamente, como si yo hubiese venido por segunda vez al mundo, a un mundo más limpio y más higiénico, lavado con alcohol de alcanfor.

Era la prolongación en el aire del sanatorio y de su limpieza.

Cuando, a la mañana siguiente, tras darme una fricción en el cuerpo con agua fría, abrieron las puertas y empujaron mi cama a la terraza, ante mí se extendía, hasta donde podía abarcar con la vista, todo el valle del Ródano con el río corriendo como el mercurio al sol entre cordilleras, a una y otra parte. Al fondo del valle, había aldeas y casas, animales y hombres, a los que distinguía bien a través de la limpidez del aire y observaba atentamente lo que hacían. Bordeando el valle, corría una cascada formando un torrente de plata y, entre dos crestas, más abajo, podía verse un puente minúsculo, como un pisapapeles, que atravesaban los pequeños trenes eléctricos negros, como gusanos que se arrastraban en toda su longitud para luego desaparecer en la boca del túnel que se abría en la ladera de la montaña.

En el pueblo de Leysin, más abajo de mi clínica, se alineaban al sol las terrazas blancas y rosadas de los sanatorios, donde estaban tendidos al sol, completamente desnudos, los enfermos de tuberculosis ósea, mientras que los pulmonares hacían la cura matutina bajo los toldos en las terrazas que había delante de sus habitaciones que, vistas desde lejos, alineadas una junto a otra, muchas y pequeñas, parecían un panal de abejas.

Gotas de nieve derretida brillaban en las glicinas alpinas y, en el bosque de abetos que había junto a la clínica, corría entre los árboles una ligera bruma de vapores blanquecinos. Sin embargo, no hacía frío y los enfermos estaban al sol desnudos y el sol calentaba tanto que sudaban y se cubrían la cabeza con anchos sombreros de paja. Casi todos tenían el cuerpo bronceado por el sol.

—¿Puede decirme la hora, por favor? —preguntó una enfermera.

Y un enfermo, que estaba mirando al valle con un largo catalejo formado por tubos de latón que se metían uno dentro de otro, le dijo que las diez y media y siguió mirando a través de la lente. Era un inglés con el que trabé conocimiento más tarde, su catalejo era tan potente que distinguía en una casa del valle, que debería de ser la escuela del pueblo, la esfera del reloj de la fachada y, de esta forma, podía decir la hora exacta.

Ciertamente, era un catalejo extraordinario del que yo mismo me serví más tarde para determinados fines. Cuando se abría, se podía leer en el interior, grabado con letra caligráfica y pequeños adornos florales, *Constant Demoisin, Opticien du Roy*, y una fecha, 1753 si no recuerdo mal, profundamente grabada en el metal. Cuando lo usaba, abriéndolo y cerrándolo, me quedaba en los dedos un olor acre, un poco a moho y a queso rancio, como ocurría cuando era niño y andaba revolviendo por los cajones y cogía los distintos objetos de latón que había dentro, manillas rotas de puertas o anillas de las cortinas que cogía para hacer experimentos de prestidigitación, según un pequeño tratado que me había caído entre manos... Y me quedaba así, con el catalejo en la mano, a años de distancia del valle y del sol de aquel momento.

Delante de la clínica donde yo me encontraba, pero mucho más abajo, pasaba la calle principal del pueblo y, desde mi terraza, donde estaba tendido en la cama con sábanas brillando al sol, podía ver a los minúsculos viandantes y la calle adoquinada con piedras cúbicas. Incluso a la derecha del sanatorio había una boca de canalización con un enorme pedrusco encima y la mirada siempre se detenía en él. Era como un punto en una frase; yo miraba, miraba al valle, a la calle, los abetos... Y luego volvía al pedrusco; punto y aparte. A veces me ocurría que estaba leyendo, luego cerraba el libro y miraba a la piedra, «punto», me decía la piedra. Era la conclusión normal de una lectura y, con el tiempo, de todos mis actos. Algunos días, la piedra adquiría una importancia extraordinaria. Por ejemplo, cuando tenía que venir el médico a pasar su visita semanal, yo me prometía que, en cuanto me curase, iría hasta donde estaba la piedra y me sentaría unos segundos encima de ella, para convencerme bien de que puedo andar y de que depende sólo de mí el tocar esa piedra que durante tantos días miraba desde la lejanía con desesperación. «¿Cuándo llegará ese día? ¿Cuándo?», me preguntaba y miraba la piedra con avidez. «¿Cuándo podré valerme de mis piernas para tocar la piedra?». De esta manera, la piedra se convirtió para mí en símbolo de la curación; más aún, una prueba de la realidad de mi curación, y si alguien me hubiese preguntado lo que iba a hacer el primer día que pudiese andar, por ejemplo, si me iría a mi casa, o si regresaría a París, le habría contestado rápidamente y sin vacilar: «iré a tocar la piedra».

Mi tratamiento seguía siendo el mismo y suponía que seguiría inmovilizado en la cama, aunque sin escayola, todavía mucho tiempo. Pues bien, ante mi gran sorpresa, el médico me dijo que empezase a andar despacio, aunque tenía una llaga abierta. De

suerte que pude tocar la piedra mucho antes de lo que había creído posible.

El día que llegué por mis propios pasos hasta la piedra me cansé muchísimo porque hice un esfuerzo para llegar allí y el camino, que desde mi cama me parecía corto, era en realidad bastante largo, sobre todo por los rodeos que tenía que hacer por detrás de las casas que me ocultaban los caminos tortuosos.

Cuando toqué la piedra, apenas si podía contener la respiración y, desde allí abajo donde estaba, miré hacia la clínica y la terraza con una mirada que quiso ser de orgullo pero que sólo era de cansancio.

Aquel día le eché las culpas al cansancio por no haber sentido ninguna emoción especial en el momento en que me encontré delante de la piedra, como había soñado con pasión tantas y tantas veces. Pero los días sucesivos ocurrió lo mismo, el aire que me rodeaba era seco, todo era simple y normal, me había acostumbrado a andar pero no podía aspirar del aire una exaltación que no sentía. Todo mi deseo había perdido su intensidad, como un acumulador que ya no sirve para nada; yo estaba tan gris y tan apático como los adoquines que pisaba sin resonancia. Eso venía a confirmarme una vez más la certidumbre de que no había que esperar nada nunca. Toda la realidad estaba a mi disposición a condición de aspirarla profundamente y exhalarla en el mismo momento, sin planes y sin ilusiones.

Cuando empecé a andar, me inquietaron cosas que antes no me habían preocupado. En el sanatorio donde me había instalado había sólo muy pocas personas, la mayoría de edad madura y algunas mujeres ya viejas. Era un sanatorio totalmente aislado del pueblo, situado a gran altura y al borde de un camino por el que apenas pasaba nadie.

Por otro lado, era un camino bonito que no conducía a ninguna parte y que desembocaba en las montañas, entre paisajes de flores alpinas y el bosque de abetos viejos y podridos. De vez en cuando iban por allí las parejas de enamorados.

Cuando abandoné Berck, creía que iba a un sanatorio con muchos enfermos, donde reinarían la algazara y la juventud, pero fui a caer en un lugar desierto, un edificio triste y frío, donde algunas pacientes viejas se pasaban el día haciendo punto con las gafas en la punta de la nariz y varios ingleses congestionados jugaban al *bridge* en sus habitaciones muy serios y ensimismados.

Al empezar a caminar y dar los primeros pasos por los corredores del sanatorio, mis sueños e ilusiones de tantos años de inmovilidad se habían recargado con una virulencia ácida y, al mismo tiempo, con imágenes de una ingenuidad supina.

Por fin, ahora que puedo andar, podré trabar conversación con las chicas guapas que deben de salir a pasear al atardecer...

Y soñaba con habitaciones espléndidas en las que guapas enfermas con la cara maquillada y con un albornoz que les tapaba el cuerpo desnudo me miraban en las horas de «silencio» y yo iba pasando de habitación en habitación todas las tardes, amando a fascinantes condesas desnudas, con collares de perlas alrededor del cuello y valiosas pulseras en la muñeca, sobre todo condesas, éstas eran en mis sueños mis

mujeres preferidas.

Estaba emocionado por la espera y me parecía que en el mundo de los sanatorios elegantes me esperaban unos brazos abiertos para estrecharme entre ellos.

Por fin llegó el día en el que salí del sanatorio con mis amigos. Eran dos ingleses, uno iba con muletas y estaba casi curado, un antiguo inspector forestal en Escocia y, el otro, enfermo de los riñones, ingeniero en Auckland, Nueva Zelanda, donde tenía una empresa de construcciones con un socio.

Todas las semanas recibía de la isla enormes paquetes de periódicos y revistas ilustradas en las que podía ver espléndidos paisajes neozelandeses con cascadas plateadas y claros de bosque junto a los que, a veces, había un aborígen viejo de pelo blanco y crespo que le caía por atrás como otra pequeña cascada más estrecha junto a la del agua. Suponía que ya no había aborígenes que navegaran por los ríos en troncos ahuecados de árbol con amuletos mágicos en los brazos y alrededor del cuello.

Cuando le dije eso al ingeniero, precisamente estaba mirando una fotografía con distintos tipos de fetiches de jade, fina y artísticamente esculpidos. El ingeniero se echó a reír y se metió la mano en el bolsillo y sacó de un llavero un fetiche de jade verde similar a los que veía en la revista. Era tan asombrosa la realidad del amuleto que me mostraba el ingeniero, justo en el momento en que, para mí, formaba parte todavía de ese dominio incierto y frágil de las ilustraciones de prensa, que el ingeniero me lo puso en la mano para que yo lo tocara, lo apretara y, sobre todo, contemplara a la luz las extraordinarias ondas y sombras que la transparencia del jade contenía como aguas petrificadas en su interior.

Era increíblemente hermoso, estaba concentrado en una escultura pequeña y delicada que representaba a un animal con los ojos desmesuradamente grandes y la boca abierta, por la que el ingeniero pasaba la anilla del llavero; tenía un sonido mate cuando lo golpeaba, un sonido seco pero con un eco cristalino y corto, un ruidito que nunca había oído antes. Con toda seguridad, por falta de atención y de costumbre, nos perdemos muchos sonidos como éste que existen en el mundo, y cascabeleos, rumores y tonos, al igual que colores y transparencias de las aguas, cristales y piedras preciosas, junto a los que pasamos sin detenernos. Tuve el amuleto varios días en mi habitación, a mi lado, y cuando me despertaba por las noches lo ponía al trasluz y descubría en su transparencia nuevos dibujos y fantasmagorías de caleidoscopio.

Así pues, con este ingeniero y con el ingeniero forestal salí por primera vez a pasear por el camino que conducía a lo alto de la montaña pasando por delante del sanatorio y que, en aquellas primeras horas de la tarde, también frecuentaban algunos enfermos pulmonares que iban a coger ramilletes de flores y a respirar a sus anchas el aire puro de las alturas.

Había también un banco de piedra donde solíamos sentarnos a descansar y un día oí a mis amigos ingleses hablando en voz baja:

—¿Crees que vendrá hoy?

—Quizá haya pasado ya...

—Es muy pronto... Si ha de venir, será a partir de ahora...

—Bien, esperaremos, de todas formas no tenemos nada que hacer —y los dos se echaron a reír, se pusieron congestionados y se miraron a los ojos con complicidad, como si se tratase de un vicio perverso y oculto que sólo ellos practicaran.

Y la verdad es que sí era un vicio, pero formal, formalísimo, un pequeño flirteo con una muchacha que pasaba todos los días a coger flores, pero con la que no habían hablado nunca antes; sus relaciones se habían limitado a una sonrisa cuando pasaba y, desde hacía unos días, a una ligera inclinación de cabeza.

Por esa sonrisa y ese pequeño gesto de simpatía, salían todos los días a pasear de buena mañana y se sentaban en el banco suspirando y riéndose para sus adentros con una inmensa y pueril satisfacción.

Cuando les pregunté de qué se trataba, al principio no quisieron decírmelo y, sólo cuando me enteré del «idilio» por una enfermera, me lo confesaron todo y, una tarde, me señalaron a la chica que esperaban. Era una suiza de cara larguita un poco caballuna y de mirada gris y un tanto salvaje, aunque tímida. Con toda seguridad era una pulmonar, eso se le notaba por la cara terrosa en la cual la enfermedad había encendido dos manchas violáceas, llevaba boina y una chaqueta corta con botones de latón y una insignia en el pecho con líneas blancas y rojas, símbolo de alguna sociedad para la abstinencia y la amistad, con un águila sobre una divisa. Recuerdo que alguien, en el sanatorio, dijo que el símbolo no lo habían elegido bien porque las águilas no guardan la abstinencia.

Calzaba botas de piel flexible de corzo, muy adecuadas para caminar por la montaña en aquellos días de deshielo primaveral.

Ahora éramos tres los que sonreíamos y le hacíamos un discreto saludo y ella daba la impresión, en cierto modo, de estar emocionada, pero eso no duró mucho porque, al tropezárnosla unos días más tarde por el camino, nosotros subiendo y ella bajando, dejé que mis amigos se me adelantaran unos pasos y me quedé rezagado. Cuando la muchacha pasó junto a mí, le hablé con espontaneidad y sin ningún embarazo.

—Por favor, deténgase un momento, me gustaría decirle algo.

Ella se paró y se puso muy colorada al tiempo que estrujaba entre los dedos algunas flores azules que había cogido en el prado.

—Se trata de lo siguiente: mis amigos desearían mucho conocerla, pero no hay manera de dar con ningún amigo común que les pueda presentar. Y como me doy cuenta de que usted se hará cargo de la situación y no se molestará, para presentarlos, me he atrevido a hablarle. Por favor, no me tome por un insolente y perdóneme.

Mientras hablaba con ella, uno de mis amigos, al oír un murmullo de voces a sus espaldas, volvió la cabeza y me vio conversando con la desconocida.

Creo que pocas cosas lo habrían dejado más atónito en la vida; entonces puso cara de estupefacción y su mirada fue tan intensa como si se hubiese tratado de un

acontecimiento absolutamente insólito. Con el brazo tendido, me señalaba a mí mientras balbucía torpemente:

—Mira, anda... Si está hablando con ella... Mira... Está hablando con ella...

Luego, cuando les hice señas para que se acercaran, el asombro llegó ya al colmo y, aunque mis amigos eran hombres de edad madura, los dos se sonrojaron como niños cuando le tendieron la mano para saludarse. Creo que lo que hice por ellos fue algo que nunca les había pasado en la vida.

De ese modo, y después de muchos meses, por fin lograron animar un poco su «idilio» y, de una sonrisa y un pequeño gesto de amistad, pasaron a conversar con la chica «que cogía flores» y que incluso fue a verlos algunas tardes y a tomar el té con ellos.

Con eso, mi interés por la misteriosa muchacha cesó, pero mis paseos por el camino aislado está ligado a otro suceso, mucho más desagradable, patético y vergonzoso para mí. Hoy, cuando lo recuerdo, todavía me remuerde y me avergüenza aunque desde entonces he pasado por tantas situaciones desagradables, que aquella, en cierto modo, ya pertenece al olvido, eso por no decir que estoy empezando a aceptar cualquier juicio sobre mis sentimientos y que el examen de conciencia es para mí algo desconocido que no me perturba en absoluto.

Pero como no estoy escribiendo este libro para mi comodidad moral ni para la del lector, contaré ese suceso horrible y vergonzoso tanto para mí como para la persona que hubo de sufrir sus consecuencias.

Durante mis paseos, con ayuda de muletas, del sanatorio hasta el banco de piedra, me tropezaba también con algunos enfermos de un selecto sanatorio que se encontraba por allí cerca, un hotel inmenso y de extraordinario confort, con habitaciones de lujo y, por supuesto, precios astronómicos.

Para poder vivir allí, los enfermos que encontraba tenían que ser muy ricos pero, en cualquier caso, no eran la clase de gente que a mí me interesaba y a la que me gustaría conocer. Los más afectados eran los que iban por allí con el semblante preocupado, eran de los se cuidaban mucho, que todo el tiempo estaban inquietos por la calentura y las expectoraciones, y que por todo ello envejecían antes de tiempo. Eran los huéspedes «serios» del sanatorio, pero sabía que también había otros jóvenes y alegres, mujeres espléndidas y hombres guapos que se pasaban las tardes y las noches en juergas clandestinas y no le prestaban mucha atención a su enfermedad. A esos era a los que yo quería conocer.

Hasta que no pudiese caminar mejor y aguantar más tiempo de pie, no había forma de bajar al pueblo para conocerlos. Es cierto que el lujoso sanatorio se encontraba muy cerca, pero no conocía a nadie que me presentara y me facilitara conocer a personas interesantes.

De modo que me decidí yo mismo a entablar conversación con alguno de los huéspedes «serios» y, de esta manera, llegar hasta los «no serios» yendo al sanatorio.

Entre los solitarios, había una muchacha de unos dieciocho años, con un rostro sin

nada de particular, un poco pecosilla, y que caminaba ligeramente encorvada. Siempre llevaba el mismo traje sastre gris y la misma bufanda verde al cuello, de vez en cuando tosía de forma disimulada y, para ocultar la tos, usaba un pañuelo o bien se paraba y se sentaba en el banco para tomar aliento.

Me propuse hablar con ella aunque no la conociese, exactamente como ya había hecho en otras ocasiones, y luego cortejarla para hacerme amigo de ella, para hacernos visitas, prestarnos libros y periódicos y, a través de ella, conocer a otros en el sanatorio.

Para ello, lo que tenía que hacer era espiarla un día cuando no hubiese nadie en el camino, si ella no se acercaba a mí, yo me acercaría a ella. Varias veces intenté atraer su atención con miradas y, aunque estaba seguro de que había observado mi insistencia, no me daba ninguna muestra de haberlo comprendido ni insinuación alguna. Con la mirada fría e indiferente, pasaba por delante y no movía la cabeza ni a derecha ni a izquierda, sus movimientos estaban desprovistos de gracia y de variedad, igual que su cara pecosa e inexpresiva.

«Sin embargo, creo que se sentirá halagada de que le haga la corte. Es bastante fea para que alguien en el sanatorio se la haga», me decía yo.

Y un día, esperando el momento favorable, me decidí a abordarla. Estaba a unos pasos de mí y yo la estaba esperando...

Con mucho aplomo, me acerqué a ella y, cuando estuvo a sólo un paso de mí, me descubrí y le dije, más o menos, lo mismo que le había dicho unos días antes a la joven suiza de la insignia de la templanza.

—Señorita, por favor, me gustaría decirle algo y, al mismo tiempo, conocerla...

Creo que sólo le dije eso porque pasó por mi lado, me lanzó una mirada llena de reproches y siguió su camino, derecha, tiesa, como si nadie le hubiese hablado, dejándome con tres palmos de narices en mitad del camino, con la cabeza descubierta, apoyado en las muletas y balbuceando las palabras que me había propuesto decirle, pero que ahora ya no oía nadie. Estaba hecho una furia. En un segundo, todas mis opiniones anteriores sobre aquella chica pasaron a ser exactamente lo contrario, como el movimiento pendular que, tras haber recorrido la distancia total, gira luego en el sentido contrario al péndulo.

Aquella tarde les conté a mis amigos lo sucedido.

—No hay que entrarle a una fea —les decía yo—. Se puede creer que tú quieres seducirla cuando todo el mundo la deja en paz y tú te arrimas a hablarle... Seguro que ha propalado el rumor en todo el sanatorio de que han querido atacarla en el bosque, de que algún aldeano ha querido violarla... ¡Ja, ja!

Pero la consecuencia más desagradable y que recuerdo con más vergüenza sucedió al día siguiente, en el paseo habitual con mis amigos.

Cuando ella pasó junto a mí, yo estaba con ellos y murmuré rabioso, en voz alta para que me oyera también ella:

—Además, no lo siento... Es bastante feúcha.

Creo que lo oyó y que la indignación debió de subírsele a la garganta porque se puso a toser. Pero todavía no estaba satisfecho con aquella venganza tan rápida. Me propuse, cuando conociese a alguien del sanatorio donde estaba, decirle sin rodeos que nadie se iba a hacer un sátiro por ella.

Los días siguientes conocí a un joven de aquel sanatorio. Ahora sí que tenía la seguridad de poder hablarle. Iba con frecuencia al sanatorio de los ricos donde sí que me tropezaba por los pasillos a mujeres guapas y a jóvenes distinguidos con quienes, sin embargo, no trabé conocimiento hasta más tarde.

Un día me surgió la oportunidad de que me presentaran a «mi feúcha». Era un día gris y seco, caluroso y cubierto. Yo iba con mi amigo acompañando hasta el funicular a una enferma que se iba y que quería despedirse en el mismo andén.

Todos sus amigos se habían congregado allí. Como se trataba de un sanatorio muy elegante, tenía su apeadero particular, hasta donde subían los funiculares desde la cabecera de línea.

En medio del grupo que había ido a despedir a la enferma, divisé a mi «feúcha», un poco retirada; ella también me vio y se sonrojó levemente. Le pregunté a mi amigo si podía presentármela. En todo ese tiempo, ella no me quitaba ojo y adivinaba lo que estaba hablando.

—¿Para qué quieres que te la presente? —preguntó mi amigo—. No tiene el menor interés... Esa chica es muda...

—¿Qué estás diciendo? —le pregunté yo pasmado.

—Te digo que es muda... O sea, que no habla, tiene una laringitis muy grave, no le permiten tomar alimentos sólidos ni hablar... Además, aunque lo intentara, sólo le saldría un ronquido ininteligible porque tiene las cuerdas vocales totalmente roídas por la tuberculosis... Los médicos creen que no durará mucho...

En aquel momento llegó el funicular y todo el mundo se apresuró a despedirse de la enferma; sin embargo, antes de abandonar el apeadero, mi mirada se cruzó una vez más con la de la «feúcha» y en sus ojos se notaba un duro reproche hacia mí.

Me marché lleno de amargura, desesperado, mientras repetía dentro de mí, como una placa de gramófono rayada, «es muda... es muda».

Con gran asombro, cuando releo lo que he escrito, encuentro en la narración una descripción exacta de acontecimientos que sucedieron en la realidad. ¡Me resulta tan difícil separarlos de los que no han sucedido nunca! Es tan difícil sacarles la escoria de sueños, interpretaciones y deformaciones a que los he sometido... Cada momento, acuden a mi mente otras imágenes, otras ensoñaciones o simples visiones envueltas en una luz seductora y que debo desechar para darle a mi narración cierta lógica; finalmente, soy el primero en sorprenderme por haber escrito algo que pueda resultar inteligible. Pero, algunas veces, sí me vienen deseos de poner por escrito todas mis ensoñaciones y mis sueños nocturnos para mostrar la auténtica imagen de mi guarida iluminada, sumergida en mi oscuridad más familiar y más íntima.

Quizá algún día escriba todo lo que he vivido en sueños, que ha sido tan

apasionante como lo vivido en estado de lucidez, pero me temo que me faltarían las fuerzas y no podría escribir nada...

En ese caso, lamentaría no haber consignado, por ejemplo, los sueños que me han divertido o me han fascinado más intensamente que la vida real.

Por ejemplo, en este momento me acuerdo sólo de un fragmento aislado de un sueño e, inmediatamente, caigo en la cuenta de lo mucho que podría ampliarlo y de los acontecimientos que podrían tener lugar en medio de sus decorados y personajes. Pero ahora, tal y como lo veo, sólo es una presentación y una introducción a esos acontecimientos, pero creo que muy divertida y por ello vale la pena referirla según la vi en sueños.

... En la ciudad hubo un cambio que podría llamar de «especialización». Era la misma calle que conocía desde siempre, sin embargo las tiendas y todos los edificios públicos habían tomado la forma de su «función», por ejemplo, la estación era negra y brillante, como una inmensa locomotora con la entrada por la puerta del fogonero y los andenes frente a las calderas; correos tenía la forma de una caja de cartas, amarilla con rayas azules; una librería forma de tintero y otra la de un libro bellamente encuadernado; todas las confiterías tenían forma de pastel de nata; las tiendas de aparatos musicales la de enormes bocinas y las carnicerías forma de jamón visto de canto... Pero todas estas cosas sólo son una impresión borrosa que se perdió pronto cuando entré en la charcutería a comprar algo para la cena. En la tienda me aguardaban sorpresas de todas clases. Era una tienda con anaqueles y mostradores, como cualquier otra, pero dispuesta de una manera completamente distinta, las paredes de carne picada y prensada que, de lejos, presentaba el aspecto de un hermosísimo mosaico rojo; los anaqueles en forma de lonchas muy finas de tocino sujetos por algún procedimiento especial, lo que les hacía parecer de marfil, y los mostradores de paté con gelatina, duro como el cristal, limpios y brillantes, como en cualquier carnicería que se precie.

Se le hacía a uno la boca agua mirar todo aquello. Pero, al mismo tiempo, me intrigaban dos cosas sumamente curiosas: primero, el dueño de la tienda, un hombrecillo bigotudo de cara negruzca, vestido con ropas de sepulturero, y, en segundo lugar, el paquete de fiambres que me dio llevaba una etiqueta donde se veía perfectamente «Fabricado en la Radio».

¿Qué significaban las ropas de sepulturero y las palabras de la etiqueta? Ardía de curiosidad por enterarme y, mientras le pagaba al dueño —que estaba solo despachando en la tienda a aquellas horas de la mañana— se lo pregunté.

—Durante el día llevo el delantal blanco de carnicero —me dijo—, pero usted ha venido a comprar demasiado temprano y no he tenido tiempo todavía de cambiarme; esta mañana he llevado unas coronas a una casa de gente bien y era menester ir de uniforme...

Como vio que mi asombro crecía, me lo explicó con más detalle.

—Cuando me casé, me dedicaba al comercio de pompas fúnebres. Tenía un

establecimiento bien surtido de ataúdes, coronas mortuorias, lamparera itineraria y demás artículos para los muertos; un pingüe negocio, como quien dice, y bastante rentable. Durante algunos años lo continué con la ayuda de mi mujer hasta el día en que se murió mi suegro, quien le dejó en herencia a mi mujer, su única hija, esta tienda. Era un comercio mucho más tentador y que dejaba más que el de las pompas fúnebres, porque jamón y embutidos se comen todos los días, mientras que las personas no se mueren con tanta regularidad. Pero para no dejar que se me escapara un negocio en el que estaba ya bien introducido y con el que podía ganar algo, decidí mantener los ataúdes y los embutidos; como el alquiler de la otra tienda había subido mucho y esta era de mi propiedad, decidí ejercer las dos actividades en el mismo local. Así pues, las amas de casa saben que los martes, jueves y sábados pueden encontrar en mi tienda los mejores y más apetitosos fiambres a precios competitivos (los otros días no «interesa» abrir la tienda porque como son días de abstinencia nadie compra carne; la gente de esta zona es muy beata), y los lunes, miércoles y viernes vendo todo lo que tiene que ver con las pompas fúnebres.

»En fin, para que mis clientes no compren paté de pato en una tienda de cajas de muerto, y coronas mortuorias en una de embutidos y chacinas, y como nuestra ciudad es muy “especial”, como usted habrá podido ver, o sea que cada tienda tiene la forma exacta y está decorada según las cosas que vende, los días de chacinería, como hoy, por ejemplo, la tienda tiene en el exterior el aspecto de un enorme jamón y en el interior, ya lo ve, paredes de embutido, anaqueles de tocino y mostradores de gelatina. Y en los días de pompas fúnebres, con ayuda de unos pequeños accesorios de tocador que se cuelgan con facilidad de un gancho y de tornillos especialmente fabricados, en un cuarto de hora transformo el jamón exterior en un cráneo de calavera con dientes amarillos y órbitas huecas, y el interior en un panteón. Todo permanece en su sitio, sólo que cubro las paredes con tela negra, envuelvo los jamones en seda negra y los embutidos lo mismo, y los adorno con hilo de plata, como en las velas de las bodas, sólo que las mías son negras (si las rasca, verá que están rellenas de carne picada de cerdo). Con esos elementos decorativos negros y plateados en pocos minutos uno no reconoce la tienda de chacinería. Todo se ha vuelto fúnebre y tenebroso... Negro y plata...

Se quedó pensativo unos momentos, y luego me susurró con mucha filosofía:

—Todo está en la disposición de los colores. Pinte usted de negro y plata el más alegre y espléndido jardín de rosas y parecerá funerario... Las rosas negras y las hojas plateadas... Mortuorio y siniestro... Todo es cuestión de combinar los colores y de su significación, pues nos hemos acostumbrado a atribuirles una significación, y esa es una costumbre que tenemos muy arraigada.

Sonriendo por debajo de su pequeño bigote se acercó a mí y me dijo con voz queda en tono confidencial:

—Le propongo hacer una prueba. Llévase a casa y adorne, hum, el servicio, hum, ya me entiende lo que quiero decir, el váter, como lo llaman ahora... Vale, adórnelo

todo por dentro con papel negro y ponga también coronas mortuorias y cintas: «Eterno recuerdo» y «Te recordaremos eternamente»... Vale, pues le garantizo que... hum, el cuarto ya no lo podrá usar para sus fines habituales... A los pocos días, todos los de la casa estarán estreñidos, se lo aseguro...

Hice con la mano un gesto de impaciencia y él entendió que no debía insistir más.

Aún me faltaba saber el sentido de la inscripción del paquete, «Fabricado en la Radio».

Cuando se lo pregunté, el doble tendero de chacinería y pompas fúnebres pareció muy sorprendido de mi extrañeza.

—Es absolutamente imposible, señor mío, que no conozca usted ese invento...

Y como seguía diciéndole que no sabía de lo que se trataba:

—Le creo... Sin embargo, suponía que no había nadie hoy en día que no supiese lo que es una «radio de fabricación»... Hasta un niño se lo diría... Me pregunto si sabe lo que es una bicicleta...

—Por favor, déjese de ironías y si piensa decírmelo...

—Con mucho gusto, con mucho gusto... Venga conmigo, por favor, al cuarto de fabricación.

En aquel cuarto, al lado de la tienda, había en el centro un aparato muy raro parecido a un receptor de radio, pero unas tres veces mayor, y en el lugar del altavoz tenía una abertura de paredes blancas brillantes y limpias.

—¿Qué onda quiere que cojamos? —preguntó el sepulturero chacinero.

—Me da lo mismo...

—En ese caso lo haremos al azar...

Y giró un botón. Mientras se calentaban las lámparas, observé que delante tenía una lista, exactamente igual que tienen todos los aparatos de radio una de estaciones, pero en lugar de poner los nombres de las ciudades con estación de radio, había una serie de fábricas y, en letra pequeña, los productos que fabricaban, como si fuera un libro de direcciones de industrias europeas, y entre ellas reconocí algunas marcas famosas.

Cuando las lámparas se calentaron, giré un botón y el indicador se detuvo en «sardinos aux huilos», Portugal. En el aparato se oyó un breve zumbido y en el altavoz, como si se hubiese condensado en el aire, lentamente se cristalizó y se hizo más opaca, más consistente y más hermosa y apetitosa, una lata de sardinas que el chacinero sacó del aparato y me la tendió.

—Pruébelas, son las mejores...

Y ante mi asombro, me puso en la mano la lata que, al igual que las chacinas, llevaba la misma inscripción.

—Permítame que le diga que no lo entiendo... —balbucí.

—Entonces se lo explicaré todo —dijo el charcutero—. Este aparato que ya veo no conoce fue inventado y comercializado hace diez años. Es lo que se llama «Radio de fabricación» y, como todos los grandes inventos, se basa en un principio muy

sencillo. Seguro que usted conoce los aparatos de radio musicales, pues bien, ¿cuál es su principio? En una habitación cualquiera en la que no se oye nada, flotan todo tipo de ondas musicales y el aparato, del aire amorfo y lleno de microbios, de humo, de azufre y de toda clase de componentes inútiles, extrae únicamente la onda que necesita, el elemento musical del aire, lo limpia de microbios, de oxígeno y de todo lo que no sea música y se lo da al oído, listo para la audición... extraído del aire donde estaba mezclado con elementos impuros. Ese es exactamente el principio del aparato que tiene delante; en una caja que hay detrás pongo todos los días picadillo de carne, de pescado, artículos de toda clase que encuentro por casa, como cintas, hierro viejo, vino, papel, cáscaras de naranja, cajas de cerillas, sellos usados... En fin, todo lo que encuentro, todo, absolutamente todo... Y este aparato lo filtra igual que filtra la música; adapto el botón para que fabrique sardinas y la «onda de fabricación» que hay en el aire se ajusta a la onda del aparato que, de las distintas materias impuras que hay en la caja, elige justamente lo que hace falta para fabricar una lata de sardinas, igual que, en el aparato de radio musical, la armonía de ondas hace que, del aire impuro, el aparato elija las notas necesarias para una sinfonía de Beethoven... Es muy sencillo...

»Como ve, el aparato posee una lista larga y de lo más variada de fábricas de “ondas de fabricación” para todos los objetos...

»Seguro que usted se estará preguntando que, así las cosas, cada ama de casa podría comprarse un aparato con el que fabricar ella sola todo lo que quiera y que, entonces, este comercio acabaría siendo inútil. Cuando apareció este aparato en el mercado, más o menos eso es lo que pasó. Hubo manifestaciones, protestas y huelgas, hasta que intervino el Estado y reglamentó con mucho rigor la posesión de estos aparatos así como la fabricación de los productos, en el sentido de que el dueño de un aparato sólo puede fabricar los productos para los que cuenta con licencia a su nombre y por la que paga impuestos, y muy altos, dicho sea de paso.

»Al mismo tiempo, las fábricas continúan funcionando porque hay clientes que prefieren sus productos ya que en los de radio encuentran un gusto artificial e insípido, igual que los aficionados a la música que no pueden escuchar un concierto en la radio, pues lo encuentran carente de auténtica musicalidad...

»Ahora sí entenderá lo de la etiqueta. Con mi aparato sólo tengo autorización para sacar charcutería, sin embargo, como usted no lo conocía, he fabricado sardinas para que vea cómo se hace la fabricación... Pero puedo fabricar cualquier cosa...

Mientras hablaba, giró el botón y en el cuarto del aparato hizo su aparición, lentamente, una espléndida y reluciente corbata de seda pura. Sacó también una cajetilla de cigarrillos extranjeros, un reloj de pulsera y una bufanda de gruesa lana.

—¿Qué diría usted de una botella de champán francés?

La verdad es que me gustaba mucho.

Con mucho cuidado, el chacinero ajustó el botón y en el aparato comenzó a condensarse una botella de las más renombradas cavas. Cuando estuvo lista y la sacó

del aparato, el chacinero soltó una horrible maldición, la botella estaba destapada y llena de botones de puños de camisa.

—¿Qué es eso? —pregunté asombrado.

—Es que ha habido interferencias de onda... Como en los aparatos musicales, a veces sucede que «se cogen» a la vez dos emisoras y sale un producto que es una mezcla de las dos. Un día, el aparato me fabricó platos de papel secante, y otra vez una piel de zorro de rabos de cerezas para infusiones. Y otra, una máquina de escribir completa, pero inutilizable. Era de queso.

Le di las gracias por todas sus amables explicaciones e hice ademán de marcharme.

—Actualmente —añadió—, hay un gran *dumping* y las estaciones japonesas te llenan de mercancías; si uno pilla Tokio puede tener todas las bombillas eléctricas y bicicletas que quiera. Con una estación europea, tiene una bicicleta en media hora y para fabricarla es menester llenar dos veces la caja con material amorfo, mientras que Toldo suministra en ese mismo tiempo diez bicicletas con una sola caja de material.

De pronto, me acordé de algo para establecer la analogía completa con los aparatos de radio musicales.

—¿Y los parásitos? ¿El aparato no tiene parásitos?

—Eh, eh, vaya si tiene —me dijo el charcutero riendo—. Hay veces que quiero fabricar embutidos, por ejemplo, y en su lugar salen parásitos, conservando la misma forma... —y me susurró al oído—: mierda... mierda pura...

Y con eso concluyó mi visita a la charcutería. Volví a darle las gracias y me fui.

En la calle me esperaban tres amigos, y también estos presentaban una extraordinaria curiosidad. El primero era de color azul, la piel del cuerpo, de la cabeza a los pies, estaba esmaltada de azul, como las piezas de una vajilla. La explicación residía en que en el país de las «especializaciones» también las gentes tomaban el aspecto de sus oficios, y mi amigo era ingeniero en una empresa esmaltadora de vajillas. El segundo llevaba ropas de celofán y era completamente transparente y oscuro, como una radiografía.

—Ya sabes que yo siempre he sido un hombre enfermizo —me dijo éste cuando le pregunté por el significado de eso—. Siempre me estaban mandando radiografías para saber lo que me dolía, lo que terna, etc., así que un día tomé la resolución de hacerme una radiografía para siempre y de vestirme con ropas de celofán para poder observar en todo momento lo que le sucede a mi cuerpo.

En cuanto al tercero, tenía unos espléndidos ojos verdes y nada más de especial; nos invitó a caramelos los cuales, observé, eran realmente unos relojes que se deshacían en la boca. Mi amigo el de la piel azul dijo:

—Creo que vas cinco minutos adelantado.

Como si hubiera dicho que el caramelo estaba agrio. Era un artista de la fantasía absolutamente simple, sólo que al meterse el caramelo en la boca reparé en que, en lugar de dientes, tenía pequeñas muñecas de porcelana y que la lengua la tenía partida

en tiras finas y rojas, como si en la boca hubiese tenido un crisantemo lleno de pétalos carnosos y húmedos, y cuando le miré mejor los ojos vi que estaban hechos de dos bolitas de los tapones de las botellas de limonada.

Con ese asombroso detalle, mi sueño tocó a su fin.

En los días hermosos de invierno, las nubes se extendían hasta los pies de Leysin como un inmenso y suntuoso tapiz de algodón blanco, tirando a rosado, con un cielo extraordinariamente azul y transparente como una botella de sifón. En las terrazas del sanatorio, los enfermos tomaban el sol desnudos y, a su alrededor, la nieve brillaba en los tejados y en el campo, pero hacía calor porque no soplaba la menor brisa de viento sobre el aire tranquilo y puro.

Eran días de carnaval y los enfermos habían decidido organizar una pequeña fiesta de máscaras y otras distracciones en los salones del sanatorio. Todo el mundo se disfrazaría y todos tendrían ropas, incluso los que estuviesen en camilla y hubiesen de transportarlos las enfermeras y camilleros. Unos días antes, empezaron los preparativos, de manera que, la víspera, todo el mundo estaba alegre y entretenido. Era precisamente uno de esos días serenos de invierno y los enfermos que podían caminar iban desnudos por la terraza, para intercambiar puntos de vista y gastar bromas sobre la velada que preparaban.

Incluso las enfermeras tomaban parte en esos preparativos y nadie se preocupó de ir a las curas. Aquel día, cuando llegó el médico a pasar la visita, fue recibido con aplausos y gritos de alegría, así que el buen hombre no pudo decir nada. Era de la opinión de que también los enfermos tenían que distraerse alguna vez.

Yo mandé que me hicieran un traje de arlequín de tela negra con rombos amarillos y negros. Aún andaba con muletas, pero eso no llamaba la atención, era un arlequín inválido. Cuando llegó la noche y bajamos al salón, todos admiramos nuestros trajes. Había entre nosotros una señora joven, delgada y pálida (internada en el sanatorio como enferma pulmonar) que se había disfrazado de marquesa, llevaba una peluca de lana blanca brillante, calzaba zapatos de tacón rojo, lucía un vestido de seda violeta, y en la cara y en el escote se había pegado lunares negros, pero resultaba una marquesa más bien delgaducha, con un escote frágil y algo esquelético. Con ella vino también su hermano, un joven robusto y deportista que había llegado en motocicleta desde Francia y sólo llevaba las ropas con las que había viajado, una guerrera y un pantalón caqui, con polainas de cuero.

Para disfrazarse él, se envolvió la cabeza con una bufanda y dijo que era árabe. Había también un joven con una rodilla operada y rígida que se había disfrazado de «dandi», otro se había empolvado de blanco la cara, como un payaso, otro iba vestido de turco con pantalones bombachos, faja y fez. En cuanto a las mujeres, eran pocas; las enfermeras no pudieron disfrazarse porque de vez en cuando las llamaban los enfermos más graves que se habían quedado en sus habitaciones, de modo que, excepto la marquesa y una joven con un vestido de juncos, con collares y flores como una «tahitiana», sólo había dos señoras de edad que se habían traído consigo la labor. Entre los enfermos en camilla y sin máscara, estaban mis dos amigos ingleses, quienes preferían estar tendidos porque habían pensado emborracharse, y tres enfermos más, uno de otra clínica, un francés un tanto entrado en años, con el pelo completamente blanco, pero alegre y jovial, ideal para esta clase de fiestas, y un suizo

muy joven, un muchachito de catorce años que se achispó con el primer vaso de vino.

Hasta que no estuvimos todos reunidos y el ambiente no empezó a caldearse, reinó en el salón una atmósfera glacial de caras largas porque muchos enfermos no se conocían entre sí. Les habían encargado a las enfermeras hacer las presentaciones. Luego, cuando pusieron la radio, en un santiamén el ambiente de la estancia se alcoholizó al ritmo de la música de *jazz* y se descorcharon las primeras botellas de vino. En una pausa, cuando enmudeció el aparato (alguien lo había apagado), la marquesa se sentó al piano y con un solo dedo enhebró una melodía, luego, tocando con las dos manos, se puso a tararear una cancioncilla llena de humor y cuyo estribillo repetíamos todos a coro. El piano tenía las cuerdas flojas y sonaba más a dulcémele, además estaba mal colocado en el piso de madera y hacía vibrar un biombo cercano y un candelabro de bronce encima de una mesita. Daba la impresión de que las flores pintadas en el biombo gris y viejo y el antiquísimo candelabro hubieran recuperado una nueva juventud y se dispusieran a divertirse estremeciéndose al ritmo de la danza, cuando caían los dedos en las teclas.

El joven de la moto se sentó al piano y tocó bastante bien.

El vino empezó a correr con más intensidad, había para todos. Luego, los enfermos pidieron también por su cuenta.

Todo el mundo estaba un poco achispado, los ingleses pidieron coñac con soda y el francés invitó a toda la concurrencia a champán. Cuando el joven motorista se sentó al piano, el candelabro y las flores del biombo bailaron con más pasión, con temblores cada vez más fuertes; golpeaba las teclas con tanta energía que no sé cómo no rompía las cuerdas de dulcémele del piano. Era una canción bastante ridícula, sobre todo cuando el hermano se dirigía a la «marquesa», que se había quitado la peluca y aparecía más flaca y enfermiza con sus elegantes ropajes.

Mon vieux, tu as bonne mine...

T'as dû changer de cuisine...

Eran casi las dos de la mañana, un timbre en algún lejano pasillo zumbaba de cuando en cuando y alguna que otra enfermera desaparecía, luego se oyó afuera el jadeo silencioso de un coche, el del médico. Un caso grave, entonces. En un rincón abordé a una enfermera.

—Es la señorita Corinde, ya sabe, la monjita joven con peritonitis tebecé (en el sanatorio le decían «tebecé» a la tuberculosis). Por ella ha venido el médico... Me parece que ha traído balones de oxígeno.

En ese momento alguien me dio un tirón de la mano, era la «marquesa», que quería que me fuera con ella. Yo era el único que no se había emborrachado del todo y que podía sostenerse de pie.

—¿Dónde vamos? —pregunté cuando íbamos por el pasillo.

—Por favor, acompáñame a ver a Corinde... Está en la agonía y me ha llamado,

quiero verla una vez más...

—¿Con estas ropas ridículas?

—¿Y qué? ¿Crees que se va a dar cuenta de lo que pasa a su alrededor?

Había un gran silencio en el pasillo, una débil lámpara ardía de modo siniestro frente a la puerta de la habitación de la moribunda; del salón llegaban ecos sordos.

Mon vieux, tu as bonne mine...

T'as dû changer de cuisine...

Cuando salió una enfermera, para no abrir la puerta dos veces, entramos en el cuarto la «marquesa» y yo.

En el centro de la habitación, rodeando el lecho, había mucha gente y no se veía nada. Estaba la madre de la enferma, una mujer pequeña y arrugada, con el pelo sucio y gris recogido en un moño, dos enfermeras y el médico con el balón de oxígeno en la mano. Mi amiga se acercó y se retiró.

—¡Qué guapa es! Ve a verla —me dijo ella.

Cuando una de las enfermeras se alejó, me acerqué a la cama y miré a la enferma. ¿Realmente era esa la monja enferma de la que se hablaba en voz baja en el sanatorio? Hasta entonces había conocido a muchas monjas, todas viejas o feas y con apariencia de solteronas acuciadas por secretas desazones. Y de pronto, esa monja, de fino perfil y nariz rosada, las mejillas coloradas por la fiebre como un maquillaje bien aplicado, con los ojos abiertos de un verde hermosísimo y un poco oblicuos, y el pelo negro, casi con reflejos azules, alrededor de la cabeza, extendido por la almohada formando volutas. ¿Por qué era tan hermosa? ¿Entonces era verdad que había monjas guapas? ¿Eran verdad todas esas novelas por entregas de mi infancia, con tapas ilustradas de colores, «La hermosa monja», a cinco céntimos la entrega? Toda mi infancia recibía de repente un sonido más hondo y más grave, como el de una campana en el fondo del agua.

¿Y yo vestido de arlequín delante de ella? ¿Todas las situaciones románticas, todas las escenas extraordinarias de los folletines eran entonces verdaderas? En aquel momento, estaba viviendo «El arlequín y la monja moribunda» y lo único que me faltaba era tocar a la guitarra la serenata de antaño para que la guapa Corinda (hasta tenía un nombre de novela) pudiese escuchar, antes de morir, los viejos acordes nostálgicos.

Algunas veces, la realidad se vuelve romántica y contribuye a su propia falsificación hasta volverse artificial. Es uno de los inmensos recursos de su diversidad.

En el momento en que me disponía a abandonar la habitación, la enferma pareció ahogarse y el médico se esforzaba por separarle las mandíbulas para meterle en la boca el tubo del balón de oxígeno; luego se las mantuvo separadas para que no lo rompiera con los dientes y se tragara los pedazos.

Esa escena no la había previsto el novelista en sus entregas.

En la habitación había un olor muy agradable a incienso, toda la tarde habían estado quemando esencias, como había deseado la enferma. Cuando salimos al pasillo, el aire de la noche era frío y penetrante.

En el salón ya no quedaba nadie, las luces estaban apagadas y los muebles revueltos. A través de los grandes ventanales que daban al jardín podía verse, en la claridad incierta del cielo nocturno, que afuera caía lentamente la nieve. ¿Adónde se habían ido todos?

A las habitaciones se habían ido solamente los enfermos en camilla; los ingleses, el motorista y dos enfermeras estaban en el bosquecillo de al lado del sanatorio, eso decía el cocinero, que estaba fregando la vajilla.

—Todos se han ido al bosque... Con la luz de la moto. Los encontrará con facilidad... Han de estar en el claro... No pueden perderse... Todo derecho por el sendero.

—¿Qué dices, eh, vamos? —le pregunté a mi amiga la marquesa.

Pero ella ya se había puesto una gabardina y estaba abriendo la puerta. Yo la seguí con las muletas.

Ciertamente, había un sendero pero en la oscuridad no se veía nada y, para dar con él, tuvimos que guiarnos por el brillo apenas perceptible de la nieve. Cuando entramos en el bosquecillo, a unos pasos del sanatorio, la oscuridad se volvió tan espesa como el propio bosque, pero al fondo atisbamos una luz muy brillante y nos dirigimos allí.

Se estaba bien y no hacía frío en el claro, la nieve no podía penetrar; las púas secas de los abetos formaban en el suelo una alfombra mullida y perfumada. Alrededor había bancos y el faro de acetileno de la moto llenaba aquella habitación vegetal de una luz cegadora la cual daba al uniforme de las enfermeras un brillo extraordinario. Todos estaban la mar de ebrios, se revolcaban por el mullido colchón de púas de abeto cantando canciones obscenas. Llevaban sus ropas habituales y el joven motorista se había quitado el turbante. Yo era el único que vestía el traje de carnaval, un arlequín extraviado en medio de la noche, entre la espesura de un bosque, a la luz de un reflector. ¿Qué buscaba allí? No lo sé, ni tampoco sé quién era yo, ni qué era aquella reunión ni aquella luz adonde habíamos ido a parar. A nuestro alrededor se cernía una oscuridad densa como un vino espeso y nosotros nos habíamos hecho un sitio en mitad de la noche, lo habíamos iluminado y nos habíamos cobijado en nuestro nido de luz mientras a nuestro alrededor el sopor y los sueños disueltos en las tinieblas filtraban lentamente el vino de la oscuridad en las copas craneanas de las personas que dormían y las emborrachaba con su alcohol fuerte de imágenes y visiones terribles. Y más allá, en una cama del sanatorio, yacía la «hermosa monja» alumbrada por una luz mortecina, en su velatorio nocturno, en una noche que se extinguía paulatinamente evaporándose en la oscuridad. En medio de aquella oscuridad se habían consumado y se habían evaporado muchas vidas, sin

embargo la oscuridad seguía siendo espesa y densa, sin ningún rastro de las vidas que se habían disuelto en ella.

Y allí estaba yo, con mis estrambóticas ropas de arlequín, en medio de la noche profunda, sí, profunda, porque en ella se ahogaban las vidas sin dejar rastro y yo no lo entendía, me esforzaba por entender algo pero no entendía nada.

Y cantaba una melodía y mi boca pronunciaba palabras, las mismas que cantaban los demás, pero no las entendía.

En aquella noche profunda se ahogaba también, sin dejar huella, nuestra canción. Era tarde y yo vestido con aquellas ropas ridículas a plena luz.

En la oscuridad se evaporan las vidas humanas, de la oscuridad vienen y por la oscuridad se expanden como el humo los sueños de los que duermen; en la oscuridad desaparece la realidad del día y todos los objetos que contiene, la oscuridad los absorbe y los disuelve. En el agua de la oscuridad sólo flotan los sonidos como leños gruesos, arrastrados por las olas, objetos audibles imposibles de palpar, un grito en la oscuridad, un alambre fino tendido que no se puede coger, un ronquido y pequeñas cáscaras de silencio caen de la noche a la oscuridad y llenan la habitación y no se pueden coger con la mano, no se puede coger un puñado de ronquidos, un puñado de cáscaras sonoras para echarlas a la zafa del agua, por ejemplo, como si fueran cáscaras de avellanas.

En la oscuridad, la materia se evade y realiza trucos de prestidigitador.

—Fíjense bien, por favor, nada en las manos, nada en los bolsillos...
Simplemente voy a encender una cerilla...

Y he aquí el armario, he aquí las sábanas, he aquí mi mano...

Hay distintas calidades de oscuridad, tienen distintas edades, igual que los estratos geológicos. Está la oscuridad porosa y ligera que antecede al sueño y que absorbe los rumores interiores y las palabras del cuerpo, al igual que una esponja el agua. Está la oscuridad del cine, que se desliza por cuerdas de luz y al final danza entre luces y sombras en una pantalla con acompañamiento musical. Y hay una oscuridad que no contiene nada, seca y dura como el carbón, que es la que está al final del pasillo por el que uno pasa después de haber inhalado cloroformo.

Después de las operaciones, les preguntan a los enfermos qué sensaciones han tenido y lo que han visto durante su sueño anestésico, cuando estaban tendidos en la mesa del quirófano. También a mí me lo preguntaron pero no pude decir nada, porque no sentí ni vi nada, ni montañas grises, ni silencios que resonasen en lo más hondo, ni amplios espacios sobre los que yo pudiera planear. Quizá no haya visto nada de eso porque me durmiera profundamente, mucho más que los otros enfermos. Lo que pasó fue lo siguiente: es bien sabido que en la mesa de operaciones todos los enfermos se resisten hasta que se duermen y no quieren inhalar el cloroformo. Pero cuando me tuvieron que anestesiar para operarme, ante la sorpresa de la doctora que me puso la mascarilla en la cara, empecé a aspirar con fuerza el anestésico, hasta el fondo de los pulmones, hasta agotarlo, como si hubiese tenido mucha sed y hubiese estado

esperando mucho rato el anestésico para poder aspirarlo. Había tanta violencia en mi deseo de absorber, en unos segundos, todo el contenido del balón que, seguramente para evitarme un síncope y porque al respirar muy fuerte se puede estropear el aparato, la doctora me quitó la mascarilla y me dijo: «más despacio, por favor respire más despacio porque puede estallar el balón. Es usted un enfermo extraordinario; por regla general, todos rechazan con repugnancia el cloroformo».

Pero la explicación era muy distinta y la mantenía oculta en mi interior. Cuando me enteré de que me iban a operar me dije: «he aquí una ocasión que ni pintada para acabar con tu vida de forma sencilla e indolora». Hacía tiempo que me martilleaba esta idea en la cabeza y se estaba convirtiendo en un deseo ardiente. En varias ocasiones había intentado suicidarme sin lograrlo. Era bastante cobarde. Necesitaba algo seguro, muy sencillo y que no produjera dolor.

«Cuando me den el cloroformo, lo aspiraré con fuerza, hasta una dosis que me mate. Es una muerte suave y fácil y nadie sabrá que me he suicidado», me decía yo.

Aquella oscuridad fue pesada, opaca y densa, pero no fue definitiva. Cuando me desperté, la habitación era oblicua, se había desplazado hasta casi formar un ángulo recto, y sólo al cabo de unos segundos recuperó su equilibrio, como en las películas que durante varios segundos la cámara cambia de posición y todo el paisaje se trastoca para, al momento siguiente, volver a su sitio.

Para mí, aquella oscuridad no fue suficiente y espero con una gran ansia, con calma y con una paciencia a veces exasperante, la oscuridad definitiva de la muerte.

Hasta entonces, lo que me queda en la vida es la noche y la lluvia; la noche por los sueños y su benefactora oscuridad, y la lluvia por su tranquilidad, por toda la tristeza y melancolía que surgen de las ráfagas de agua y por sus velos arrastrados por el viento y arrojados contra las ventanas, dejando en los cristales regueros petrificados en forma de raíces y árboles.

En mi ventana o más exactamente, en el compartimiento del tren donde me encuentro siempre que llueve, en ese cristal salpicado de gotas que no han tenido tiempo todavía de formar un reguero, en ese cristal empañado pero lo bastante transparente para poder ver a su través, de repelón, los campos grises y húmedos que giran y corren, los hilos del telégrafo que suben y bajan misteriosamente, y el humo de la locomotora azulada formando bucles finos, mojados por la lluvia y dispersos por el viento.

Los días soleados me escondo en una habitación sombría y duermo todo el día tapándome cabeza y todo con la cubierta y buscando la oscuridad, odio el sol. Cuando llueve, sólo entonces mi alma expresa su alegría abriéndose como una planta carnosa que necesita agua y se desarrolla en medio de la humedad.

Cuando llueve, viajo en compartimientos caldeados mientras el tren corre por los campos y las gotas empañan el cristal. Es mi viaje más habitual y más bonito. A veces me duermo en el tren y cuando me despierto es de noche, han encendido la luz y el tren pasa por estaciones pequeñas, con luces anémicas, empapadas de agua, con

los andenes relucientes y negros por el agua, con un jefe de estación de impermeable y gorra roja saludando al tren, saludando a la lluvia.

A los débiles rayos de las farolas aparecen y desaparecen a toda prisa los árboles con sus hojas amarillentas por el otoño, y las copas mustias de hojas ateridas de frío, repentinamente iluminadas, parecen aún más miserables y más esmirriadas, más otoñales, mientras las acacias que rodean la estación pasan la noche empañadas de agua hasta la raíz. Es otoño y mi viaje está durando muchos años, la lluvia no ha cesado nunca y el jefe de estación siempre está saludando y no se cansa.

Cuando llegue, será la estación más grande de la oscuridad.

Con el cochecito, en Berck, recorría kilómetros y kilómetros bajo la lluvia y por la cara me corrían regueros de agua como por una máscara de yeso que alguien hubiese querido lavar, mientras el resto del cuerpo tumbado en la camilla me lo cubría con una tela impermeable, metido dentro de una carpa íntima y de las dimensiones del cochecito, donde siempre estaba seco, hacía calor y olía a heno podrido y a rancio por la gruesa capa de grasa de las riendas.

Alrededor de la ciudad se extendían las dunas. Creo que todas las ciudades tienen sus zonas de silencio y soledad adonde acuden a desvariar los ilusos de la ciudad y los gitanos a montar sus tiendas.

Pero en las dunas que rodean Berck la soledad es arenosa, gibosa y espinosa; en las dunas crecen arbustos como espadas, cortantes y brillantes bajo la lluvia, y cardos de cabeza erizada y hojas gruesas. Cuando llueve, la extensión de las dunas parece interminable y desde la cima de una colina más alta, el mar gris de arbustos y matorrales se extiende como una mancha seca de lepra; entonces la soledad de alrededor se hace sensible, como el dolor en un hospital o el silencio en un cementerio; se siente que uno está viviendo en la soledad, el aire se vacía sin cesar y nos deja solos y desolados en medio de un paisaje sucio, húmedo y simple, como la ropa puesta a remojo. Y el cielo ya no existe, se ha convertido en una lluvia más condensada, algo más luminosa y consistente, que se extiende por encima de nuestras cabezas, es el techo de un invernadero calentito en el cual la humedad que necesitan las plantas ha crecido hasta empapar las paredes y llenar el aire de agua.

Hay soledades bajo la lluvia, en las afueras de la ciudad, y conocí una igual en mi ciudad natal, junto al río, en un vertedero de basura. Cuando pasaba por allí, los pies se me hundían dentro de aquella pasta asquerosa, hedionda y nauseabunda, de donde surgían la pata de una silla, una caja de hojalata con la tapa grotescamente abierta, un perro muerto durmiendo muy tranquilo en compañía de unos gusanos blancuzcos, que echaban a correr por todas partes cuando yo le daba la vuelta al cadáver, trozos de cinta de un bellissimo azul y alguna que otra planta con hojas que se nutrían de la putrefacción pero muy delicada para resistir cuando escarbaban los basureros... Todo ello restos y huellas de vida, como los de un buque hundido en aquella mar inmóvil y fangosa, humeando bajo la lluvia, y apestosa, ah, apestosa...

Creo que allí las chiquillas, mis amigas, habrían encontrado espléndidas cuentas

de collar. En mi niñez, vivía junto a una tienda de baratijas y vendían también cuentas de collar para los campesinos, sobre todo cuentas pequeñas y rojas, como gotas de sangre cuajada, o vidriosas como gotas de mercurio, o azules y gordas como los granos del cuello de un pavo. Todos los cubos de basura de los vecinos se alineaban en el patio común, junto a la pared, y allí iban, en busca de cuentas, las chiquillas, mis amigas, sobre todo al cubo del comerciante de baratijas cuando por las mañanas traía la basura después de barrer la tienda, porque el tendero era miope y, cuando vendía cuentas, siempre se le caían algunas al suelo, y las chiquillas escarbaban entre la porquería adonde iba también la mujer del tendero a tirar la cabeza y las patas de la gallina de la comida, y las tripas, collares un poco elásticos y húmedos pero espléndidos, con reflejos rojizos e irisados con matices azulados y, algunas veces, en relieve cuando el intestino todavía contenía granos sin digerir. Con los collares de tripas estaban mezcladas las cuentas de collar y las chiquillas revolvían con palos largos y sacaban con cuidado, cuando se veían, las bolitas relucientes.

Sin embargo, para encontrar otras más brillantes habrían tenido que ir a los vertederos de basura de las afueras de la ciudad. Había basura donde buscar cuentas durante toda una vida. Allí encontraba hombres sucios, con la gorra echada hacia atrás, revolviendo lentamente la basura con mucha atención.

Y aparecían objetos de metal, de madera podrida y, escarbando sin cesar, todo lo que hay en las casas y en las habitaciones donde la gente se pasa la vida cotidiana, los objetos más caros que compran en las tiendas y se llevan a casa envueltos en papel fino de seda para colocarlos en las estanterías, todas sus cosas caras y queridas, por las que ponen el grito en el cielo cuando algún sirviente las rompe, o desaparecen o se estropean, y los libros raros, los tapices y las estatuillas de porcelana, todo eso llegaba allí hecho pedazos, roto, estropeado, con un aspecto lamentable, mezclado con tripas hediondas y gusanos entre la basura que humeaba bajo la lluvia.

Todo lo que rodea la vida del hombre es para los gusanos y la basura, exactamente igual que su cuerpo; el hombre acaba en hedor con todo el cortejo de objetos delicados que lo han acompañado en vida.

Todo está destinado a la putrefacción y a la podredumbre, eso es lo que aprendí en el vertedero de basura, y esa enseñanza me entró hasta la médula, de modo que no le tengo apego a ningún objeto ni a mi cuerpo. Todo se pudrirá y luego será absorbido por la oscuridad, para siempre jamás.

Cuando empecé a sentirme más seguro con las muletas y a caminar mejor con ellas, mis paseos se prolongaron hasta el pueblo. Por fin creía que podría conocer mujeres espléndidas y a gente joven que le gustase las fiestas y las parrandas. Todo eso se cumplió en gran medida, pero de forma distinta a como yo lo había previsto.

Para entrar en los otros sanatorios, cualquier pretexto valía. Mi médico vivía en uno que estaba más hacia el valle, un sanatorio afamado, con muchos enfermos y el renombre de una sociedad selecta, y para entrar allí iba con una radiografía para

pedirle algunas aclaraciones al médico. Para llegar antes, tomaba un atajo que pasaba por el bosquecillo de al lado de mi sanatorio. Era un sendero estrecho bordeado de matorrales y muy en pendiente. Recuerdo estos pormenores porque, cierto día, aquel sendero me hizo ver con qué desesperación y con qué ferocidad salía en busca de mujeres guapas.

Era un día seco y soleado de primavera y habían venido al bosquecillo algunos enfermos desde el valle. Con las muletas bajo los sobacos, en ropa de paseo y la cabeza descubierta, bajaba la cuesta hacia el sanatorio de mi médico. Estaba tan obsesionado por la idea de entrar en habitaciones ajenas, aunque yo tenía la sensación de estar tranquilo, que, a mitad del camino, vi aparecer a un niño con su madre y me resultó imposible reparar en ellos, aunque se veían muy bien de lejos. Sin embargo, sí que me di cuenta perfectamente de mi estado de salvaje excitación cuando estuve cerca de ellos y la madre me vio y me miró a los ojos con una mirada llena de miedo; entonces le dio un brusco tirón a su hijo y se salieron del sendero metiéndose entre los matorrales para dejarme el paso libre, como si fuera un coche o una fiera desbocada. En aquel momento, me di cuenta de que, realmente, estaba desbocado y de que bajaba como un torbellino, a enormes zancadas, con las mejillas congestionadas y el pelo revuelto, como un borracho embrutecido por la bebida. Estaba embrutecido por mi alcohol interior.

Cuando llegué al sanatorio al que me dirigía y abrí la puerta, el cristal chirriaba y yo pensaba que lo hacía porque no estaba bien colocado en el marco, pero aquella tarde descubrí que el temblor del cristal era una prolongación mayor y más sonora del temblor de mis manos.

En el sanatorio no le pregunté a nadie por el médico para poder andar a mis anchas por pisos y pasillos en busca de huéspedes con los que charlar. Pero un día, descubrí algo que no me esperaba y que parecía haber sido hecho expresamente para mí (eran muchas las cosas que me parecían hechas para mí...).

En un pasillo, vi sobre una puerta un cartel escrito a mano con un grueso lápiz azul:

DÉSIRONS VISITES
WANTED CALLERS

Y lo mismo en otras dos lenguas que me resultaban completamente desconocidas.

Era lo que yo estaba deseando, hacer visitas.

Por un momento, me imaginé frente a la puerta, antes de llamar, y que dentro iba a encontrar un monumento de mujer, mi sueño.

Sin embargo, en la habitación yacía, medio incorporado entre almohadas, un caballero miope con gafas de cristales muy gruesos y montura de acero cabalgando sobre su nariz, el cual estaba hojeando con suma atención un enorme libro. Era un libro de derecho mercantil danés, y me dijo, en cuanto nos presentamos, que era

abogado en Copenhague, que estaba casi curado y que se aburría de muerte, razón por la que había puesto el anuncio en la puerta. Me había pillado y no podía abandonar la habitación tan pronto como me hubiese gustado, por lo que tuve que escuchar la historia detallada de su enfermedad, con voz gangosa porque lo habían operado de la nariz y aún tenía tapados los orificios con sendos algodones. Al final, mi paciencia obtuvo su recompensa porque, en el momento en el que me disponía a marcharme, entró en el cuarto una muchacha joven, de otro sanatorio, danesa también, que venía con frecuencia a ver a su compatriota y a intercambiar los periódicos y revistas que recibían. Era una joven rubia, de cabellos de oro, estupenda y escultural, llevaba un vestido largo y un echarpe de seda alrededor de las caderas, una seda tan amarilla como su pelo, tenía los ojos verdes, de un verde intensísimo, manos finas, chapurreaba el francés y en unos segundos me quedé prendado de ella.

Me dijo dónde estaba, no lejos de allí, y que no tenía amigos. Le pedí permiso para visitarla de vez en cuando, a lo que ella accedió con mucho gusto.

Le dije que iría al día siguiente.

Toda la noche estuve pensando en ella. En efecto, toda la noche, porque me dolía terriblemente una cadera y tenía fiebre. Me preocupaba el no poder ir a verla.

A la mañana siguiente caía una espesa nevada, el cielo estaba cubierto y en el sendero que conducía hasta el apeadero del funicular la nieve formaba una gruesa capa. La cabeza me zumbaba de fiebre y las cosas giraban a mi alrededor, como en mi infancia cuando iba a patinar al lago y giraba y giraba una y otra vez hasta que me caía mareado, mientras la gente seguía dando vueltas lentamente a mi alrededor como una placa de gramófono, conmigo en el centro. Y el costado me dolía cada vez más, se me había formado un endurecimiento que me impedía andar con normalidad, tenía las mejillas ardiendo y estaba bañado en sudor. A pesar de todo, y de lo mal que me sentía, cogí las muletas y salí hacia el funicular. A mi alrededor caía la nieve, la luz era débil y yo marchaba entre copos que se me pegaban a la cara y se fundían por su ardor produciéndome un estremecimiento de frío. Era un sendero que subía entre abetos y jadeaba penosamente por querer subir más deprisa. Pero cuando llegué al apeadero, acababa de arrancar el funicular y se estaba metiendo en el túnel, que empezaba allí mismo. Creo que al jefe de estación se le rompió el corazón cuando vio mi expresión de tristeza por haber llegado tarde. Entonces, dio un pitido estridente en el túnel y el funicular se paró en medio de la oscuridad. Con ciertas dificultades y orientándome por la luz roja de la parte trasera del vagón, llegué hasta allí y me metí en un compartimiento. Dejé reposar mis huesos sobre la banqueta y, cuando el funicular volvió a salir, me embargó un dulce torpor y me quedé dormido en seguida, pero cuidando de bajarme en la estación que debía. Sin embargo, el torpor fue más fuerte y me desperté después de pasar la estación, dándome cuenta de que había descendido más de lo necesario. Pero ya era demasiado tarde y no podía parar el funicular, así que tenía que bajar en el valle y luego subir despacio hasta la clínica de la muchacha a la que quería ver.

Creo que todos estos detalles podrán bosquejar, del modo más exacto posible, mi estado de ánimo y el terrible cansancio que me embargaba. Sobre todo era aquel trecho de camino que tenía que subir inútilmente y que me había agotado y enrabiado mucho. Finalmente, cuando entré en el sanatorio me dijeron que la muchacha que yo buscaba no estaba allí. Me puse muy furioso pues eso sí que no me lo esperaba, ya que aquella misma mañana la había llamado por teléfono preguntándole si podía ir y me respondió que me esperaba «encantada». Con gran amargura abrí la puerta del sanatorio y me dispuse a irme pero, en ese mismo momento, apareció en el umbral la danesa con un pequeño paquete en la mano.

—Perdóneme, por favor, he dado un salto hasta la confitería para ver qué podríamos tomar con el té...

Y me empujó adentro, me quitó la bufanda y el abrigo y me frotó las manos para calentármelas. Se mostró muy expansiva y amigable.

En un segundo me contagió su franqueza y se me olvidaron casi todas mis penalidades. La habitación adonde me llevó olía a buen té y a lavanda; por el cristal de la ventana se veían a lo lejos las montañas cubiertas de nieve. Toda la habitación tenía un aire teatral y decorativo, la cubierta de seda negra de la cama y las paredes azul claro, de suerte que el cuarto parecía un decorado de teatro. Me daban ganas de decir, como lo hacía antaño con un amigo de la infancia con el que solía jugar a hacer teatro:

—¡Ah, querido barón! ¿Se acuerda cuando en 1896, me parece que era en Menton, tomábamos el té en casa de la marquesa de Villemesson, en su villa, eh? Por cierto, ¿sabe algo de ella?

La joven me invitó a tenderme en la cama para descansar y estar más cómodo, pero cuando me eché advertí que no habría podido representar ninguna pieza imaginaria porque no tenía ni calma ni seguridad. Estaba terriblemente cansado y justo en ese momento era consciente de ello. Todo el agotamiento y el nerviosismo del camino se precipitaban entonces sobre mí y mi cuerpo entero hervía a pequeños borbotones, como el agua en una olla tapada. En los brazos, en las fibras de los músculos, en la cabeza, en el pecho, en los dedos de los pies, en todas partes borbollaba un líquido denso y pesado como nunca había sentido antes. En química existe un agua más pesada que la corriente, con propiedades especiales y que se llama, precisamente por ello, «agua pesada».

Pues bien, creo que mi sangre se había transformado en «sangre pesada». Me entraban ganas de dormir pero no habría podido ni cerrar los ojos a pesar de todo mi cansancio, porque el torpor que me embargaba estaba mezclado en partes iguales con una enorme irritación, con una gran ansia de agitarme, de hablar, de gesticular con las manos y con las piernas, quizá de andar, y seguro que habría andado si el dolor de la cadera inflamada no me hubiese tenido clavado en el sitio. Entonces pensé que había hecho un esfuerzo demasiado grande y demasiado doloroso para ir a tomar un té con bizcochos aunque fuera en compañía de una chica guapa de ojos verdes y pelo rubio

pajizo. Yo necesitaba más, me merecía más, esa era mi conclusión.

Cuando se sentó junto a mí, al borde de la cama y me preguntó si me sentía bien, le cogí las manos y se las besé y, acto seguido, la atraje hacia mí. Creo que mis gestos eran tan rápidos y febriles que no podían dejar lugar a dudas. Y mi sorpresa fue mayúscula porque la muchacha no protestó ni siquiera cuando empecé a desnudarla. Eso me lo merecía, me lo merecía todo. A los pocos momentos sólo llevaba encima su larga camisa de seda gruesa y muy agradable al tacto. Y tendida en la cama, a mi lado, mi frenesí interior encontraba en aquel cuerpo ajeno un recipiente donde volcar la irritación y los dolores contenidos en el mío. Cada vez que la acariciaba, cada vez que besaba su piel fina, lozana y un poco fría, sentía que mis hervores bajaban de intensidad hasta alcanzar una completa calma.

Cuando abrí los ojos ya era de noche; la muchacha estaba vestida con otra ropa, mi sueño había durado varias horas.

—Vaya, hombre, debería darte vergüenza... Quedarte dormido teniendo al lado una chica desnuda —dijo con una risita.

Todo el cansancio me había abandonado pero me había dejado flácido e inerte, como una muñeca de trapo, y me había sumergido en un letargo pesado y sin sueños.

Los días que siguieron continué yendo a su cuarto y ella se desnudaba con admirable docilidad, sin cansarse nunca y siempre llena de sorpresas para mí.

Por fin había encontrado a la chica guapa con la que llevaba soñando años enteros, inmovilizado en la escayola.

Cuando me paseaba por el sanatorio, todo lo relacionaba con ella. Si el chico de servicio estaba limpiando el suelo del pasillo y no se apartaba cuando yo pasaba, decía para mis adentros no sin cierto orgullo:

«Si tú supieras qué mujer tan guapa veo desnuda todas las tardes, eh...».

Y si algún eco, en un lugar recóndito de mi interior, quería iniciar un diálogo:

«A lo mejor no le interesaría... Pertenece a una sociedad de templanza».

Otro eco le contestaba:

«Ah, pues por eso precisamente».

Además, todo lo que hacía era con el pensamiento puesto en ella. Ahora me paseaba por los pasillos con un orgulloso aburrimento, sabía que una muchacha espléndida, fantástica, me estaba esperando desnuda, y que todo lo que tocara, todo lo que hiciera, acabaría fundiéndose a la luz extraordinaria de esa desnudez.

Me pidió que le diese un nombre y yo le decía «Sencilla» y más tarde se lo abrevié en Se. Su verdadero nombre era Gerta, pero yo nunca la llamé así.

Cuando llegaron las lluvias de primavera y se fundieron las nieves, tenía que atravesar un barrizal espeso y pastoso para ir a su sanatorio, hasta el punto de que llegaba sucio y cansado y, cuando me quitaba los pantalones, me tiraba en la cama para gozar de las delicias del descanso, antes que nada.

—¿Sabes que dentro de unas semanas me voy? —me dijo una tarde—. Mi médico me ha dicho que estoy curada, vuelvo a Copenhague y mi prometido vendrá

para acompañarme.

—¿Estás curada? ¿Estás prometida? —yo hacía preguntas pero no sabía de qué quería enterarme primero.

—Lo uno y lo otro... Observo que nunca me has preguntado por qué estoy en Leysin, y seguramente no te habría interesado de no haberte dicho que tengo que irme... Sí, curada y prometida... Curada después de una operación muy grave de peritonitis... Has visto la señal que tengo en el vientre y nunca me has preguntado la causa.

—Ah, bueno, es que cuando te miro el vientre desnudo pienso en algo muy distinto.

—Vale, vale —dijo con una risita—. En cuanto al novio, puedo enseñártelo. — Me trajo una fotografía grande, enmarca— da, en la que un joven rubio y soñador miraba con ojos claros una luz que venía desde abajo—. Para hacer más sencillas las cosas, la guardo en el baúl.

—Realmente, eres Sencilla... ¿Y cuándo dices que viene?

—Dentro de unos días, se quedará aquí un mes conmigo... Entonces, claro está, no nos podremos ver como ahora... En fin, ya me entiendes... Estoy prometida.

Y lo decía con mucha firmeza. Era eso una manera de entender las cosas.

Sin embargo, me imaginaba que su novio no se pasaría todo el tiempo con ella, que haría excursiones y nos dejaría solos.

Los días que siguieron a la llegada de su novio ni me telefoneó ni me mandó ningún billete, pero un día me comunicó que, esa misma tarde, iba a venir con su novio a visitarme a mi sanatorio para tomar el té juntos.

Era un día hermoso y soleado y pensé en quedarnos en la terraza, porque había mucho espacio. Llamé también a un amigo que tenía que estar tendido y no había suficiente espacio en la habitación para todos.

Todos estábamos muy contentos y de muy buen humor, el novio era un jugador empedernido de ajedrez y le propuse que echara una partida con el inglés y ambos se enfrascaron en el juego. Me quedé solo con Se y, pretextando enseñarle un grabado, la llevé a mi cuarto, cerré la puerta y quise besarla, pero ella me rechazó de forma brutal y decidida.

—¿Qué quieres? —preguntó con estupor—. Sabes muy bien que estoy prometida y que mi novio está aquí... Quedemos como amigos... Y nada más...

—Bueno, pero cuando estabais lejos el uno del otro, ¿no estabais también prometidos?

—Exacto, pero estábamos lejos, a miles de kilómetros y la fuerza del noviazgo se disuelve en el aire cuando se está a una distancia tan grande. Para eso existen las cartas, que traen consigo, de vez en cuando, un poco de «noviazgo concentrado», y los días que llegaban las cartas no te recibía... Dejaba pasar un día y la carta perdía su vigor y su perfume como una flor cuyo aroma se va debilitando cada vez más hasta que se evapora del todo.

Aquellos días supe por primera vez lo que eran los celos y, pese a que las explicaciones de mi «amiga» eran claras y lógicas, no me contentaron. Creo que tuve unas crisis mucho más intensas y dolorosas que las del sufrimiento físico. Para hablar de ellas he contado esta historia, porque me parece que una de las cosas más asombrosas del mundo y de la vida humana es que se produzca, en ese tibio amasijo de músculos, intestinos y sangre que es un hombre, un sufrimiento que no tiene relación con ellos, ni proviene de ninguna alteración orgánica externa, que no se puede ver ni tocar ya que se produce en la oscuridad interior de la nada y lo somete todo a terribles sufrimientos que no tienen un solo átomo de materia en su constitución. Es asombroso y demencial. Creo que la vida humana es trágica por esa nada que nos puede hacer sufrir tan amargamente y que es aceptable cuando, por un momento, otra nada distinta nos aparta de la que nos está haciendo sufrir. Y así es como vivimos todos los días de nuestra existencia, en medio de esa nada sensible, con sus dolorosas contracciones e irreversibles malentendidos. En ese vacío, creamos sentimientos que son otras parcelas de vacío y que sólo existen en nuestro espacio incorpóreo interior, y creemos estar viviendo en el mundo cuando, en realidad, vivimos en ese vacío que todo lo absorbe y para siempre.

Todo lo que hacemos y todo lo que pensamos desaparece en el aire definitivamente, a perpetuidad.

En el aire desaparecen nuestros actos sin dejar rastro; levanto la mano y, finalizada la acción, el aire se recompone en seguida y sigue siendo tan límpido e indiferente como si nada lo hubiese perturbado.

Tomemos un magnífico árbol, un árbol viejo y frondoso que durante más de cien años está extendiendo sus ramas para abarcar el mayor volumen posible de aire, cada vez es más alto y más ancho. Y cuando lo talan por la base y el árbol entero se derrumba con todo su imperio de hojas y de susurros, en el aire, en el lugar que ocupaba, no ha quedado nada que pueda recordar aquel esfuerzo centenario, ese trabajo vegetal de cien años para llevar la savia hasta la copa, para crear un manto de sombra de millares de hojas y para construir una rica y variada enramada. En el aire no ha quedado nada.

Cuando vayáis por la calle, mirad a vuestro alrededor y comprobaréis que en el aire no queda nada.

Cuando os calléis después de haber hablado, en el aire no queda nada de lo que hayáis dicho.

En esta transparencia, mucho más herméticamente cerrada que una celda, nos debatimos y se evaporan todos nuestros actos.

Todo cuanto hacemos, todo cuanto vivimos, se funde en el aire y este se recompone sin dejar huellas. Toda la claridad del mundo absorbe nuestra vida.

Sin embargo, en medio de este vacío actúa, en un lugar oculto del cuerpo, algo que produce dolor y sufrimiento sin tocar nada corpóreo; son los pensamientos y sentimientos venidos de la nada, que son nada pero que torturan este cuerpo interior

que se prepara también a desaparecer y a disolverse en el aire.

Una de las cosas que más estupor me causa en este mundo, habida cuenta de estas condiciones, es que pueda haber algo llamado celos, que no se pueden ver ni tocar. Y algo llamado amor, y también el dolor, todos ellos venidos de la nada, pero que nos arrancan la carne a pedazos y dejan nuestro interior chorreando sangre.

Y ese estupor también se disolverá en el aire.

Más que una sucesión de acontecimientos, la relación de mis recuerdos y pensamientos debería ser una sucesión de habitaciones con distinta iluminación, la mayoría de ellas tristes y nostálgicas, habitaciones bañadas por luz de lluvia, donde yacía con los ojos abiertos, viendo pasar la vida por mi cuerpo fofo e inerte, con la conciencia gris y la sensación de no existir.

De la larga serie de habitaciones de sanatorio donde he vivido, quizá la más triste y patética sea la del Mar Negro donde, cuando volví del extranjero, tuve que estar varios meses.

Era un sanatorio grande que funcionaba como una fábrica. Nos levantábamos, comíamos y nos íbamos a dormir a toque de campana. Durante todo el día zumbaban los timbres de los quirófanos, donde entraban y salían sin interrupción carritos, como en un laboratorio donde se transformase, reparase y mejorase la materia humana. En otras salas, otros ingenieros, quiero decir otros médicos, con ayudantes vestidas de blanco, hacían escayolas, mientras al fondo de un pasillo, en un cuarto donde estaba instalado un aparato niquelado lleno de cables y de tornillos —como una inmensa rotativa—, se metían cuerpos tendidos para radiografías, exactamente igual que en una fundición se mete el material en el horno.

Y todo sucedía en silencio, con movimientos cortos y murmullos roncros.

Los meses de verano, los enfermos se alineaban desnudos en una terraza, frente al sol y al mar, para broncearse. En mi infancia, pasé unos años extraordinarios en casa de mi abuelo que, en las afueras de una ciudad de provincias, tenía una alfarería donde hacía toda clase de vasijas de barro, que transportaban en grandes carretas para venderlas en las ferias de los pueblos aledaños. Me gustaba deambular yo solo por la alfarería y llegué a conocerla bastante bien. Fuera del local, sacaban los cacharros para secarse al sol y cuando vi por primera vez a los enfermos, uno al lado del otro, en la terraza del sanatorio, con los cuerpos quemados por el sol, tostados, del color del barro cocido, me acordé de las vasijas que se secaban en la puerta de la alfarería de mi abuelo.

También en el sanatorio había cacharros secándose al sol, pero cacharros rotos y reparados con yeso.

Los enfermos pasaban todo el día en la terraza y sólo entraban para comer y acostarse.

Por las noches, los colocaban en una gran sala en la parte de atrás de la terraza y bastaba con abrir las puertas para encontrarse al sol y al aire libre, sobre el acantilado, a unos pocos metros por encima del nivel del mar.

Era una especie de invernadero largo, de establo con muchas puertas, todas ellas de cristal por donde entraba una luz más agresiva y fría que la de afuera. Al fondo, una larga pared pintada totalmente de blanco. Los enfermos estaban alineados junto a la pared, de punta a punta, en sus carritos, pegados uno al lado del otro. Delante, los carritos apenas si dejaban un estrecho pasillo hasta las puertas de cristales pues sólo los separaban unos cuantos pasos. Detrás, un corredor blanquecino hasta la pared. En

medio, enfermos a rebosar y una algarabía ensordecedora.

Creo que habría más de trescientos carritos. En una punta, dos biombos de tela fina separaban a los pocos adultos, hombres y mujeres, creando espacios restringidos para ellos.

La primera noche, tras la tonificante cura de aire libre que hice fuera, en el acantilado, todo el día a la sombra, traté de dormir con todos los demás enfermos en aquel invernadero, sobre todo porque aquella noche se había levantado un fuerte viento que nos impedía dormir fuera a los que lo habíamos deseado.

Para mantener un ambiente caldeado, se cerraron todas las puertas. De repente, en el invernadero estalló un enorme alboroto producido por las voces, cuchicheos, toses, respiraciones y cantos de trescientos niños. Sobre todo esto último, los cantos. Cuando acabó la cena, un coro se puso a cantar canciones desagradables, con conocidos estribillos de taberna; eran trescientas voces entonándolas a coro a grito pelado, algo imposible de describir, un coro de rugidos, como una violenta tormenta sonora.

Creía que las paredes se venían abajo, como un edificio que no aguanta más, que se hundiría el techo y que los cristales de las puertas saltarían hechos añicos ante aquella avalancha de ruidos que se volvían más y más amenazadores.

Eso me habría parecido soportable si todo aquel estruendo no hubiese tenido la finalidad esencial de tapar otros ruidos menos sonoros y de una procedencia bien distinta. Era una especie de cortina para ocultar el gruñido de tripas y los cólicos de trescientos niños que, por la noche, antes de acostarse, todos al mismo tiempo, aliviaban sus intestinos.

En pocos minutos, una tormenta de olores nauseabundos y asfixiantes acompañó a la musical. ¡Conque era eso! Quizá los oídos tengan una resistencia a prueba de bombas, quizá puedan soportar todo el jaleo de canciones que los inundaban, pero estoy seguro de que ninguna nariz podría absorber las toneladas de pestilencia, las cisternas de olor fétido que inundaban constantemente el invernadero, expelidas con la misma furia con que de la boca salían los cantos.

Confieso que todo me habría parecido soportable excepto eso por lo que pedí dormir en el edificio del sanatorio y acudir a la cura, a la terraza, sólo durante el día, lo cual, con mucha benevolencia —en aquel sanatorio la había y en cantidad— se me concedió.

Muy pronto, me hice amigo de los niños enfermos y algunos de ellos venían a verme para que leyese los versos que escribían o para enseñarme sus álbumes de sellos en los que yo ponía los que había en las cartas que recibía del extranjero.

Era un sanatorio tranquilo donde llevaba una vida reposada aunque, no obstante, conocí momentos de terror, de desesperación y de gran amargura.

Vivía en una atmósfera alucinante y delirante.

Había una habitación pequeña en la planta, al final del pasillo, con vistas al mar.

Cuando abría la ventana y miraba al horizonte marino, teniendo a mis espaldas el inmenso edificio del sanatorio, aquella habitación me parecía el promontorio de una costa rocosa batido por las olas y los vientos —y cuando las rachas de viento rodeaban el edificio silbaban alrededor de la habitación como un coro de siniestros aullidos—, aquel cuarto me parecía un promontorio o una cabina de mando en la que yo estaba al timón y pilotaba el sanatorio entre las olas, como un inmenso navío, en medio de la noche y de la tempestad.

Era la única habitación que me podían dar para estar solo y no presentaba condiciones de habitabilidad. Antes de instalarme en ella la utilizaban para almacenar la ropa sucia, los utensilios de las mujeres de servicio y ratoneras, sobre todo esto último.

Cuando pedí ese cuartito me miraron como si estuviera loco y me advirtieron que era muy pequeña y muy fría y, especialmente, que había muchos ratones. Realmente era un nido de ratones y, cuando abrí la puerta por vez primera, un puñado de ellos echaron a correr por todos los lados chillando para luego desaparecer por los numerosos agujeros en la pared, junto al suelo. Se acercaba el invierno; hasta entonces había aguantado como había podido en el sanatorio en una habitación compartida pero el ansia de soledad acabó por vencerme e hice insistentes peticiones hasta que me concedieron el cuartito. Yo aducía que, en realidad, se trataba simplemente de tapar los agujeros por donde salían los ratones, poner en la habitación un armario y una mesita, pintarla, limpiar los cristales y traer mi carrito. Todo eso se hacía en un día.

Con ruegos e insistencia, se hicieron las cosas como yo deseaba y ahora recuerdo la inmensa alegría que sentí la primera noche que pasé en mi lecho, en aquella habitación recién pintada, yo solo, completamente solo.

Alrededor del edificio aullaban los vientos, en el puerto, a lo lejos, las sirenas rugían, la mar bramaba, yo tenía la sensación de estar flotando sobre la tormenta, en plena noche, liberado de los hombres y de los sanatorios... En la habitación hacía un frío tremendo y el radiador no se calentaba porque hasta aquel rincón perdido del sanatorio el agua caliente tenía dificultades para llegar.

Tenía frío y aullaba el viento, ¡pero qué a gusto me sentía!

Para darme un placer que había anhelado durante meses de abstinencia alcohólica, destapé una botella de vino que había traído a escondidas y me la bebí casi toda. Era un vino de la zona, con sabor a estepa, un poco áspero y fuerte, lo bastante fuerte para atontar a alguien que no estuviera acostumbrado a él.

Cuando vacié la botella seguía suspendido en el aire, pero como una placa de gramófono que gira sin cesar gruñendo una pequeña melodía lejana, adormecedora y difícil de entender.

Era como si la habitación también hubiese bebido.

En el puerto, la sirena daba largos aullidos como una fiera herida, se detenía y luego volvía a aullar desde lo más hondo de sus pulmones metálicos.

Cuando apagué la luz, la habitación pareció darse la vuelta de repente, pero no era un simple vuelco, sino una especie de caída caótica en el vacío. Las paredes se volvieron permeables y por ellas se filtraba en el espacio toda la materia de la habitación y toda mi materia humana; ni la habitación ni yo pesábamos ya nada.

Yo era un bramido abierto, la habitación un bramido cúbico con paredes de tinieblas, sonoras y efímeras, y yo un bramido interior y bien definido como una gota de aceite flotando en el bramido exterior.

¿Cuánto tiempo permanecí así? Quizá una hora, quizá varias. Seguramente me dormí pero aquel sueño era una continuación de la tormenta que se estaba produciendo fuera de mí.

Cuando sentí un pinchazo en el párpado supuse que alguno de los elementos desatados había tomado la forma exacta de esa sensación violenta y, durante unos segundos, mientras seguía sintiendo pinchazos en el mismo sitio y con la misma intensidad, elaboré rápidamente distintas hipótesis. Recuerdo muy bien una de ellas: un cirujano vestido totalmente de blanco me estaba clavando en el ojo un bisturí afilado y brillante, como si quisiera atravesarlo con un puñal. Creo que en un segundo me expliqué la presencia del cirujano y la operación que estaba llevando a cabo. Yo estaba afectado de una grave infección y era menester hacer un drenaje por el ojo, no se podía esperar. Y cuando desperté, busqué al cirujano en la oscuridad. Pero en aquel momento, sentí un ligero roce en la cara y, cuando alargué la mano, toqué algo blando que en seguida se me escapó.

Con la otra mano encendí la luz y entonces vi corriendo por el borde de la cubierta al ratoncito que me había roído el párpado. Al mismo tiempo, otros ratones asustados y atontados por la luz corrían por la cubierta y bajaban al suelo deslizándose por las ruedas del carrito.

En la soledad de la habitación, aturdido y con la cabeza cargada de sueños y de los vapores del vino, en aquella habitación donde al principio no se movía nada, aquello me pareció de lo más cómico. No tengo muy claro dónde residía la comicidad, supongo que en la rapidez de movimientos con la que se volteaban aquellas bolitas vivientes que eran los ratones, la velocidad con la que salían pitando... Me entraban ganas de reírme, me hacía mucha gracia, muchísima, y me puse a buscar a los ratones por el suelo, primero mirando atentamente debajo del carrito, luego, bajé de la cama y recorrí la habitación arrastrándome por el piso frío.

Al pie de la pared, los agujeros que habían sido tapados estaban casi todos abiertos otra vez y aparecían redondos, bien grandes y negros. «Bonitos», dije para mis adentros, y valoré los agujeros de la misma forma que el médico me valoraba las fístulas diciendo: «Bonita fístula, roja, redonda y bien grande...».

Con un palito hurgué en los agujeros pero no se oía nada ni ningún ratón respondía a mi llamada. El piso de cemento estaba terriblemente frío, tanto que me hacía tiritar y, al mismo tiempo, la habitación vista desde el suelo me parecía tener rincones desconocidos, era una auténtica expedición a regiones fantásticas. Frente a

mí, los agujeros, aquellos agujeros negros y redondos abrían unos ojos de tinieblas. Parecían mirarme desde sus cuencas vacías. Y yo me quedé mudo de estupor mirándolos a ellos. Ante mí había en verdad dos órbitas cavernosas, como si me encontrase en el interior de un cráneo hueco mirando hacia afuera a través de las órbitas descarnadas. ¡Ajajá, conque era eso! De pronto lo recordé todo. ¿Dónde había tenido antes la cabeza? Un día de primavera, lejos de la ciudad, en el campo, en pleno deshielo, entre basuras y carroñas humeando al sol, descubrí un caballo muerto que había sido devorado por los lobos en el invierno y que entonces se pudría al aire tibio y húmedo de la primavera en medio del zumbido de un millón de moscas y gusanos que bullían en su interior.

Todo era sucio y hediondo, carnes verdes putrefactas de las que salía un líquido viscoso, pero la cabeza, ah, la cabeza, era espléndida, como de marfil, blanca del todo. Los gusanos la habían atacado lo primero, habían roído la piel hasta el hueso dejando un cráneo majestuoso con los grandes dientes amarillos al descubierto, un hermoso y artístico bibelot digno de figurar en una vitrina junto a porcelanas finas y caros marfiles. Las cuencas vacías de los ojos miraban al sol alucinante y al campo en descomposición. Era un cráneo tan liso y bello que parecía dibujado; en efecto, se veían todas las juntas entre los distintos huesos como un bonito trazo caligráfico hecho con una destreza y una finura rayanas en la perfección.

¿Cómo no había pensado en eso?

Esos eran los agujeros negros que me miraban, me miraban desde el interior del cráneo.

Yo estaba dentro del cráneo, del cráneo del caballo, dentro del espléndido vacío de sus huesos descarnados. ¿Era mi habitación una habitación como las demás? ¿Las grietas de las paredes eran auténticas grietas? Donde quiera que mirase encontraba el cráneo, el interior de huesos y marfil y las grietas de la pared no eran sino las juntas que unían los huesos. Y aquella hilera de objetos amarillos y largos que me sonreían con una siniestra mueca, ¿eran libros o dientes? Eran dientes, en efecto, los dientes del caballo, y yo estaba en el cráneo, dentro de su cráneo.

A mis espaldas, a lo lejos, se extendía la carroña putrefacta. El sanatorio estaba allí tirado, en plena descomposición. Con las costillas fuera, crepitando por los insectos y gusanos que roían su carroña. Y no sólo lo roían los gusanos, también lo habían invadido los ratones y roían con gran contento su carnaza, roían el sanatorio pútrido, lleno de pus y de carnes podridas, olvidado en medio de la tormenta, del graznido de los cuervos y del aullido de los vientos.

Yo estaba tirado en el piso, tiritando de frío y sin saber lo que hacer.

Cronología

1909. 9 de septiembre. Nace en Botoșani (Moldavia) Max Blecher, hijo de un comerciante judío de porcelanas.

1928. Siendo estudiante de medicina en París se le diagnostica el mal de Pott (tuberculosis ósea). Se interna en el sanatorio de Berck-sur-Mer (Francia), donde permaneció tres años. Más tarde irá a sanatorios de Leysin (Suiza) y Brașov y Techirghiol (Rumania).

1930. Debuta en la literatura publicando prosa breve en la revista *billetes de papagayo*, del poeta rumano Tudor Arghezi. Colabora en las revistas parisinas *Le Surréalisme au service de la Révolution* y *Les Feuilles Inutiles*. Mantiene correspondencia con André Breton, André Gide, Martin Heidegger, Llarie Voronca, Geo Bogza, Mihail Sebastian, Sașa Pană.

1934. Aparece su libro de poesía *Cuerpo transparente*. Publica en Rumania traducciones de Guillaume Apollinaire.

1935. Se instala en casa de su hermana y su cuñado en las afueras de Roman (Moldavia). Inmóvil en su lecho, colabora intensamente en distintas revistas literarias rumanas. Gran admirador de Salvador Dalí, también se dedica a hacer dibujos impregnados del espíritu surrealista.

1936. Publica la novela *Acontecimientos de la irrealidad inmediata*, una de las cumbres de la literatura surrealista, texto que anticipa el existencialismo. El libro tuvo un enorme éxito de crítica. Recibió una elogiosísima reseña, entre otros, por parte del entonces crítico literario Eugen Ionescu (más tarde Eugène Ionesco).

1937. Publica la novela *Corazones cicatrizados*, estremecedor testimonio de sus vivencias en la ciudad sanatorio de Berck-sur-Mer.

1938. 31 de mayo. Muere Max Blecher en su casa de Roman.

1947. Sașa Pană prepara la publicación póstuma de la novela *La guarida iluminada*, cuyo manuscrito le había entregado el padre de Blecher al morir éste, en una edición que comprendiese la obra completa de Max Blecher. Los acontecimientos políticos del país abortaron la publicación cuando estaba ya programada. Blecher es silenciado en Rumania durante más de dos décadas por incompatibilidad de su literatura con los valores estéticos del nuevo régimen comunista.

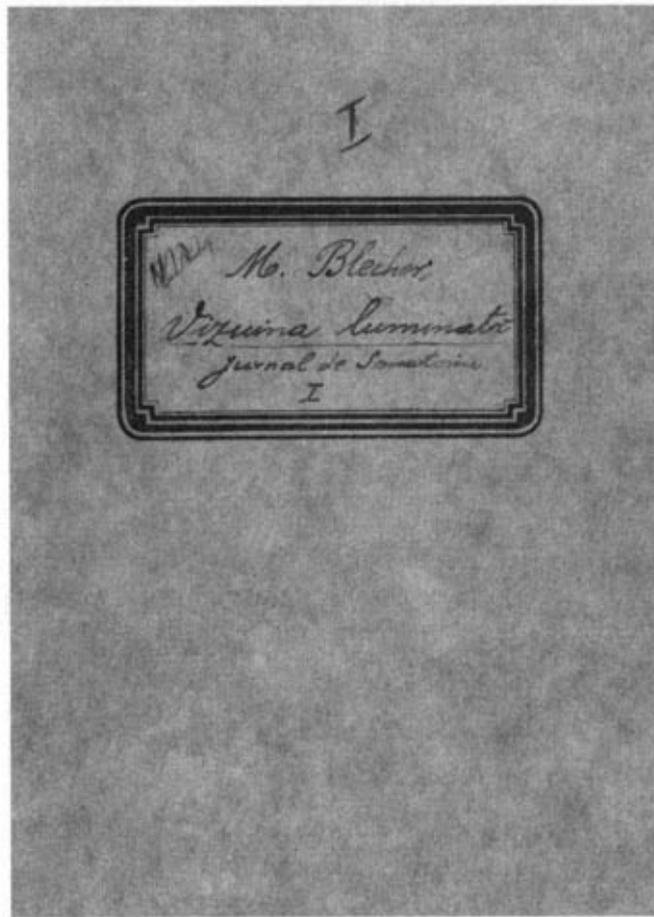
1970. Coincidiendo con un periodo de relativa «apertura», se publican en la editorial Minerva, de Bucarest, *Acontecimientos de la irrealidad inmediata* y *Corazones cicatrizados*, al cuidado de Dinu Pillat.

1971. Se publica en la editorial Cartea Românească de Bucarest la novela *La guarida iluminada*, al cuidado de Sașa Pană. La acompañan la prosa breve, poemas, correspondencia, ensayos, traducciones, etc., con lo que se completa la obra del autor. A partir de ahí, otra vez el nombre de Blecher vuelve a sepultarse en el silencio hasta la caída del régimen ceausista. Posteriormente se multiplican en Rumania la edición de sus obras y los estudios monográficos consagrados a ellas.

1972. Se traducen al francés *Acontecimientos de la irrealidad inmediata* y *La guarida iluminada*, publicándose en la editorial «Maurice Nadeau»; la edición se agotó en pocas semanas. Volvió a reeditarse en 1989.

2003-2005. Algunos de sus poemas y textos breves aparecen en revistas literarias españolas: *Empireuma* (Orihuela), *Lateral* (Barcelona) y *Cuadernos del Ateneo* (La Laguna).

Joaquín Garrigós



Cuaderno en el que Max Blecher escribió *La guarida iluminada*.



MAX BLECHER (Botoșani 1909, - Roman, 1938) nace en Botoșani (Moldavia), enferma muy joven de tuberculosis ósea y pasa diez años, hasta que muere en 1938 a los veintinueve años, en distintos sanatorios de Francia, Suiza y Rumania. Su enfermedad no le impide mantener una intensa vida intelectual y creativa que cristaliza en sus tres novelas *Acontecimientos de la irrealidad inmediata*, *Corazones cicatrizados* y *La guarida iluminada* (la publicación de esta última se difiere por razones políticas hasta 1971), y en su libro de poesía *Cuerpo transparente*. La extraordinaria potencia poética de su escritura, así como la traslación en imágenes de sus vivencias de enfermo, es lo que caracteriza el estilo de este extraordinario autor, al que la vida no le dio tiempo para disfrutar del reconocimiento universal del que hoy goza su obra.

Notas

[1] Texto escrito por Sașa Pană en febrero de 1947 como prefacio a las obras completas de Max Blecher, cuya publicación estaba prevista para ese año en la editorial de las Fundaciones Reales. Por razones políticas, la editorial fue cerrada y Blecher no volvió a publicarse en Rumania hasta 1970. N. del t. <<

[2] Se refiere al primer rey de Rumania, 1881-1914, y a su esposa. N. del t. <<

[3] El autor incurre en un error; fue ese mismo otoño, como seguidamente podrá comprobar el lector. N. del t. <<